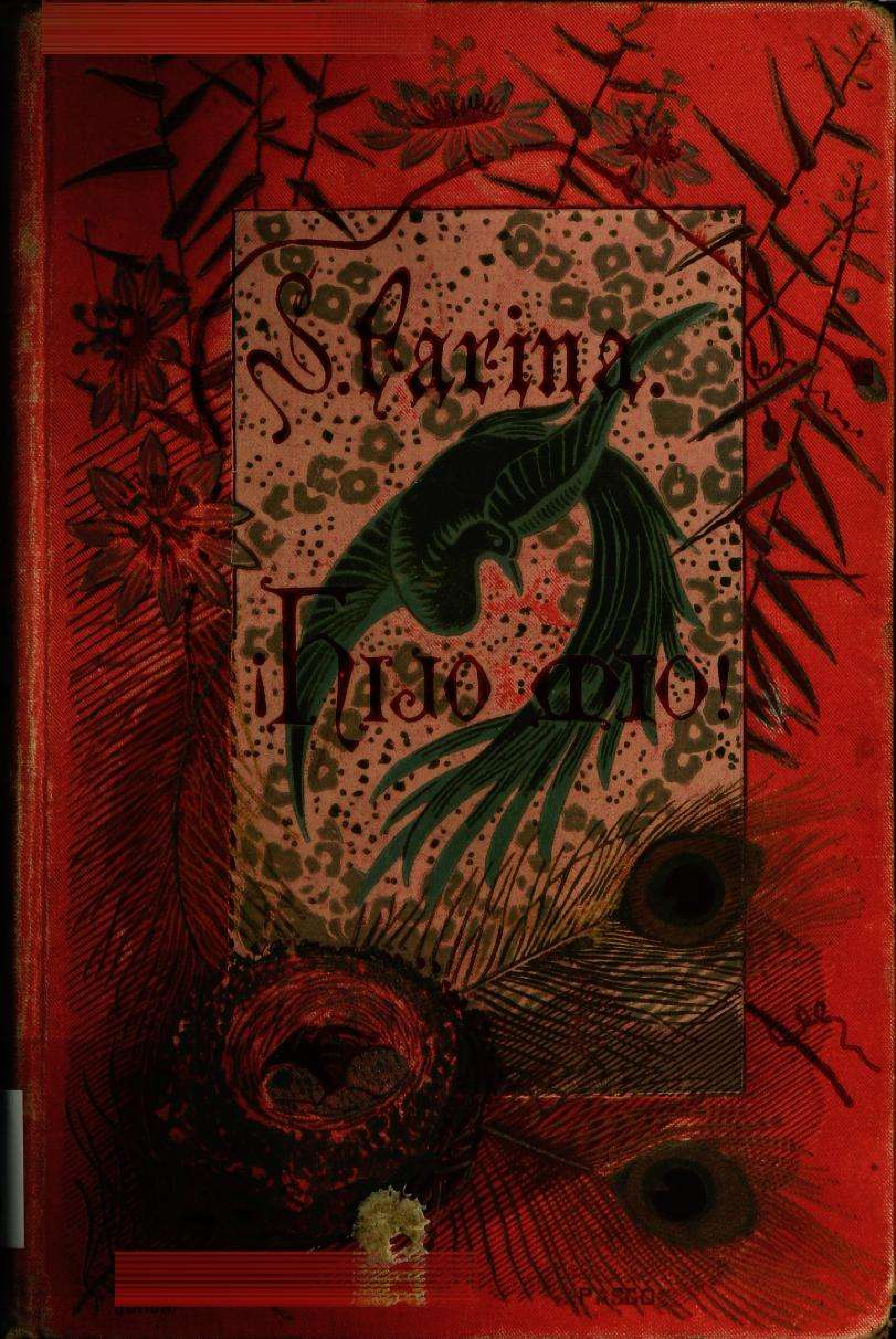

S. Farina.
¡Hijo mío!

HIJO MIO!

SALVADOR FARINA

HIJO MIO!

VERSIÓN CASTELLANA

DE

MARÍA DE LA PEÑA

ILUSTRACIÓN DE

F. GÓMEZ SOLER

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias-March*, 95

1886

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.ª



Salvador Farina

Á

Mis Hijos

Para que, cuando dejen de ser niños, hallen en estas páginas los afectos sencillos de su edad actual, y para que más tarde conserven buena parte de los que sentía quien tanto los amó.

Salvador Farina.

Milán, 1 Noviembre 1881.

Al Lector

La obrita que va á leerse es, en concepto de la traductora, un modelo de sencillez, de ternura y de gracia. Por eso la ha vertido al idioma español, y por eso la publica en el presente volumen.

Salvador Farina es uno de los escritores amenos que mejor poseen hoy en Europa el arte de narrar, conmoviendo al lector con recursos naturales y honrados. Su pluma engrandece los asuntos más baladíes y da á los tipos más vulgares proporciones literarias. El interés y el sentimiento se desarrollan en este autor á través de las escenas comunes de la vida, sin apartarse de la verosimilitud ni de la moral cristiana. Á esto deben, sin duda, sus obras el ser ya conocidas en todas partes.

En España circulan más entre los literatos que entre el público, y á excitación de algunos de aquellos, se atrevió la traductora á publicar, años pasados, la novelita *Amor vendado*, cuyo lisonjero éxito la anima á dar á luz la presente y aun á continuar la versión de otras más importantes.

Á Farina le deben las letras españolas consideración y gratitud; porque ocupado en su querida Milán, la patria de sus libros, en dar á conocer las buenas obras de la literatura extranjera contemporánea, traduce y publica por sí propio en hermosa lengua italiana los escritos de nuestros ilustres prosistas con interés fraternal.

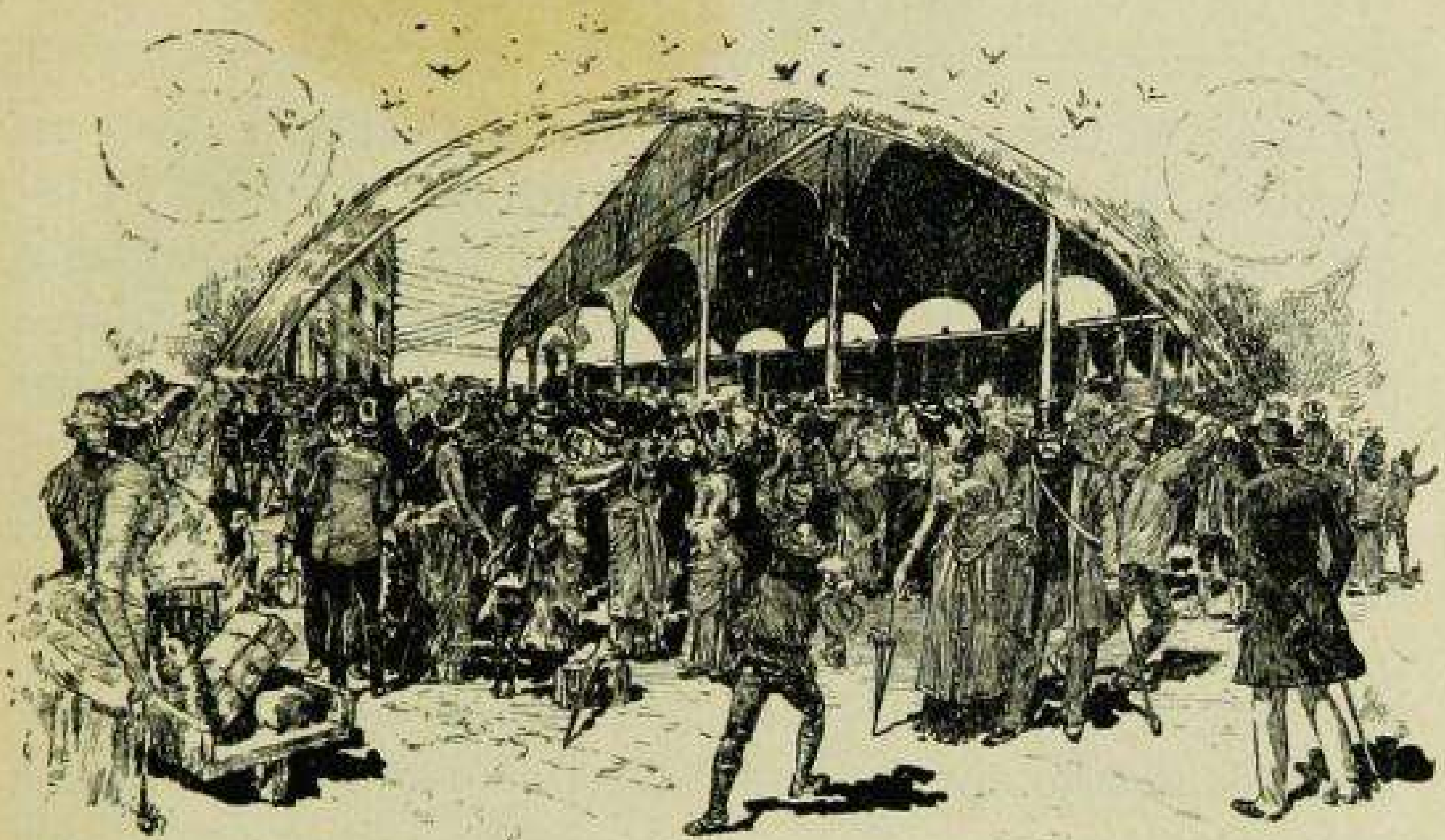
Justo es, pues, que aquí se le pague en la misma moneda, aun cuando la persona encargada de hacerlo se halla desprovista de las dotes necesarias para cumplir dignamente su cometido.

Farina es apellidado en su país el Dickens italiano; pero no porque la crítica le considere remedo del gran novelista inglés, sino porque participa de sus pensamientos y de las bellezas de su estilo. Créese en Italia, por el contrario, que Farina es superior á Dickens (para el momento presente, al menos) porque sus obras son más universales, más concretas y de mayor intención dentro de su sencillez. Pasó inadvertido y hasta contrariado en sus primeras narraciones: *Dos amores* y *Un secreto*, las cuales eran juzgadas por el prisma de los autores antiguos, y en consecuencia tachadas de pobreza de fondo y de excesivo naturalismo de forma; pero al dar á luz *El Tesoro escondido* y *Amor vendado* se vió que lo que aparecía era un autor de escuela propia, ingenio singular y profundamente analítico, cuyos trabajos adquirirían bien pronto un puesto distinguido en Italia y entusiasta acogida en todas partes. Así ha sucedido.

El lector va á saborear el precioso poema de la familia que se contiene en las novelas *Antes que naciese, Las tres nodrizas, Valor y adelante, Mi hijo estudia, El Intermedio, La página negra, Mi hijo se enamora, El marido de Laurita* y *¡Abuelo!* cuyo conjunto excede en interés y candor á las más bellas poesías rimadas de otros tiempos. Quizá, el empeño de Farina en seguir con rigorosa exactitud las huellas de la naturaleza, que es el carácter distintivo de sus obras, le obligue alguna vez á consignar ciertos pormenores demasiado íntimos de la vida ordinaria; pero la traductora los respeta, porque así conviene á la narración, y porque nunca se apartan de lo culto y lo honesto. En cambio, los primores de estilo, la riqueza de observaciones y las gracias del relato abundan de tal manera en sus páginas, que no es aventurado decir que el que las lea, seguirá con delicia hasta su término, aun pasando por las impropiedades y deslices de que sin duda no se halla exenta esta versión que se ofrece al público.

La Traductora.

ANTES QUE NACIESE



ANTES QUE NACIESE

I

No lo esperábamos ya: y, á decir verdad, no lo habíamos esperado nunca. Nos habíamos casado sin segunda intención, únicamente por casarnos: el día de la boda parecióme el día más bello de mi existencia, porque con él empezaba la vida *nuestra*. Ver algo más allá de un amor grande, imaginar otro goce que el de cruzar el mundo por el mismo sendero, del brazo Evangelina y yo, me hubiese parecido como el ultraje de un enano al gigante que nutríamos en el pecho.

Escribo *nutríamos* porque también Evangelina me amaba mucho, sin lo cual no se hubiese arriesgado á ser *la señora de Placidi*.

En aquel tiempo, aún no había empezado á cavar en la mina del código civil, y el estudio del abogado Placidi no pasaba de proyecto: por junto, tenía entonces, (como sigo teniendo), un nombre de bautismo grotesco; de aquellos que apagarían un incendio amoroso: mi mujer me llama Onda (mote ya admitido), pero mi verdadero nombre—no lo creeréis—mi nombre es Epaminondas.

Decíamos, pues, que no lo esperábamos ya, esto es, que no lo habíamos esperado nunca, porque nos habíamos casado sin segunda. No por eso habían faltado comentarios.

Á nuestro regreso del viaje de boda, parientes, amigos, amigas, cuantos nos esperaban en la estación, nos acogieron con ciertas sonrisas que me hubiesen corrido á no estar dispuesto á tomarlo á buenas. Mi Evangelina, indefensa la pobrecita, cuánto más reía yo, tanto más se sonrojaba; parientes y amigos eso querían; eso completaba su felicidad.

—¿Hay novedades?—decían.

Y miraban á mi mujer de hito en hito, y la sujetaban á un interrogatorio malicioso, del cual la pobre no comprendía gran cosa; después me miraban con aire de complicidad, y me daban papirotazos en las espaldas guiñándome el ojo. Mi suegro, hombrecillo de buen humor y muy vivaracho, no hacía más que dar vueltas al rededor de su hija y preguntarle: —¿Me lo has traído?—como si lo trajese en una maleta. Por fin, un profesor de aritmética, abusando de su profesión y de su ciencia, hizo un cálculo atrevido delante de mi Evangelina, y sostuvo que, habiéndonos casado en julio, *él* debía venir en marzo con las primeras violetas. Naturalmente, todos ellos no decían claro de quién se trataba y en esto consistía precisamente la gracia. No era difícil comprender que se trataba de mi hijo.





Después vino la cuestión del sexo, y aquí la discusión de los pronósticos fué reñidísima. Para mi suegro, no había duda, era varón (un ingeniero); pero la vieja tía Simplicia, la cual se ofrecía para tenerlo en la pila bautismal, aseguraba que debía ser niña, y dejaba comprender de mil modos, sin decirlo, que lo mejor que podía hacer la nonnata Simplicilla, era copiar, andando el tiempo, las gracias y elegancias de la madrina. Para contentarlos á todos, respondía yo invariablemente que mi hijo era *neutro* y lo decía riendo sin ocurrírseme la idea, impuesta á los padres en ciernes, de tener que adorar durante muchos meses á un hijo sin sexo; pero cuando imaginaba haberlos obligado á que dejaran en paz por

largo trecho á mi pobrecilla mujer, no faltaba un pensador más agudo que yo, el cual, muy serio, sugería á mi mujer la manera mejor de contestar al papá y á la madrina...—Que sea un par—decía...—ya que está usted puesta...

Pero no, hombre de Dios, que no estaba puesta. Hubiésemos reído grandemente del engaño de todos, si no nos hubiese entrado escrúpulo. Parecíanos que teníamos obligación de esperar á la pobre criatura que á toda costa debía venir con las violetas, de hablar algunas veces como si lo creyésemos, por no darnos aires de rechazarla de los abrazos de su papá y de su mamá.

La aritmética del profesor comenzó á servirnos también á nosotros, pero sin angustias ni desalientos: nos decíamos: «las violetas vendrán antes que él,» y nos habíamos resignado á verlo venir con las rosas y los lirios.

Y cada mes que pasaba, mientras leíamos el desconsuelo en la cara de mi suegro, de la tía Simplicia y demás parientes, las amigas y los amigos, en todas las gradaciones de la compasión y de la misericordia, nos daban á entender que no éramos buenos para nada.

Nos picamos y fué inútil; vinieron las violetas, vinieron las rosas no trayendo más que su perfume, y vinieron los lirios ¡ay de mí!... solos también. Aquel hijo que no se decidía á venir al mundo turbaba ya nuestra paz. Adivinaba yo que bajo la risa alegre de mi mujer se ocultaba secreta angustia, y no siempre logré borrar con mis caricias las nubes de su frente.

Con frecuencia la sorprendía inclinada sobre su labor, pero sin dar un punto, con los ojos fijos en el suelo: me aproximaba despacio, muy despacio, y la besaba en el cuello: ella se estremecía, diciéndome: —«¡Pícaro!»—porque la había asustado, y al fin me

mostraba su cara sonriente; pero hiciera ó dijera lo que quisiese, advertía siempre una lágrima en sus bellos ojos y en su dulce sonrisa un pensamiento fugitivo y triste. ¿Cuál?

Me lo dijo un día: temblaba la pobrecilla de no bastar á mi felicidad, confundida y desalentada de no saber regalarme un muñequito color de rosa; y aun cuando yo le dijese que no me importaba, que no sabría qué hacer de él, me miraba á los ojos y suspirando, añadía:

—¡Ya ves! El matrimonio no es lo que pensábamos. ¿Cuándo te persuadirás de que el nuestro podía ser mejor...?

No le dejaba terminar la frase; le cerraba la boca con un beso, le hacía dar una vuelta de wals por la sala, y si no bastaba aún, la cogía en brazos, como á una niña, y la paseaba por nuestra casa que se componía de cuatro piezas sin contar un zaquizamí para la criada. Acababa por reirse.

Mi mujer no era ligera y yo no la dejaba en el suelo sin protestar que para un hombre como yo el peso de una mujer como ella era suficiente, y que por caridad no viniese á cargarme sobre la espalda un muñeco desconocido.

Mofábame alegremente de mi futura prole; aún habría hecho más; no me hubiese disgustado el parecer un padre desnaturalizado con tal de mostrarme lo que era en verdad: un marido ejemplar.

Con estas artes logré persuadirla de que lo mejor que podía hacer era mostrarme su cara gozosa y alegrarme la vida con la luz de sus serenos ojos.

Una vez me dijo:

—¿Es cierto que no lo has deseado nunca?

—¿El qué?

—Un hijo.

—Nunca—respondí solemnemente.

Horrorizóse por mofa; y prosiguió:

—Se me había metido en la cabeza que tú lo esperabas, que no podrías vivir sin él, que lo amabas más que á mí... y estaba celosa.

—¡Bah!—exclamé—no estando ni siquiera concebido, ¿cómo podía amarlo?

—Eso pensaba yo también; ¿cómo amar á quien no ha nacido y que no quiere nacer, sólo porque, si naciera, sería hijo nuestro? Al fin es un desconocido. Y después te miraba de soslayo; te veía pensativo y decía para mí: «¡Piensa en él, no está tranquilo, lo adora!»

¡Pobre Evangelina! Me amaba de veras.

Amaba también el orden, ó más bien otra cosa superior al orden: la simetría, porque es preciso no confundir estas dos virtudes domésticas. El orden puede constituir un hábito; la simetría es un sentimiento, siempre más exigente.

Para comprender cuántos sacrificios, aunque pequeños, me costó aquella simetría tirana, preciso es hallarse en situación de poner una casa con el bolsillo flaco y haber tenido ante los ojos cuatro paredes, en las que decentemente no podían colocarse menos de ocho cuadros, cuando tan sólo poseía media docena justa.

Pero mi mujer me amaba más que á la simetría, y he de sostener á la faz de todos, que había colocado bien sus afectos, á lo menos respecto á la simetría. Á veces me conducía de la mano misteriosamente á una estancia, diciéndome:—Mira. Yo miraba y no veía nada hasta que al fin advertía con sorpresa que mi mujer había encontrado manera de mejorar una simetría que parecía inmejorable; entonces nunca olvidaba decirle:—¡Bravo!—

Algunas veces añadía yo:—Ves, estas seis sillas tan bien distribuídas, dos á los extremos de la mesa, cua-

tro respaldándose en la pared, ¿no parece que tengan conocimiento y que obedezcan á una inteligencia tácita? Mueve una, y desaparece la inteligencia que las anima: las sillas se reducen nada más que á sillas y paciencia: si fuesen al menos de maderas preciosas y forradas de damasco..... pero son de nogal..... con el asiento de paja.

Evangelina reía, reía porque estaba contenta, y yo proseguía:

—Si aquel chicuelo que á estas horas debía estar en el mundo se decidiese alguna vez á venir de verdad ¿sabes tú las proezas que aprendería con el tiempo?... Á maltratar tu simetría, á echarla de casa, como hacen ciertos artistas conocidos míos, quienes, en vez de pintar bellos cuadros ó escribir buenos libros, tienen por más cómodo pasar por genios haciendo la guerra á los instintos de los burgueses, al *convencionalismo* y al sentido común.

—¿Piensas en él todavía?—me preguntaba Evangelina con adorable desaliento.

El era el chico.

Y tenía que repetirle, por la centésima vez, que era feliz así, que no deseaba nada y que *por el contrario...*

—Dilo, dilo, *que por el contrario...*

¿Lo diré? No sólo era feliz y no deseaba nada, sino que me parecía que un hijo me habría dado más cuidados que satisfacciones. ¿Qué hubiese hecho de un heredero antes de haber acreditado mi bufete de abogado para confiárselo en mi vejez? Esperaba con cierta impaciencia la clientela, á ésta sí, pero en la primogenitura no pensaba nunca sin algún terror.

Á fuerza de economías, salíamos adelante no sin pecar siete veces al día de deseo y fabricando castillos en el aire que desafiaban arrogantes todas las leyes del equilibrio. Pobres los dos, Evangelina con su mezquino dote, yo con mis códigos y con mi título de

doctor, hacíamos cuentas galanas para el porvenir.

Bien pensado, un hijo había de ser una carga abrumadora, y no comprendo cómo aquel buen hombre de mi suegro que había sudado tanto para juntar la dote de su hija, y que nunca se hizo ilusiones sobre mi caudal, se obstinase ahora en que el apéndice de un hijo era necesario á nuestra felicidad.

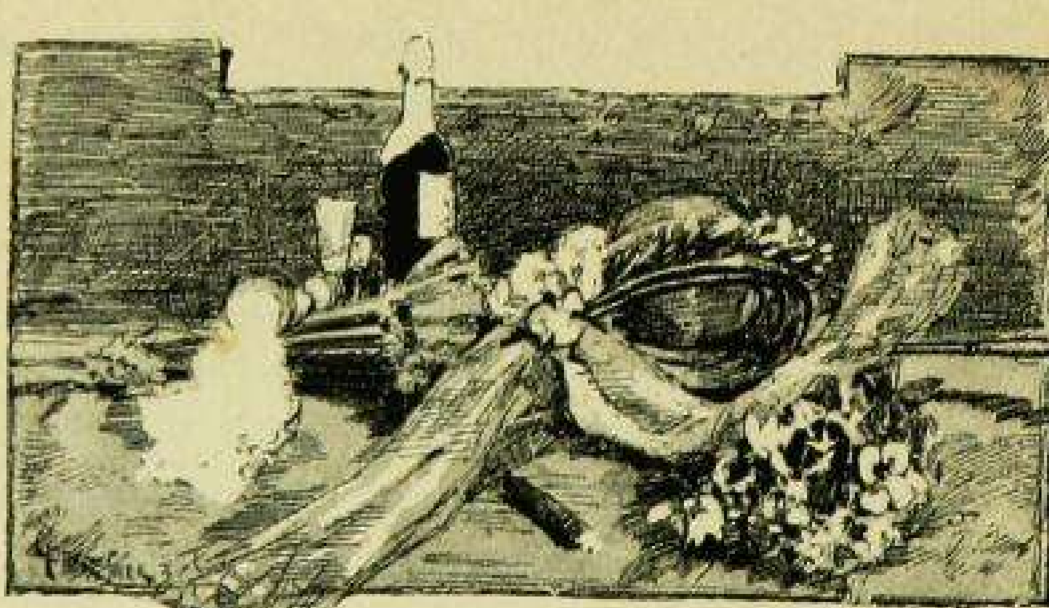
—Los hijos—decía yo filosóficamente—vienen al mundo desnudos y con mucho apetito.

Y esta máxima sencilla y profunda inspiraba otras reflexiones menos sencillas, pero no menos profundas, á mi mujer, la cual era en todo de mi opinión.

—Un hijo—decía ella—sería tal vez una felicidad, pero no podríamos ir al café por la noche, ni al teatro.

—En cuanto á eso—contestaba yo—bastaría que dejase de fumar... Es un sacrificio, pero por mi hijo lo haría.

Creíame un héroe cada vez que encendía el cigarro.



II

Habíamos tomado la costumbre de comer en una fonda distinta cada día.

—¡Qué bien pensado!—decía mi mujer ingenuamente.—No me fastidio en hacer provisiones, no me enfado porque la criada haya pagado caras las legumbres tempranas, no me aburre ver soplar el hornillo que no quiere encenderse cuando tengo apetito, no hay peligro que el estofado se requeme ó que la menestra se ahume; nuestra mesa está puesta á toda hora: en invierno comemos en un hermoso salón más grande que nuestras habitaciones juntas, escogemos una mesita al lado de la vidriera para ver la gente que pasa; en el verano comemos en un jardín y basta tocar el vaso con el tenedor para tener cuánto queremos como en los palacios de las hadas.

—Pagando al fin—añadía yo riendo.

Y Evangelina, armándose de su experiencia de ama de casa, me probaba, como dos y dos son cuatro, que en resumidas cuentas, la misma comida de la fonda nos hubiese costado mucho más en casa; ya no me quedaba otro recurso que inclinarme ante sus matemáticas, rogándole con una sonrisa, que perdonase á un ignorantón la felicidad que no merecía.

Habíamos tomado por modelo de nuestro lejano porvenir á una pareja de ancianos, llenos de arrugas y de buen humor. Iban todos los días á la fonda; ella se quitaba un sombrerillo que parecía un embudo, él se apresuraba á colgarlo por las cintas, del cordón de la campanilla, luégo se sentaban, mostrándonos sus cabezas encanecidas. Platicaban en voz baja largo rato antes de decidirse á pedir de lo mismo, después lo pedían alegremente, lo veían venir sonriendo y se lo comían con naturalidad, felicitándose de vez en cuando con la mirada, del acierto que habían tenido. Cuando se marchaban cogidos del brazo, parecíanos que había desaparecido del comedor la alegría. Evangelina y yo callábamos un rato; después el uno ó el otro decíamos:

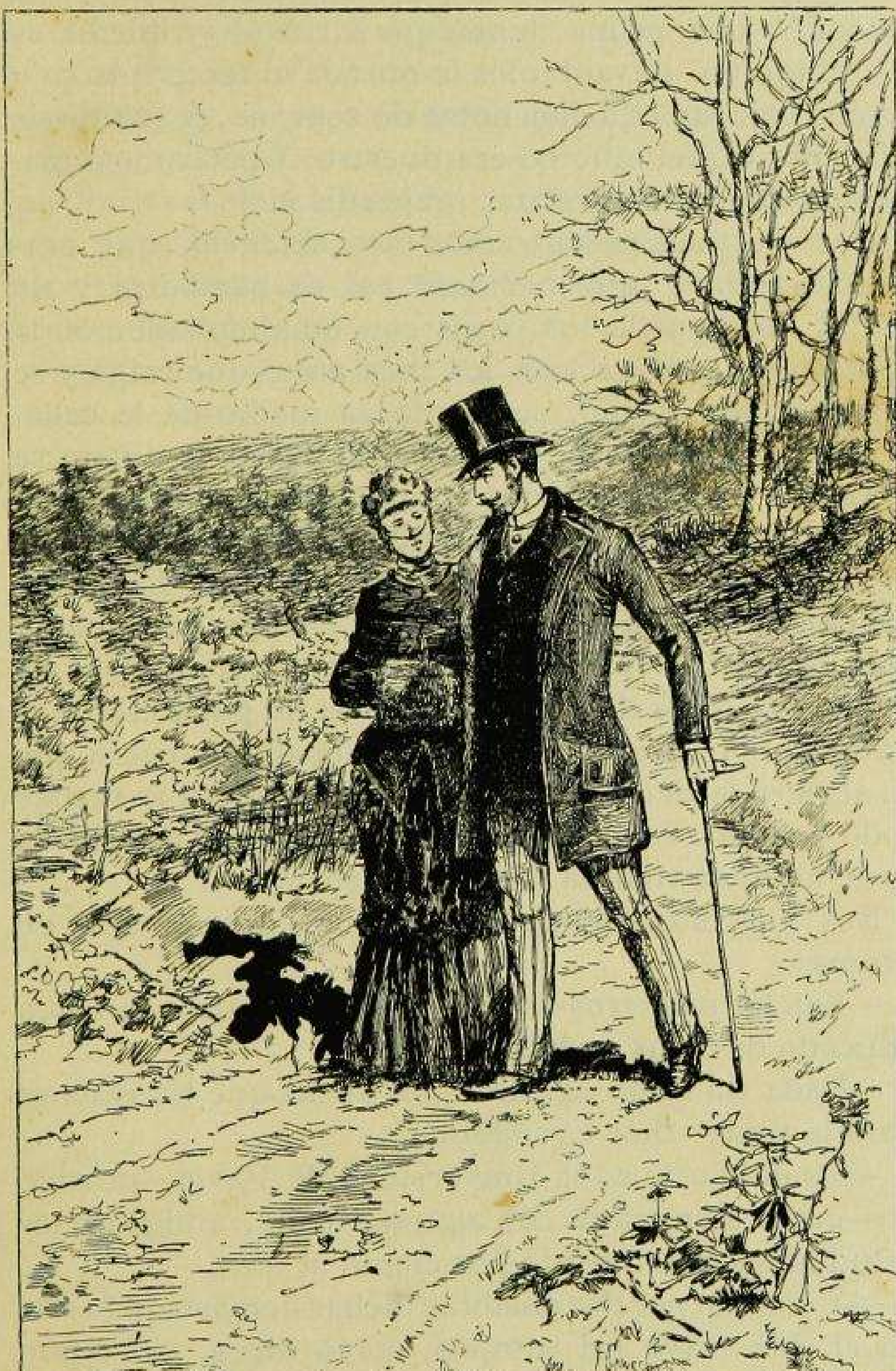
—También nosotros haremos esa figura; no teniendo hijos ni otros impedimentos, también vendremos á comer á la fonda...

En suma; nos queríamos mucho y estábamos persuadidos de que el mundo comenzaba y acababa en nosotros.

Había que vernos cuando salíamos de la fonda: yo con el cigarro encendido en la boca, erguido, altivo, satisfecho; mi Evangelina, serena y sonriente, gozosos el uno y el otro, á la grata luz del poniente, ó con la tormenta de verano, que amenazaba hacernos correr hacia casa, ó contemplando una magnífica nevada; había que vernos entonces para comprender cuán exquisito sentimiento emana de una digestión perfeccionada entre dos que se quieren bien.

¿Nos vamos? ¿Nos quedamos? ¿Tomamos por la derecha ó por la izquierda? Hacemos, en una palabra, lo que nos da la gana.

No hay peligro de que durante nuestra ausencia los chiquillos rueden escalera abajo ó se cacheteen como buenos hermanos, ó prendan fuego á las sábanas de la cama con algún fósforo hurtado en la cocina.



—¿Oyes? Es un muñeco que chilla como una prima donna ó una prima donna que?... No hay miedo, es un chiquillo. Levantamos la mirada al tercer piso, de donde bajaban aquellas notas de soprano, y seguimos adelante: aquel niño no era nuestro. Y pensamos: ¡paciencia! pobre madrecita: ¡gajes del cielo!

Poco después encontramos otro chicuelo, que empieza á andar; ¡qué hermoso es! se bambolea y da ganas de seguirle los pasos con un almohadón en la mano para ponérselo á los piés antes que caiga y se lastime; pero vedlo; se planta en medio de la calle, y no quiere moverse; la madre, el padre, la niñera se ingenian para persuadirlo, sin lograr nada; intentan cogerlo por la mano y el hombrecito empieza á soltar berridos tan formidables que son capaces de apagar los de su colega del tercer piso, el cual probablemente está escuchándole. El alboroto reune gente... ¿Qué ha ocurrido? Nada de extraño; la cosa no puede ser más natural; pero la madre se sofoca, el padre quisiera que se abriera la tierra y se lo tragase; la niñera lo recoge todo y sigue adelante; la familia apresura el paso hacia casa, algunos ríen, la gente se desbanda.

Nos miramos silenciosos y después digo en tono de broma:

—Son los primeros consuelos que un muchacho bien educado da á sus padres.

—Nada sin duda en parangón de los que les reserva para la vejez—dice Evangelina.

—Cuando esté en la Universidad de Pavía—prosigo yo—entrará en tratos con alguna Rosita, amiga de los estudiantes y del veinte por ciento al mes.

—Y cuando por dos palabras dichas demasiado fuerte en el café, vaya «al campo», como dicen, con algún condiscípulo...

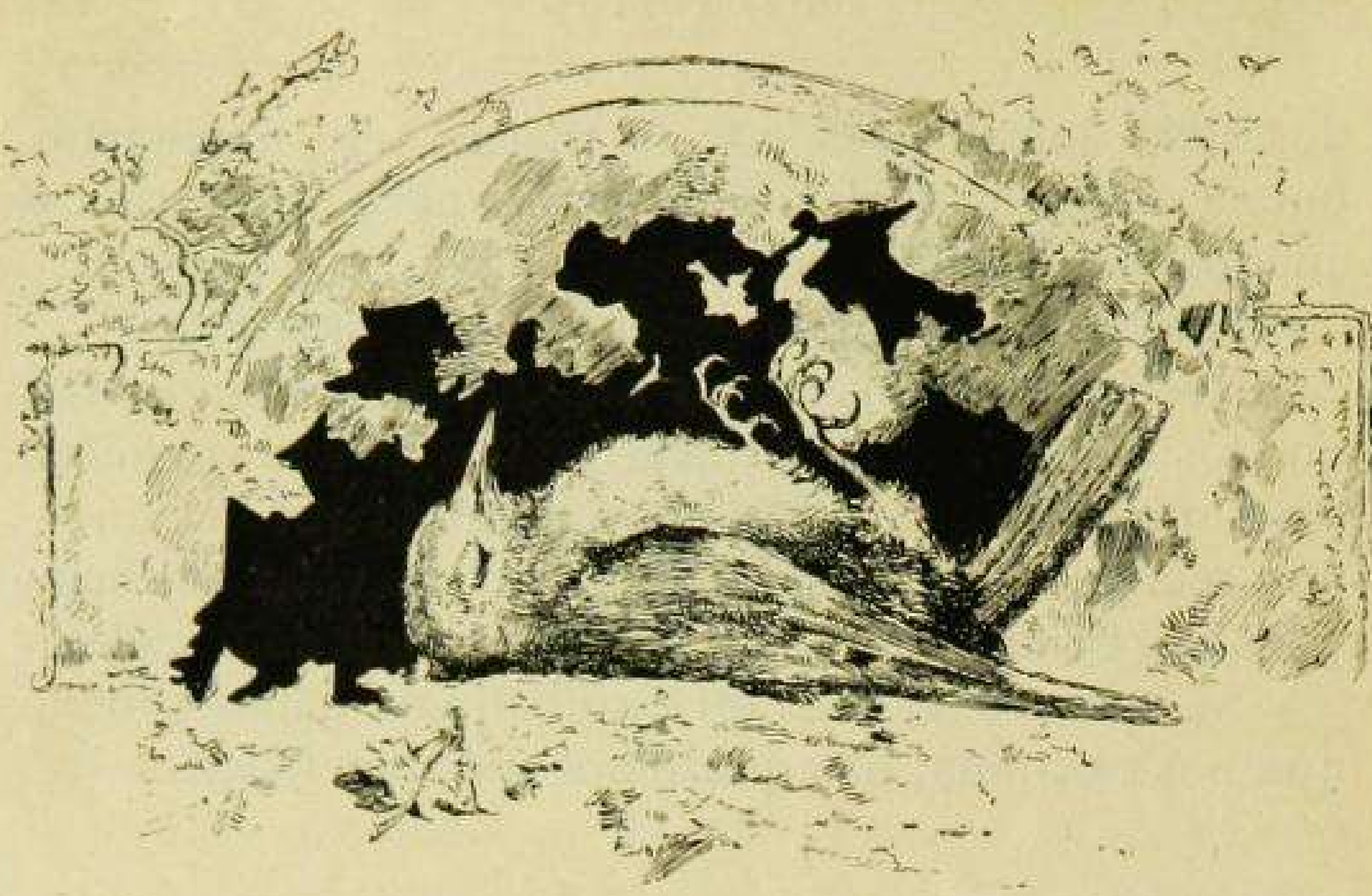
—Ó cuando... ah!—interrumpo sobrecogido de una idea compasiva—si aquel pobre padre pudiese ver des-

de ahora los dolores que le reserva ese muchacho, buena zurra le daría de seguro... pero no ahora...— añado—pensándolo mejor.

—¿Por qué ahora no?—pregunta Evangelina.

Me reí, me comprendió y me volví á reir tan fuerte, que los transeúntes nos miraron; después se volvieron para mirarnos aún, y oímos á algunos que decían:— Son recién casados: son felices!—Y me volví también, y los miré indulgente, y dióme tentación de decirles:

—Sí, señores, esta es mi Evangelina; no hace mucho que nos casamos; nos queremos y somos felices.



III

En nuestro egoísmo habíamos escogido un compañero, pero con juicio; era un amigo discreto que cantaba todo el día nuestro epitalamio, tomaba parte en nuestras alegrías sin pretender nunca que le diéramos más de lo que podíamos. No era un fénix como podréis creer, pero sí era de la familia. ¿Y cómo se llamaba? Se llamaba *mirlo* sin que fuese propiamente un mirlo ni tampoco un estornino, ni mucho menos un canario; cantaba como un tenor *di cartello*, silbaba como un abonado; dada nuestra ciencia ornitológica, para mí y para mi mujer aquel prisionero era un mirlo. De todos modos vivió y murió llevando este nombre prestado y usándolo lo mejor que pudo.

Aún recuerdo aquel día cruel: desde la mañana nuestro compañero, podría decir nuestro hijo, estuvo en un rinconcito de la jaula, inmóvil, con los ojos apa-

gados: de vez en cuando intentaba picotear de mala gana un insecto que volvía á caer de su pico, y permanecía indiferente á la tentación de exquisitas lombrices capaces de hacer la felicidad de un mirlo; mi mujer no sabía qué pensar, preguntaba á los vecinos y á los que no lo eran, qué enfermedad podía ser aquella y cómo se podría curar. En ocasión tan dolorosa dió prueba de un corazón verdaderamente maternal, prodigando mil ternezas á la pobre avecilla, llamándola con cien graciosas expresiones... pero en vano. Después de haber sido mirlo injustamente durante su vida, aquella criaturita alada debía morir en la flor de la edad, como se dice, sin que fuese conocido su verdadero nombre. Nadie me lo quitará de la cabeza: aquel pobrecito se había dado voluntariamente la muerte para sustraerse á un mundo lleno de injusticia y de ignorancia; porque el portero que lo había cuidado en sus últimos días y que ofreció solemnemente salvarlo, descubrió, haciéndole la autopsia, que el difunto había tragado una aguja de coser. El hierro homicida le había pasado el ventrículo de parte á parte; el portero se horrorizaba, horrorizábame también yo, y entre los dos acordamos dar sepultura al muerto sin descubrir á mi mujer aquel oculto drama del que teníamos á la vista la catástrofe cruel.

No quisiera pecar con juicios temerarios contra el prójimo, pero pequé entonces y al repetir hoy mi sospecha no me parece que la culpa se agrave tanto para no poderla contar: cierto embarazo del portero, una pluma traidora que como una acusación se le había agarrado á la chaqueta, y sobre todo la singular premura de manifestarme que nuestro mirlo había sido enterrado en el jardín, todo esto me indujo fatalmente á creer que la sepultura viva fuese él mismo, como si leyese su epitafio sobre su barriga. Sí, porque el difunto estaba gordo; los disgustos no le habían qui-

tado el apetito y hasta el día que formuló el negro propósito de suicidarse con una aguja de coser robada á mi esposa, había picoteado los insectos y los pedacitos de carne que le daban, con la avidez del mirlo más bien intencionado de la creación. Quisiera equivocarme, encontraría en ello una especie de consuelo; pero temo que, por lo mismo que no era mirlo, había sido el más sabroso de los mirlos.

Más tarde, pasada la impresión de la catástrofe, hallé fuerzas para reir y escribir un epitafio, y mi solo sentimiento fué el de no poderlo esculpir sobre su verdadera sepultura.

La pérdida de aquella criaturita incógnita que nos saludaba cada mañana, que venía á picotearnos cariñosamente los dedos, que no nos había costado ningún disgusto, me había conmovido también. Por algún tiempo, siempre que veía una jaula vacía tornaba á mi memoria el compañero de nuestro tálamo infecundo y dichoso. Verdad es que, viendo á mi Evangelina enternecida, me apresuraba á consolarla diciéndole que, según la teoría de la transmigración de las almas, nuestro mirlo debía sin duda ser á esta hora un perrito y tal vez con el tiempo se haría digno de nacer hombre... é hijo de la señora Evangelina, esposa del abogado Placidi.

La idea era disparatada, pero produjo su efecto.... Nos pusimos de buen humor.

—¡Considera—me decía alguna vez mi mujer—si en vez de perder un mirlo hubiésemos perdido un hijo!

Lo pensaba y venían á la mente diez madres desesperadas por haber perdido á sus hijuelos, un padre enloquecido, otro suicida por la misma causa, y afirmaba muy serio que para no ver morir á un hijo la única precaución aconsejada por la experiencia era la de no verle nacer.

Y me frotaba las manos y reía y estaba contento viendo contenta á la compañera de mi existencia, sin que hubiese entre nosotros y nuestra felicidad más que un deseo vehemente, un deseo modesto: el primer cliente.

¡Oh! ¡el primer cliente!

Lo esperábamos de la mañana á la noche registrando los códigos para estar preparado á recibirlo dignamente, daba descanso á mis libros, ordenaba en carpetas mis cartas y así dispuesto desafiaba la mirada más suspicaz á que reconociese si aquello era tener en orden los asuntos. Alguna vez mi primer cliente venía con un *caso* intrincado, yo le daba audiencia gravemente; le excitaba á la lid y me proponía guiarlo sin gran premura, por la escala de todos los tribunales competentes, iniciándole en los misterios de los procedimientos civiles.

Me oía; y á cada palabra difícil que salía de mi boca, abría los ojos asombrado y se marchaba aturdido de mi ciencia y dispuesto á confiarme su litigio. ¡Caros ensueños!... Un día desperté súbitamente de este sonambulismo.

Mi Evangelina estaba mala; más de una semana que no comía casi nada; se lamentaba de incierta dolencia, un malestar inexplicable, un poco de languidez.

—No será nada—decía; y para consolarla repetíale también:—No será nada.

Pero una mañana amaneció sintiéndose peor.

—¡Oh, cielos!—pensé—¡si se me muriese!

Bajé las escaleras para llamar á un célebre médico que vivía en el primer piso; visitaba en coche y debía ganar en un día toda mi renta de un mes.

Mientras subíamos pensaba:—Lo difícil será pagarle; pero ya tendré tiempo; ahora lo urgente es salvar á mi Evangelina.—Antes de entrar en casa tuve tentación de decir á aquel hombre célebre:—¡Por caridad,

salve usted á mi Evangelina!—Me detuvo cierta viril dignidad que quería conservar aun en la desventura.

El médico visitó á mi mujer: le miró la lengua, le tomó el pulso, le hizo ciertas preguntas á las que ella respondió titubeando, y por último rióse, diciendo que no era nada.

—¿No hay peligro?—pregunté con voz temblorosa.

—No, señor, al menos por ahora.—

Y me condujo á un rincón para decirme maliciosamente:

—Dé usted la buena noticia á su señora...

—Será por ventura...

—Seguro.

En vez de acompañar al médico hasta la escalera como era mi deseo, me parece que le empujé graciosamente, después de lo cual, sin cerrar la puerta, corrí á la cabecera de mi enferma:

—¿Sabes cómo se llama tu enfermedad? ¿no lo sabes? ¿quieres saberlo?

—¿Cómo se llama?

—Se llama Augusto...

Evangelina me echó los brazos al cuello, llenándome de caricias y murmurando entre lágrimas:

—¡Por eso sentía yo que te amaba más! Porque éramos dos á quererte.

—¿Qué tiene usted?

—Estoy un poco resfriada; no es nada.

—Mi linda resfriada—exclamé cuando estuvimos solos—¡qué bien sabes mentir!

—¿Hice mal tal vez? ¿Debía decir las cosas como son á esa parlanchina, para que dentro de un cuarto de hora toda la casa, desde el cuarto bajo hasta el sotabanco, y todos los inquilinos comenzando por los caballos del doctor en la cuadra hasta los gorriones del tejado, supieran que estoy.....

—Has hecho muy bien: necesario es guardar secreta nuestra felicidad, así nos parecerá más nuestra; no la debe conocer alma viva, ni aun tu padre.

—¿Y por qué no mi padre?

—Pues bien, tu padre sí, pero él solo; que nadie lo sospeche hasta que sea imposible esconderla.

Hice un ademán solemne, un ademán enorme á cuya vista mi Evangelina fué presa de cómico terror.

—No quiero—dijo; y yo riendo dilaté sucesivamente las líneas circulares de mis ademanes hasta que me pareció que los miraba con resignación.

—¿Por qué has dicho que *el señor* debe salir?

—Pues... lo he dicho sin pensar... me parecía...

—Me haces salir—dije;—confiesa que eres tú la que quieres quedarte sola... Me marcho...

Esto me valió para no confesar que también sentía vivos deseos de marcharme á dar una vuelta con mis pensamientos, si bien no podía decidirme á dejar sola á mi preciosa enferma.

—Voy—dije.

—Espera............ ahora vé y piensa siempre en mí.

Donde he puesto tantos puntos suspensivos, como ya se comprenderá, habría que poner un beso.

—Siempre en ti—repuse huyendo con la despreocupación, mezclada de remordimiento, del marido confiado que corre hacia una fiesta y deja en casa á su mujer.

V

Bajé las escaleras, saltando como un chiquillo, á los ojos maravillados de un inquilino del segundo piso, que salía también de casa y tuvo que agarrarse á la barandilla para dejarme pasar como un alud.

Á la puerta de la calle me detuve desmemoriado. Miraba á derecha é izquierda probablemente para decidir el camino que me convenía, pero sin tener conciencia de ello; y cuando el inquilino que había dejado atrás salió echándome una mirada rápida é indagadora y se encaminó hacia las murallas, yo le seguí á paso ligero y otra vez le pasé delante.

¿Qué diantre me bullía en la cabeza? Aún no lo sabía, pero eran muchas cosas juntas: entre todas, una idea distinta se asomaba constante: la de que había salido de casa y me había precipitado por la escalera para encontrar á un fulano en la calle que luego no estaba allí. ¿Quién podía ser éste? No lo sabía; pero en verdad parecíame que álguien me faltase y en la primera esquina me paré á mirar por aquí y por allá.

Ví distraidamente al inquilino del segundo, el cual, habiéndome alcanzado otra vez, se creyó en el derecho de lanzarme en pleno rostro una mirada de reproche, después de lo cual apresuró el paso, indudablemente para que yo me persuadiese de que no era él con sus distracciones que había ocasionado la desgracia de nuestros tres encuentros en tres minutos.

—Pobre diablo!—pensé.

Nada más. Tuve la idea de alcanzarlo, enfilar mi brazo por el suyo y traerlo tras de mí á su pesar por el luminoso camino de mi dicha; pero no me moví y lo dejé alejar con su extremada palidez.



Un rato después me sentí asir por las rodillas y desde las nubes, en que giraba mi pensamiento, bajé la mirada á los piés... y ví lo que buscaba: un niño descalzo, con los hombros desnudos y la cara risueña.

Se hizo la luz. Si bajé las escaleras precipitado debía ser porque sentía la secreta necesidad de acariciar á un niño, y si dos veces había pasado delante del inqui-

lino del cuarto segundo, de fijo fué porque, sin pensarlo, parecíame que ningún otro pudiese salir de casa con otro propósito y quería ser el primero en coger en brazos á ese hombrecito que esperaba en la esquina.

Lo cogí y lo besé, y quise saber si me quería mucho, y él, repitiendo su primera lección, me contestó que me quería *tanto así*. No era poco, porque, así diciendo, alargaba los bracitos como si quisiera abarcar los confines de dos horizontes.

Rabien, si quieren, los filósofos que corren tras de la verdad: yo afirmo que aquella infantil mentira, sobre aquellos infantiles labios, me hizo más feliz que todas sus mayores verdades.

Miré en torno; no pasaba alma viva en aquel instante y el niño me sonreía: había para caer en la tentación de esconderlo bajo la chaqueta y robarlo... Pero á impedir el delito asomó en una tienda vecina la gozosa cabeza de una mamita gentil que todo lo había visto.

Entonces llamó con acento que no sabía expresar severidad, una vez, dos:—Emilio, Emilio!

Pero Emilito no se movía: fijaba los ojos estupefacto en un botoncito de mi camisa, que era de vidrio facetado y que á él le parecía un brillante de purísimas aguas.

Entonces la madre salió, cruzó la calle y vino á quitarme el niño de los brazos diciendo:

—Es mío.

Dijo algunas palabras, excusándose, que yo no oí, y se marchó con su tesoro.

Seguí adelante con las manos vacías; pero lleno el corazón de inusitada dulzura, con la mente confusa por un torbellino de pensamientos nuevos.

Alguna vez en medio de aquella multitud de imágenes todavía borrosas, salía una mujer sonriente, la madrecita de poco antes y me repetía con dulce firmeza:

—Es mío.

Entonces yo dirigía la mirada á aquel cielo purísimo y con las vagas nubes que se mecían en el espacio componíame el parecido de una criatura celeste impaciente por venir al mundo y decía yo también con osadía:—Es mío!

Ya sentía su presencia, le tenía al lado ó me precedía con todos los encantos de la infancia; pero de fijo estaba allí para darme besos que parecían el hálito del vientecillo extraviado en la infinita calma de aquella mañana de mayo.

Así fantaseaba yo; pero á poco me sentí abandonado y me decía á mí mismo:

—Ya es hora: corro á casa para no encelar á la mamá: volveré dentro de poco...

Y lo esperaba de verdad, parándome en medio del paseo y ofreciendo mi mejilla á sus caricias.

No es preciso ser poeta para tener semejantes ideas; también son lícitas, como veis, á los abogados sin clientes. Lo que no parece cierto es que se pueda envejecer y que la experiencia de los años y la madurez de juicio no sepan haceros mejor dón que el de restituiros las felices extravagancias de otro tiempo. Hoy tengo setenta años cumplidos (no son muchos, no, no son muchos) y comienzo á soñar casi como entonces (pero sin esperar á nadie, ya han llegado todos hace tiempo!) y afirmo que son sentimientos profundos y verdaderos los que se sienten en ese cuarto de hora de la vida, y que es necesario encontrar uno de éstos después de haberlos olvidado todos, para reconocer que lo que calificamos de extravagante es la mayor parte de las veces natural y sencillo.

Hoy tengo setenta años cumplidos y no me parecen muchos; aquel día que andaba á paso lento con la cabeza alta pidiendo caricias al vientecillo é interrogando á la naturaleza, aquel día apenas tenía veinticinco y me parecían demasiados.

Abarcaba toda mi vida pasada con una mirada de compasión, y me reprochaba haber perdido mi juventud porque en ella no encontraba ni un pensamiento ni un sentimiento dignos de mi estado presente.

—He estado ciego hasta media hora hace—decía;—he cruzado la juventud andando á tientas entre las sombras; mi hijo ha tenido piedad de mí, y me arrancó la venda: pero yo no he movido un dedo para apartarla de mis ojos. He hecho el cómico por gracia: el holgazán por costumbre; sufrí exámenes con éxito por necesidad; fuí marido por imitación; el pensamiento que hoy me ocupa por completo no lo he tenido jamás, nada he hecho para ser digno de mi nuevo cargo. Si es cierto que corremos el riesgo de ver reflejada en el propio hijo, toda acción buena ó mala, cometida de soltero, cuántas cosas temo ver en el pobre *non nato!* ¡Ah! merecía un padre mejor que yo.

Y mientras me dirigía estos reproches y exhalaba estas quejas, maravillábame de no sentir el más mínimo asomo de remordimiento ni el más pequeño desconsuelo; al contrario, estaba contento, estaba satisfecho de mí; padre generoso y feliz, absolvía yo mismo todas mis culpas de la juventud.

Y si tuve algún día un alto concepto de mi valor no fué en aquel tan temido momento en que vencí el peligro del examen de derecho canónico en la Universidad de Pavía, ni el otro memorable en que me pasaron el enorme anillo doctoral y la toga famosa, ni el otro en que delante del síndico tomé la mano de Evangelina para siempre; el alto concepto de mi valor lo adquirí aquel día único que supe que era padre.

Parecíame que sólo al mirarme de soslayo se debía conocer mi grandeza. Y cuando en aquellos paseos solitarios encontraba amantes ó desocupados, allí donde parece que no deban dar más que paseos lentos, alguno de ellos se volvía á mirar á este padre superior que

caminaba apresurado con la cabeza erguida; entonces yo me sentía halagado como por una lisonja concedida á mi secreto triunfo.

Á la sombra de las acacias, sobre un banco de granito, veía á un anciano encanecido que miraba la luciente arena del paseo con marchitos ojos; parecióme recordar haberle visto muchas veces en el mismo banco, en la misma postura, con la misma mirada y tal como estaba, y entonces pensaba yo:

—Si éste, cuando corría derecho á los pasos peligrosos, se hubiese detenido un instante en su camino á considerar que aquellos granos relucientes que le parecían piedras preciosas, eran tan sólo arena, sin duda habría doblado á derecha ó á izquierda tomando los senderos fecundos y tranquilos que conducen al matrimonio y á la paternidad! Y tendría ahora una casa y tendría un hijo fuerte y generoso, rama joven que lo protegiera en los días de viento, á él, pobre caña frágil y abatida.

El anciano levantaba la cabeza al verme pasar; pensaba ciertamente que sus hijos tendrían mi edad y que estaría en vísperas de ser abuelo... ¡Pobrecillo! no le digáis que, para él, el mundo ha sido un gran tablero, que ha buscado las emociones del jugador, que se ha jugado la vida y la ha perdido: no se lo digáis... Cruel en mi felicidad, estuve tentado de volver atrás para decírselo. Y si resistí á la tentación, no era porque aquel anciano podía reirse en mi cara y decirme: Tengo mujer é hijos, acabo de comer há poco y me place venir á hacer la digestión en este paseo, sino porque podía romper en un sollozo que habría amargado toda mi alegría exclamando: —Mis hijos han muerto; el pobre padre se ha quedado viejo y solo para llorarlos; cuando miro la tierra, pienso que duermen debajo...

Y después me complacía en oir todas las voces de mi alegre corazón.

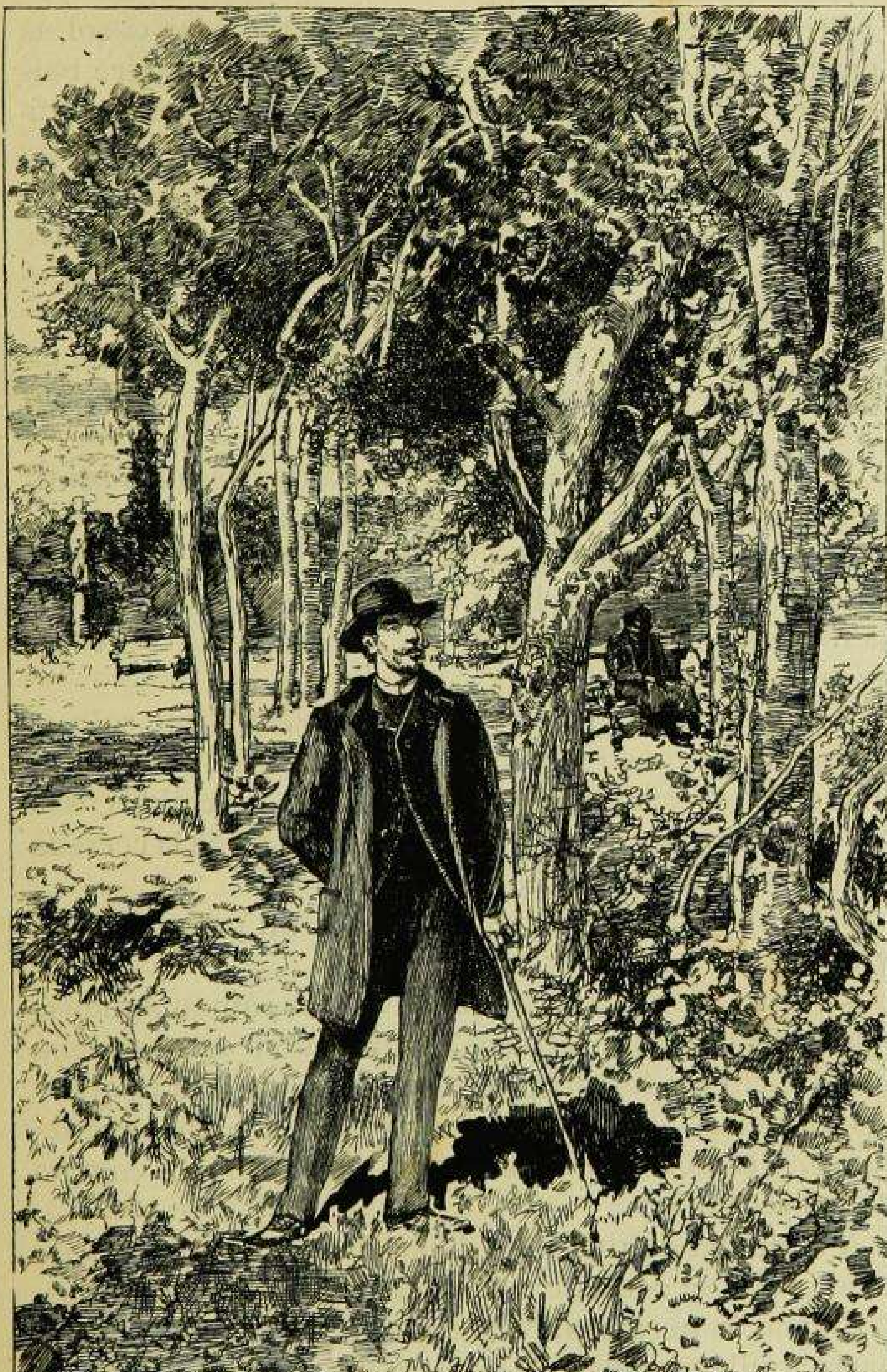
Allí está el abeto oscuro y melancólico; ¡han pasado tantos años desde que lo miro, inmóvil é inmutable, con su oscura fisonomía en cada estación, en cada día del año!... Pero hoy está alegre y extiende sus cien brazos para mostrarme el verde pálido de sus últimas hojas, los pequeños gérmenes de sus frutos, de sus hijos.

Ved el castaño gigantesco que á cada capricho del vientecillo blando acaricia con sus anchas hojas su prole insípida y punzante; y el olmo, cuyas hojas agita continuo temblor como si estuviesen en espectación ó temerosas: le ha nacido un pequeño vástago á sus piés, sabe que dentro de poco el jardinero pasará con la podadera y tiembla por su recién nacido.

Precedido de las imágenes de mi pensamiento girando en el azul del cielo, caminaba yo unas veces de prisa y otras despacio. Pero alguien me tira de la levita y me detiene; es la acacia espinosa de la barda, y mientras me entretengo en desligarme y sonrio á la inocente broma de la bella fastidiada, ella con el ruido de sus hojas me dice algo que no comprendo. Después miro á lo alto de sus ramas el nido á medio hacer del pinzón, y veo al futuro padre de alada prole que descansa sobre la arena del paseo con una pajita en el pico esperando que me marche á mis quehaceres; la acacia me deja libre, le recomiendo con el pensamiento que vele su tesoro á los ojos de los gavilanes y de los chicuelos, y sigo adelante.

Más allá encuentro el pequeño lago con sus plantas acuáticas y sus pececillos de oro y por fin me echo en un asiento de marmol á contemplar una procesión de hormigas que se marchan cargadas de enorme peso al hormiguero lejano.

Y de aquella multitud de arenas, de las hojas de la acacia, del olmo, del castaño, del agua tranquila del pequeño lago, de todo, de la tierra y del cielo, se alza una voz conmovida que dice: —¡Hijo mío!



Miro al azul profundo, en que se abre paso el sol, la pradera tranquila y verde, el agua rizada, el aire balsámico agitado apenas por los vuelos y los cantos; adivino el fin secreto, el fin único y grande de todas las cosas creadas, y me parece que penetro el oculto encanto de la belleza irresistible y el desconocido poder del amor, y exclamo conmovido:—¡Oh! dulces engaños de la naturaleza!

Cuánto sonríe á los besos del sol, cuánto trabaja en silencio, cuánto se embellece, todo tiende al mismo fin.

—¿Y cuál es este fin?

Para la mirada que admira distraída, para los sentidos que se deleitan, para el espíritu ligero que se complace, para el alma que obedece creyendo ser dueño absoluto, es el amor. Para la mente indagadora, para la mirada escrutadora, para el espíritu jamás contento, es la paternidad.

Bellas flores del prado y de la arboleda, uno solo es el secreto de vuestra belleza y yo lo tengo en el corazón: mañana estaréis marchitas y seréis despreciables para los otros, no para mí, que fijo la mirada tras la cerrada cortina de vuestro lecho nupcial.

Miro en torno con el alma llena de mi pensamiento, y digo:

—Aquel álamo ama, aquel ave ama, aman aquellas flores y aquellos insectos y la nube que trae en su seno tanto rocío consolador, y ama el sol que la mira y aman las estrellas, amigas de los amantes en las noches serenas, y todo lo que ama es víctima de un feliz engaño de los sentidos.

Á la vuelta de una calle de árboles, en un banco de piedra que se oculta entre glicinas, hay dos víctimas.

Ella no es hermosa, pero tiene una carita agraciada, nariz aguileña, ojos azules, peina con gracia un monte de cabellos rubios; á *él* no le miro, pero debe ser bello porque aquella mujercita tiene buen gusto.

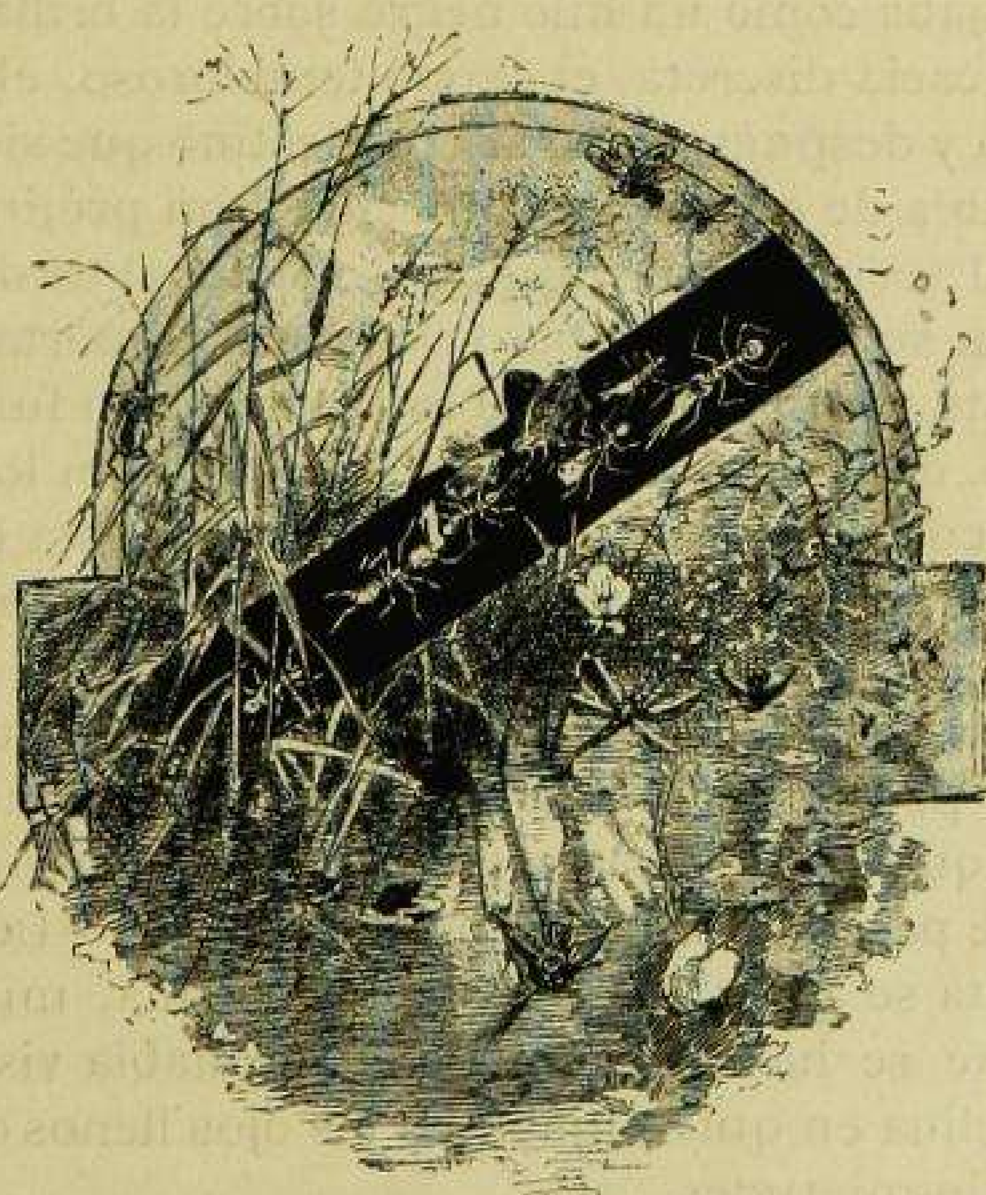
Estaban tan absortos interrogándose con miradas, que ni siquiera me vieron; tengo tiempo de doblar á mano izquierda.

Me marcho para no estorbar á aquellas dos criaturas sencillas que van buscando una felicidad desconocida. Yo sé todos los engaños que va diciéndoles el corazón.

¿Por qué la rubita aquella ha colocado una flor del prado entre sus poéticos cabellos? Porque el castaño se viste de hojarasca, porque la repugnante crisálida se ha convertido en pintada mariposa.

Hijo mío! La existencia toda se encierra en esta frase; revelad á la familia el santo engaño del amor mediante el cual aquella se forma; revelad al mundo los mil engaños, ya generosos, ya cándidos, de las pasiones y de las necesidades que lo sostienen; ¿y qué queda?

Hijo mío!



VI

Había fantaseado bastante; el pensamiento volvía á mi casita; allí me esperaba un corazón de mujer lleno de aquella ilusión tan tierna para el mío y mis pasos presurosos me llevaron á donde corría ya mi pensamiento.

Volví á ver al pasar la procesión de las hormigas que se dibujaba como un hilo negro sobre la brillante arena, la acacia discreta, el chopo tembloroso, el enorme castaño y después, como era mi destino que siendo tan feliz había de causar una aflicción á mi prójimo, volví á ver al vecino del segundo piso, el cual tornaba á su casa con su invariable paso. ¿Qué me importa? Probablemente me mandó al diablo, pero yo no fuí; le pasé delante, enfilé la puerta antes que él y subí los escalones de cuatro en cuatro sin detenerme hasta el último descenso, donde á la verdad me paré rendido á tomar aliento.

Mientras alargaba la mano para tirar de la campanilla, un pensamiento terrible vino á cortarme las alas de oro que sentía en la espalda: «Si no fuese cierto, si hubiese pasado por un sueño seductor...»—De repente la puerta se abre; era Evangelina misma, mi Evangelina que se había levantado y me había visto venir, Evangelina en quien fijaba yo los ojos llenos de sospechas é inquietudes...

—¿Sabes?—me dijo esquivando mi mirada con cierto embarazo—¿sabes?... no era cierto.

Pero la sonrisa que ya había asomado á mi cara pedía misericordia, la pobrecilla la tuvo y me abrazó diciéndome que me quería castigar por haber estado tanto tiempo fuera de casa; pero que me perdonaba, asegurándome que todo seguía muy bien.

—¿Qué has hecho hasta ahora?—le pregunté.

¡Tantas cosas había hecho en una hora y cuarto (porque había pasado hora y cuarto ó más bien una hora y veinte minutos, y tuve que convenir en ello para no dejar por embustero á nuestro único péndulo) ¡había hecho tantas cosas! Primero se había levantado de la cama, después se había vestido, había puesto en orden el cuarto y había tenido ganas de tomar una limonada.

—¿Has bebido?

No había bebido porque le faltaba azúcar y no tenía limón.

—Debías haber mandado á comprarlo...—exclamé; —debías....

Pero Evangelina me interrumpe:

—Debía tener juicio y trocar ese deseo por otro.

—¿Y cuál?

—El de darte un beso—me contestó;—y ahora cumplo este deseo; es lícito porque no cuesta nada. ¡No somos ricos!

—¡Lo sé!—exclamé—la culpa es mía.

—Y de los dos—rectificó Evangelina riéndose.

—De ningún modo—añadí riendo también.—La culpa es de mi primer cliente que no sabe resolverse á litigar; llegado el primero, los otros seguirán y ya verás.

—Veremos—dijo Evangelina hablando por sí y por su hijo.

—Sin embargo—insistí—una limonada no es un río

y no puede inundar una casa tan fuerte como ésta... Y luégo... si nuestra criaturita viniese al mundo con la cara color de limón...

—¡Majaderías!...—me dijo Evangelina con gravedad; —los médicos aseguran que esos llamados antojos no dependen tanto del deseo sentido como de las manías de ciertas madres tontas que se meten en la cabeza este despropósito. La *gestación*....

Miraba yo á mi mujer con la boca abierta.

—¿Qué médicos?—le interrumpí.

Quiso decirme una mentira, pero no lo consiguió y confesó de plano. Entre las mil cosas que había hecho en la hora y cuarto de mi ausencia, una era que, con un valor sin igual, se había encaramado por la escalera de mano, había tomado del último estante de mi librería un tomo en folio que trataba de obstetricia, y dando grandes y peligrosos saltos podía afirmar que lo había leído todo.

Agradecí á la Providencia que en aquellos saltos le hubiese evitado una caída en cierto capítulo que habla de ciertos hierros y de su uso, con un lenguaje capaz de producir escalofríos.

Después de confesar su pecado, me descubrió también su propósito de leer con mayor espacio, sin perder una sílaba; pero yo le rogué tanto que renunciase á esta idea que cedió y me puso en las manos el grueso volumen. Más tarde lo encerré con llave en mi mesa como á un criminal.

Aquel día después de esta memorable mañana de mayo, vino mi suegro del campo; le habíamos anunciado la estrepitosa noticia y dió al diablo sus crías de gusanos para traernos los consejos de su experiencia.

Á su modo de ver *debía ser* un varón, un ingeniero alto y robusto, moreno, con la barba negra, lleno de ingenio; no pretendía que se le pareciese en la nariz ni en los ojos, porque confesaba que en cuanto á nariz y

ojos se podía hacer algo mejor; pero si por acaso... era así... no estaría descontento, ni mucho menos.

Cuando mi Evangelina oyó hablar de la barba negra de su hijo, comenzó á reir y tuvo para rato.

Por la noche, sin embargo, me preguntó muy seria:

—¿Es forzoso que sea varón?

—Tanto como forzoso, no...

Y no añadí nada más por temor de ofender á mi hija si por acaso lo fuese.

Respecto al parecido no estaba acorde con mi suegro; á mi chiquitín le quería yo rubio y rizado, blanco, á lo menos hasta la edad en que pudiese usar patillas y sombrero; mi mujer era de mi opinión.

En cuanto al ingenio, si daba crédito á la estadística, debía estar contento, porque de las cuentas resultaba que mi hijo debía nacer en Enero y este parece ser el mes en que vienen al mundo las mayores inteligencias de la humanidad.

Verdaderamente el caso parecióme extraño, cuando lo supe por vez primera; pero entonces mi hijo no estaba concebido y podía burlarme de la estadística.

Ahora ya no me permitía tales bromas, como ustedes comprenderán.

Muchas cosas había leído que volvían á mi memoria y andaba leyendo otras muchas cada día sobre la influencia directa ó indirecta que los hombres y las cosas ejercen en las criaturas *non natas*.

El examen de la influencia directa me dejaba contento; ni yo, ni mi padre, ni mi abuelo estábamos sujetos á ciertas enfermedades que se llaman hereditarias; lo mismo podía decir Evangelina, así es que nuestro hijo podía regocijarse de que no le tocaría en herencia enfermedad alguna en lugar del dinero que no teníamos.

En cuanto á las influencias indirectas, no pude resistir á la tentación de traerme una favorable á mi casa. Cuando leo en un libro serio que las mujeres griegas

de hoy tienen ojos grandes y bellas formas gracias á Fidias y á Praxiteles, y que el tipo griego se ha conservado en virtud del arte helénico; cuando se ha leído esto y algo más, á un pobre padre en ciernes no le queda escape. Hay que entrar en seguida en relaciones con las bellas artes. Así lo hice yo de la manera más económica posible. Compré dos copias de obras maestras, dos muchachos de yeso, desnudos, gorditos, redondos, como dos amores; era verdaderamente la misma personita en dos momentos diversos del día; en uno riéndose porque había cogido un pajarito, en el otro lloraba porque se le había escapado. Hice reir á mi niño de yeso en el cuarto de dormir: lo dejé llorar en el salón; de suerte que en cualquier hora del día, bien que despertase de la siestecita, bien que trabajase cosiendo fajas ó recibiese á sus amigas, ó leyese en el hueco de la ventana, mi Evangelina debía tener siempre ante los ojos aquel clásico modelo.

Pasaban los días, las semanas, los meses.

La gran amenaza que yo había creído hacer por broma á mi mujer, se iba cumpliendo, y me parecía ahora que superaría á la predicción. Mi mujer consolada lo mejor posible por su modista, se resignaba.

Comencé yo también á esperar que mi hijo fuese varón, puesto que debía ser un coloso.

Naturalmente, no decía nada á mi Evangelina; mirando con recelo las camisitas que preparaba tan complacida, me parecían excesivamente pequeñas; pero me callé.

Un día, sin embargo, cogí ocultamente uno de esos indumentos minúsculos é intenté medirlo en el muchacho de yeso que reía. La empresa no era facil pero la logré. Mi estatuíta hacía una figura caprichosa, ataviada de esta suerte, y no quise privar á mi mujer de tan curioso espectáculo. Vino y se rió conmigo y entonces aproveché con disimulo la ocasión de hacer-

le notar que la camisita parecía un poco estrecha.

—Para la estatua—dijo Evangelina;—pero para *él* será quizá demasiado ancha, la he sacado más grande que el modelo.

—Será gordo—observé bromeando.

—Será como debe ser—repuso resignada.





VII

Nuestro hijo vivía antes de nacer; nos consolaba, nos hacía mejores, educando nuestra mente y nuestro corazón.

Por él aprendió mi mujer, cómo, aun cuando pueda parecer lo contrario, está fría y sombría la casa en que no se encienden los hornillos, donde no se consuma el sacrificio del pan y del vino en el almuerzo, en la comida y también en la cena. Y fué por él por quien aprendí á reforzar mis bagajes científicos sin desesperar de la clientela que no venía.

Era sabio, docto, agudo, indulgente y severo; encontraba todos los caminos para llegar á nuestro corazón prestando un pensamiento oculto á cada cosa, iluminaba nuestra mente hasta poderla leer y profundizar; él nos volvió atentos á la vida palpitante, á nuestro lado; nos infundía piedad, paciencia y resignación, y á su tiempo, también valor, fuerza y audacia. Y me volvió humilde y soberbio, como debe ser el hombre

que piensa y siente; hablándonos de él mismo, obligándonos á fingírnoslo imaginariamente de mil maneras, en las diversas edades, á adivinar sus necesidades futuras, se descubrieron mil ocultos rincones donde se hallan las verdades pequeñas dadas al hombre en la vida; y nos hizo buscadores ansiosos de la gran verdad que se oculta. Sí, nuestro hijo vivía antes de nacer; jamás amigo ni pariente había penetrado tan adentro del alma como aquel *non nato*.

Lo esperábamos pacientes con la emoción con que esperaríamos al amigo muerto al que le fuese concedido volver al mundo.

El único que no podía esperar con tranquilidad era mi suegro.

En los primeros días de Enero se dejó caer en casa, diciendo:

—Ha de llegar hoy ó mañana porque yo no tengo tiempo que perder.

Hablaba de su nietecito, el cual, por obediencia, á la mañana siguiente anunció á mi pobre Evangelina su llegada.

Empezó en casa un silencioso desorden. Evangelina comenzó por llorar porque tenía miedo, después supo dominarse, y yo la miré asombrado ir y venir por la casa como una heroína.

Yo había casi perdido la cabeza; mi suegro sin el *casi:* por completo; andaba arriba y abajo por el cuarto tocando las fajas, las camisitas, los pañales, sin hacer nada y creyendo que era un auxiliar poderosísimo. Llegó la comadre, llegó una buena amiga, llegó el médico que debía permanecer con nosotros en el salón.

Parecióme después de aquel ir y venir que un silencio profundo llenaba nuestra casa; estaba como desmemoriado; mi suegro se me ponía delante á cada momento, me miraba de hito á hito sin decirme nada; yo no apartaba la medrosa mirada del doctor, el cual,

indiferente y tranquilo, leía un libro que había hallado sobre la mesa.

Pero cuando de la puerta entreabierta nos llegó un gemido desgarrador, yo me quedé tan pálido y mi suegro tan colorado, que el médico se levantó, nos tomó el pulso á entrambos con sencillez, sin darse importancia, y nos rogó que nos fuésemos á pasear durante un cuarto de hora.

—¿Qué hacen ustedes aquí entre tanto?

Á nosotros nos pareció que hacíamos mucho, pero en verdad no hacíamos nada; el médico se expresó más claro diciendo: «Que si ocurría necesitarle, nosotros sólo serviríamos de estorbo.»

—¿Pero no ocurrirá?—pregunté.

—No ocurrirá de fijo; pero déjennos libres... váyanse.

Nos fuimos como dos colegiales despedidos por el señor maestro.

Ya en la calle nos detuvimos instintivamente entrambos, mi suegro y yo, para escuchar si por acaso oíamos uno de aquellos gemidos que nos habían llegado al corazón. Si lo hubiésemos oído, hubiésemos vuelto atrás de fijo. Pero no se oía nada. Seguimos.

Mi suegro enfiló su brazo derecho por el mío y al sentir que mi corazón latía fuertemente, comenzó á consolarse á su manera.

—Será un varón—me dijo.

No le contesté; pero aceleré el paso hacia los baluartes.

El campo estaba desolado, los castaños desnudos y cubiertos de nieve, las arenas de los andenes endurecidas por el hielo. No veía ya ni los bellos frutos ni las hormigas hacendosas; hacía un frío rígido que tenía ocultas todas las criaturas; sólo algún gorrión hambriento saltaba aquí y allá.

Á una revuelta conocida ví de nuevo la acacia que

me había entretenido; dirigí la mirada entre sus ramas buscando el nido...; no estaba; sin duda después de haber dado calor á la familia alada, había causado la felicidad de un chicuelo.

¡Con qué distinta mirada veía todas aquellas cosas! Mi Evangelina sufría cruelmente y casi hubiese yo renunciado á una felicidad que debía costarle tantos dolores. Mi suegro después de haberme animado diez veces, diciéndome:—¡Será varón!—sintió un instante de gran desaliento, y me dijo como hablándose á sí mismo:—¡Si no fuese varón!

Pero yo sonreí pensando que, por fortuna, si no era varón sería hembra.

De allí á un rato, el abuelo impaciente volvió la espalda, y me dijo:

—Vamos, á esta hora ya habrá nacido.

Sentí una emoción dulcísima.

Anduvimos á paso ligero, como si en efecto nos esperasen.

Al entrar en el zaguán de mi casa nos miramos; nadie nos esperaba allí para decirnos con una mirada nuestra dicha. La portera atendía á sus faenas domésticas en el cuarto y apenas se asomó á mirarnos.

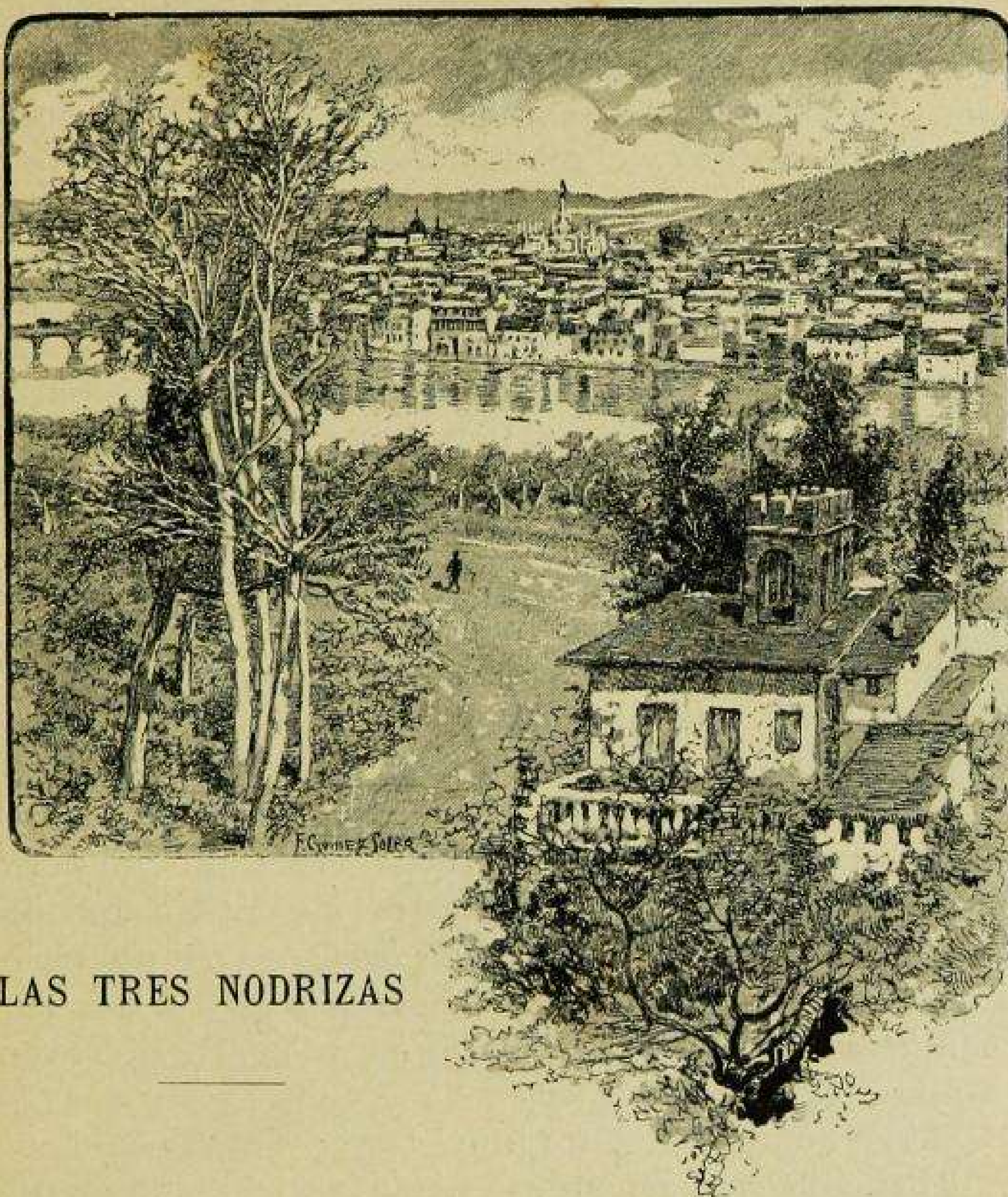
Me pareció que debía estar enterada de todo. Pero ¡la desgraciada! nada sabía.

Y los ví salir de las profundas sombras en que se ocultaban, los cien adversarios crueles é impotentes de toda humana felicidad: terrores, sospechas, temores de horribles desgracias...

Me puse á correr, asalté las escaleras; pero á poco me detuve, arrojándome anhelante en los brazos de mi suegro.

Había oído aquel grito, que es una nota del paraíso, la vocecilla que es una música, el llanto que es una caricia.

LAS TRES NODRIZAS



LAS TRES NODRIZAS

I

En aquella solemne ocasión mi suegro perdió la cabeza por completo; apenas oyó el grito del recién nacido, sujetándome por un brazo, me miró con ojos extraviados; después pasó, dejándome atrás, como si yo fuese un padre rebelde y me negase á reconocer mi prole.

Llegué de esta suerte sin prepararme á la dicha al umbral de nuestro amor; allí mi suegro me quiso inducir á esperarle un momento, mientras él, valido

de su experiencia de abuelo, iba á indagar el sexo; pero con el ruido que hicimos, nos habían oído dentro, la puerta se abrió y el médico asomándose dijo en voz baja:

—Silencio... es un varón!

Quise cruzar el umbral, pero mi suegro, siempre irregular en la manifestación de sus sentimientos, se colgó de mi cuello á pretexto de un abrazo y por poco me asfixia; después me dejó y me repitió en voz baja:

—Silencio... es un hermoso varón!

Entramos.

Mi pobre Evangelina apenas me vió, sonrió desde su cama alargando una mano hacia mí; corrí á ella, la besé en la frente, murmuré á su oído ciertas extrañas palabras que los dos tan sólo entendíamos; pero al propio tiempo recorría la sala con mirada indagadora sin perder de vista á mi suegro, un poco por celos de que se apoderase de mi criaturita antes que yo, pero sobre todo por temor de que en su entusiasmo de abuelo, hiciese una de *pópulo bárbaro* con un beso enorme ó con una caricia desmesurada. ¡Yo sí que me sentía con vocación y adivinaba en mí el arte de llevar á mi hijo en brazos!

¿Pero dónde estaba mi hijo?

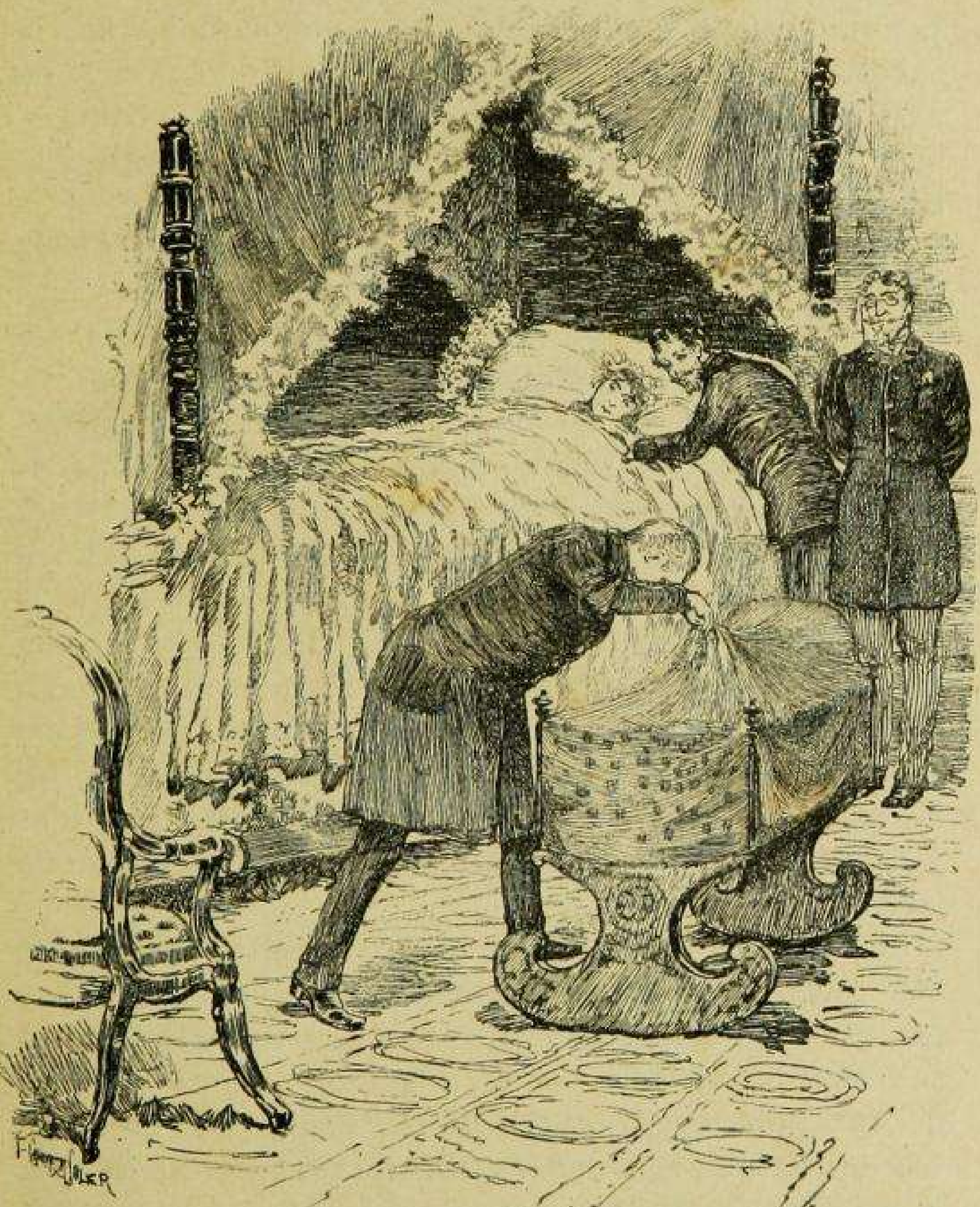
El abuelo, impaciente, se había acercado de puntillas á la cuna nueva y tiraba con mil precauciones de una punta del cortinaje de batista. Evangelina lo miraba sonriendo con malicia; tenían la misma sonrisa de complicidad el médico y más aún la señora Gertrudis.

—Dónde?—pregunté en voz baja.

Evangelina volvió hacia mí sus ojos llenos de amor y levantando un poquito la sábana me enseñó á su lado un cuerpecito minúsculo encerrado en una faja blanquísima, con una carita rosada escondida entre los encajes de una gorra demasiado ancha.

Lo reconocí: era él, mi hijo!

Apenas sintió penetrar bajo la sábana el aire más fresco del cuarto, abrió los ojos. Lo llamé por su nom-



bre «¡Augusto!» y me miró sin asombro; creció mi audacia, alargué la mano y sentí bajo mi dedo la mitad de la mejilla suave y aterciopelada. Mi hijo fué

bueno; soportó la caricia sin gritar y yo inferí al instante que debía tener índole paciente y resignada.

No me saciaba de mirarlo; era tan bello! Cuando por fin levanté la cabeza dejando caer de mal grado la sábana, bajo la cual desaparecía mi hijo como si no existiese, ví enfrente de mí, al otro lado de la cama, á su abuelo, todo ojos y boca para mirar y reir á la callada.

—¿Lo has contemplado bastante?—me dijo.—Ahora dámelo, que lo goce yo también.

Y como no le cumplí el deseo y daba la vuelta á la cama para decirle que nuestro Augusto estaba perfectamente al calor de su madre y que era mejor dejárselo, él alargó los brazos, y con una gracia capaz de hacer llorar los mármoles, cogió á mi pobre criatura y la tomó en sus brazos. Cuando llegué á su lado ya tenía él su presa y andaba de aquí para allá, por la sala, nada dispuesto á cedérmela. Primero le miré con un poco de terror, después le fuí siguiendo como un mendigo, y por último, viendo que mi hijo se dejaba robar sin llanto, me detuve cerca de la cama de mi Evangelina, tomé una de sus manos entre las mías y sonreí también con ella, con el médico y con doña Gertrudis.

La cosa fué bien mientras mi suegro se contentó con mirar al nietecito, con llamarle «joya, amor» y por el estilo, con sonreirle, mecerlo pausadamente en sus brazos, alisarle las mejillas con la punta de los dedos; pero cuando vencido por el encanto de aquellos ojitos que le miraban asombrados, seducido por la sonrisa que pretendia ver sobre aquellos labios de rosa, quiso darle un beso, entonces mi hijo le dió á entender con un grito que estremecía, que no le gustaban los besos de la gente barbuda. Acudí en seguida á protegerlo temiendo que mi suegro volviese á empezar; pero el pobre hombre estaba contrito y no sa-

bía qué hacer para inducir al pobre disgustado á que callase.

—Dámelo—le dije solemnemente.

Y no se lo dije, pero le dí á entender que con su papá callaría al instante.

—Dámelo—insistí.

Me miró con aire burlón, y me lo dió.

¿Fué aquello una especie de milagro? No quisiera envanecerme, pero mi hijo calló de repente, abrió los ojos y los fijó extático en mi cara. Comprendí muy bien que el pobre abuelo debía estar mortificado; pero no veía nada, no quería ver nada en aquel momento, más que los ojillos de mi criaturita.

Una carcajada me sacó de mi contemplación: no me moví sin embargo: era el abuelo que se vengaba. Pero se rió también el médico, rió Evangelina y por fin la señora doña Gertrudis; entonces alcé los ojos.

—Mírate en el espejo—dijo mi suegro.

Tenía á mi lado el tocador de mi mujer y me bastó volver la cabeza para sentir yo también la tentación de reir. Nunca hubiese creído que existiese más de una manera de llevar en brazos la propia prole primogénita, ni que hubiese una más ridícula que otra. Esta precisamente había yo escogido y no me paro á describirla por lo imposible, como todas las cosas divinas.

¡Qué importa! mi hijo me miraba y me sonreía—juro que me sonreía—y yo era el padre más feliz de todo el estado civil. Por no cometer también el despropósito de hacer llorar á mi propia sangre con un beso, y por no renunciar á mis derechos, estuve tentado de arrancarme las barbas delante de todos ó de hacérmelas arrancar por mi suegro; pero encontré mejor otra cosa que asemejaba al beso real y verdadero. Con infinitas precauciones logré acercar á la carita de Augusto todo lo que en mi cara estaba casi liso.

Bien sea que el contacto le recordase la sensación

más dulce de su vida pasada, bien sea que mi nariz le revelase las primeras dulzuras que le esperaban en la vida extrauterina, de todos modos *el hecho es*, como decimos los abogados, que mi hijo halló aquel abrazo paterno muy de su gusto. Y desafío á cualquiera á que me pruebe lo contrario.

La parte adversa aquel día era mi suegro, el cual porque á Augusto no sólo le complacía el contacto de mi nariz sino que la había estrechado con su boquita y movía la cabecita mordiendo fuerte, pretendía que aquellas demostraciones iban dirigidas á otra cosa y no al vanidoso padre.

Yo le dejaba decir.

—Te toma por su nodriza—insistió mi suegro—y es de compadecer porque no tiene práctica. Mi Evangelina, apenas nació, también hacía lo mismo.

Miré á mi pálida compañera que sonreía en su cama, luégo á la nariz de mi suegro y bajé resueltamente la cabeza, diciendo:

—No puede ser.

Los hice reir á todos. Por fin la señora D.ª Gertrudis, la cual andaba de puntillas de un lado para otro haciendo mil cosas, primero se detuvo para reir, después vino á tomarme de los brazos mi criatura con toda la gravedad de colaboratriz.

—Señora, no—le dije, usando por primera vez de mis derechos de padre: —quiero tenerlo y lo tengo. Ríanse ustedes cuanto quieran si tienen gana.

Entonces aquella excelente mujer fué á buscar un vaso de agua tibia bien azucarada, me indicó que me sentase delante de un velador, depositó el vaso y sumergió en el agua una muñeca de trapo que me puso en la mano, diciendo:

—Déselo usted á chupar.

La miraba aturdido de su desenvoltura; cuando comprendí de qué se trataba, me senté, acomodé ma-

lamente á mi hijo sobre el brazo izquierdo y con la mano libre comencé mi oficio de nodriza.

La comida fué larga; cada vez que debía sumergir el chupador en el agua azucarada miraba en torno con admiración: ¡qué apetito! Y uno á uno repetían todos:
—¡Qué apetito!.... ¡y qué ama!



Mi suegro vino á colocarse detrás de mi silla, apoyó tranquilamente los codos en el respaldo y estuvo un rato sin hablar; se contentaba con hacer señas á mi hijo, gestos y ciertas sonrisitas sin gracia que le eran propias: por fin, cuando Augusto demostró que tenía bastante, le dijo:

—¿Sabes, tragonzuelo, que tú chupas como maestro? ¿Quién te ha enseñado á chupar así? No ha sido mamá de fijo... ¿pues quién ha sido? Es increíble cómo

sin un curso regular de estudios, un hombre mortal aunque fuese un gran talento como tú, pueda venir al mundo para asombrar á su abuelo con su propia doctrina. Con que, ¿quién te ha enseñado á chupar así? Lo comprendo, lo comprendo... no me digas más: ¡es un secreto!

Mi hijo aprovechó aquel permiso, cerró los ojitos, dobló la cabeza para sentir el calor de mi pecho y se durmió. Entonces, como hombre seguro de lo que hace, anuncié al incrédulo abuelo que Augusto estaba con los ángeles y lo fuí á depositar con grandes precauciones al lado de mamá.

II

El oficio de primer ama de mi hijo duró dos días enteros y lo llené escrupulosamente por mi parte hasta última hora, disputándolo á mi suegro que reclamaba á su vez alguna parte en la tarea.

El tercer día á la hora del desayuno, cuando yo, reloj en mano, me aproximé á la cabecera del lecho para anunciar á mi hijo que estaba servida la mesa, ¿qué fué lo que ví?... Miré conmovido, y alargué los brazos en que se arrojó mi suegro delirante: ví á nuestro angelito suspendido del seno de su madre, la cual, sonriendo, miraba ora á nosotros ora á él. Estuvimos un rato en contemplación ante aquel amoroso espectáculo, sin temor de enojar al mamón que apenas, apenas, se había dignado levantar la cabeza para pedir sus excusas á su primera ama por la licencia que se tomaba.

Extático delante de aquel cuadro, casi no advertí que mi suegro salía de mis brazos como había entrado. Se fué á buscar el velador, lo escondió en un rincón, puso el vaso de agua en su sitio y en todo este arreglo, ligero y gozoso, me dejaba comprender: «estos enseres ya no servirán de nada y me complazco en ello.»

¡Pobre hombre! estaba celoso. Hacía tiempo que lo había notado, no podía resignarse. Le parecía imposible

que mi hijo, la sangre de su hija, debiera pertenecerme más que á él. Yo me mostraba muy complaciente con él, pero abusaba. Y cuando me las jugaba más gordas lo conjuraba, bromeando, para que tuviese consideración á mi estado de *parto;* entonces él levantaba las manos al techo en cómica actitud; pero no me hacía reir porque casi casi me decía que yo no había entrado por nada en todo aquello y que mi hijo se había hecho á sí mismo.

Hallé medio de hacerle arrepentir de aquella burla feroz; fingí que tomaba por lo serio cuánto decía para denigrar mi paternidad, hasta llegué á exagerar y acabé de esta suerte:

—Nosotros llegamos á padres á buen precio; nuestros hijos nos pertenecen por la parte que sus madres nos quieren ceder; mi hijo, convengo en ello, es más de Evangelina que mío, como Evangelina es más de su buena madre que tuya.

Entonces quiso mi suegro interponer tal y cual distingo á modo de abogado, para probarme que las hijas son otra cosa.

—Pues ¿qué son?—insistí.

—Pues, son otro cantar — balbuceó. Pero no supo decir más.

Había venido por dos días tan sólo, transcurrieron tres y no se movía; le esperaban en vano mil negocios; no sabía separarse del nietecito.

Por fin el médico declaró que todo seguía muy bien, que Augusto estaba á maravilla, y la parida fuera de peligro; decretó un régimen riguroso y no volvió.

La señora D.ª Gertrudis todavía vino algunos días para dar lecciones á mi Evangelina, la cual hacía prodigios de inteligencia y buena voluntad y se iba haciendo á nuestros ojos una madrecita perfecta.

Al fin también se marchó la buena señora; todos, menos mi suegro; había echado raíces. Pensaba á me-

nudo en sus negocios y decía:—¿Quién sabe cómo andará todo? ¡Sin mí, alguna diablura ocurrirá de fijo! Saldré mañana; ¡no digáis que me quede, porque será inútil!

Pero al día siguiente nosotros volvíamos impertérritos al asalto:—Quédate hoy, tan sólo hoy.—Y el pobre hombre se quedaba aquel día y tampoco se marchaba al siguiente.

La mañana del viernes que había asegurado que nos dejaba sin remisión, despertó de mal humor. Era de compadecer, todo caía sobre él aquella desdichada mañana.

Consideren ustedes que la maleta, no se sabe cómo, se había reducido; la poca ropa que de Monza á Milán había viajado cómodamente no debía gozar igual fortuna de Milán á Monza. Cuando mi suegro, perdida ya la paciencia, intentaba apresurado y furioso colocar encima lo que antes colocó debajo y luégo por vigésima vez cerraba la tapa de la maleta y se arrodillaba sobre ella, levantando las manos al cielo, habría hecho ablandar los mármoles; pero la maleta era inexorable. Faltaban siempre dos dedos cumplidos para poderla cerrar.

—Esto es una brujería—decía entonces entre dientes—una perfidia; el caso es que toda esta ropa ha venido de Monza, ¿por qué ahora no quiere volver á casa?

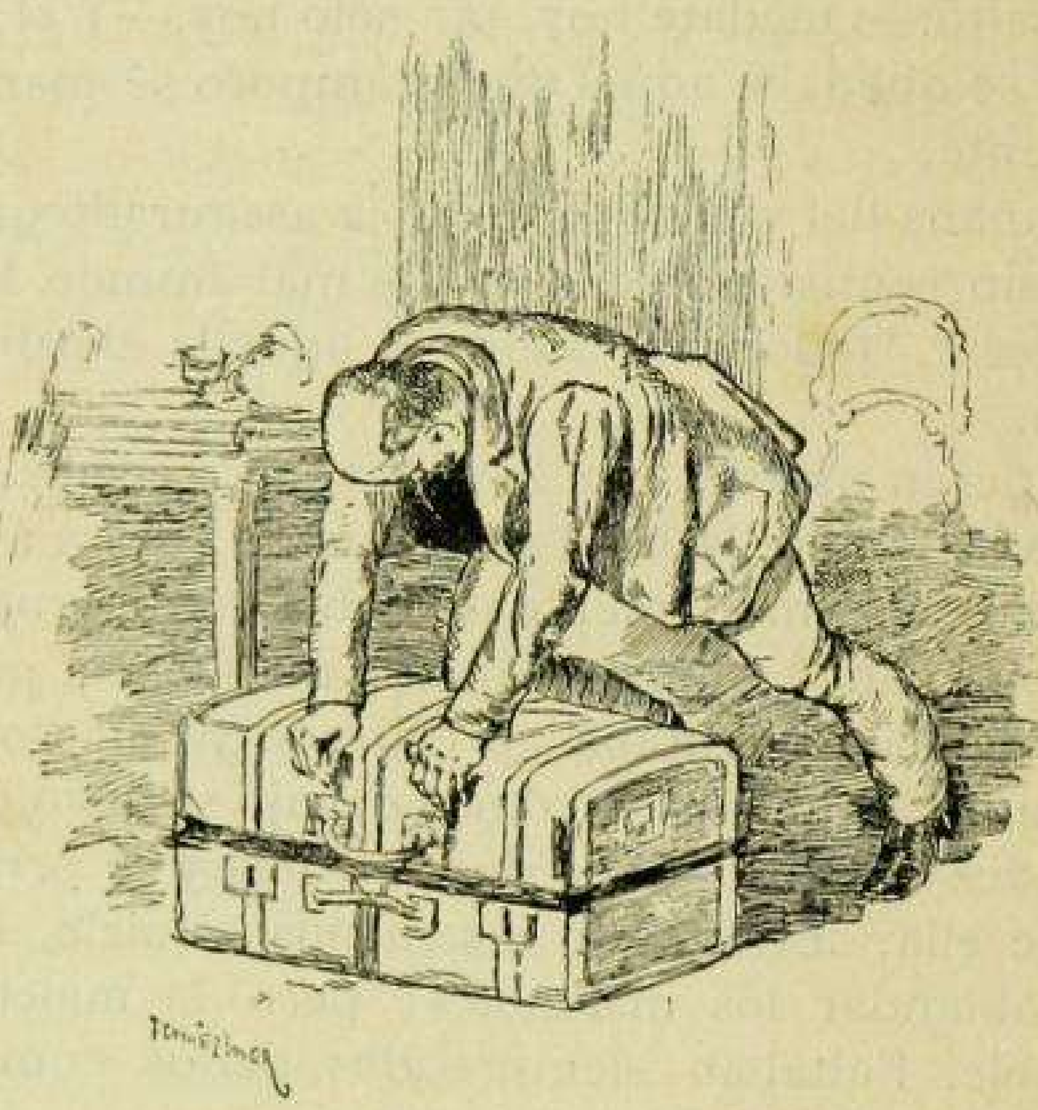
Evangelina, que en esto se había levantado de la cama, acudió sonriendo á presenciar aquella escena; llevaba en brazos al chiquitín y se puso á mi lado sin hacer ruido.

—Vuelta á empezar—añadía mi suegro, con la calma de la desesperación.—Probemos si dejando estas desgraciadas camisas para lo último; para rellenar los huecos haremos servir estos calzones de los demonios... ¡Ángel hermoso, joya, amor, tesoro mío!

El pobre abuelo había notado, al fin, la presencia de

mi Evangelina, se puso en pié y dió un empellón á la maleta para hacer una caricia á Augusto.

Su fisonomía se transformó; habíanse desplegado las arrugas de su frente y su mirada era dulce. ¿Dón-



de había encontrado aquella bondadosa sonrisa? ¿Quién le había dado aquella gozosa tranquilidad? Mi hijo.

Cuando hubo prodigado nombres y caricias á Augusto, sin lograr que saliese de su olímpica indiferencia, volvió á los preparativos del viaje.

—Ven aquí—decía, colocándose de manera que no perdiese de vista al niño y hablando ya á la maleta, ya al nieto—ven aquí, bribona; me has hecho desesperar bastante. Veamos, ¿qué te incomoda? ¿son estos zapatos en mal hora?... ¡Querido!... ¿quieres á tu abuelo? ¿Sí?... toma un beso... ¿Y tú, testaruda? ya me canso, si no te arreglas te planto y me voy sin ti á Monza. ¿Eso es lo que tú quieres, andrajosa, mal-

dita?... ¡Ah! ahora te dejarás cerrar, me parece; ¿te dejarás cerrar?

Así diciendo cayó de rodillas por la vigésima vez; esperaba que aún se rebelase la maleta, pero por el contrario se dejó cerrar, y él, que no estaba preparado al nuevo capricho de su maleta, me pareció en verdad más desconsolado.—Vaya; el abuelito se va!—dijo levantándose suspirando y haciendo otra caricia al niño;—¿sabes que se marcha el abuelo?

No habían terminado las contrariedades de mi suegro:—Era viernes.... y todo se podía esperar.... ya lo decía él.

Baste decir que cuando la maleta se dejaba cerrar mi suegro advirtió con nuevo terror (era el desorden en persona), que iba á marcharse sin corbata. Recorrió todo el cuarto en busca de aquel bribón pedacito de tela que sabe Dios dónde se había escondido y *naturalmente* (este adverbio pertenece á mi suegro), y naturalmente no se encontró nada.

En cuántos sitios imposibles puede un hombre de juicio buscar una corbata que se oculta! No tendría idea de ello, si no hubiese visto á aquel buen hombre levantar la tapa del azucarero con la esperanza de que un prestidigitador invisible hubiese querido jugarle esta broma.

Por fin Evangelina tuvo una idea luminosa.

—¡La habrás encerrado equivocadamente en la maleta!

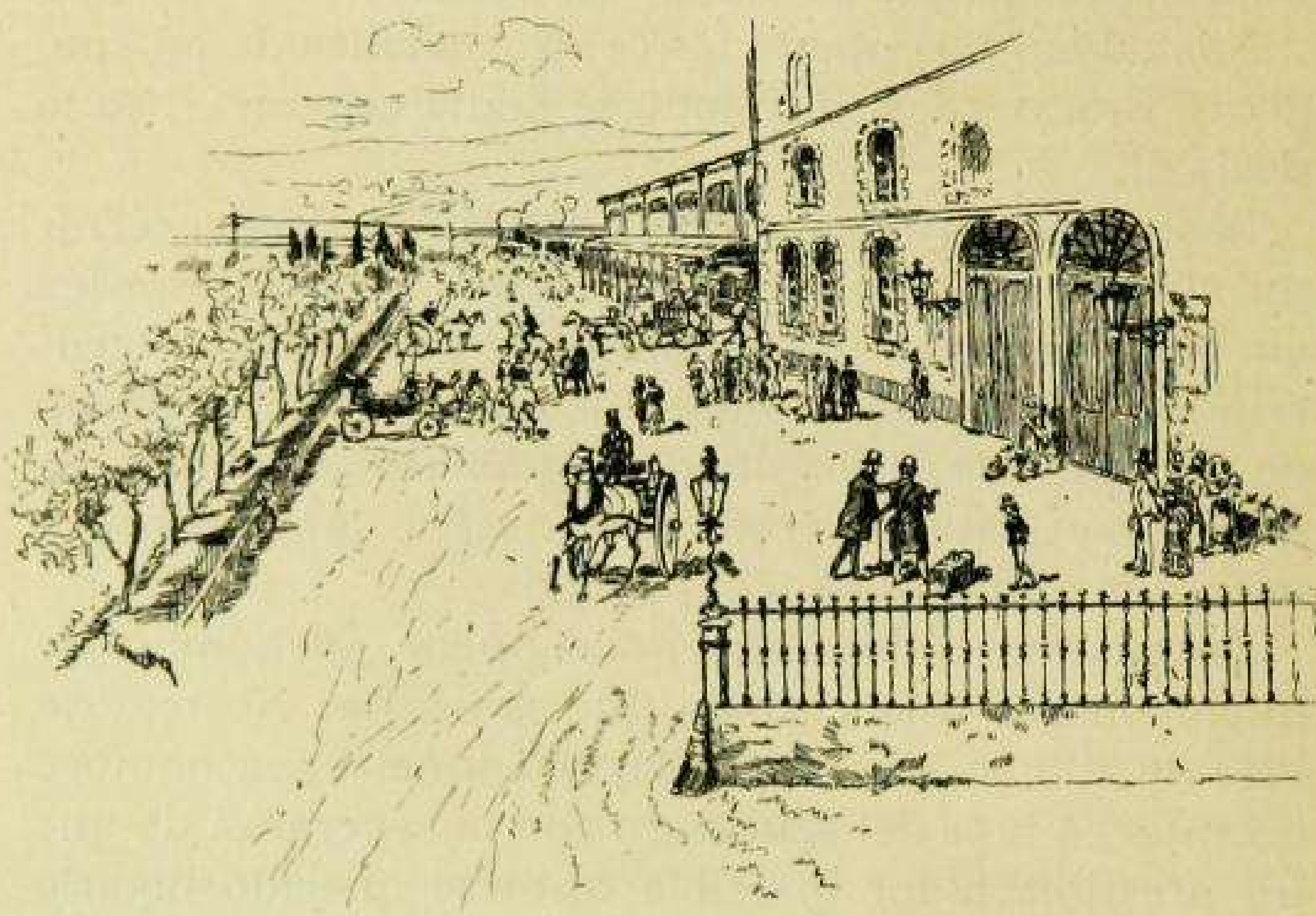
Aquello fué un relámpago en la oscuridad; sí, señores, la corbata estaba en la maleta, la cual en penitencia de aquella última burla recibió de su amo otro puntapié; no andaba muy necesitada de ello para cumplir los días designados en este pícaro mundo á una maleta.

Pero no debían terminar aún las contrariedades de mi suegro—no en vano era viernes... debía presumirlo; (siempre según él).

La partida del tren estaba fijada en el horario para las once y media; bastaba salir de casa á las once para llegar á tiempo á la estación sin fatigarse; pero cuando nuestro infalible reloj de mesa señalaba los tres cuartos, el reloj de bolsillo de mi suegro marcaba poco más de la media, y también era infalible.

¿Á cuál dar crédito?

—Mi reloj está en regla—murmuró el pobre viajero;



esa carraca vuestra me quiere despedir diez minutos antes de la hora.

—Si tuviese conciencia y entendimiento—comenzó á decir Evangelina pidiendo excusa con una mirada á nuestro único reloj—si tuviese conciencia y entendimiento, diría lo contrario. Pero señala la hora de Roma y el tuyo señala la de Monza.

—Y como yo voy á Monza y no á Roma, tiene razón el mío.

—Ya lo creo; tiene razón que le sobra—exclamé yo riendo.

—Tiene razón que le sobra—repuso mi suegro.

Ninguna tenía y el obstinado viajero llegó á la estación á tiempo de ver cómo le cerraban en su cara el despacho de billetes.

Con gran admiración mía tomó la cosa alegremente.

—Al fin de cuentas—dijo con inacostumbrada tranquilidad—tiene razón que le sobra; es mejor que no me marche hoy; es viernes.

—Lo menos que te pudiese ocurrir—interrumpí riendo—que la locomotora saltase de los rails y se largase por los campos milaneses amenazando las piernas de los morales poco listos para separarse y dejarla pasar.

Mi suegro no se daba aires de viajero burlado, como quien ha perdido el tren y se vuelve á casa con la maleta; parecía por el contrario que acababa de llegar, andaba listo y fué el primero á pasar bajo los ojos de los aduaneros, los cuales se contentaron con tomar en la mano la maleta y repesarla para darse tiempo de leer en el semblante del pobre hombre el candor de su conciencia, después de lo cual nos dejaron pasar.

—Me la han jugado buena!—exclamó el pobrecillo.

—Todas te saldrán bien si permaneces una semana aún con nosotros y si quieres tener en la pila á nuestro Augusto.

En aquel momento mi suegro no contestó, pero cuando vió de nuevo á su nietecillo y otra vez oyó su vocecita llorosa, tiró á un rincón maleta y gabán, quitándose los guantes y soplándose los dedos para calentarlos:

—Epaminondas mío—me dijo—una semana no, no puedo; tengo mil quehaceres en Monza, no puedo, te lo aseguro; pero si quieres que bautice á tu hijo te lo bautizaré el domingo, palabra de cristiano bautizado.

—¡Bravo! papá—exclamó la pálida madrecita—bravo, bravo! La tía Simplicia me ha escrito há poco que

está curada y dispuesta á venir de Pavía para hacer de madrina.

—Le pondremos un telégrama para que venga al instante—añadí.

Mi suegro no decía nada; se había calentado los dedos para poder acariciar al niño sin hacerle estremecer y no pensaba en otra cosa; para él el bautizo era sólo un pretexto para quedarse.

Cuando creía que aquella solemne ceremonia debía cumplirse sin él, únicamente y con la tía Simplicia, soltaba cada herejía, haciendo del agua bendita manantial de constipados. Ahora no; el bautismo, hablando con franqueza, era una gran cosa.

Y quiso que se hiciese con solemnidad, invitando á los amigos á comer confites: él pagaba.



III

La tía Simplicia llegó el domingo por la mañana; advertí al instante que había tomado por lo serio su papel de madrina; no era una tía como otra cualquiera, no, ni siquiera era una mujer, era una corporación religiosa, una misión, y en su diminuta maleta parecía traer toda la fe cristiana.

La tía Simplicia había deseado una hembra y mi suegro lo sabía; para él este deseo constituía delito y estaba poco dispuesto á perdonar: pero cuando oyó á la madrina poner al cielo por testigo de que Augusto era el vivo retrato de su abuelo, entonces comenzó á dibujarse en los labios del pobre hombre una sonrisa de beatitud que no debía abandonarle en todo el día.

No contaré las peripecias bautismales; á Augusto no le gustó la sal de sabiduría, pero se dejó sumergir en el agua bendita con un estoicismo admirable, y permitió á su abuelo que en nombre suyo renunciase en latín al diablo.

Había que ver y oir al abuelo. Lo que es yo no podía tener la risa; cuando más trituraba el latín entre sus dientes, el demonio triunfaba en mí: me separaba á un lado ó daba la vuelta sobre los talones, me oprimía el estómago y cometía un sacrilegio.

Una cosa me admiró en gran manera aquel día, y es que los convidados al bautizo, después de haber permanecido en éxtasis contemplando á mi hijo y de ponderar todas sus cualidades físicas y morales, esto es, la nariz menos gruesa que un garbanzo, los labios rosados, la piel fina y la sonrisa vista con los ojos de la fe y luégo la paciencia y la prudencia, después de haber alabado esto y lo otro, no sintiesen la necesidad de pasar toda la noche en contemplación de tanta maravilla y prefiriesen hablar de política extranjera ó llenar sus bolsillos de confites. También mi suegro quedó mortificado, y cuando después de dar cuatro veces la vuelta por el saloncito, con el nieto en brazos, para demostrar cómo sabía dormir sin que nadie se lo enseñara, comprendió que había llegado la hora de volver el niño á la cuna sin pedir más, porque la indiferencia había dado toda la ternura posible, se sentó en un rincón y puso verdadera mala cara.

Pero llegaron los adioses; todos, acordes en un pensamiento, declararon que no se podían marchar sin ver al recién bautizado en la cuna. Entonces ví reanimarse con nueva luz la cara de mi suegro.

Fueron al cuarto de dormir, dos á la vez, los hombres precedidos por mí; por Evangelina las señoras, todos invariablemente seguidos por el gozoso abuelo. Formaban círculo en derredor de la cuna, se inclinaban un poquito, luégo en voz baja decía uno: «Qué hermoso!» y el otro: «No he visto niño semejante!» y un tercero: «¡Tesoro! ¡Es para comérselo!»

No creía ni una palabra y sin embargo me latía el corazón.

Otra cosa me admiró también aquel día: cuando todos se marcharon, cuando el clamoreo de voces extrañas cesó, cuando la iluminación se apagó y nos hallamos los tres junto á la cuna de nuestra criatura interrogando en silencio el sueño de nuestro hijo, me

sorprendí en extremo de no sentir ni siquiera una sombra de aquella melancolía que sigue á toda fiesta; antes al contrario, al pasar luégo con una luz por el salón, advirtiendo el desorden de las sillas, parecióme que la reunión de mis amigos se refería á un tiempo lejano; tan pronto se había borrado de mi memoria.

Con oído atento quizá habría escuchado en la calle las voces lejanas de algún convidado alegre, y me bastaba inclinarme para recoger el tapón de una botella ó un confite escapado de una mano menos ancha que su buena intención, y sin embargo estuve tentado por preguntarme á mí mismo si era cierto que habíamos tenido una fiesta. Nuestra verdadera fiesta era otra; y aun cuando todos se alegraban con nosotros y nos colmaban de lisonjas en el salón y en la antesala, Evangelina y yo estábamos con el pensamiento en otra parte y al contestar con palabras y sonrisas lo hacíamos de lejos.

Á la mañana siguiente todo fué bien: la maleta se dejó cerrar sin mala intención, sin ocultar la corbata á su dueño; los relojes estuvieron de acuerdo, mi suegro nos besó con tristeza una vez, dió una docena de sonoros besos á su nietecito y salió de casa resignado y no perdió el tren; llegó, por el contrario, á la estación cinco minutos antes de cerrar la taquilla. Me pareció en verdad que se dolía de haber echado mal sus cuentas y de haber llegado demasiado pronto; pero no dijo nada. Pero ¿cómo pudo creer que perdía el precioso tiempo que le quedaba?

—Hijo mío—me dijo solemnemente—hijo mío, *te lo recomiendo.*

¡Misericordia divina!

Me quedé tan asombrado que le pregunté: «¿Á quién?» Pero lo había comprendido perfectamente y él tuvo la increíble serenidad de mirar primero el reloj, después dejar pasar dos minutos recomendándome que tuviese mucho cuidado en no dejarlo constipar exponiéndolo

al aire frio, que tuviese paciencia, que lo acariciase, porque los niños necesitan caricias, que le diese alguna vez una cucharadita de jarabe de achicorias y por poco añade: «que lo ames».

Yo le miraba con la boca abierta; un empleado le gritaba al oído: « Viajeros de Sesto, Monza, Seregno, Como! » y él, impertérrito miró otra vez el reloj y vuelta á empezar.

Sí, señores, volvió á empezar sus recomendaciones, volvió á recomendarme que acariciase á mi hijo; porque los niños lo necesitan sobre todo, que no le expusiese al aire frío, como sino aguardase más que la marcha de mi suegro para cumplir ese capricho paterno!

—¿Quién parte para Sesto, Monza, Seregno, Como?

—Vé, vé—le dije empujándole suavemente, vé; de otra suerte cierran y pierdes el tren!...

Entonces mostró su billete al guarda de la sala de espera, y antes de enfilar la portezuela, se volvió sonriendo, agitó un dedo en el aire y me dijo:

—No olvidar la achicoria!





IV

A todo se habitúa el hombre; lo dicen los filósofos y yo que he tenido que habituarme á tantas cosas, me atrevo á repetir que el hombre á todo se habitúa, tal vez hasta al cólico y al dolor de muelas, aunque los filósofos no lo dicen. Pero de cuantas costumbres se toman en el mundo, afirmo que ninguna tan pronto como la de ser feliz. Ni sé si conviene argüir de aquí que la felicidad es el estado natural del hombre ó que el estado natural del hombre sea la infelicidad, puesto que cuando tenemos una dicha, la costumbre la descolora y la destruye; me inclino á creer que estas dos máximas contradictorias y vanas pueden ser patrocinadas con la misma inútil elocuencia de un abogado; pero repito plenamente convencido, que no existe nada á que mejor se habitúe el hombre que á la felicidad.

No me ocurren estas ideas ahora por primera vez; cuando era padre novel, tenía otras. Y sin embargo rumiando hoy junto al fuego mi filosofía destructora y buscando ejemplos para echarle puntales, uno voy á escoger adecuado á aquel dichoso y lejano tiempo en que era padre muy joven.

Aturdido aún de lo inmensa que era la habitación de su padre, Augusto no atravesaba jamás nuestras cuatro habitaciones, sin girar en torno sus pasmados ojillos; se había acostumbrado á llorar, pero bastaba hacerle sonar con la mano un candelabro de plata, un vaso, un cristal de la ventana, cualquier maravilla que en aquella confusión hubiese escapado á su vista, para que callase al instante; por la noche, cuando se encendía la luz, era capaz de abandonar su comida por contemplar largo rato la misteriosa llama que ardía en casa de papá; en una palabra: Augusto había venido al mundo, hacía quince días solamente, y sin embargo me parecía que lo había tenido siempre. Su carita redonda era la de un antiguo amigo de la infancia, su vocecita despertaba un eco en mi corazón, era de llanto, pero sonaba dentro de mí como alegre nota; sus ojillos atónitos, los balanceos de su cabecita, los movimientos de las piernecitas, que se rebelaban contra los pañales, todo esto me recordaba cosas tiernas y bellas, en que nunca me había fijado bastante.

Aquellos quince días de vida nueva se ensanchaban extraordinariamente hasta invadir toda mi vida pasada, hasta el punto de parecerme increíble haber vivido de otra suerte; estuve en verdad tentado por creerlo: mi hijo y yo nos conocíamos hacía tiempo.

¡Cuántas veces, en la cama, en medio de la noche me desperté de alguna pesadilla, en la que ya no era padre, y después de haber prestado oído á la respiración dulce y suave de mi pequeñuelo, me dejaba arrastrar sin gran resistencia por una serie de pensamientos

que corrían hacia el tiempo en que todavía no lo era! Pero me alejaba con sentimiento; era como si hubiese depositado en la calle el objeto de mi paternidad y pudiese pasar un ladrón que me lo robase. No por eso lo perdía de vista, andaba al revés y volvía atrás cada instante; pero tentadoras memorias me llevaron con frecuencia muy lejos; recordaba todos mis dolores más agudos, y eran necedades; todas mis dulzuras más amadas, y me parecieron desabridas; faltaba á todo algo más: mi hijo.

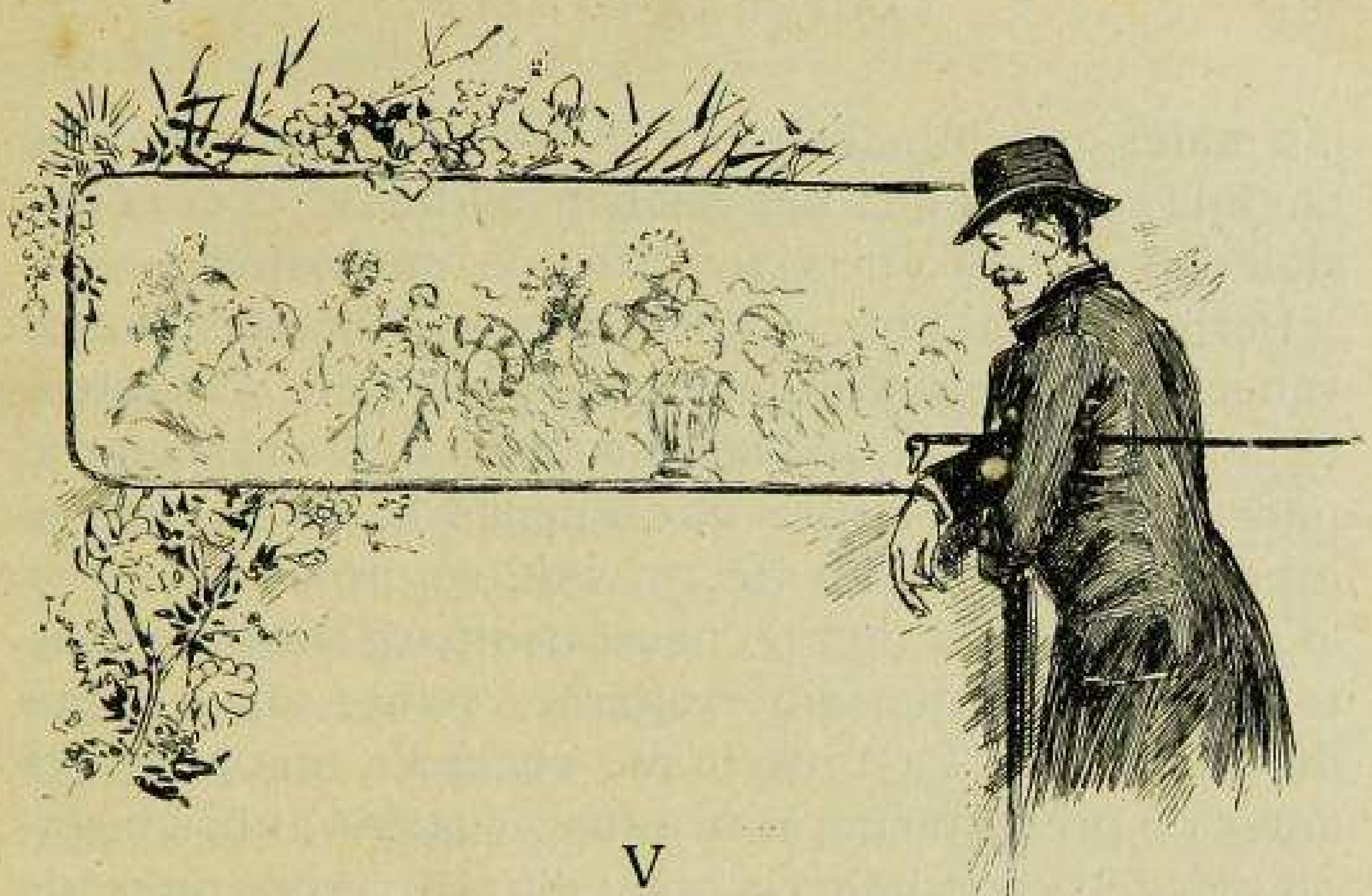
¡Con cuánta mayor alegría, cargado de nuevo con el hatillo de mi felicidad, me lo llevaba sin miedo á través del laberinto del porvenir!

En aquel amoroso viaje, mi hijo tomaba mil aspectos: ora se contentaba con saltar, poco después de un año no cumplido, andaba los primeros pasos balanceándose, pasaba bajo la mesa sin inclinarse y apoyaba su cabecita rizada en mi rodilla; luego era en la Universidad un estudiante alborotador, blandía un bastón grueso en la mano, llenaba las calles de Pavía con sus nocturnas proezas, jugaba al billar y se sorbía el examen de derecho canónico; luégo volvía á Milán doctor *in utroque*, maravillando con su elocuencia á mi suegro, el cual lo habría creído siempre ingeniero; protegía huérfanas y viudas — bribonzuelo! — después se enamoraba de una hermosa niña de 18 años, yo les daba mi consentimiento, se casaban y me hacían abuelo.

No soñaba yo por mí solo: en cada uno de mis castillos en el aire había un castellano, y era él. No me parecía posible imaginar mi clientela, mi fama de abogado, mis ganancias y mis economías, sin aquel querido niño llegado al mundo dos semanas antes.

Le ponía un dedo en la mano, y él me lo estrechaba con todas sus fuerzas y me miraba. «Estamos de acuerdo», decía bromeando para que sonriese su pálida ma-

má; y decía para mis adentros muy en serio con una firmeza de propósito que me parecía capaz de desafiar al destino: «Estamos de acuerdo!... hasta que la muerte nos separe!»



V

Siempre había pensado en la muerte y seguía pensando en ella, pero mucho menos: el severo fantasma se había rezagado desde que mi hijo estaba en el mundo; ya no era más que una forma vaporosa en el horizonte lejano, y á tanta distancia no me inspiraba temor.

Hasta pocos meses antes ¡cuántas enfermedades había padecido! primero fuí tísico, luego apoplético y en un cuarto de hora, más cruel que todos, hasta hidrópico; mi Evangelina me había curado de muchos males; pero me quedaba alguno, no confesado, más lento en sus efectos y menos formidable que la tisis y la hidropesía, pero igualmente fatal; y me ocurría que si en medio de una broma alegre se hacía alusión á la edad senil de un Ticio cualquiera, decía en seguida entre mí: «á esa edad no llegaré yo de fijo.»

Mi precoz muerte debía hallarme preparado; he aquí por qué pensaba tanto en ella; fuerza era, pues, poner por escrito mi última voluntad; hacer mi testamento de mi propio puño, para ahorrarme los derechos del notario, y si no lo había hecho ya, era porque

los males que minaban mi existencia hacían el daño tan á la sordina que me dejaban algunas veces la ilusión de que había de vivir más que Matusalem.

Pero vino mi hijo, y todas mis melancolías se desvanecieron. Me sentí fuerte, sano y vividor. No intenté persuadirme de que la hidropesía debía respetar al padre de una criatura que apenas había llegado al mundo; me pareció que mi vida se prolongaría por lo menos todo el tiempo necesario para sacar adelante á mi hijo; tenía, sin exagerar, veinte años largos delante de mí. La muerte me concedía una prórroga antes de presentarme al tribunal, y jamás hubo abogado más feliz por haberla obtenido. Huyeron, pues, de la cabeza la hidropesía, la tisis, la apoplegía y por fin el testamento ológrafo. ¿Acaso no tenía un heredero forzoso?

Mas, puesto que la naturaleza todo lo hace por vía de compensación, alguna vez me ocurría la idea contraria. Á todos mis implacables males había opuesto una resignación estóica; contaba el número de mis enemigos, y decía: — sois muchos y sois crónicos, pero ¡qué diablo!..... no me mataréis más de una vez! Ahora, por el contrario, sentía que mi estoicismo de nada hubiera servido sin la generosidad de los adversarios que deponían sus armas. No podía resignarme á dejar en el mundo á mi hijo, y á vivir poco menos que tranquilo hasta la hora de largarme.

En resumidas cuentas, era verdaderamente feliz: adquiría poco á poco ciertas costumbres que me hacían dichoso. Ya me gustaba mucho mi casa y empezaba á ser de opinión que quien tiene casa no necesita ir al café á leer la gaceta y politiquear con los amigos. Salía después del almuerzo y de la comida con un beso de mi Evangelina en la boca y un apretón de manos de mi hijo, otorgado al índice de la mano derecha: andaba orgulloso, acelerando el paso si veía las anchas

espaldas de algún ama fornida que llevaba en brazos algún niño, acortaba el paso cuando la alcanzaba para darme tiempo de examinar aquel pequeñuelo que no era mío. Y quería ser justo, me parecía serlo, y, sin embargo, todos los niños que pasaban por la calle (¡nunca habían pasado tantos!) eran menos bellos que el mío. Si hallaba alguno blanco como la nieve, rubio y rizado como un Cupido, con dos ojitos azules, primero intentaba atribuir el mérito á la edad, luégo viendo en verdad que mi hijo no podía volverse ni blanco como la nieve, ni rubio y tal vez ni rizado, puesto que no había ejemplo de ello en la familia, terminaba por hallar en Augusto alguna maravilla que no tenía el otro.

Todos aquellos mamoncillos que invadían las calles de Milán para gozar del sol de Enero, me miraban curiosos; los había enfermos y tristes y sin embargo me sonreían porque yo gesticulaba á la espalda de sus corpulentas nodrizas, y todos, sanos y enfermos, pobres y ricos, parecían decirme: «¡tantas cosas para Augusto!»

Ocurrió más de una vez que un hombrecito con media vara de estatura, apoderándose de la acera, se agarraba á mis rodillas y levantaba la cabecita mirándome y no se quería separar de mis pantalones, á pesar de los consejos de su mamá, sonrojada de vergüenza y satisfacción: él no abría la boca sino para maravillarse; pero yo comprendía muy bien que me decía: «te conozco, yo te he visto el año pasado cuando era pequeño, entonces no andaba aún y tú no te dignabas tampoco mirarme porque no eras padre entonces!»

Tienes razón, hijo mío, no era padre y no pensaba serlo; he ahí por qué no me cuidaba de los niños. Cuanto más veía la gente elevada y orgullosa, más la tomaba por lo serio, y leyendo en los periódicos las

grandes cábalas de la política y la profética filosofía del boletín de la bolsa, admiraba la humanidad trabajadora y fuerte. Ahora sí, niño mío, te veo y sé lo que tú no sabes; sé que tú y tus compañeros sois los dueños caprichosos y amorosos de toda esta gente grande que trabaja para hacer subir la bolsa ó devanar la política. Y las finísimas astucias y las grandes empresas de los hombres (te lo digo porque como no me comprendes, no puedes abusar); todas, todas sin excepción, todas se dirigen á ti. Nosotros parece que hacemos grandes cosas (digo nosotros, por costumbre, puesto que yo no hago más que esperar un cliente que no viene), y, por el contrario, niño mío, trabajamos para manteneros, para criaros felices ó al menos contentos; llegamos á ser ricos y avaros por vosotros, nos hacemos un nombre honrado para dejároslo, estudiamos las ciencias para descubrir algo que os haga la vida más agradable y preparamos las obras de arte que os la embellecen y todo esto y mucho más con una sola esperanza; la de que vuestras vocecitas cesen de llorar y nos digan: «¡muy bien!» Algunos os olvidan de veras, otros creen que os olvidan, pero todos y en cada momento de la vida trabajamos para vosotros; cuando la humanidad imagina que hace las revoluciones, las batallas y salvas, la patria no hace siempre más que una sola cosa: adelantar á sus propios hijos. Adiós, perlita, tú no has comprendido ni una letra; pero no importa, porque tampoco necesitas comprenderlo.

Volví á casa donde me esperaba mi tranquila fiesta: el niño color de rosa y la madrecita pálida y sonriente.



VI

Desde la víspera Augusto lloraba mucho, agarrándose al seno de la pobre madre que estaba más pálida que de costumbre y tenía los ojos encarnados.

Me detuve en el umbral, sobrecogido de ese asombro que prepara el corazón á recibir las desgracias.

—¿ Qué ha ocurrido ?—balbuceé.

Evangelina inclinó la frente y miró con ojos llorosos al niño que lloraba.

—¿ Qué tiene ?—insistí con más valor.

—No lo sé, no lo sé...—repuso la pobrecilla inclinando la frente para ocultar sus lágrimas.

—¿ Qué tienes ?... ¿ qué tiene Augusto ?...

—Yo, nada... nada...—balbuceó la pobre madre.

Doblábanse mis rodillas ; Evangelina me miró, tal vez leyendo en mi corazón de padre un desaliento más grande que su mismo dolor, porque echándome un brazo al cuello y atrayéndome hacia sí, me colmó de caricias, cubriéndome de lágrimas y dijo con voz cortada por los sollozos : «Nuestro hijo tiene hambre !»

Al pronto no la comprendí; la miré, miré al niño y repetí como un desmemoriado: ¡Tiene hambre! pero fijándome en la palidez de mi pobre compañera, leí lo que escribían sus lágrimas; todo lo leí en silencio con el corazón oprimido, luégo me incliné hacia Evangelina, le enjugué la cara con el pañuelo, la acaricié y también á Augusto porque se había callado.

—¿Desde cuándo?—interrogué dulcemente.

—Desde ayer—repuso la pobre madre dirigiéndome una mirada de reconocimiento;—sólo desde ayer; aún tenia esta mañana, pero muy poca; no te he dicho nada porque creí que volvería; pero poco há, cuando he oído llorar á nuestro hijo, he sentido una conmoción por todo el cuerpo y he pensado: «sea bendito el cielo; la leche vuelve»; le he dicho á Augusto: «no llores» y lo he acercado al seno. El pobrecito iba creído que su madre lo engañaba porque no ha encontrado nada... nada más. Ha llorado y yo también he llorado.

Y así diciendo, la pobrecilla no apartaba sus atónitos ojos de mí; parecía que me pedía perdón.

—El llanto no remedia nada—dije dulcemente;—serénate, la leche volverá; y viendo que se sentía como humillada, añadí:—son tantas las madres á quienes ha tocado antes que á ti semejante desgracia... y se han consolado todas...

—¿Cómo lo han hecho?

—No se han desesperado, han tomado alquilada la leche de otra mujer, ó bien han criado al niño con biberón, esperando tranquilamente á que volviese la leche.

—¿Y volvía?

—Volvía.

—¿Pronto?

—Á veces á las veinticuatro horas.

Los ojos de Evangelina me daban las gracias invocando al cielo.

—Eso debías haber hecho—añadí riendo para animarla;—¿dónde diablos habrá escondido tu padre la muñeca de trapo?... ¡Ah! hela aquí!... Mandaremos comprar leche fresca, la diluiremos con agua tibia, añadiremos una mezcla de azúcar de primera y le daremos á entender á Augusto que hoy, su primera nodriza le convida á comer, y que papá y mamá le damos permiso para ello.

Evangelina intentó reir de mi gravedad, pero mal ocultaba aquella sonrisa sus angustias de madre.

—Yo le daré—me dijo luégo, queriendo quitarme de las manos la muñeca y el niño.

—Señora, no—repuse;—es un derecho adquirido...

Al pronto mi trabajo fué bien; Augusto al sentir algo en los labios cesó de llorar, dió una chupada lleno de avidez, sintió el líquido sabroso y siguió adelante; ya me volvía hacia la madre que miraba con lágrimas en los ojos, para decirle: «¿Lo ves? da paz al corazón y déjame hacer;» pero Augusto dió la primera muestra de descontento y separó la cabecita del trapo y la movió gimiendo; después, reatrapó mi biberón; calló para chupar como al principio, cesó y lloró otra vez y así continuó; por último no quiso saber nada más y abandonó su alimento exhalando un grito.

Todas las crueles angustias pasadas, asaltaron de nuevo á la pobre madre; tomó en brazos á su criaturita y meciéndola la paseó arriba y abajo por la sala, murmurando entre lágrimas y besos mil palabras amorosas.

—Es natural—decía yo siguiéndola—es natural que se haga el descontento después de una comida sabrosa; no sería hombre mortal si no se portase así... ve cuánta leche queda en el vaso...

Pero Evangelina no me atendía; nuestro hijo obstinándose en su idea, apoyaba su cabecita en el seno de

su afligida madre y agitaba su cuerpecito de modo que daba realmente lástima.

—Esto es una infamia—insistí;—ha comido como un lobo, no puede tener apetito... ¡vaya que es testarudo, ea!

Estaba casi despechado con mi hijo; Evangelina, como queriendo aliviarle del rigor paterno, lo besó y volvió á besar con frenesí; pero él ¡constante en su idea y tenaz en su propósito de imponerla llorando!...

Aquel día transcurrió lo mejor posible; y pasó la noche también; pero ¡qué noche!

Al siguiente día fué preciso decidirse; la leche no volvía; mi Evangelina estaba no sé si sobresaltada ó avergonzada.

—Creerá que lo hago adrede—decía cubriendo de besos al descontentadizo; ó mirándome con ojos admirados, murmuraba:—no soy buena para nada; no sirvo para nada.!

Consuelos de palabra eran vanos, hasta que Augusto se callase; hacía mal porque la leche del biberón que yo le ofrecía, era tal y como la de su mamá; así lo había confesado Evangelina; era más dulce, más sabrosa y yo se la daba con maña singular; hacía mal; pero ¡cómo hacer entrar en razón una cabecita de pocas semanas! lo menos que se arriesga es perder la propia, de sobra lo advertí cuando por poco me dejé llevar del despecho.

Era forzoso decidir: el alimento artificial no era del gusto de mi hijo ni mucho menos de nosotros, entonces...

—Aguardemos un día más—dijo Evangelina—¡quién sabe si volverá la leche!

—Probemos...

No volvió la leche y el biberón no halló gracia en Augusto.

Pronuncióse por fin la gran palabra. Evangelina la

oyó como el eco de una voz que ya había sublevado su corazón de madre; la oyó llorosa pero resignada:

—¡Hay que buscarle un ama!

Había oído hablar muy mal de estas desgraciadas madres, que la mayor parte de las veces abandonan sus propios hijos á otras mujeres para criar á los de los ricos.

—¡Calumnias!—pensé.—Quien realmente merecía censura era la sociedad que las reduce á medrar á costa del sentimiento materno... Fuera de que, podemos contratar una que haya perdido de verdad á su hijo y á quien parezca hallarlo en nuestro Augusto.

Pero esta consoladora idea no sentaba muy bien á mi Evangelina; aquel superfluo amor de una nodriza pagada ofendía su amor de madre; no me lo decía; hasta me aseguraba lo contrario; pero veía yo muy claro que ella prefería una nodriza con mucha leche y con mucha paciencia, pero un poco indiferente. Si hubiese osado expresar todo su pensamiento me habría dicho (y yo lo comprendía como si lo dijese) «déle de mamar ya que yo no sé darle; pero no lo quiera como madre; para esto me basto yo sola.»

Después de haber ido á encargarla al médico, á la señora Gertrudis, al farmacéutico de la esquina y obtenida de los tres la promesa de un ama para el día siguiente, volvía á casa rascándome la oreja por donde se habían colado tres palabras del farmacéutico.

—¿Quiere usted un ama para casa?—me preguntó.

—Cierto—había contestado—mi mujer no querrá separarse del chico.

Y el sabio farmacéutico había añadido que mi mujer era de *compadecer*, y que hacía muy bien, porque *cuando se puede* es mejor.

¡Cuando se puede! Estas tres palabras que me habían lisonjeado, haciéndome la ilusión de ser ya un jurisconsulto sobrado de clientela, se me habían atravesa-

do en el oído y por eso me rascaba la oreja por la calle.

No descubrí mis angustias y aprensiones á mi Evangelina, la cual cuando supo que tres nodrizas se disputaban el honor de criar á nuestro pequeñuelo, primero lo besó, después sonrió, y por último me dijo: «estoy contenta.»

¡Dichosa ella! Á mí las tres palabras del boticario no me dejaban tranquilo; gran parte de la noche la pasé intentando apuntar en la oscuridad de mi cuartito ciertos audaces cálculos que se estrellaban y se perdían sin cuento por todos lados.

—Habré echado mal la cuenta—decía—ó tal vez las amas se hagan pagar más de lo que creo; ¿es posible que la leche cueste tan cara? Alimentar á un ama campesina no debe ser cosa del otro jueves; comeré un poco menos, así como así echaba barriga... el salario ya se sabe lo que puede ser; no iremos más al café, además dejaré de fumar si es necesario...

Alineaba los números en las tinieblas, sumaba, dividía; ¡oh gozo! me quedaba un residuo, aunque pequeño, y sin embargo no osaba fiarme de aquella aritmética consoladora; ninguna de las cuatro operaciones resistía á la prueba tremenda de las tres palabras del farmacéutico. Debía ser equivocación... volvía á empezar, sumaba, dividía, y siempre me restaba un residuo modesto. Por fin, hallé el sueño y la paz.

VII

En las primeras horas de la mañana un terrible campanillazo anunció una visita extraordinaria, una de las tres nodrizas probablemente, ó tal vez las tres juntas.

Fuí yo mismo á abrir, y ví admirado una mole rubicunda y fresca que llenaba todo el hueco de la puerta. Aquella lugareña gorda y redonda, fornida de caderas y cosas análogas, había exagerado sus formas echándose á cuestas, y no es mucho decir, seis basquiñas; yo veía tres una tras otra; llevaba un pañuelo de seda en la cabeza, grandes pendientes que sonaban ruidosamente en torno de la cara velluda.

—Soy el ama—me dijo, invadiendo la antesala y mirando con ojos curiosos—me ha enviado el boticario...

No quise oir más; parecióme que alguien había colgado repentinamente de mis orejas los enormes pendientes del ama; tanto era el ruido que hacían las palabras del farmacéutico.

—Pase usted adelante—dije, recobrando toda mi gravedad—pase usted adelante, buena mujer.

La había llamado *buena mujer* con malicia: sentía que aquella enorme nodriza me achicaba y me pareció con esto reducirla á proporciones más modestas.

—El abogado... el abogado... Acidi.

—Placidi.

—Placidi ó Acidi es igual... ¿es usted el abogado?

—Sí, yo soy.

La observé para ver cómo acogía esta noticia, pero sobre la interminable y desmesurada superficie carnosa de su cara apareció leve sonrisa y nada más.

Eché á andar, ella me siguió; veía por el rabillo del ojo que miraba siempre al rededor y noté que al pasar tocó la tela de las cortinas.

No me esperaba nada bueno.

—¿Hay permiso?—dije á la puerta del cuarto de dormir, un tanto para hacer comprender á aquella ama colosal que si nuestras cortinas eran de lana y algodón, en los modales y en todo lo demás, no queríamos que de algodón entrase ni una hebra siquiera.

Las lugareñas suelen ser de cortos alcances, pero no tontas; al contrario, hasta donde alcanzan son muy agudas, extremadamente agudas; la *buena mujer* que casi me empujaba para que á mi vez empujase la puerta, comprendió la lección, se detuvo, me dirigió una mirada á hurtadillas y esperó para entrar á que Evangelina hubiese dicho:—*¡Adelante!*

Era sin embargo incorregible; apenas entró, miró al soslayo la cuna, la cama, el lavabo, las cortinas, luégo se quedó en pié delante de mi mujer, la cual se había puesto muy colorada.

—¿Cómo se llama usted, buena mujer?—preguntó Evangelina, reuniendo todo su valor.

—Benita, me llamo... Benita Corti... mi marido es carretero y nunca está en casa él... mi hijo se lo ha querido llevar el Señor... y por eso me pongo de ama... es la segunda vez que tengo *señores*...

Había hablado de su hijo muerto, con gran fuerza de ánimo; al pronunciar la palabra *señores*, dió otra fugitiva mirada al lavabo.



¡No sé lo que hubiera dado por tener en el cuarto los muebles dorados y una arca muy repleta, bastante para oprimir á aquel coloso lugareño, bajo el peso de mis riquezas! Habría pagado, á lo que imagino, una suma que no tenía.

—¿Y también la primera vez se le había muerto á usted su hijo?

—Sí, señora—repuso aquella mujer—nosotros, los pobres, tenemos *la cruz que nos ayuda.*

¡La cruz que nos ayuda! ¡Estas extrañas palabras significaban, ni más ni menos, que *la mortalidad de los niños!* Entonces casi me enojé, pero desde que he hablado con varias mujeres del pueblo, sé que todas tienen semejantes ideas y usan el mismo lenguaje, sin que por ello sean de mal corazón; aman á sus hijos mientras viven, se consuelan de haberlos perdido con esta figura de *la cruz ayuda á la gente pobre.* La miseria tiene su lógica; y el hombre se consuela fácilmente con una metáfora.

—¿Tiene usted mucha leche?—se arriesgó á preguntar Evangelina.

—¡Otra!—exclamó el ama, y sin decir siquiera *agua va*, se desabrochó y sacó dos enormes recipientes, dos amenazas de indigestión. Y ví con el pensamiento á mi chiquitín desaparecer en aquella abundancia, mantenerse, saciarse y crecer á la vista.

—¿Y puede usted venir en seguida?—dijo Evangelina...

Benita Corti sonrió, mostrando unos dientes anchos como palas, pero blanquísimos; después repuso que «no lo sabía». Y comprendí como Evangelina que eso significaba: «según y cómo».

—Veamos—comencé á decir, sentándome y echando el cuerpo atrás como si diese audiencia á un cliente—veamos: ¿qué gana usted?

Embestida así de frente, Benita Corti tuvo un mo-

mento de flaqueza, se balanceó sobre sus caderas, miró las sillas y los cuadros y en el buscar palabras no estuvo afortunada porque no encontró más que éstas:

—Me han dicho: ¡vaya usted! ¡y aquí estoy!... Con que, ¡no es mía la culpa!

Tuve como un presentimiento de la verdad y enmudecí.

—¿Cuánto hemos de darle?—preguntó Evangelina.

—Pues si he de decir... la casa es pequeña, pero está bien arreglada—repuso Benita—no estaría á disgusto... ¿cuánto al mes?... treinta y cinco pesetas... era lo que ganaba en la otra casa.

Yo no respiraba ya y el ama prosiguió:

—Pues.... lo que se acostumbra... ya lo saben los *señores*.

Evangelina y yo nos miramos compadeciéndonos mutuamente.

—Sí: lo sabemos—repuse—pero siempre es mejor entenderse.

Benita fué de mi opinión.

—Seguramente es mejor—afirmó:—las cosas convienen ó no; ¿digo bien?

Yo le aseguré que decía muy bien y que su observación era profunda; parecióme aplacarla de este modo.

—Con que hemos dicho treinta y cinco pesetas al mes—comenzó de nuevo aquella mujerona:—al primer diente cien pesetas, otras ciento á los primeros pasos, al concluir de criarlo quinientas pesetas... es lo que me dan los otros *señores*...

Evangelina no apartaba ya sus ojos de mí. Después de haber aguantado la estocada formidable sin pestañear, había tomado mi partido.

—¿Le parece mucho?—me preguntó Benita Corti.

—Me parece bastante; pero tanto como mucho no—repuse gravemente, y tuve el gusto de ver que aquella

mole de lugar se dejaba prender y comenzaba á no saber ya qué pensar de mí. Volvía los ojos en torno, escrutadora y dudosa, con graciosísima incertidumbre.

Luégo recobró el aplomo y prosiguió contando con los dedos:

—Dos vestidos cada estación, los pendientes y el medallón de oro y las agujas de plata nueva para la cabeza.

—¿No ha olvidado usted nada?—dije, levantándome.

—Que yo sepa, no.

La contestación fué ingenua.

—Con que siendo así, nos hemos entendido—proseguí.

—Sí... ¿Verdad?... ¿Debo venir mañana?... ¿Quiere usted que dé una mamadita al chiquitín?

—No, no es menester; nos hemos entendido, lo pensaremos y le daremos á usted la contestación por el farmacéutico.

Benita Corti cayó de lo alto pero sin lastimarse, sonrió, saludó con una gran cortesía á mi mujer y salió solemnemente, llenando con su presencia cada uno de nuestros cuartos; en la puerta se volvió, me dijo: —Que usted siga bien—y fuése.

Estaba contento de mí y me apresuré á llevar una carcajada alegre á la cabecera de mi Evangelina.

Pero la pobre madre había tomado en brazos á nuestro llorón y le llenaba de besos y de lágrimas.



VIII

No me decía nada, pero me bastaba mirar mi propio corazón para leer en el suyo; callé dejándola llorar y pensando: «las lágrimas la aliviarán;» pero cuando me pareció que había llorado bastante y que había llegado el momento de dirigirle alguna frase consoladora, me incliné sobre nuestro niño y lo besé para animarme; entonces sentí desvanecerse la extraña serenidad de mi desolación, se me oprimió la garganta,

intenté hablar y sollocé. Sollozos verdaderos, no me avergüenzo de confesarlo; sollocé precisamente en el instante en que creí haber hallado la única idea capaz de enjugar las lágrimas de la pobre madre.

La idea era esta: «El aire del campo probará á nuestro hijo» y me había parecido un consuelo: tan sólo al intentar decirlo sentí toda su amarga ironía.

Evangelina no era una heroína; pero en cuanto le mostraba que tampoco era la mujer de un héroe, al instante tomaba ánimo y parecía otra. Había tenido ocasión de experimentarlo más de una vez y ahora me lo demostró también. La pobrecilla besó al niño, enjugó sus lágrimas con el pañuelo y me enseñó sus ojos encendidos, pero secos.

—Epaminondas—me dijo—no hagas lo que yo, es preciso tener valor. ¡Qué pena verte llorar!

—¡Todo un hombre fuerte, un abogado!—dije yo—tienes razón, es preciso tener valor... es preciso tomar las cosas como vienen... por lo demás, algunas lágrimas no hacen daño ni á un abogado con tal que no las vean los clientes, se entiende... y los míos no me pueden ver... están ausentes... Dios sabe dónde están.

Quería reir, como veis, y no lo lograba.

Entre tanto, á fuerza de besos, Evangelina había sabido tranquilizar á nuestro hijo.

—¡No somos bastante ricos!—dijo mi mujer sin apartar los ojos de la carita de Augusto y hablando al inocente pequeñuelo:—papá y mamá, le decía, son pobrecitos: te irás, nos olvidarás y amarás á quien te dé de mamar.

Entonces comencé á decir:

—El aire del campo le probará...... tantos millonarios hacen criar sus hijos en el campo... por higiene... porque el oxígeno ensancha los pulmones... pregúntalo á los médicos: te dirán todos que el aire del campo prueba mucho y que el oxígeno...

Evangelina sonrió melancólicamente, y no lo dijo; pero yo comprendí muy bien que hubiese querido contestar: «Epaminondas mío, me habría dicho si no hubiese temido afligirme, también las caricias de las mamás hacen mucho bien á sus hijos.»

Suspiró para sí y no dijo más.

Luégo, más tarde, hallamos la fuerza necesaria para volver sobre el trato de Benita Corti y para hablar de ella y de nosotros, en mofa, haciendo de ello asunto de coplillas.

—Treinta y cinco pesetas cada mes!—exclamé—¡ni con suprimir el cigarro para siempre tenía bastante! Tal vez habría que hacer algún otro sacrificio!

—¿Y las cien pesetas al primer diente, dónde encontrarlas?

—¿Y los otras ciento cuando empiece á andar?

—¿Y las quinientas últimas? ¿Y la plata nueva y los pendientes de oro?

—¿Y los dos trajes cada estación?

Nos estrechamos las manos y reímos muy bajito para no despertar al niño.

—¡Pobre Augusto!—dije hablando á mi querido durmiente—no pretenderás imposibles de mamá y papá y nos amarás del mismo modo y crecerás sano, fuerte y bueno; echarás el primer diente sin hacerte rogar, darás los primeros pasos sin caer y sin arrastrar en tu caída á tus pobrecitos padres. Vaya; no vas á tener un ama colosal como Benita Corti.

Me interrumpí asaltado por una idea que no me había ocurrido antes, y dije á mi mujer.

—¿Si llegamos á tomarla, cómo mantenerla?... se te había ocurrido eso?

Tampoco á Evangelina se le había ocurrido y me miraba con sus ojillos aturdidos; mi cómico terror casi la hizo reir y yo volví á mi discursito dedicado á Augusto:

—No vas á tener un ama colosal como Benita Corti, un ama que para alimentarte se habría comido sin duda á tu padre: pero tendrás un amita joven, fresca, bella, que te sonreirá y te dará sabrosa leche; irás á vivir al campo no lejos de nosotros; respirarás el aire puro y cada día iremos á verte.

Estas eran verdaderamente ideas consoladoras y Evangelina me daba las gracias con la mirada.

Una hora después le decía al farmacéutico de la esquina, que me había equivocado, que había creído que *podía*, cuando, en realidad, *no podía* y que le rogaba me buscase un ama menos colosal que Benita Corti, pero bella, fresca y que viviese no muy lejos de Milán.

El buen boticario no se admiró de mi cambio de propósito, y después de haber observado con la misma profundidad de la primera vez que *cuando no se puede... es mejor*, me dijo que tenía una recién casada de Musocco y que la avisaría al instante.

Y me volví á casa á recomendar á mi mujer y á mi hijo que se alegrasen porque teníamos una recién casada de Musocco, fresca, joven y bella.

Se llamaba Mariana, era pequeña, blanca, gordita y cuando entró en mi casa seguida de su *hombre* parecíame que entraba con ella el buen humor.

También ésta comenzó con la palabra sacramental: «¡soy el ama!»—pero acompañada de una risita gozosa; luégo como irguiéndose añadió: «Si á ustedes les parece...» y volvió á reir.

Nos bastó una mirada y un signo de inteligencia para acordar de plano, Evangelina y yo, que Mariana criaría á nuestro hijo...

Hicimos algunas preguntas ya á la mujer ya al marido; pero contestaba siempre la esposa; el *hombre* cuando era interpelado, hacía muy divertida figura; le veíamos batirse un momento con un adversario invi-

sible hasta que Mariana lo sacaba del apuro contestando por él y riéndose.

Reía de todo aquella amita graciosa; su boquita parecía expresamente hecha para reir y para dejar ver sus dientes pequeñísimos y sin mancha. Al fin cuando le pregunté si de Milán á Musocco se podía ir á pié sin gran fatiga, me repuso que *estaba á cuatro pasos*... y rió también.

Un cuarto de hora después estábamos de acuerdo en todo, y Mariana daba de mamar hasta saciarle á Augusto, el cual no halló nada que oponer.

Se convino en que la mujer se quedaría un par de días con nosotros, el *hombre* se marcharía á Musocco y volvería entonces con el carrito á buscar á la mujer y al niño.

—¿Está bien?—preguntó el marido.

—Está muy bien—repuso Mariana: y volviéndose á él le ordenó que se marchase y que volviese dos días después con el carrito; todo esto, riendo.

—¿Cómo se llama su marido de usted?—pregunté.

Esta vez, de la rápida lucha entablada con su adversario invisible, el pobrecillo salió vencedor: había comprendido que no estaba en orden dejar contestar á la mujer á una pregunta tan *ad hominem*.

—¡José!—dijo, y se puso como la grana; luégo animado por su propia voz, repitió: Me llamo José,—y añadió con mayor brío:—para servir á ustedes.

Tan cierto es que un heroísmo atrae otro y aun en las más difíciles empresas todo es empezar.

Mariana reía como si hubiese oído la más salada agudeza; reímos también nosotros y entonces José se enjugó su bañada frente con el revés de la manga y nos demostró que también él tenía los dientes blancos como la nieve; pero su risa era fingida, era incapaz de reirse en semejantes momentos.

—Me voy—dijo después de haber intentado mar-

charse sin decirlo; pero después de decirlo era preciso marcharse también, y era difícil saludar, resolverse, enfilar la puerta y cerrarla tras sí. ¡Dios mío, qué penosa es la vida en casa de los señores! No sabiendo resolverse á aquella mímica, el pobrecillo hacía otra: miraba aquí y allá para tener el pretexto de interrogar á su mujer con una rápida mirada.

—Me voy—repitió sin más resultado que empeorar su situación, porque tampoco se movía.

Entonces Mariana se desprendió de Augusto, lo depositó con desembarazo en la cama junto á mamá y llegó á plantarse frente al marido y le dijo sonriendo: —Vé, ¿qué aguardas?

—Me voy—dijo José por tercera vez y se marchó de veras, pero de espaldas, inclinándose sin perdernos de vista hasta que tropezó en la puerta. Entonces se volvió rápidamente, se encasquetó el sombrero y desapareció.

Mariana soltó una carcajada argentina y dijo: «Con permiso», y salió detrás de su marido.

Quedamos solos; mi mujer y yo sentimos el deseo de abrazarnos; debía ser por instinto de imitación, porque en aquel instante José y Mariana hacían otro tanto en la antesala.

—Mi José—nos dijo el ama riendo—es un poco tímido, ya lo habrán notado ustedes, pero es un buen muchacho.

No reía entonces.

—Ahora se ha marchado!—añadió, y tampoco esta vez reía.

Pero cuando mi mujer le dijo: «Se conoce que la quiere mucho...» Mariana volvió á su buen humor.

—Otra faltaba!—repuso—y de nuevo comenzó sus trinos y sus gorjeos.

Mariana pareció bien pronto como de casa; nuestros muebles no le embarazaban, y á nosotros tampoco ella; tomó á Augusto en brazos y se lo llevó de un lado

á otro todo el día, dando una mano á varias bagatelas de la casa.

Mi pobre Evangelina no la dejaba un momento; siempre encontraba un pretexto para ir detrás de ella, y si le faltaban pretextos la seguía igualmente como un autómata; á cada instante ponía su cara junto á la carita de Augusto; y el chiquitín alargaba la mano mostrando que quería ir con mamá: ¡qué alegría para la pobrecilla!

Pero era necesario acostumbrarlo á los brazos de Mariana para que luégo no padeciese demasiado!

«Más tarde!—pensaba:—pasado mañana! pobre corazón de madre!»

Augusto era bueno y Mariana gentil; se gustaron, se quisieron; aun sin el estímulo del apetito se veía claramente que nuestro hijo estaba con gusto en los brazos de su ama.

—Ya verás cómo se acostumbrará!—dijo Evangelina.

—Así lo *espero*—decía, convencido.

IX

Aquellos dos días volaron.

Entre risas, Mariana nos describió su pueblo, nos condujo á través del laberinto de su complicada parentela, enumeró los vecinos y vecinas y los frecuentadores asiduos del establo. Una vez en el establo, no salió de él en largo rato: describió con tal cariño la única vaca blanca y el caballo cuatralvo, que fué para mí como si conociese de antiguo las dos inmejorables bestias; nos informó con pelos y señales de la estopa que se hilaba, de lo que se decía, de los matrimonios acordados y de los amores nacientes en cada año. Mariana bromeaba bien y con buena voluntad; cuando hablaba de su establo, creeríase verlo realmente, cubierto de rastrojo, con su única ventanilla cerrada con papeles de periódicos, y contemplabais las ruecas encanecidas y temblorosas como ancianitas, los husos volteando junto á las rodillas de los enamorados, las miradas que brillaban en la sombra; mientras sonaba entre risas y maledicencias el lamentoso gemido de la vaca, al que yo añadía mentalmente otro gemido, el de mi hijo; porque sabía que mi pobre Augusto había de pasar en aquel establo lo restante de su primer invierno.

La mañana del día en que José debía volver con el carrito por su mujer y el niño, noté que Evangelina

se afanaba de un lado á otro del cuarto, andando más deprisa que de costumbre y moviéndose sin cesar; reunía fajas y camisitas, camisitas y fajas y luégo gorritas y pañales; pero anudaba varias veces el hatillo sin que acabara nunca de colocar la ropa; después lo desataba sin añadir nada. Lo mismo hubiese hecho yo también.

Como podía estar desocupado, había tomado en brazos á Augusto y le hacía en voz baja varias recomendaciones.

Le decía que fuese bueno, que no llorase, que estuviese sano y hasta que quisiese á Mariana y á José, ¡pero que no olvidase á papá y mamá!

Siempre que sonaban ruedas en la calle, sentía que me faltaba la respiración; buscaba á Evangelina con los ojos y la veía inmóvil, atenta, sin respirar también.

José tardaba. El pobrecillo llegó cuando menos lo esperábamos, sin anunciarse con ningún rumor; confesó sinceramente á su mujer que había tirado del cordón de la campanilla, pero tan poco, que ni siquiera había sonado. Le faltó valor para volver á llamar y esperó en la Providencia, que tuvo misericordia de él, media hora después, dejándole entrar cuando la criada salió por agua.

¿Y la carreta? ¿Quizá se le había roto una rueda? ¿Ó el brioso caballo estaba de mal humor? Confié un instante. ¡Ay de mí! No había ocurrido ninguna desgracia; el caballo estaba muy rozagante y la carreta á nuestra disposición; únicamente, por no molestar al portero, teniendo que abrir la puerta de par en par, José la había dejado en una posada extramuros.

Todas estas cosas no las dijo en el lenguaje vulgar de la humana raza, pero las dejó comprender.

Había llegado la hora; forzoso era, en verdad, que se largasen; nuestro reloj parecía que tenía gran prisa en ver partir á nuestro hijo.

Evangelina tomó en brazos á Augusto, le arregló la gorra y los encajes de la camisita para que hiciese buena impresión entre la gente, lo besó una vez y dos, repitió cien recomendaciones á Mariana, volvió á besar cien veces á su hijo. En aquel instante pareció realmente una heroína.

—Verán ustedes qué bien estará—iba diciendo Mariana.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí!—añadió José, ahuecando la voz—estará muy bien.

Sentía mi corazón oprimido y tomé en mi mano la de Evangelina, y dije precipitadamente:

—Andad... ahora... en seguida... iremos pronto á ver cómo está...

El ama me comprendió, se llevó detrás por el faldón de la chaqueta á su *hombre* y tomó la escalera.

Entonces Evangelina no se pudo contener, se arrojó en mis brazos bañándome el rostro con su llanto... luégo, separándose de pronto, se asomó al descansillo... quería ver por última vez á su hijo... otra vez.

Pero el ama estaba al final de la escalera.

—¿Quieres que la llame?—dije con temblorosa voz.

—Sí... es decir, no; es mejor que no lo vea, no sabría separarme... es mejor hasta para él, pobrecillo, que no me vea llorar... ¡tal vez le haría daño!

La dejé en esta ilusión y no le dije un mal pensamiento que tenía: «Augusto no nos quería, puesto que nos abandonaba como si corriese á una fiesta.»

Nos asomamos á la ventana para verle pasar; ¡helo allí en brazos de Mariana! La buena mujer lo levantaba en sus brazos, probablemente le diría que nos mirase, pero él no se fijaba en esas fruslerías.

Vimos la carita color de rosa, luégo el vestidito blanco, después un pedazo de la cinta azul bajo el pórtico... y nada más, excepto los ojos de curiosos vecinos asomados á las ventanas de enfrente.

Yo cogí suavemente del brazo á mi mujer, la aparté con dulzura de la ventana, cerré con una mano, sosteniendo con la otra á la desconsolada madre.

—¡Evangelina!

—¡Epaminondas!

—¿Qué tienes?

Sonrió melancólicamente, como quien dice:—«Ya puedes figurarte lo que tengo.»

—Se ha marchado—añadió—pero no va lejos; podremos verlo á menudo todas las semanas, hasta todos los días.

Evangelina no me daba reposo; me siguió al despacho sin resistencia, y giraba en torno por la sala una mirada atónita y apagada.

—¿Dónde está Musocco?—me preguntó de pronto.

—Á pocos kilómetros de la puerta; se va en diez minutos por el ferro-carril; á pié, tú misma lo has oído, hay cuatro pasos y los querrás dar con alegría más de una vez... mañana si quieres.

Pero Evangelina no me atendía; se había acercado á la pared donde estaba colgado un mapa de Italia, y buscaba á Musocco.

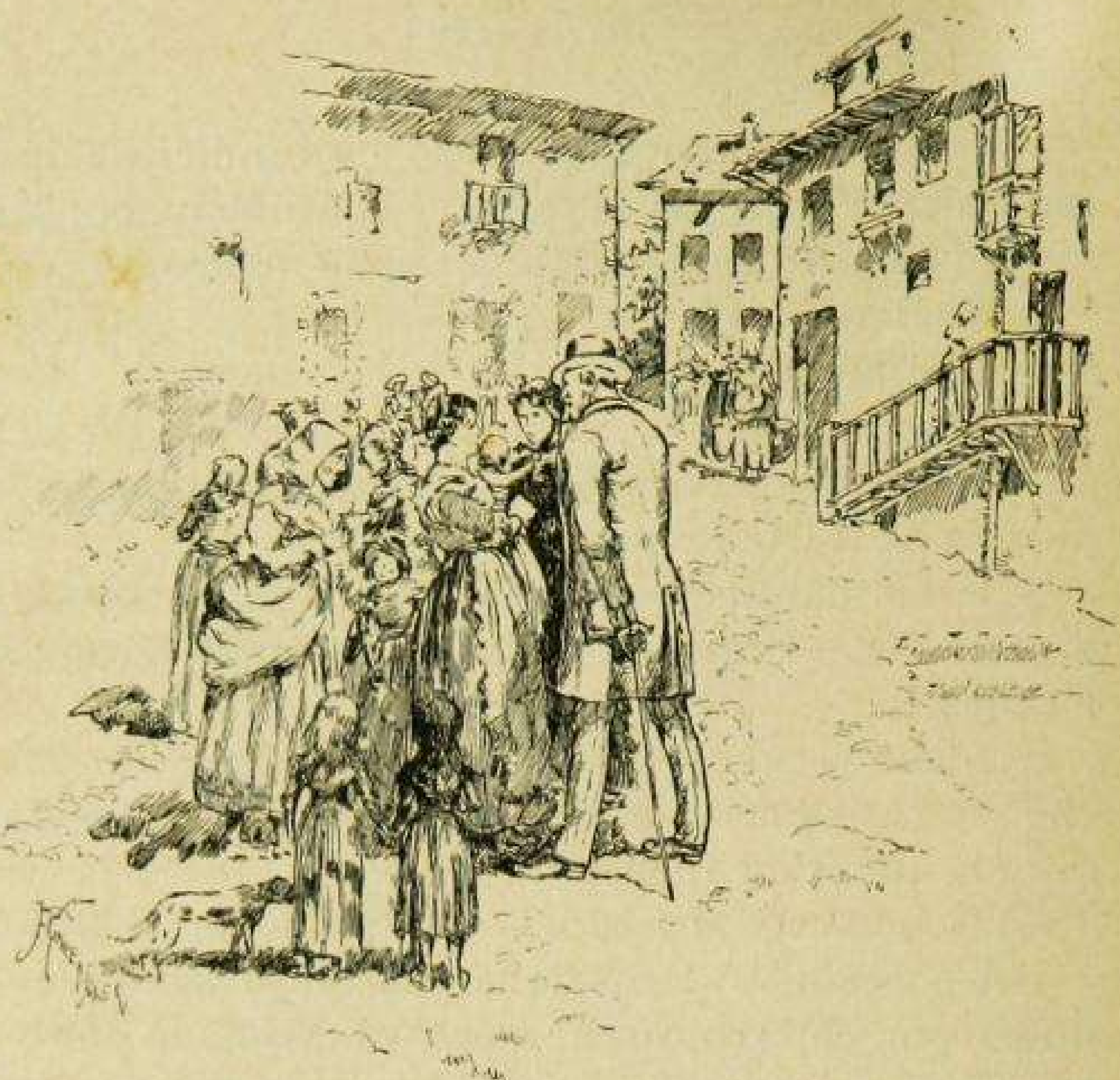
¡Ah! ¡Musocco no estaba! El geógrafo que había dibujado el mapa no tenía un niño en Musocco.

—Debe estar aquí—dije, corrigiendo con la pluma el olvido del geógrafo;—mira, aquí Rho, aquí Milán, Musocco está en medio.

Evangelina miró el punto que la pluma había dejado sobre el mapa, luégo me miró é intentó sonreir.

—Hace frío—balbuceó.

Hacía frío en nuestra casa abandonada.



X

Despierto más de una hora, había interrogado ya en la sombra todas las fisonomías conocidas de nuestra solitaria estancia y todas estaban tristes porque la cuna estaba vacía.

Me abandoné libremente á la melancolía; Evangelina dormía.

Apenas despertó, para que no leyese en mi frente las negras ideas que de ella surgían y para no contagiárselas, insinué:

—Evangelina mía, ¿vamos á Musocco esta mañana?

De este modo no tuvo tiempo de recordar sus angustias maternas sin tener el remedio á la mano.

—Es preciso ser fuertes—repuso titubeando.—Tal

vez será mejor esperar un poco; dar tiempo á nuestro pequeño para habituarse á la nueva vida.

Y á estas palabras vacías vió ella también como yo, al inocente, en un caserón demasiado grande, dentro de una cuna de mimbres junto á una cama enorme, con la colcha rameada color de rosa; vió sin duda todo esto porque se interrumpió, suspirando para decir:

—¿Quién sabe cómo habrá pasado la noche?...

—¿Vamos á Musocco?—me apresuré á repetir.

—Tal vez será mejor esperar... si Augusto nos ve, llora de seguro, se pone malo...

Pero la idea se nos había plantado delante y tenía tantas seducciones que no fué posible resistirla, y cuando por tercera vez repetí:—¿vamos á Musocco?—estábamos casi fuera de la puerta preparados á marchar.

Nos fuimos, y no á pié, á lo largo del camino real arrancando las espinas á las acacias de la maleza como había dicho, para embellecer mi proposición, sino por el ferro-carril por acortar el viaje.

Nuestra aparición en la calle principal de Musocco produjo inmenso estupor en los lugareños; en muchas ventanas se asomaban caras petulantillas y curiosas, de chicuelos desgreñados, y cuando pasábamos por una puerta veía yo de reojo una cabeza que se asomaba á mirarnos.

Se decían:—Son los *señores* de la Mariana, van á casa la Mariana.

Y una compañera, con buen deseo, se nos adelantó á la carrera.

—Apuesto que va á advertir á la Mariana—dije con despecho—para que no se deje sorprender por los señores, sin tener tiempo de disponer el aparato escénico.

Mi mujer suspiró y no dijo nada.

—Es natural—añadí.

Andábamos al azar; junto á la primera esquina nos detuvimos sin saber qué calle tomar.

—Por allá, la tercera puerta—gritó detrás una mujer.

Me volví admirado de que en el pueblo todos supieran quién éramos y dónde queríamos ir...

La buena mujer viéndonos perplejos, nos alcanzó y repitió segura de su aserto:

—Por allá la tercera puerta... ¡ pero aquí está la Mariana !

Era ella misma, venía riendo con Augusto en brazos.

Evangelina quiso coger al niño á la vista de los curiosos y á riesgo de estropear la mantilla, pero se contuvo y marchamos hacia la casa.

Después de la angustia causada por un ejército de todas edades que nos preguntó: — «*si seguíamos buenos*» — como si fuésemos antiguos conocidos, después de las angustias de la presentación de toda la parentela y del vecindario, para cortar por lo sano, pregunté por José y al saber que el *hombre* estaba trabajando, entré en la cámara nupcial.

Allí á lo menos casi estuvimos libres, si bien á cada instante una lugareña se acercaba demasiado á la entreabierta puerta, empujada por una amiga de la infancia.

Evangelina besaba y volvía á besar á Augusto, yo le tenía la cabecita en mi mano y miraba al rededor.

Era, en efecto, el mismo caserón que había visto en sueños; sólo que la cuna era de madera, no de junco, y el cobertor, con flores amarillas; en un ángulo un enorme cofre y en otro un gran montón de grano.

¿Y qué tal?... ¿cómo había ido?

Divinamente. Augusto había sido bueno, dócil y tenía buen apetito.

¿Y cómo había pasado la noche? Á maravilla, comiendo y durmiendo; sin soltar una lágrima.

—¿Y usted?—preguntó Evangelina á Mariana.

Primero el ama se rió de todo corazón (era su misión en la tierra), luégo repuso:

—Ya lo quiero mucho, pobre angelito.

¡Pobre angelito! parecía contento, nos miró admirado, me pareció que nos sonreía; nada más.

Luégo mostró tener apetito y Mariana se lo acercó al pecho.

—¡Mamón!... has comido hace poco—le dijo—pero no importa; toma...

Augusto ocultó su carita de rosa en el seno mercenario y se durmió. El apetito era un pretexto.

—¡Es un picarillo!—dijo Mariana—ya lo había yo advertido.

Y no sé por qué me regocijó extraordinariamente que mi hijo fuese tan pícaro.

No teníamos tiempo que perder; queríamos aprovechar el tren; sin abandonar al pequeño visitamos el establo, donde Mariana nos presentó la vaca blanca. El caballo estaba con José.

—¡Lástima!—dijo Mariana.

—Será otro día—repuse para contentarla.

Y en efecto, se consoló riendo.

Y sin embargo, fué preciso separarnos, dejar de nuevo á nuestro hijo. Pero estábamos más tranquilos, más resignados; sólo nos afligió que Augusto, despierto al recibir nuestras últimas caricias, se mostró de mal humor y no nos devolvió ni uno de nuestros besos.

—Adiós—dijo por última vez Evangelina desde la ventanilla del wagón.

—Adiós—dije por lo bajo, saludando de lejos á mi hijo que se perdía en el horizonte como un punto blanco.

Después ví una forma humana que se alejaba por la calle mayor, Mariana; no distinguía á Augusto.

El viaje era breve y pareció largo, porque no se habló una palabra.

—¿Qué tienes? ¿qué piensas?—pregunté á Evangelina, mientras subíamos la escalera de casa.

—Tengo como una espina en el corazón—me dijo tris-

temente;—pienso que nuestro hijo no nos quiere ya.

—No lo digas así—le murmuré al oído, estrechándola contra mi pecho—dí más bien que no nos ama todavía.

Y era esto, sin embargo, un consuelo.

En el salón hallamos otro: un hombre de aspecto macizo pero solemne, un labrador que tenía un *caso* complicado que exponerme y no quería marcharse sin haberme consultado.

Me lo hice decir dos veces; tenía gran deseo de preguntarle por dónde sabía mi nombre y mi bufete, pero pensé que era preciso *respetar los secretos de la gente* y resistí como un héroe.

—Tenga usted la bondad—le dije gravemente y le precedí muy amable, llevándole á mi despacho; le rogué esperase un momento á que me quitase el sombrero y el gabán.

Pero no me quité nada, lo tiré todo por el aire y á mi asombrada Evangelina anuncié con un sonoro beso el descubrimiento que acababa de hacer.

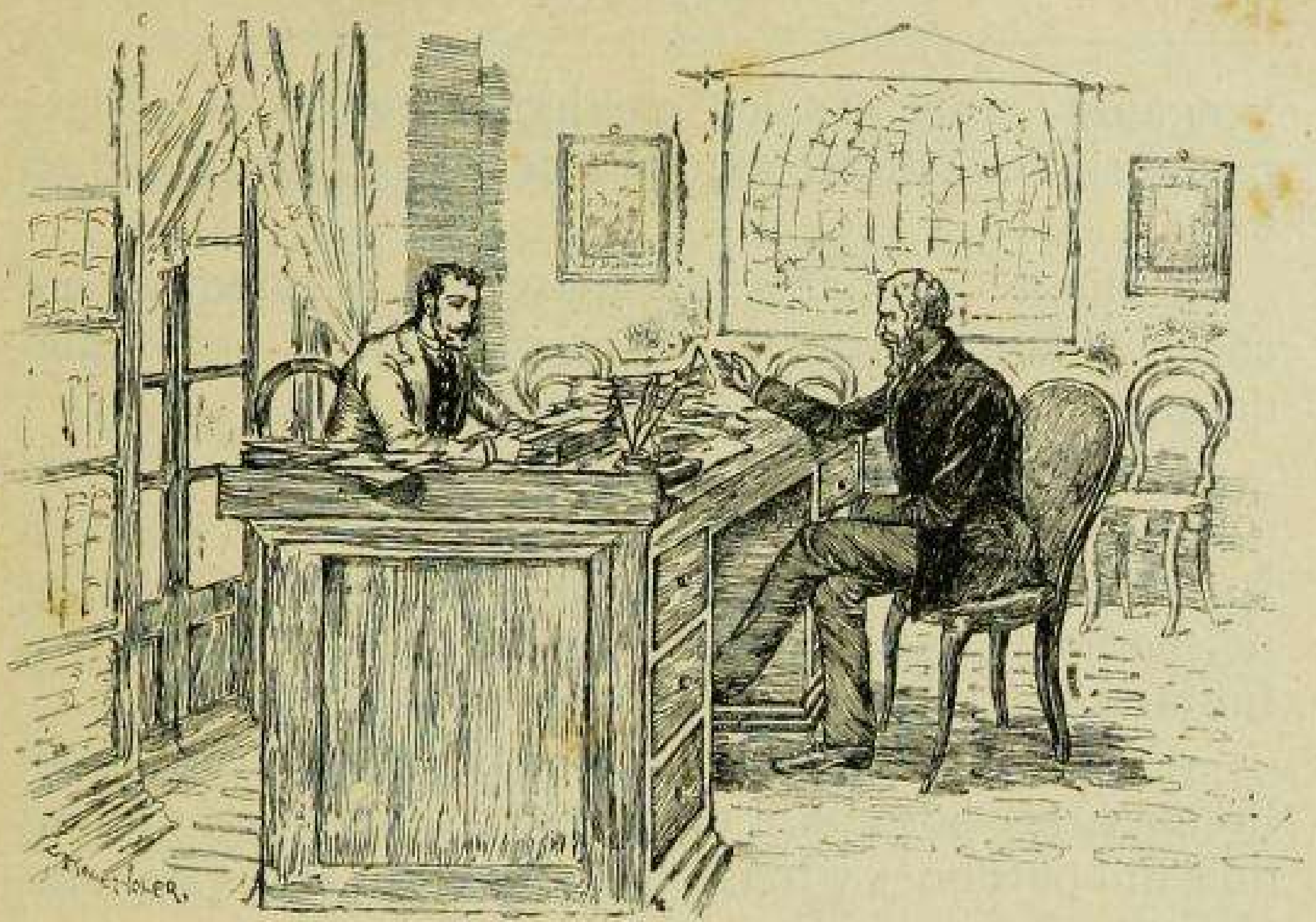
—El cielo—le dije—hace las cosas por vía de compensación; donde hay un gran dolor, envía una alegría grande.

—¿Qué alegría?—preguntó.

—¿Pero qué, no lo has adivinado? Es él, te aseguro que es él; ¡el primer cliente!



VALOR Y ADELANTE



VALOR Y ADELANTE!

I

¡AHORA vé! — me dijo mi mujer: — no le hagas esperar.

—Deja que aguarde—repuse alegremente; — le he esperado tanto yo, que ahora me vengo.

Pero así diciendo me sobrecogió extraño temor: que mi primer cliente abandonado á sí mismo, se arrepintiese y tomase la puerta á la chita callando. Ni tenía siquiera perfecta seguridad de que fuese un sér real, aunque gordo y macizo; podía ser una aparición, una sombra que fingiese la mole carnosa de una *parte contendiente*. Desvaneciéronse todos los sentimientos de

venganza, crucé el salón corriendo y entré en el despacho sin revestirme siquiera de cierta gravedad doctoral.

Mi cliente no había desaparecido, y mientras me encajaba la máscara, reía en mi interior del necio miedo que había cruzado por mi mente.

—Ruego á V.... se sien...te—dije, y lo dije con tal solemnidad, dejando un intervalo tan largo entre una y otra sílaba, que mi primer víctima pudo creer por un momento que yo quería rogarle se inmolase voluntariamente para evitarme esa molestia.

—Es por un muro divisorio—comenzó á decir aquel hombre, precioso para mí; pero le interrumpí pidiéndole mil perdones y rogándole me dijese antes su nombre y apellido, patria, hogar y profesión

—Venancio Solera, de Cuggiono, propietario.

Escribí aquel nombre y aquel domicilio sobre el primer cuaderno que hallé á mano, como si hubiese peligro de que lo olvidase: luégo sonreí como diciendo: «Nosotros los abogados tenemos tal confusión de nombres en la cabeza!...» y el señor Venancio Solera, sonrió también; probablemente quería decir: «Ya, ustedes los abogados...» pero le interrumpí poniéndome serio:

—Con que ¿se trata de un muro divisorio?

—Sí señor, de un muro divisorio.

Y mano á mano, primero con la gravedad que le había impuesto, luégo con la viveza de su índole pleitista que iba tomando calor al recuerdo de las mortificaciones morales sufridas durante un año, Venancio Solera me refirió la Iliada de ciertas estacas que quería quitar de una pared.

Mi cliente tenía toda la razón al ejercitar el derecho que le daba la sacrosanta prudencia de su excelente abuelo: tenía en favor suyo una escritura pública, el código, la jurisprudencia; no tenía en contra más que

al señor D. Luís Magni, hijo del difunto Pedro, y las estacas permanecían en la pared.

—Si Vd. supiera cuánto me lastiman...! decía cándidamente el señor Venancio, y ponía la mano sobre el pecho como si allí las tuviese clavadas.

Pero yo no podía compadecerle; todo lo contrario: lo admiraba, es la pura verdad; su mal me parecía uno de esos fenómenos maravillosos que se manifiestan en la tierra, para comenzar la clientela del abogado novel: aquel muro con las estacas lo veía yo delante de mí, alto y respetable como un baluarte.

—Tras de ese muro está tu porvenir—me decía mentalmente;—tu numerosa clientela, tus triunfos forenses, las comodidades de Evangelina y de tu hijo.

Y embebido en este pensamiento, sentía en mi interior extraña agitación que daba al traste con mi ficticia seriedad; confundida con el relámpago oratorio que brillaba en mis ojos, aparecía la bondadosa sonrisa del satisfecho padre de familia. Nada decía yo, pero sin duda se leía en mi cara todo un poema, porque mi cliente, que hacía rato hablaba despacito y con la vista fija, de pronto enmudeció y sonrió.

—Prosiga Vd... prosiga Vd.—balbuceé tratando de recobrar la gravedad que huía.

—Le he preguntado si quería V. defender mi causa y me contesta V. que no con la cabeza.

—Perdone V.—dije—estaba distraído; iremos á los tribunales y venceremos.

—Será cosa larga?

Mentí.

—¡Cá!... no señor.... brevísima!.... si todo está de nuestra parte!.... Déme Vd. poderes y yo pensaré lo demás.

Y sin dar tiempo á que reflexionase, puse delante de mí un pliego muy grande de papel y escribí: *Solera contra Magni*. Después alcé la cabeza y dije: «Ya está.»

Lo dije con cierto aire de triunfo que más tarde me había de parecer ridículo al pensarlo; pero entonces era natural asombrar á mi cliente con mis argumentos. Éste se creyó en el deber de inclinarse para admirar de cerca cuánto me rodeaba y al propio tiempo manifestarme que aprobaba plenamente mi manera enérgica de llevar adelante los asuntos.

Temí que fuese chanza, y sin mirarle le rogué me dijese qué había hecho por su parte para evitar el litigio.

¡Evitar el litigio! Sí: tuve el desesperado valor de pronunciar estas palabras, y cuando las hube dicho, sin respirar apenas, alcé la vista. Estaba resignado á contemplar un horror: Venancio Solera, que se arrepentía de haber querido llevar ante los tribunales á Luís Magni, y que agradeciéndome tan feliz idea, se ponía en pié, me estrechaba la mano, enfilaba la puerta y desaparecía.

Pero no; mi cliente no se movió; se le había pasado la gana de ir por buenas con *aquel oso malcriado,* había venido porque ya era tiempo de terminar y no quería marcharse sin dejar entre mis manos su pleito.

—Dios te bendiga! —quise exclamar en un arranque de alegría; pero, por el contrario, pregunté gravemente:

—¿Qué clase de hombre es?

Comprendió al punto que se trataba de la parte contraria, y repuso sencillamente:

—*Un oso!*

Pero mientras él me lo representaba con los más negros colores, yo le miraba con gratitud, casi con cariño. Veía en Luís Magni, el origen, el fundamento de mi clientela, la cabeza ó tronco de una raza de pleiteantes, dispuestos á litigar hasta el fin del mundo. Primero conmigo, luégo con mi hijo, y casi deseaba tenerle delante para darle las gracias, estrecharle las

manos, pedirle su retrato y después hacerle condenar en costas.

Otro camino se abría á mi pensamiento. — ¡ Cómo, —decía mentalmente mirando cara á cara á Venancio Solera — cómo se le ha ocurrido á este bellísimo sujeto la idea de acudir á mis luces?

Pensaba en mi suegro, que desde el día del matrimonio de su hija no había hecho más que aconsejar los pleitos más disparatados á sus amigos y conocidos de Monza y que últimamente en vano se había vuelto intratable hasta en sus propios negocios desde que tenía un yerno abogado. Pero no era él quien me enviaba mi primer cliente, porque habiendo interrogado hábilmente al Sr. D. Venancio, me dió á comprender que él no se ocupaba ni de sedas, ni de capullos, ni de gusanos y que jamás había estado en Monza.

No me habría disgustado ser deudor de la clientela á mi suegro; pero cuando tuve del Sr. D. Venancio la seguridad de lo contrario, experimenté una sensación de placer nueva é inexplicable, pensando que mi fama había volado hasta Cuggiono. ¿Y cómo se las había arreglado esta señora, para volar, cuando yo no había advertido que le despuntasen alas?

¡ Dulce misterio! Ni siquiera me afané por descubrirlo; en suma, siempre es mejor para el amor propio de un abogado, que el origen de su clientela se pierda en halagüeña incertidumbre.

Venancio Solera fué docilísimo; escuchó todos mis consejos, prometió hacer cuánto le recomendé, y como era instruído, suscribió la diligencia, y aunque con mucha cachaza, con gran éxito; y por fin, como hombre bien informado, y sin que yo se lo advirtiese, hizo el depósito de costumbre para los primeros gastos del proceso.

Á estos milagros asistía yo sin admiración, porque ya me había acostumbrado á mi fortuna.

—¿Bastará?—preguntó mi portentoso cliente designando el paquete de billetes de banco que había depositado sobre la mesa del escritorio.

Comprendí, y sin pronunciar una palabra conté los billetes é hice el recibo; pero entonces el señor Venancio temió haber herido mi susceptibilidad y añadió presuroso: —¿Bastará?

Hice un signo sibilino y mi cliente debió tranquilizarse. La consulta había terminado y salimos.

—Por supuesto, que al fin pagará *él*—dijo alegremente.

—No lo dude V.—contesté sonriendo.

Y como si yo hubiese dicho una agudeza, Venancio Solera se paró en la antesala, estrechó mis manos y rió estrepitosamente.

Adiviné que era uno de esos hombres tardíos en comprender las bromas y que comienzan lo interesante de su discurso cuando creéis que está terminado. Leía en su semblante el deseo de entretenerme á la puerta media hora para repetirme la historieta del muro. Su ideal hubiese sido que la causa pasase entre ambos y condenar á Luís Magni en rebeldía; yo, por el contrario, no veía la hora de que se marchase mi cliente para volver á ser niño al lado de Evangelina que, como si la viese, me esperaba junto á mi mesa llena de felicidad y de impaciencia.

—¡Se las haremos arrancar!—insistió el señor don Venancio.

Hablaba de las estacas y otra vez le hice reir ruidosamente diciendo:

—¡Forzoso!... tendrá que arrancarlas.

—Aun cuando debiese arrancarlas con las propias manos—añadió mi cliente.

Y me miró como esperando otra agudeza. Sentí un escrúpulo de conciencia y le contesté:

—Aun cuando debiese arrancarlas con los dientes.

La alegría del señor don Venancio no es para descrita: baste decir que tuvo miedo de su excesiva hilaridad y abrió la puerta para marcharse. Esperaba sin duda que le detuviese, porque le ví ponerse serio como quien quiere recordar algo, pero en realidad buscando un pretexto para cerrar otra vez la puerta y tomar de nuevo la posición anterior. Pero yo había interpuesto prudentemente mi pié en la hoja de la puerta, y no lo retiré. Venancio Solera, después de intentar en vano mover la puerta varias veces sin recordar la importantísima cosa que tenía que decirme, dió una desconsoladora mirada á mi pié, golpeóse la frente para castigarla de su falta de memoria y se fué á pesar suyo prometiendo volver pronto.

—No olvide V. enviarme todas las cartas—le dije cuando hubo bajado un par de escalones.

Detúvose de pronto y se volvió; su resignada sonrisa decía: «Ahí me tiene Vd., mísero y desconsolado, sin poder más que sonreir y marcharme.» Continuó bajando y yo volví á mi despacho, donde Evangelina, que había tomado el paquete de billetes y los estaba contando, apenas me vió, rodeó con sus brazos mi cuello y sacudiéndome hízome perder el último átomo de dignidad doctoral.

*
* *

—Ahora, valor y adelante! — exclamó mi mujer — ya tienes tu primer cliente.

—Ya lo tenemos, debes decir: el señor Venancio Solera es patrimonio común, es mío, es tuyo, y de nuestro hijo; su pleito ha entrado en casa para no salir jamás.

—¿Para no salir jamás?— balbuceó Evangelina mirándome con una especie de terror lleno de ingenuidad—¿qué?.... ¿va á pleitear toda la vida?

—Sí—afirmé con énfasis.—Venancio Solera pleiteará eternamente con Luís Magni.

Pero expliqué en seguida esta alegoría.

—Venancio Solera es la clientela, *Solera contra Magni* es el mote de mi escudo.

Entonces Evangelina poniéndose colorada de placer, batió palmas y habló metafóricamente á su vez.

Venancio Solera nos llenará el armario de ropa blanca con elegantes cifras; Venancio Solera comprará una hermosa mesa de nogal para el salón, una percha de roble para la antesala, muchas y relucientes cacerolas para la cocina. ¿No es verdad que hará todo esto?

Yo había tomado los billetes que estaban sobre la mesa y los iba contando con mucha tranquilidad de ánimo; á la singular pregunta de mi Evangelina, sonreí, pero proseguí contando y sólo cuando hube terminado, repuse tranquilamente:

—Sí, también creo yo que Venancio Solera tenga tal misión en la tierra y... ¿quién sabe?... tal vez hará algo mejor.

—¿Qué?—preguntó mi mujer que se gozaba en anticipar con el pensamiento las prodigalidades de mi cliente.

—Por ejemplo—repuse—nos ensanchará la casa; cinco habitaciones son verdaderamente poca cosa para un abogado; se necesitan nueve por lo menos y no estará de más que tenga dos puertas en el rellano de la escalera, por una de las cuales sólo entrarán los clientes...

—Y pondremos en una plancha: *Placidi: Abogado*.... de porcelana ó de latón.

—No, de porcelana.... es menos vulgar.

—Mejor es de latón—dijo Evangelina—y menos frágil. Luégo, el mejor día, para el aniversario de nuestro matrimonio, me regalará una máquina de coser...

—Á doble punto y con pedal—dije riendo.

Primero, mi mujer dedicó un suspiro al tiempo futuro, y se echó á reir, después, de las niñadas de nuestro alegre presente.

Pero había quedado en su frente una sombra, que no era bastante á desvanecer la idea de la máquina Howe á doble pespunte.

—Para comenzar—dije, variando de tono—Venancio Solera hará *algo* hoy mismo.

La sombra no desaparecía y mi mujer no se apresuró á preguntar qué *algo* era ese.

—Hoy mismo—repetí misteriosamente...

—¿Qué?—preguntó Evangelina.

—Me has de decir tú qué tienes y por qué mientras se habla de nuestra futura existencia, me dejas aquí para largarte con el pensamiento... ¿dónde? dímelo al momento: ¿en qué pensabas?

—Pensaba—repuso melancólicamente Evangelina—que si Venancio Solera hubiese venido un año antes, no habría sido preciso llevar á Augusto á Musocco.

La consolé diciendo que para tomar ama en casa no hubiese bastado un año de protección.

—¿Qué *algo* hará hoy mismo?—me preguntó, aludiendo á Venancio Solera.

—Te comprará un calendario, porque sabe que te gusta... un bonito calendario para colgarlo sobre la chimenea. Bien podemos permitirnos ese lujo.

Evangelina aprobó el gasto, advirtiendo juiciosamente, que un buen calendario debería comprarse con rebaja, puesto que había pasado todo Enero y la mitad de Febrero.

*
* *

Urgía participar nuestra fortuna á mi suegro para que hallase descanso y no perdiese su tiempo corriendo tras de los clientes de sus hijos; urgía describirle las

bellezas de Musocco, hablarle de la nodriza, de su abundante leche, del apetito de Augusto y de la resignación de Evangelina; todo esto se hizo en cuatro páginas llenas, empezando por mí y acabando por mi mujer. Releyendo la carta, antes de cerrarla, Evangelina advirtió que había olvidado hablar del *amo;* el pobre José, á fuerza de reducirse hasta quedar tamañito, halló puesto en los márgenes, después de lo cual plegada la hoja dentro del sobre, salimos juntos para ir á echarla á un buzón.

En el instante de pegar sobre la carta el sello, miré á mi mujer que me observaba sonriendo. Su sonrisa expresada en voz alta é *inteligible*, decía: «que aquello era emplear bien los sellos,» y yo que opinaba lo mismo, mientras echaba la carta en el buzón, repetí:

—Esto es lo que se llama gastar bien un sello.

Y sin embargo... ocurría todo lo contrario; habíamos tirado el dinero; ¡tan fugaz suele ser la dicha humana!

Cuando volvimos á casa, media hora después, ¿á quién hallamos con los brazos abiertos ocupando el vano de la puerta y gritando con estentórea voz que para entrar en casa era preciso pasar por encima de su cuerpo?

—¡Papá!—exclamó Evangelina.

¡Él mismo! mi suegro.

La pena que nos causaba el gasto inútil desapareció á poco para dar lugar al alborozo; luégo se mostró un instante para olvidarla para siempre.

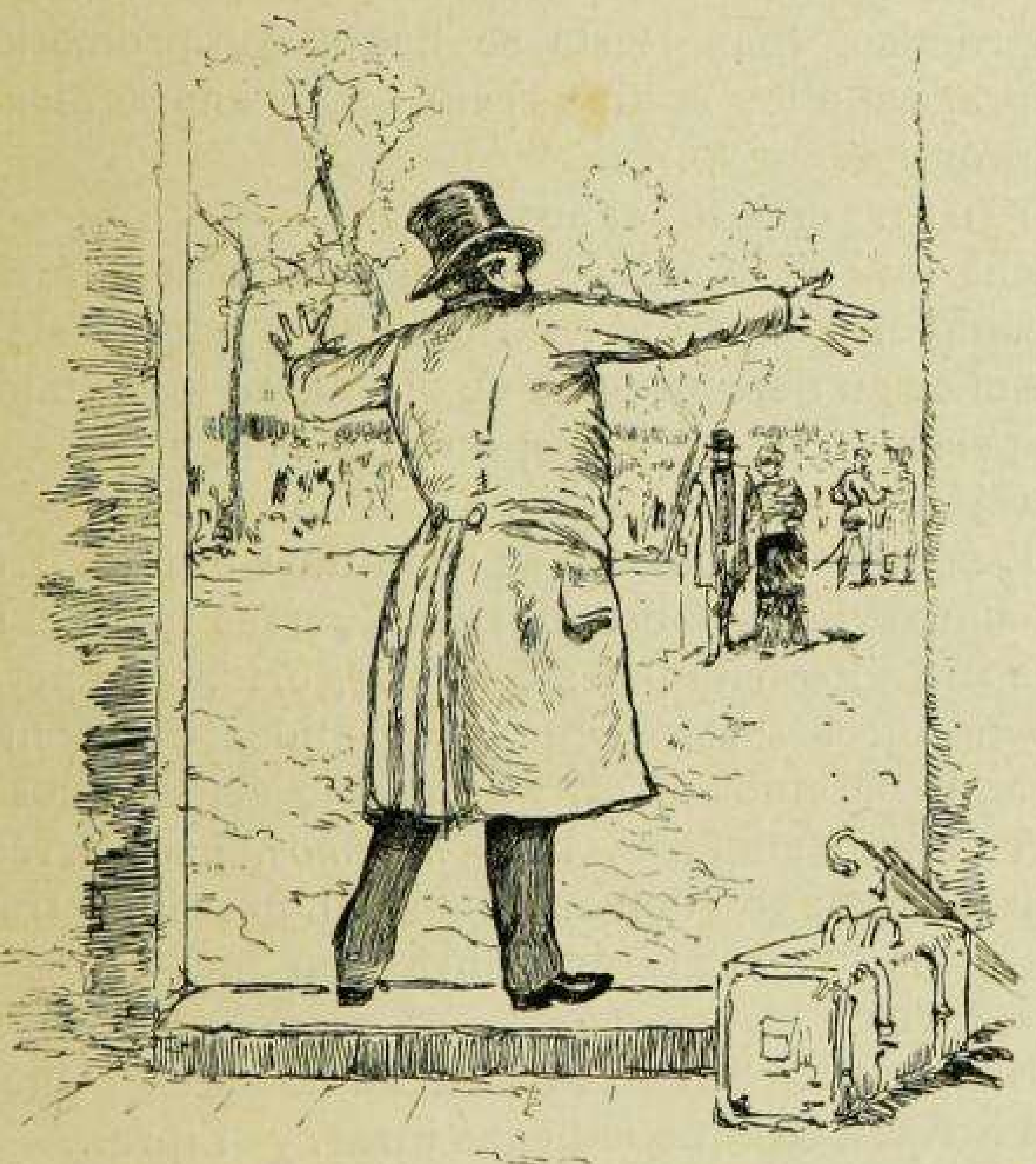
—¡Lástima!—dijo mi mujer.

—¿Lástima que haya venido yo?—interrumpió mi suegro, fingiendo no comprender para obligarla á nueva caricia.

—No—repuso Evangelina;—lástima que te hayamos escrito una carta larguísima que no hace diez minutos hemos echado al correo.

—Verdad—insistí—no hace diez minutos.

No era cierto; había pasado media hora larga y lo sabíamos muy bien; pero todo dolor requiere su bálsamo y su venganza; después de haber sacrificado aquellos veinte minutos á la tiránica retórica, el sello



pareciónos vengado sobradamente y no se le hizo caso ni sombra de mal.

Al abrazar á su hija, mi suegro no era aquel excelente *cultivador de gusanos* que siempre había conocido; al abrazarme, en la manera de estrechar mi mano, de mirarme, había cierto aire diplomático que jamás le conocí.

—Necesito hablarte á solas—me dijo con solemnidad, cuando nos dejó Evangelina.

Pero perdiendo poco á poco la paciencia y con ésta la solemnidad, me dijo de pronto:

—Te traigo un pleito.

—¡Un pleito!—exclamé, mirándole asombrado.

Él se quedó serio y repitió:

—Te traigo un pleito, un gran pleito; se trata de un compromiso. Juan Resta se había comprometido á comprar capullos á un precio dado, ahora niega su compromiso... y yo...

—¡Tú!... ¿eres tú, el adversario?

—Cierto; ¿no te parece que pueda yo acudir a juicio como otro cualquiera? He dicho á Juan Resta que no está en su derecho y ha de oirlo ante los tribunales sin apelación. Litigaremos; será cosa larga...

—¿Media algún contrato?—pregunté.

—Escrito nada; por eso se promueve el pleito; á tener cuatro líneas sobre un papel, ¿crees tú que Juan Resta iría á los tribunales con la seguridad de perder? Pero nosotros sostendremos la validez del contrato verbal, le haremos jurar, y si jura le acusaremos por haber jurado en falso. Digo *haremos*, pero serás tú quien lo haga; yo vuelvo á Monza en el primer tren.

—¿Había testigos?—pregunté, con una calma que desesperaba á mi suegro.

—Había uno, pero no se acuerda de nada. ¿Qué importa? Si te digo que le hagas jurar, y si jura...

—Si quieres creerme—interrumpí gravemente—lleva las cosas por la buena, no pleitees y no riñas con Juan Resta, de quien puedes necesitar...

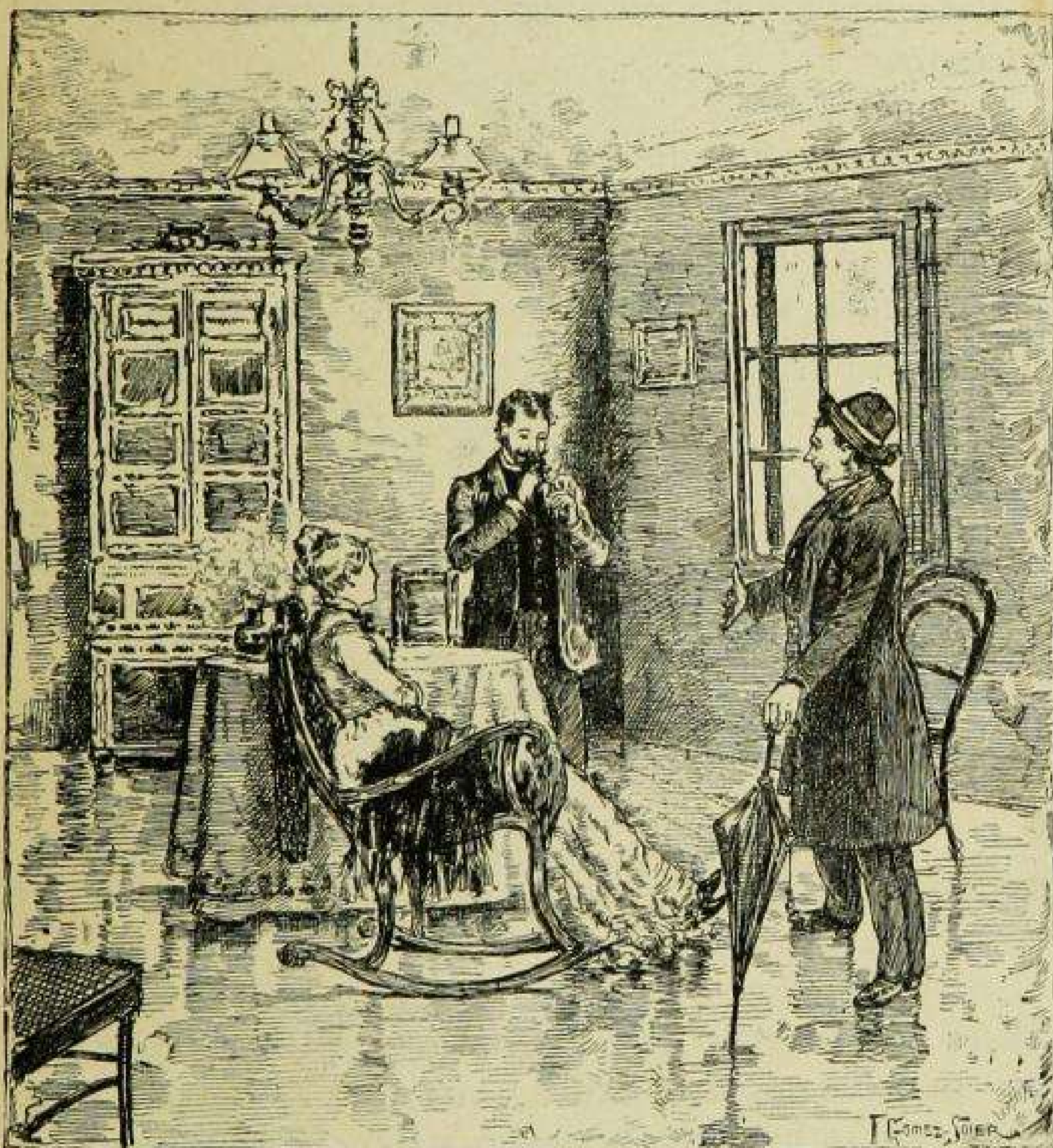
—¿Luego crees que me condenarían?

—Lo temo.

—No importa; he dicho á Juan Resta que lo quería llevar á los tribunales é irá.

Yo movía la cabeza tan resueltamente, que mi suegro asombrado, aturdido, se interrumpe y deja caer los brazos.

—Has equivocado la carrera—me dijo—debiste ser cura; Evangelina se hubiese confesado contigo, habrías remitido los pleitos terrenos al fallo de los tribu-



nales del cielo; tu elocuencia, porque estoy seguro de que eres elocuente, aunque no sabes emplearla, te habría servido para predicar.

La idea de hacerme cura y de confesar á mi Evangelina me ponía de buen humor; mi suegro seguía adelante zahiriéndome con sus epigramas, pero á mí como si me hiciera cosquillas.

—No es cosa de risa—me dijo poco después;—entretente en rehusar tu primer cliente...

—¿Pero tú no sabes?—prorrumpí.—Es verdad, no puedes saberlo... te lo hemos escrito poco há, y como la carta está en el correo, casi me parecía que ya lo debías saber.

—¿Qué ocurre?

—Que tengo un cliente, que tengo un pleito.

—¿De veras?—balbuceó el pobre anciano. ¡Cosa extraña! en su cara alternaban luces y sombras, como si á la alegría se uniese el despecho.—¿Y cómo se llama?—añadió.

—Se llama Venancio Solera, su adversario es Luís Magni, viven en Cuggiono los dos, son vecinos: hay un muro divisorio común á los propietarios, junto al cual Luís Magni ha enclavado ciertas estacas que mi cliente está en el derecho de hacer arrancar.

—¿Son vecinos?

—Sí.

—¿Tienen una pared medianera?

—Y Luís Magni ha enclavado las estacas.

—No hay peligro de que hagan las paces, ¿no es verdad?... si son vecinos y hay de por medio una pared... ¡Ah! ¡qué contento estoy!

Echóme los brazos al cuello, y muy conmovido me confesó que había querido litigar con Juan Resta tan sólo por darme una causa, que por lo demás Juan Resta era un hombre honrado y habría muy bien podido jurar de buena fe.

En aquel instante entró Evangelina.

—Ven aquí—le dijo su padre, abriendo los brazos en actitud teatral.

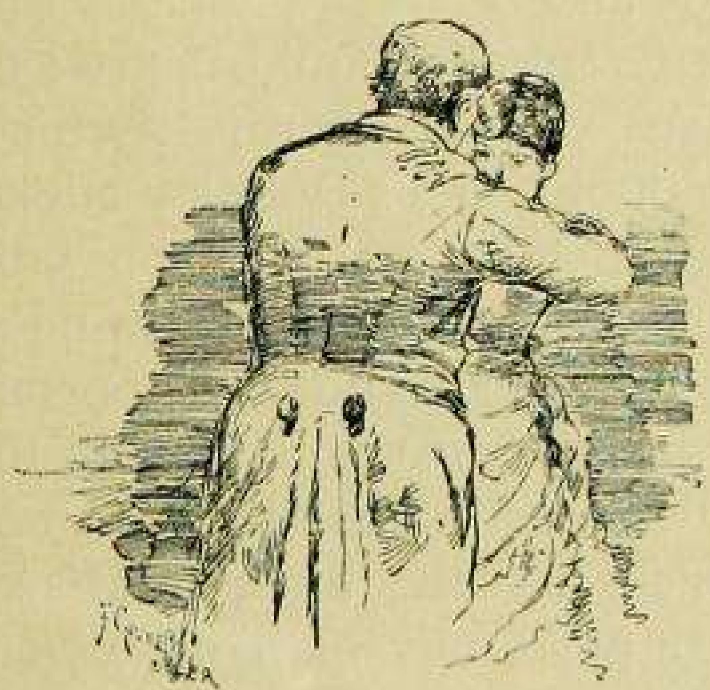
La besó, la abrazó en silencio y después la empujó hacia mí para que hiciese otro tanto.

—El primer paso está dado—añadió el padre contentísimo;—valor y adelante. Ahora hablemos del pe-

queño... ¿Es bonito pueblo Musocco? ¿El ama es guapa? ¿Augusto está contento? ¿Y no ha echado de menos á su abuelo?

Ví en los ojos de Evangelina un reflejo sospechoso y añadí, bajando la voz y acariciándola:

—El aire del campo le probará.



II

«Valor y adelante.»

Después de Evangelina, mi suegro; después de mi suegro alguien, dentro de mí, seguía repitiendo á cada instante de mi vida: «Valor y adelante.»

—¡Ah! cuánto bien me hicieron tan dulces palabras! Nos place anteponer un término á nuestros sacrificios para que nos ayude á soportarlos. Decimos con gusto: «llevaré la carga hasta allí, luégo caminaré libre y expedito»; así había dicho yo también. Al hacer mi sacrificio de cada día pensaba: otro esfuerzo hoy, luégo un paso más mañana, y pasado mañana la suerte hará lo restante, me enviará un cliente.»

Y había venido el primer cliente, pero sin traernos más de lo que ya teníamos en casa: alegría y una esperanza más firme, sin contar un calendario con rebaja de precio. Teníamos algunas ventanas sin cortinas y nos consolamos creyendo amar la luz con exceso, y yo llevaba valerosamente mi sombrero de *canoa* del día de la boda, el más estropeado de todos los sombreros del mundo civilizado, con el pretexto siempre nuevo de no estar para semejantes bagatelas. ¡Ay de mí! no estaba tan ocupado como quería aparentar; nos ocurría por el contrario salir del brazo Evangelina y yo sin otro objeto que el de echar una carta al buzón más distante de la casa.

Pero no sufríamos ni fastidio, ni desaliento; porque nos daba bastante qué hacer el empleo de nuestras rentas. En cuanto á esto, mi mujer tenía hechos profundos estudios; yo le debo la convicción de que cada lira se compone de un gran número de céntimos; mucho antes que ella, me lo había dicho mi buena madre, pero la pobrecilla no logró convencerme.

Cuando queríamos divertirnos, así como otros viajan ó van á la ópera ó á la comedia, nosotros nos íbamos del brazo por lo largo de las floridas sendas de nuestro porvenir. Siempre hallábamos nuevos puntos de vista; horizontes dorados por luces tropicales, castillos colmados de toda delicia, teatros en los que asistíamos á escenas fascinadoras; sonaban en nuestros oídos consoladores cantos, acompañados de notas que semejaban caricias.

Aquellos eran los días serenos.

Y vinieron días de lluvias y de vientos, á cuyo recuerdo mi mujer se estremece aún y yo sonrío. Por lo regular eran los lunes de la última semana de cada mes; pero siempre y de todos modos llegaban de improviso, inesperados; estábamos alegres, distraídos; el calendario señalaba *buen tiempo*: cuando á lo mejor, Evangelina se asomaba á la ventana y volvía á decirme que llovía; esto es, que en nuestros cálculos de la víspera habíamos olvidado la cuenta de la leña, ó de la lavandera, y que, en suma, antes de las doce en toda la casa del abogado Placidi no se encontraría un ochavo, aunque hubieran dado por él un millón.

Entonces la frente del abogado Placidi se oscurecía para recibir la inspiración de su genio; sin perder tiempo le sugería la idea de sacar del bolsillo del chaleco el reloj de oro, un *Vacheron* de Ginebra, colocarlo entre dos vellones de algodón en rama en una cajita de cartón, ocultar la caja y su contenido en un bolsillo, abotonarse por completo el gabán y emprender sin te-

mor su camino. Y el abogado Placidi, domado ya por la experiencia, no se rebelaba como la primera vez; tan pronto como el consejo era pronta la ejecución; sacaba del bolsillo el reloj, le pedía perdón en broma ó le hacía un discursito acerca de la suerte reservada á los relojes que vienen al mundo con las tapas de oro, argumentando que las tapas y otros objetos de oro, tan envidiadas, tienen también su lado malo, ó más bien pésimo; y cuando con su charla conseguía que su mujer, que le miraba lastimosamente, sonriese, entonces se ponía serio, se abrochaba para resistir en la calle la costumbre de mirar la hora y se marchaba sin miedo.

Se marchaba; me marchaba.

Hasta que atravesaba las calles concurridas, mi fragilidad no estaba expuesta á penosas pruebas; todo lo más me ocurría que algún pilluelo, viéndome abrochado hasta la barba, sólo por el gusto de verme desabrochar y luégo reirse de mi bondad con sus colegas, me preguntaba qué hora era.

Pero yo salía de casa preparado á todo, y respondía alargando el paso: «Las ocho y media.»

Al entrar en la desierta callejuela donde se abría la conocida puertecilla señalada con el número tres, sentía latir mi corazón y dirigía al rededor miradas recelosas: no había alma viviente en las puertas, pero sentía en las ventanas, en los balcones, en todas partes, cien ojos fijos tras de mis pasos, y en el momento de enfilar la puerta fatal, me parecía que todas las consabidas y ocultas murmuraciones alzaban la voz á un tiempo.

La costumbre, que poco á poco debía darme firmeza, en esto no me sirvió de nada: porque á cada aparición mía en la pavorosa callejuela, tenía yo en primer lugar la conciencia, después la prueba testimonial de haber alcanzado mayor celebridad; el carpintero de la esquina estaba pronto para atisbarme y al instante

dejaba su banco y salía á la puerta con el cepillo en la mano; el zapatero de enfrente, dócil al reclamo, alzaba la cabeza y llegaban á mis oídos dialoguillos como el siguiente:

—Es él, el amigo del número tres.—¿Quién sabe quien será?—¿Quién lo sabe?—Callaban.

En las ventanas del primer piso se asomaban dos jovencitas de buen humor, siempre riéndose: yo no atendía á nadie, y seguía adelante con la vista fija; pero, al cruzar el tremendo umbral, parecíame oir al carpintero y al zapatero que me habían seguido con la vista, exclamar á la vez:—Ha entrado.

Una vez dentro, terminado el espectáculo, aquellos dos menestrales podían volver á su trabajo sin escrúpulo, cuidando tan sólo de levantar á cada instante la cabeza para verme salir; pero no siempre acababan aquí mis aflicciones. Si tenía la fortuna de asomarme solo al ventanillo, la cosa era fácil y sencilla; la *dueña* me conocía, me saludaba como á antiguo conocido, me preguntaba por mi salud con cierta reservada y respetuosa piedad en su acento y en sus palabras; sacaba yo el reloj del bolsillo; ella decía: *siempre el mismo*, no por burla sino para hacerme comprender que no era necesario rascarlo con un corta-plumas, ni frotarlo con la piedra de toque.—*Siempre el mismo*—respondía. También la suma que me prestaban era siempre la misma, pero por costumbre de su oficio, la buena mujer me la anunciaba:—*¡Cincuenta pesetas!*—Bajaba la cabeza sobre el pecho, guardaba en el bolsillo mi tesoro...—Hasta la vista—decía la *dueña*. Yo lo agradecía con una sonrisa, porque había notado que nunca, cuando volvía á rescatarlo, nunca me dijo: «hasta la vista» aun cuando tenía motivos para esperar que volvería á verme.

Pero otras veces no estaba solo; llegaba á la cola de un ejército de mujeres y me tocaba aguardar en un

rincón bajo sus curiosas miradas, con el corazón oprimido por la miseria de aquella pobre gente que por dos pesetas empeñaba una sábana ó tres camisas. En esto, me ocurría un pensamiento maligno y tierno al par: que mi humillación servía á lo menos para algo... para consolar á aquellas infelices, para enseñarles que, entre la gente que ellas miran con envidia, puede haber quien sufra más que ellas mismas, porque está obligado á tener vergüenza de su propia miseria.

En aquella asamblea de mujeres, las había despreocupadas que se chancean con su dolor y hablan de su desventura en voz alta; las había tímidas y dolientes; alguna vi llorar y enjugarse las lágrimas y mirarme con respeto; alguna contuvo su risa descompuesta para sonreirme, rindiendo tributo á la miseria que consideraba más penosa que la propia, porque era muy distinta.

Todo esto era triste; tan triste que en el momento de entregar mi reloj á la vista de todas aquellas mujeres, parecíame no ser ya el abogado Placidi, no tener una casa, ni clientela, ni porvenir. Pero me sentía otra vez muy otro en cuanto volvía la esquina de la terrorífica callejuela, y á pesar de la certeza de tener que volver, olvidaba en brazos de mi Evangelina todas las humillaciones sufridas.

Tal vez el mérito estaba en mi genio bonachón y seguramente tenía también gran parte en él la cara melancólica y sonriente de mi Evangelina, pero no debo callar que al ir y venir y durante todo el tiempo de la difícil operación del empeño, álguien había estado repitiéndome al oído, sin que yo lo advirtiese, las consabidas palabras: *¡valor y adelante!* Podremos no atender una y diez veces á la voz que dice: *¡valor!* pero llega el momento en que esta benéfica palabra halla el camino del corazón.

—¿Cómo te ha ido?—preguntaba Evangelina.

—Cincuenta pesetas—respondía—aquí están.

—Eso lo sé; ¿pero había mucha gente? ¿Te ha visto algún conocido? ¿Y aquella mujer te ha reconocido?

—Todo ha ido perfectamente. (Cuando iba mal, no añadía una palabra).

—¡Si aquella mujer supiese que eres el abogado Epaminondas Placidi! ¿Verdad, que no volverías?

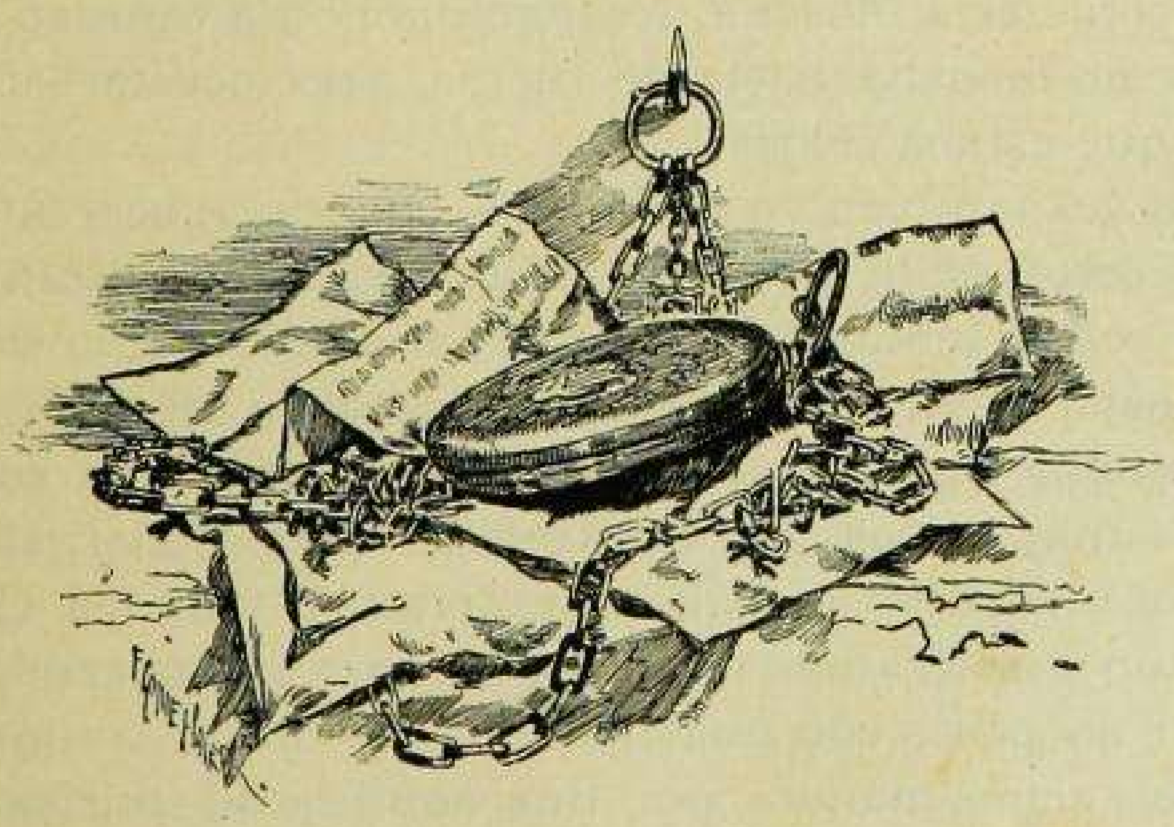
—Tendría que volver de todos modos por mi reloj... Ayer olvidé darle cuerda; parecía que lo supiese, y sin embargo, ¡pobrecito! andaba aún... se parará á las diez.

—Á recobrarlo mandaremos á alguien.

—No, iré yo: ahora ya soy conocido, quizás será la última vez....

¿Quizás? Evangelina estaba segura de que era la última; como podréis creer, mientras me fué posible, la mantuve en tan tierna ilusión.

Y llegó un domingo en que corrí triunfante á rescatar mi *Vacheron;* pero llegó otro lunes en que tuve que cruzar la aterradora callejuela para empeñarlo de nuevo.



III

En esto, Augusto crecía á la vista, engordaba, se redondeaba, como un niño modelado en yeso con toda holgura.

Y como los paseos á pié son tan higiénicos, nos íbamos con frecuencia Evangelina y yo, primero del brazo por el camino real, luégo, por la senda, de la mano como dos enamorados hasta Musocco, donde nos esperaba el maravilloso espectáculo de nuestro chiquillo indiferente, sin más ocupación que la de ensalzar con hechos la excelente leche del ama.

Por mi parte tomaba la sublime indiferencia de mi hijo con cierta filosofía, Evangelina no; la vanidad materna no le daba bastante fuerza para ocultar á mis ojos que estaba celosa.

Tal vez también yo tenía celos cuando al acercar mi cara cerca de la de mi hijo, me miraba con asombro, y en vez de tenderme los brazos al cuello como debía aconsejarle la voz de la sangre, exhalaba un grito.

Tamaño desastre ocurría rara vez, pero nos sumía en la mayor desolación. Aquellos días se alargaba la visita, olvidados de Milán, del tribunal y de los clientes; no hubiéramos tenido valor para marcharnos sin hacer las paces con nuestro hijo; por fin, reanimados de la mejor manera por una sombra de sonrisa que pasaba por sus labios ó por alguna caricia recibida

con resignación, nos marchábamos con tardo paso á Milán.

Pero á la larga, volvíamos á redoblar el paso y á la filosofía cotidiana; nosotros mismos nos consolábamos recíprocamente de la injusticia de Augusto; el abogado Placidi volvía á tomar la defensa de su primogénito.

—¡La voz de la sangre!—decía cínicamente;—¿quién cree ya en ella? Ya ni en el teatro sale á relucir. Y no hay que lamentarlo; ¡ha dicho tanta bellaquería esta famosa voz! Por el contrario, la voz de la leche...

Pero sin ánimo para acabar, intentaba sonreir. Evangelina no se reía, yo seguía adelante con creciente convicción.

—Corren muchas voces por el mundo que jamás ha oído nadie: la voz del pueblo, la voz de Dios, la voz de la conciencia, etc.; y en cambio, nadie dice: la voz de la sopa, la voz de la carne asada, como si no hablasen cada santo día, sin excluir las vigilias, á todo hombre en ayunas. ¿No es así?

—¡Claro!...—contestó Evangelina—pero hemos de volver á verlo; hagamos que se acostumbre desde ahora á vernos, á conocernos, á querernos un poco á nosotros que tanto le amamos.

Hablaba de él; yo, que no había cesado un momento de pensar en ello, añadía, muy serio:

—Sí; trataremos de que se acostumbre; pronto le quitaremos el ama. ¿Hasta cuándo maman los niños? ¿lo sabes tú?

—Según los casos—respondía la pobre madrecita, suspirando—hasta el año y medio; los hay que quieren mamar hasta los dos años y algunos llegan á los tres.

—El nuestro no será de esos—sentenciaba el padre altanero en apariencia, desconcertado en realidad.—Tienes razón, hay que visitarlo con frecuencia, es necesario que aprenda á querernos.

*
* *

Nunca faltábamos á aquella obligación: la buena nodriza no gozaba una semana de tranquilidad, sabiendo que en cualquier momento la podíamos coger á traición en flagrante delito de desamor á nuestro hijo; mas no por esto se turbaba ó perdía su bonachona sonrisa; también ella poseía su talismán; tenía gran cariño á Augusto.

—¡Como si fuese mío!—decía para tranquilizarnos. Y á estas ingenuas palabras, por lo que sentía yo, por la pasajera sublevación de mi ánimo, adivinaba una batalla en el corazón de Evangelina.

—¡Si vieran ustedes qué pícaro es!—nos decía algunas veces, la graciosa amita:—sabe hacerse querer; ¡cuando quiere mamar se pone tan mimoso!... ¡es tan malicioso! Yo digo que será *algo*... porque tiene talento, créanme.

Oíamos en silencio, entre contentos y mortificados de tener que averiguar toda la sagacidad de nuestro hijo por persona extraña; luégo Evangelina se inclinaba á besuquear su tesoro, y yo que no podía permitirme otro tanto á causa del bigote, en vez de declararme satisfecho al saber que mi hijo era un portento de malicia, balbuceaba que lo *sabíamos*. Entonces el ama enseñaba los blanquísimos dientes, y aprovechando un momento en que la rosada carita de Augusto estaba destapada, dábale con desenvoltura un sonoro beso que el pequeño recibía sin murmurar.

Si nosotros hubiésemos hecho otro tanto, ¡Dios mío!... ¡qué chillidos!

—Me conoce, de mí se deja besar y acariciar—decía Mariana;—no hay cuidado que quiera ir con otros... por la noche, cuando hace mucho frío, lo acuesto en

mi cama, y ya sabe él dónde poner la carita para encontrar calor.

Todas estas noticias nos consolaban de singular manera; nos hacían muy felices y un poco desgraciados. Habíamos recomendado cien veces al ama que no lo acostase en su cama; pero no queríamos tampoco que llorase ó padeciese de frío en la cuna.

—¡Dios de bondad!—murmuraba Evangelina—¿y si lo ahogase?

—¡Ahogarlo!—exclamaba el ama—dí... monín... dí... si te ahogo...

Pero como Augusto no decía nada, se complacía en explicar minuciosamente á la mamita, poco práctica, el amoroso arte de tener en la cama al niño sin ningún peligro, y estaba tan feliz y tan alegre en su demostración, que Evangelina se veía obligada á declararse enteramente satisfecha.

¡Pero no era verdad, pobre Evangelina!... ¡no estabas satisfecha!

*
* *

Yo, que iba amaestrándome por los libros en el arte de criar á los hijos, un día dije al ama:

—Habrá que empezar á darle papilla.

—¡Papilla!—balbuceó Mariana asombrada;—¡demasiado pronto! si no tiene más que seis meses!

Mi mujer me miraba sin atreverse á contradecirme, como le sugería su instinto materno, y confiando tal vez en que yo tuviese razón.

—Debe empezarse por poco—insistí gravemente;—al principio bastará darle lo que quepa en una cáscara de huevo; primero una vez al día, después dos: la papilla debe ser de sémola de buena calidad, no muy espesa y bien cocida en buen caldo de pollo ó de vaca.

Una carcajada interrumpió la lección que yo sabía tan bien y de memoria.

Era el ama que, á pesar del respeto que había sabido inspirarle, no pudo contener su buen humor.

—Perdone usted; veo que está muy fuerte en estas cosas; más que yo.

Sí, en realidad la idea del caldo de pollo era superior á su inteligencia.

—Para hacer el caldo de pollo ó de vaca—observó conteniendo su irreverente buen humor—se necesita el pollo ó la vaca; los señores como ustedes tienen siempre estas cosas... pero nosotros...

Una intencionada mirada de Evangelina me repitió: «los señores como nosotros»... y mi sonrisa terminó la frase: «tienen estas cosas siempre»... luégo me ocurrió una idea luminosa.

—Del caldo cuidaremos nosotros—dije;—prometa usted dar al niño papilla: ¿ha comprendido usted cómo se hace?... la cáscara de un huevo... la sémola bien cocida...

Había comprendido; todo lo prometía.

Me miró Evangelina un instante algo dudosa; luégo leí en su cara que había adivinado mi buena idea.

Aquella noche, cuando arreglamos las cuentas del dia, añadimos á nuestro balance el gasto mensual de un tarrito de extracto de carne.

IV

Entre tanto, nuestra casa iba embelleciéndose; casi no pasaba una semana sin enriquecerse con algún pequeño ornamento útil; además del calendario, que campeaba lindamente en mi estudio, teníamos un termómetro Réaumur, cortinas blancas en casi todas las ventanas, geranios, rosas, claveles en la antesala sobre una gradería de madera hecha expresamente y barnizada como la percha, imitando á la perfección la madera de roble (plausible idea de Evangelina); sobre la mesita de la sala una cigarrera llena siempre de *virginias* que envejecían dando lustre á la casa (pensamiento poco aplaudido por el abogado Epaminondas, que no fumaba).—No he concluído aún; poseíamos además un reloj de pared que daba las horas y las medias horas con gravedad desusada, unos gemelos para teatro, un hermoso tintero de cristal y hasta dos candelabros de porcelana. Poseíamos también otras cosas no difíciles sino fastidiosas de enumerar, y otras, que íbamos comprando poco á poco. Sin embargo, nos faltaba una todavía deseadísima entre todas y mas costosa que ninguna; la lámpara suspendida del techo del salón de modo que estuviese precisamente sobre el velador. ¡Cuánto nos ingeniamos para resistir á tan ruinoso deseo!... Yo compré un álbum de retratos y lo puse sobre el velador; parecióme que así renunciaría con

mayor facilidad á la lámpara; otro día Evangelina me sorprendió dando un sucesor al buen mirlo del que la jaula llevaba luto hacía más de un año.

Todo esto era algo, mejor dicho, era mucho, nos hacía felices, pero no nos dejaba satisfechos; después de haber distribuído con mucha simetría parientes y amigos en el álbum, instintivamente Evangelina levantaba la cabeza hacia el techo, y yo, cuando había escuchado un rato los trinos del mirlo junto á la ventana, también yo, sin notarlo, me sorprendía contemplando la famosa lámpara colgante sin colgar todavía.

Y era forzoso colgarla; era imprescindible; fatal.... júzguenlo ustedes.

Sin decirme nada, pero no con tanto secreto que no advirtiese cuando volvía á casa el misterio, Evangelina había estado preparándome con sus propias manos una sorpresa.

Por contentarla, fingí no advertir nada; pero la víspera del gran día, cuando el desusado júbilo de mi esposa y ciertas extrañas sonrisas hubieran descubierto á un ciego que la sorpresa estaba pronta, entonces creíme obligado á echármelas de listo, y le dije con malicia:

—Evangelina mía, alguna me hiciste.

Si hubiese insistido un poco, la pobrecilla me lo habría dicho entonces, como era su gran deseo; pero no quise que malograra en un momento de fragilidad la satisfacción á que tenía derecho; tomé por buena moneda su primer embuste, varié de conversación y díjeme: «será mañana y ¿qué será?»

No debía esperar tanto. Evangelina tuvo lástima de mí y de ella, y á mi regreso encontré—adivínenlo ustedes—pendiente del centro del salón un magnífico cestillo de papel de colores sostenido por guirnaldas, también de papel, del cual salían multitud de flores y profusión de hojas.

—¿Te gusta?—me dijo Evangelina con la voz turbada por la alegre emoción.

—¡Bravísimo!—repuse en seguida—has tenido una bellísima idea, verdaderamente feliz.

—¿Verdad que está bien?

—Perfectamente...... como si fuese la lámpara; por lo menos, el efecto es idéntico.

—Eso he pensado también: cuando cuelgue del centro del techo un cestillo, renunciaremos más fácilmente á la lámpara que cuesta demasiado, á lo menos por ahora, mientras no abunden los clientes...

—Tienes razón, no pensaremos más en la lámpara.

¡Ah! vanidad de los humanos propósitos, y cuán falaz es la medicina de nuestras pasiones!

El cestillo que debía hacernos olvidar la lámpara, nos la recordaba á cada instante.

—«Os parece que estoy bien aquí, y no os engañáis; pero en mi lugar estaría mejor la lámpara; luégo yo estaré perfectamente frente á la ventana, entre las dos cortinas blancas.»

De esta suerte hablaba el cestillo, ora gracioso, ora burlón, ora brutal, pero siempre insistente y en silencio.

Para terminar, al cabo de una semana de aquella obstinación, una mañana mi mujer y yo salimos de casa como impulsados por el destino; anduvimos á buen paso hacia el próximo bazar y entrambos sin titubear, y después de penosísimas dudas nos volvimos á casa seguidos de un faquín que llevaba nuestra lámpara.

Al entrar en el salón, el cestillo, por primera vez, me dió lástima; pero callé: Evangelina fué la que dijo:

—¡Oh! ¡miseria! y pensar que nos parecía tan lindo!

Dos horas después cogidos de la mano y en pié en el umbral de la puerta juzgábamos el efecto que hacía nuestro saloncito visto desde lejos con su maravillosa

lámpara en medio y el cestillo frente á la ventana.

Era un espectáculo magnífico; pero advertidos ya por la experiencia y conteniendo nuestro éxtasis, nos contentamos con decir que la casa del abogado Placidi «comenzaba á tomar cierto aspecto....»

* * *

Todavía Augusto no había visitado la casa paterna; primero por el frío de invierno, después por la lluvia de la primavera, ó porque el tiempo vario aconsejaba prudencia; pero ahora era espléndido el magnífico sol de Julio, los días largos y podía venir sin peligro por la mañana y marcharse por la tarde.

Vino.

Nos habíamos levantado por la mañana temprano porque nos pareció que teníamos mucho qué hacer para prepararnos dignamente para nuestra fiesta, pero después de dar un vistazo á la cocina y poner en orden los muebles de la casa, Evangelina, no sabiendo qué hacer, vino á presenciar la delicada operación de afeitarme.

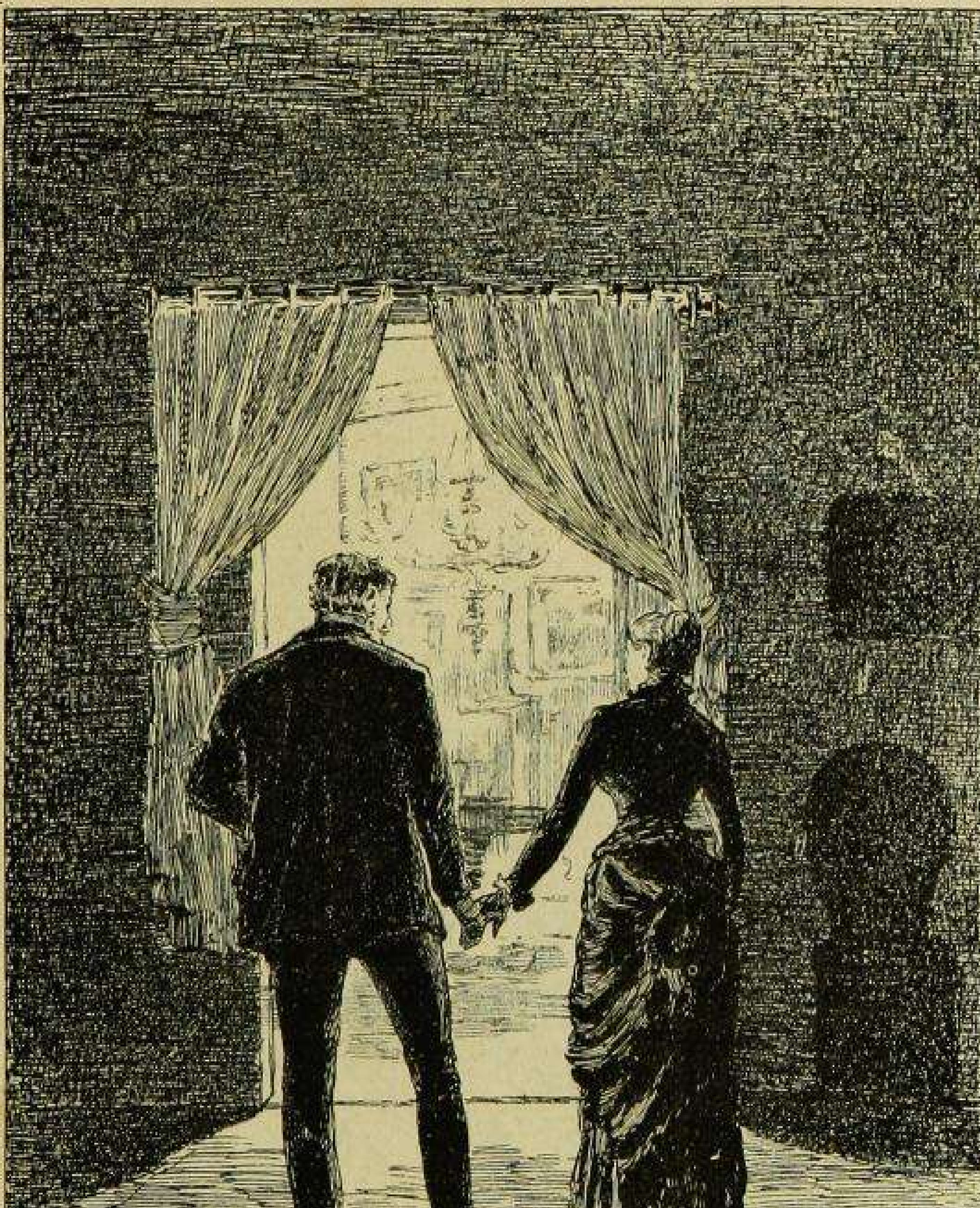
—Ahora mismo estará aquí—me dijo, impaciente. Y como no podía contestarle, se asomó á los cristales para verle pasar por el umbral sin advertir siquiera que me quitaba la luz.

—¡Evangelina!...—dije dulcemente.

Ella se volvió, y comprendiéndolo, sin hablar palabra dejó la ventana. De reojo leí en su semblante que estaba en uno de esos instantes difíciles, en que la felicidad debilita nuestras fuerzas, y para soportarla necesitamos un pretexto de pena.

—¡Cuánto tiempo gastas hoy para esa barba!—dijo mi mujer un momento después.

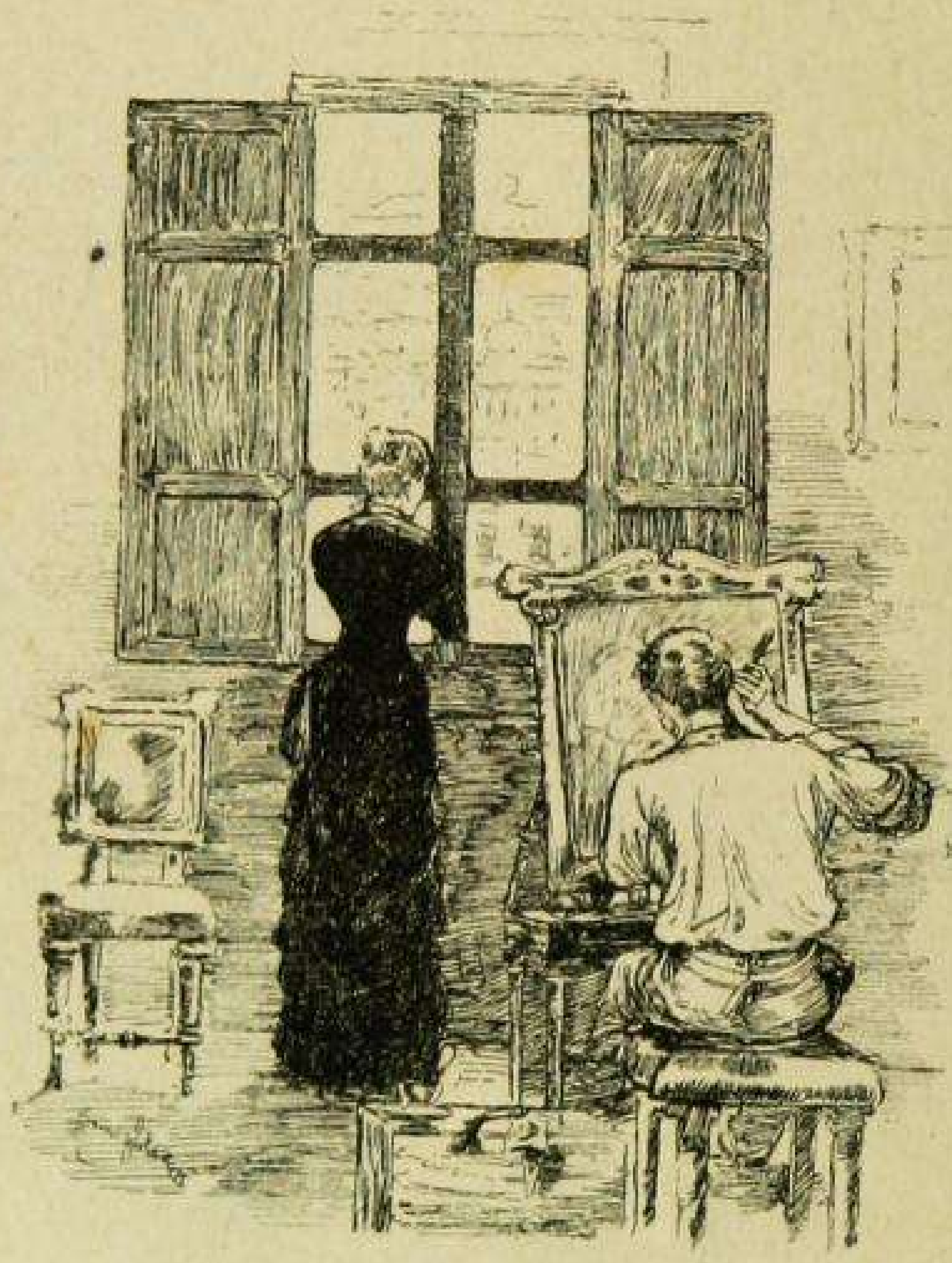
Me volví sonriendo. Pensaba: «Lo que es el hombre! Á poco que se descuide, la misma felicidad vuelve



irascible, antojadizo, malo.» Y con una calma feroz añadí:

—No ves la hora, ¿verdad?

—No tengo tu calma—repuso;—es tarde, no viene y tú continúas ahí frente al espejo. ¿Qué idea te ha dado hoy de afeitarte?



—¿Y qué te ocurre hoy, que te desconsuela que me afeite?

Desconsuela era demasiado fuerte, me arrepentí en seguida; pero ya era tarde.

Evangelina no contestó: me hacía el serio. Breve rato seguí con la mayor tranquilidad, pero á poco no supe contenerme.

—¡Ah!—exclamé.

Aguardaba que me preguntase al menos si me había lastimado con la navaja; ni siquiera respiró: forzóme á añadir irónicamente:

—Tranquilízate, ha sido un susto..... no me he hecho nada.

Se levantó de repente y yo, dominado á mi vez por el ángel del mal, estaba dispuesto á dejarla salir del cuarto sin seguirla para evitar que llorase, cuando hirió mi oído rumor de pasos y asomándome instintivamente á mirar por los cristales, lo ví.... era él.... entraba en el patio en brazos del ama, que pretendía inútilmente hacerle mirar á la ventana de papá.

—¡Evangelina!—dije volviéndome; y ella que había adivinado y visto al par que yo, acudió á recibir una caricia del padre feliz.

—Perdóname—murmuró con un beso....—estaba volviéndome mala.

—Y yo también—repuse apresuradamente;—pero todo ha pasado; vamos á salirle al encuentro.

Evangelina no me oía; había abierto la puerta.... ya estaba en la escalera para apoderarse de su hijo antes que nadie.

*
* *

¡Gran día de júbilo en casa del abogado Placidi!

Largo espacio dejé que Evangelina tuviese á Augusto en brazos murmurándole entre besos que nunca terminaban, mil palabritas sin sentido, repitiéndole mil veces con acariciadora voz, una pregunta melancólica y dulce: «¿no conoces aún á tu mamá?» Sí; como hombre que sabe esperar, habíala dejado que hiciese su gusto, hasta llegar mi vez; entre tanto me contentaba sonriendo á Augusto de lejos, acercándome por detrás de mi mujer, apoyándome en el respaldo de su silla.

Además el ama se creía obligada á no desamparar el chiquitín, y aunque no se atrevía á sentarse en nuestras maqueadas sillas, que le causaban respeto, seguía plantada allí; no se iba. Me irritaba ver que no tenía deseos de dar una vuelta por Milán, por la Galería ó la catedral; y no sabía cómo despedirla sin ofenderla.

Por fortuna, Evangelina estaba pensando lo mismo:

—Mariana—le dijo en breve con gran desembarazo, —vé á la cocina y dile á la criada que te caliente un poco de caldo; ¿quieres una sopa?

Mariana no dijo que no, y recomendando á mi hijo que la esperase sin llorar, fuése.

Yo la seguí, y cerré la puerta tras ella sin hacer ruido. Luégo volví, Evangelina me presentó el niño y me lo colocó en los brazos. Pareció cosa convenida.

Hice saber á mi hijo que me había afeitado cuidadosamente poco antes, sólo por él; que no temiese acercar su carita á la caraza de papá y le expliqué lo que era el *papá*, cuánto amor, cuánta gratitud debía al autor de sus días.

Augusto hizo todo un hombre, me dejó decir sin llorar; de cuando en cuando me miraba la boca con mucha curiosidad, como si viese salir mis extrañas palabras, luégo volvía los ojos asombrado por nuestro cuarto. Fuí adquiriendo osadía; lo llevé á visitar toda la casa paterna, excepto la cocina, parándome para golpear cualquier objeto que sonara y poniéndolo delante de cada espejo de la casa (que eran tres, comprendido el de afeitarme), para ver crecer su asombro.

Pero su asombro no crecía; era como nuestras fiestas, como nuestro amor, algo profundo, igual, inalterable, tranquilo. No lloraba y no sabíamos qué hacer para demostrarle nuestra gratitud.

—¿Démosle papilla?

—Démosela.

Mi mujer se fué á la cocina dejando á Augusto en

mis manos; yo no estuve tranquilo hasta que la ví entrar con una tacita y... sin el ama.

Augusto primero se incorporó, después probó la papilla y parecía encontrarla sabrosa, porque quiso más y no acabábamos de ensalzarle á cada cucharadita.

—Probemos á desfajarlo; le gustará verse libre.

Probamos, y cuando por fin acabamos de desenrollar aquella faja que parecía había de alargarse hasta lo infinito, pareció nuestro hijo en camisola, como un personaje mitológico, de pié sobre el velador.

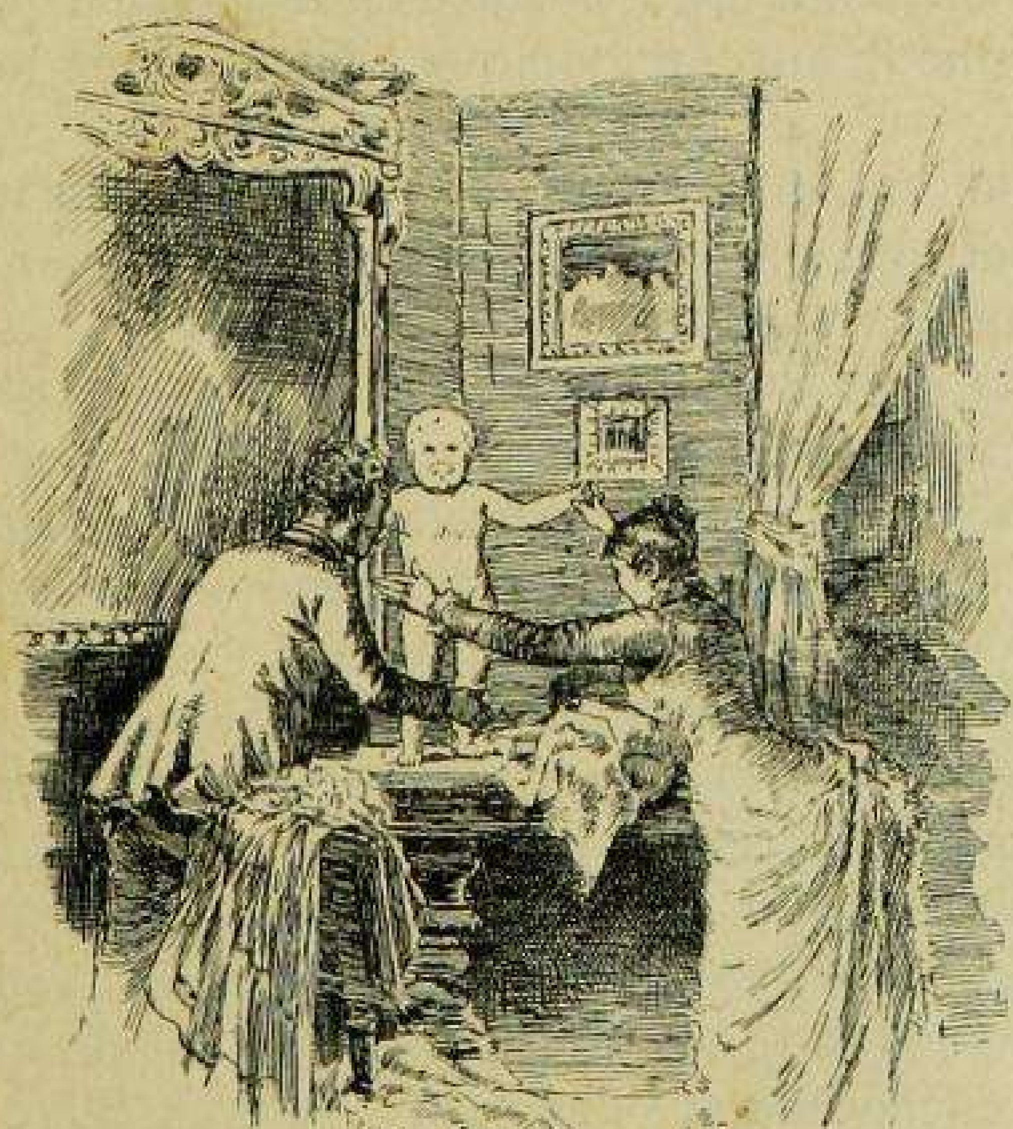
—Quiero verlo todo—exclamé.

Le quitamos la camisa, y se nos mostró desnudo enteramente á nuestra amante mirada.

—Friné ante el areópago!—dije bromeando con nuestra felicidad.

Evangelina me miró, sonrióse por consentir en mi malicia; luégo añadió muy seria:

—¡Es más hermoso!



V

Aquel día no debía tener fin, y concluyó más pronto que los otros.

Llegó la hora cruel en que nuestro hijo fajado, vestido y con la gorra puesta, pero aún en brazos de mamá, sólo esperaba á José para marcharse. Y vino también José sombrero en mano y torpe en sus ademanes. Luégo se coló la noche en nuestro cuarto, lleno aún del amado ausente, sin que advirtiésemos la oscuridad.

La criada fué quien mucho tiempo después trajo la luz encendida; entonces también el amado fantasma se desvaneció: ¡quedamos solos!

—Á esta hora duerme!—me dijo Evangelina respondiendo á mi pensamiento.

—Y sueña con papá y mamá, sobre todo con papá.

Como la broma no bastaba, llamé á la criada y le hice una seña que comprendió.

Hasta entonces no sonrió Evangelina.

Detuve breve rato á mi mujer con gravedad cómica, é interrogando al reloj dije después:

—Ya podemos ir.

Dí el brazo á Evangelina y salimos los dos, yo grave, ella sonriendo, á gozar de la magnífica luz de nuestra lámpara encendida en el salón.

*
* *

Tras la visita de Augusto, las nuestras se hicieron más frecuentes, y á fines del otoño, á la vuelta de Musocco á casa, no sentíamos aquel secreto afán de otro tiempo. Entre nuestro hijo y nosotros se había establecido grande amistad; ya conocía á *mamá* y *papá*, y haciéndose rogar un poco, pronunciaba, con torpe media lengua, estas palabras para dejarnos extasiados.

La carretera ya no nos parecía tan polvorosa, y la llanura lombarda abría á nuestros ojos deliciosos panoramas, horizontes nuevos.

—¿Has visto? me ha reconocido de lejos agitando sus bracitos con alegría!—decía mamá.

—Verdad—contestaba papá;—nos ha reconocido en seguida; y cuando le enseñé los hermosos racimos de uva que le traíamos... ¿no has reparado? ha alargado las dos manos.

—Sí, y decía *las dos*, porque quería tener un racimo en cada mano.

Todo esto era certísimo; nuestro hijo nos conocía, conocía la uva aunque no había comenzado la vendimia, y cuando algo le gustaba, y deseaba gran cantidad, la medía, como capacidad máxima, con ambas manos.

Sí, todo esto hacía Augusto con gran contentamiento de su mama y despertando los instintos filosóficos de papá, el cual hacía (¡ay! no siempre para sí), consideraciones que serían sin duda curiosas, acerca de la propiedad y de la posesión.

—Observa—dije un día—cómo se manifiesta el instinto de la propiedad en Augusto. Ve sobre la mesa una cosa que le gusta, lo coge con ambas manos y lo que ha pillado es *suyo*, lo que ha dejado no. Y embu-

tiéndome mentalmente en mi toga de abogado, añadí con cierto énfasis oratorio: —¡Cuán cierto es que la propiedad reclama la posesión! Tratemos, sin embargo, de no exagerar el principio argumentando que en todo caso la posesión haga oficio de título, esto es, que la propiedad sea el robo. La propiedad no nace sin la posesión, pero puede mantenerse sin la posesión.... Poco á poco había acertado con el tono propio, cadencioso, convencido; y como yo mismo vislumbré en mis últimas palabras un rayo de luz ignorada de los jurisperitos, acabé por entusiasmarme de veras:

—Oye bien lo que digo, Evangelina, porque es todo un hallazgo;.... oye...

Evangelina volvió la cara hacia mí, pero pensaba en otra cosa, y yo, aunque seguro de que no me escuchaba, repetí, contando las sílabas de cada palabra y dando un giro más elegante á mis frases:

—No nace la propiedad sin la posesión, pero puede sin la posesión, mantenerse.

Evangelina sólo dijo *¡ah!* inclinando un poquito la cabeza y yo me declaré satisfecho.

Volvimos á hablar de Augusto; siempre él: era nuestra futura felicidad.

—En Marzo habrá cumplido catorce meses: no sabrá ya qué hacer de la leche del ama; tiene cuatro dientecitos preciosos y está echando otros dos; para tomar papilla parece que bastarán, ¿verdad?

*
* *

Era un día bellísimo, día de Abril. Augusto vino con un ramo de violetas en cada mano. ¡Las violetas gustaban tanto á mamá! el ama lo sabía; pero álguien, sin duda, había dicho á mi hijo que, regaladas por él, las violetas gustarían también á papá, y por eso había querido *dos*.

Aquel día Augusto entró en casa como había entrado siempre, volviendo la curiosa mirada en torno, sonrió á papá y mamá como sólo él sabía hacerlo, se dejó llevar por la casa sin llorar y echó su sueñecito de una hora en la cuna lo mismo que las otras veces; pero en estas operaciones parecía mostrar inusitada solemnidad; cierta ternura desconocida; ¿por qué henchía nuestros corazones de más grave y luminoso júbilo? No; Augusto venía para no volverse.

En todo aquel día ví relucir gruesas lágrimas en los ojos de la nodriza, mas no por eso la compadecí. La felicidad me había vuelto cruel.

Y cuando llegó la hora de la despedida, Evangelina vino á poner en brazos de Mariana al niño para que lo besase; primero la pobre mujer se rió por obedecer á su temperamento, luégo lloró sin hacer llorar á mi hijo; luégo volvió á reir porque su José se enjugaba las lágrimas con el ala del sombrero; yo sentí bullir en mi pecho una mescolanza de sentimientos buenos y malos; pero uno sobre todo: el gozo de ver la indiferencia de mi hijo.

—Vedlo—dije entre serio y burlón:—¡bravo! eres un héroe!

La nodriza no se rió.

Evangelina me dirigió una mirada de lástima que me hizo ver el fondo de mi corazón de padre, y me entregó á Augusto para besar aquella lacrimosa cara en que mi hijo había aprendido á sonreir.

Entonces sí que rió la nodriza.

Yo asistía impaciente á aquella escena, cuyos penosos pormenores no se han borrado aún de la memoria; todo aquel dolor de la pobre mujer que cesaba de ser madre de Augusto, se achicaba conforme crecía en mí, con toda su grandeza, el sentimiento de mi paternidad.

Tenía á Augusto en brazos pensando que dentro de

pocos minutos comenzaría á ser *enteramente mío*. Sonreí al desgraciado José, cuando estaba pensando con cuánto gusto le hubiera echado inmediatamente á la calle.

Por fin se fueron y.... Augusto no lloró!

Apenas quedamos solos con nuestro héroe en miniatura, nos sentimos un poco embarazados con nuestra felicidad; no sabíamos cómo festejarlo y demostrarle el consuelo que nos daba con su ejemplar conducta, y se lo decíamos entre besos como si pudiese comprendernos. ¿Quién sabe? tal vez nos comprendía perfectamente.

—Es un hombrecito—decíamos—¡qué juicioso!

—Eres un hombrecito, ¡eres muy juicioso!

—Mírame, soy papá...

—Soy tu mamá!...

¡No lloraba!

—Ríete—le decíamos tocándole los labios—ríete, así, bravo: dí un poco «¡mamá!» dilo...

No se reía ni decía mamá; pero era igual... el caso era que no lloraba.

Pero por la noche, cuando llegó la hora de acostarlo y él se vió en otra cuna, en otro cuarto, que no era aquel gran cuarto en que había pasado toda su existencia, pareció buscar algo en torno suyo; pareció buscar á álguien. Nos inclinamos sobre él poniendo todo nuestro amor en los ojos para darle ánimo; pero en vano: Augusto dió un grito que me atravesó el corazón y lloró.

Lloró mucho, demasiado, lloró lo bastante para moverme á compasión y á despecho.

—Tiene sueño—dije—y se obstina en desvelarse. No le miremos más; que grite cuanto quiera.

Pero gritaba más, en cuanto intentábamos alejarnos de la cuna, y volvíamos á la cabecera conmovidos é ilusionados.

—Hace el malo; pero nos quiere —dije á mi mujer —nos quiere mucho.

Por fin le pilló el sueño á traición, y reinó profundo silencio en casa del abogado Placidi.

***

¡Con qué gozo saludé el alba del siguiente día que nos lo mostró en su cuna, tranquilo y con los ojos abiertos! Y con cuánto terror ví aproximarse la hora fatal de acostarlo otra vez!



—Ya verás, ya verás qué desconsuelo! —decía á Evangelina, casi para tentar á mi hijo á darme un mentís. Evangelina no me contestó y Augusto no se

dejó pillar en mis redes; lloró como no se llora ni aun en las grandes aflicciones, pero por esta vez con método y mesura; de cuando en cuando hacía alto para tomar aliento. En uno de aquellos intervalos llegaron á mis oídos estas palabras de mi vecino, dichas sin duda con la patente intención de que atravesaran la pared:

—¿Qué le estarán haciendo á ese niño? ¿le desuellan?

—No señor—repuse imitando su acento—no le hacemos nada.

Evangelina soltó la risa, y Augusto tornó á llorar de nuevo.

Así se pasaron algunos días; todo lo probamos: fajarlo en otro cuarto, esperar á que le pillase el sueño en brazos de mamá para recostarlo después en la cuna.. ¡nada!... cuando nos alejábamos de puntillas, el desgraciado pequeñuelo se despertaba, reconocía su *situación* y nos llamaba con un chillido.

Era evidente: aquello ya era una porfía; todas las noches me parecía indigno de que le perdonáramos la mala vida que nos daba; pero todos los días á su primera inocente mirada hacíamos las paces.

Porque, fuera de esto, si era colérico al tiempo de acostarlo, durante el día, por el contrario, era bueno como el pan, bueno como la papilla y como la menestra, que tanto le gustaban.

Comenzaba ya á sonreirme y alargaba la mano cuando quería cogerme por la barba; ya me decía ciertas graciosísimas palabritas enteramente suyas, y que yo no comprendía bien, si de los brazos de su mamá quería venir á los míos. Hacía más: se mantenía en pié, con tal que tuviese una silla en qué apoyarse y á su papá con la sonajera para divertirlo.

En suma: nos hacía felices y prometía hacernos felicísimos con el tiempo.

Tener en la vida un ideal próximo á obtenerse y que

obtenido no arranque las alas á ninguna ilusión, ¿no es por ventura la mayor felicidad en la tierra? Nuestro ideal era ver á Augusto caminar solo de habitación en habitación, para tomar posesión de toda la casa paterna.

VI

Una mañana, apenas nos levantamos de la cama, antes de tomar el café, ¿á quién dirán ustedes que encontramos en la cocina? ¡Á la nodriza!

Había salido de Musocco con el alba acompañada de José, únicamente para ver á su *chiquillo;* José había ido á un negocio: la compra de una simiente, pero volvería más tarde: tampoco él ¡pobrecillo! podía pasar sin ver á Augusto.

Esto diciendo, la pobre Mariana reía como siempre, ¡pero de qué modo!

Su visita nos fastidiaba, y á mí me causaba despecho. Parecía que nos lo leyese en el corazón y nos pedía mil perdones con los ojos.

Evangelina la compadecía; yo no; acordábame de los gritos nocturnos de Augusto, que habían durado casi hasta la víspera, y no me sentía con fuerzas ni con la dosis de caridad cristiana suficiente para ocultar mi mal humor.

—¡Apenas hace ocho días que está aquí!—dije—mucho nos place esta visita: que quieran ustedes á Augusto lo comprendemos, pero si Augusto ve á usted volverá á las andadas.

Á mi vanidad paterna mortificaba en alto grado esta confesión; pero fué explícita.

—Si Augusto la ve, querrá volverse con usted; todavía no está acostumbrado á la separación; ha llorado hasta ayer... (no era cierto; hacía dos noches que no lloraba) mañana no estará ya tranquilo...

Mariana, que había bajado la frente, la levantó sonriente y llorosa.

—Ha llorado porque me quería, ¿no es verdad? Me buscaba á mí, ¿no es verdad?

—Claro... probablemente... seguro, quería á usted; está acostumbrado á usted; si la ve es capaz de llorar una semana seguida... podría enfermar...

Ya que no pude defender mi amor propio de padre, exageraba con gusto el peligro.

Evangelina callaba, porque probablemente no sabía qué resolver. En esto se oyó en el cuarto de Augusto el lamento del niño, que había dispertado y nos llamaba.

—¡Vida mía!—exclamó Mariana.

Y no oí más porque salí corriendo, porque no aguardase.

Poco después, Evangelina vino á ayudarme á vestirlo, pero Augusto y yo nos dimos tal maña con objeto de sorprender á mamá, que cuando ella entraba *nosotros* nos poníamos ya el vestido azul.

Quería saborear nuestro triunfo, pero mi mujer no me dió tiempo.

—La he persuadido—dijo melancólicamente.

—¿Á quién?

—Á la nodriza. La he persuadido y se resigna á marcharse...

—¿Está fuera?

—Se irá pronto y José también... se irán ahora mismo.

—Pueden almorzar antes...—me sugirió el remordimiento.

—Están almorzando.

—¡Alabado sea Dios!—exclamé algo turbado;—vuel-

van, si quieren, dentro de un mes ó mejor dentro de quince días, cuando ese picaruelo haya aprendido toda la diferencia que hay entre sus padres y la nodriza... entonces podrán verlo cuando quieran.

—He prometido que lo verán hoy mismo.

—¡Verlo!

Mi maldad no tuvo tiempo de revelarse de nuevo; mi mujer me explicó de qué inocente modo pretendía dejar ver nuestro hijo á la nodriza.

—Ella estará en la cocina detrás de la puerta; nosotros en el salón; lo verá por el ojo de la llave.

¡Magnífico! no encontré nada que oponer; sólo me ofrecí á ponerme también detrás de la puerta.

—¿Para qué?

—¡Quién sabe!

Mi mujer se fué al salón con Augusto y yo corrí á la cocina. Encontré á Mariana dispuesta y á José que tenía un buen bocado en la boca y lo tragó á riesgo de ahogarse para darme los buenos días.

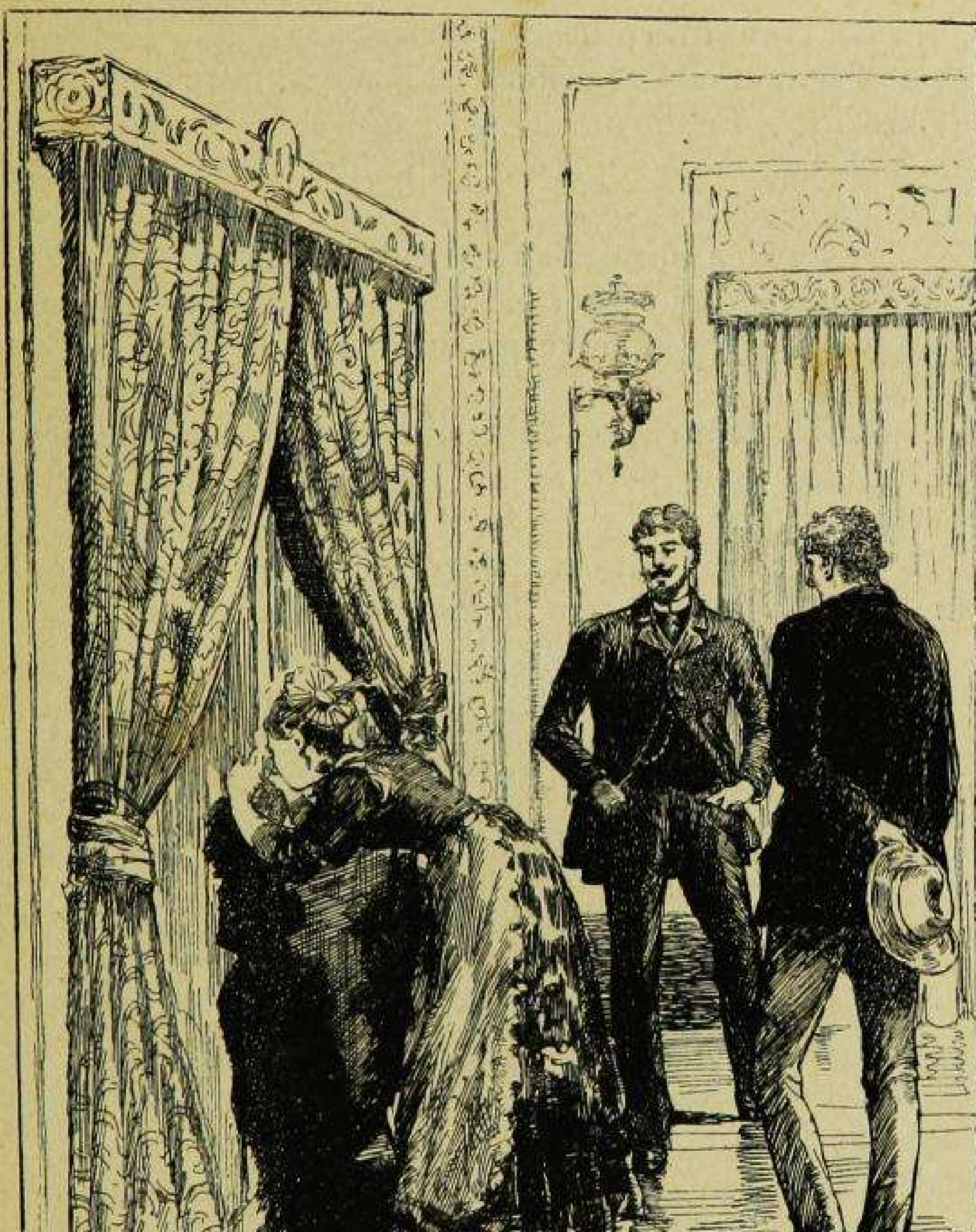
—Está pronto—dije—¿si queréis verle...?

La nodriza, sin contestar, se puso á mirar por la cerradura y prosiguió murmurando palabras incoherentes que debían ser caricias... «¡Dios mío! ¡qué hermoso!» después dijo: «míralo tú también, José...»

Pero no se apartaba de la puerta, y su marido la hizo entender sus propios derechos con un empellón.

Entonces José dijo: «Con permiso» y se puso él también en acecho.

Pero la nodriza estaba impaciente; me miraba, miraba al marido y repetía al uno y al otro: ¡qué hermoso es!—hasta que pareciéndole haber concedido demasiado á su hombre le advirtió con el mismo lenguaje por él empleado poco antes, y el pobre *amo* se levantó mostrándome transfigurada la faz y diciéndome con una filosofía de la cual no ví el fondo: que «una cosa como aquella era una gran cosa.»



Entre tanto murmuraba Mariana:

—¡Cariño mío! la señora le dice que mire aquí y el pobre inocente mira... no sabe que estoy yo aquí...— no lo sabe... si lo supiese... alma mía. ¡Ah! me lo comería á besos!

Y se volvía á mirarme á hurtadillas para ver si quedaba aún alguna esperanza de obtener esta gracia; después, sin esperar respuesta, volvía á mirar por el ojo de la llave.

—Dentro de un mes—contestaba yo—ó quizás dentro de quince días; pero ahora sería no quererle, sería perjudicarle.

Y pedía con la mirada la aprobación de José, que me la daba dócilmente pero de mala gana.

*
* *

—Aguarda—exclamó á poco Mariana—parece que quiere andar... la señora lo ha puesto al lado de una silla y él se separa... sí, se separa.

No pude resistir más:

—¡Quiero verlo también!

Mariana me dejó el sitio: miré.

Augusto habíase, en verdad, separado de la silla, estaba en equilibrio lo mejor posible; pero no osaba moverse aunque Evangelina arrodillada á dos pasos y alargando las manos para estar pronta á sostenerlo, lo incitase con mimos y requiebros.

Era evidente, Augusto tenía grandes deseos de echarse en los brazos de su madre; pero la distancia que le separaba le causaba miedo.

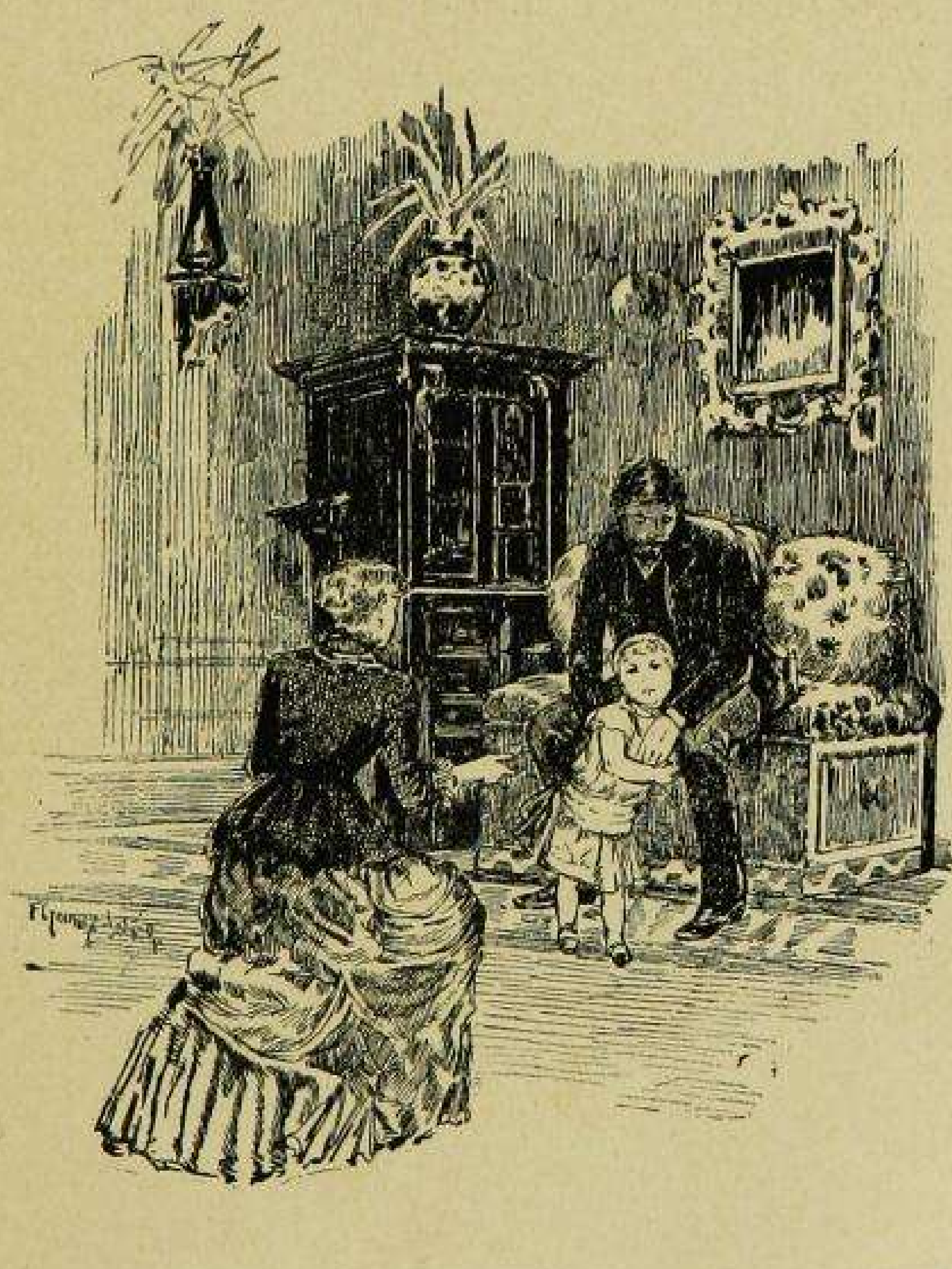
Pensé: «iré á darle valor» y dije alto: «¡cuidado con hacer imprudencias.» Empujé la puerta lo suficiente tan solo para poder pasar y entré diciendo á mi hijo: «aquí está también tu papá.»

Comprendió perfectamente que cuando está papá no

se debe tener miedo de nada y apenas me arrodillé también hice un baluarte de mis brazos: primero se estuvo quieto, después aterrado de su audacia vino á echarse en brazos... de su mamá.

Á través de la puerta llegó á mí una sofocada exclamación de entusiasmo, pero mi hijo no la oyó, y yo estampándole un beso en la boca:

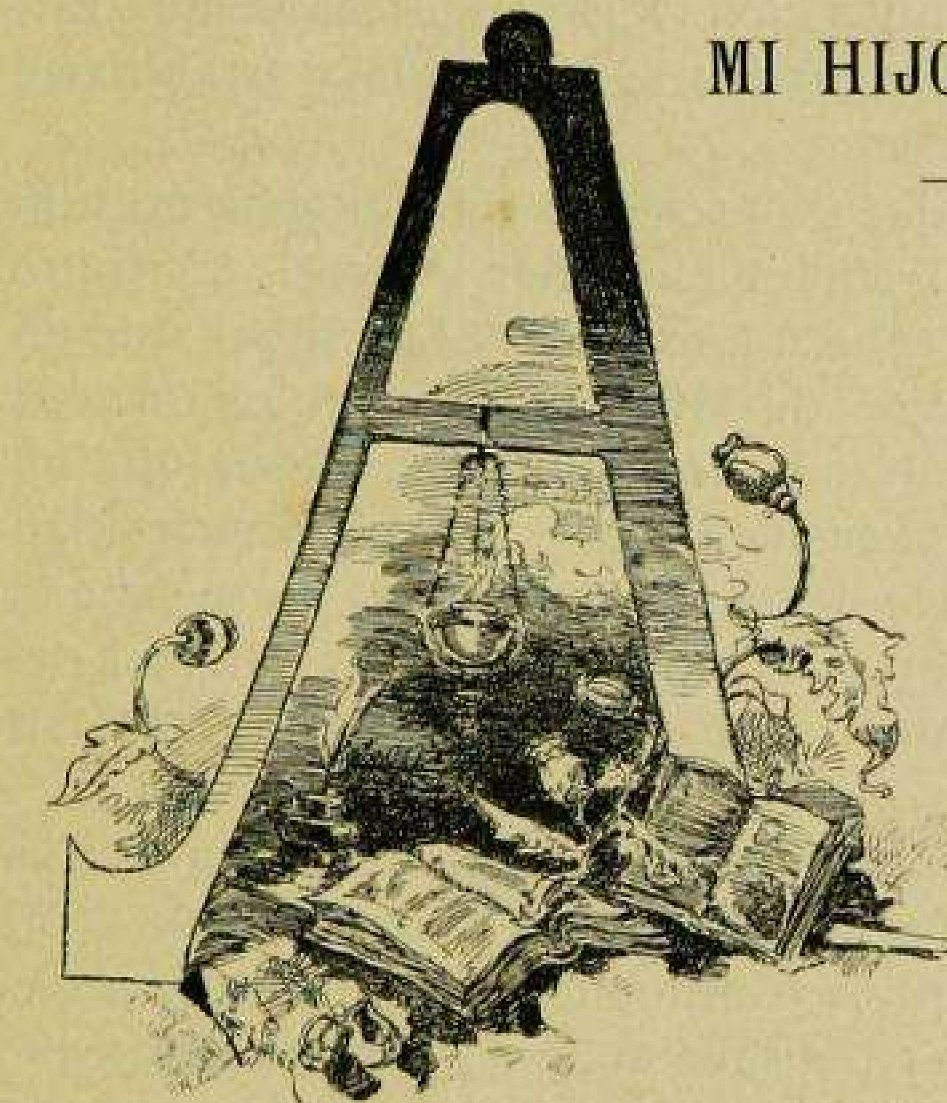
—Bravo—le dije solemnemente—ya está dado el primer paso; ahora, hijo mío, ¡valor y adelante!



MI HIJO ESTUDIA

MI HIJO ESTUDIA

I



AUGUSTO nos había prometido solemnemente que estudiaría aquel año hasta llegar á ser el primero de la escuela.

Evangelina y yo habíamos dicho: «¡Bravísimo!» añadiendo sin embargo con tácito acuerdo de indiscreción que no debía bastarle figurar entre los primeros, sino que era preciso llegar á ser el número uno. Entonces Augusto abrió como asustado sus ojitos y nos dijo, con cierto terror, que Panseri sabía mucho.

Desde aquel instante cobré ojeriza al tal! Sólo al pensar que mi hijo le tenía tanto miedo, ocurriéronme ciertas ideas sin sentido común, no sé qué indeterminados propósitos é inexplicable osadía, como si yo debiese ocultarme en el último banco de la escuela después del sitio del *asno*, levantarme en pié de un salto y con una vocecita terrible pronunciar estas pa-

labras solemnes: «Señor maestro, desafío al emperador romano!» Y á vista de toda la clase aturdida, presentarme delante de él, el emperador Panseri, y apostar con él á quien sabía más análisis gramatical y de lógica, y tantearlo acerca de los sujetos, los verbos y los atributos; después envolverlo en un silogismo traidor, empujarlo hacia un dilema sin salida, y arrebatarle cetro y corona.

Esta singular idea de prestarle mi ciencia á mi hijo para que aterrase con ella al señor Panseri, continuó trotando por mi cabeza aun después de saber que en la escuela municipal de Milán no se usan los torneos de antaño y que de mucho tiempo acá (desde que no no se estudia *qui quae quod* en verso, ni hay necesidad de ocultar la *férula* del señor maestro si no se sabe la lección), desde entonces no se ha vuelto á hablar del emperador romano y del emperador cartaginés, su rival.

Otras veces, desesperando de realizar alguna de mis hazañas, miraba las cosas con ojos diversos; veía á mi hijo, que era chiquito y endeble, más chiquito y endeble de lo que era; pensaba cuán á disgusto debía encontrarse, él tan travieso é inquieto, en los bancos de la escuela, bajo la vigilancia del señor maestro, y lo imaginaba inclinado largas horas sobre una lección difícil; entonces la ponderada fuerza del señor Panseri no me seducía; resignábame á tolerar que el emperador minúsculo se envolviese en la púrpura de su ciencia, sin ocurrirme la menor tentación de arrancársela de encima y hacer notorias á toda la clase sus gramaticales flaquezas.

Y dirigía á Augusto mil juiciosos consejos:

—Tú estudia la lección para abrir camino á la verdad en tu mente, haz la composición diaria para ejercitarte en lo que hayas aprendido; en el señor Panseri no pienses siquiera, como si no existiese, y quizá un día

ú otro te encuentres con que le has aventajado sin haber sufrido la tortura de la envidia. La ciencia, hijo mío, tiene esto de divino....

Mi hijo no comprendía qué podía tener de divino la ciencia; la idea de aventajar al señor Panseri no podía entrarle de ningún modo; bastaba indicársela á la ligera para que se parase asombrado de mi valor diciendo que *no* con la cabeza. Resueltamente el señor Panseri sabía mucho y yo no lo podía tragar.

II

En tanto Augusto iba descubriéndome el secreto de su nuevo y extraordinario amor al estudio; aquel año necesitaba libros nuevos, no sé cuáles ni cuántos; una porción, y uno más gordo que los otros, pero todos muy gordos.

—Costarán un ojo de la cara—decía Evangelina, que todavía no estaba curada del todo de los temores económicos que la habían atormentado en los primeros años de nuestro matrimonio, cuando mi primer cliente no quería decidirse á querellarse con la parte contraria.

—Nunca sale cara la ciencia—respondía yo con sonrisa de millonario, con lo cual tranquilizaba á mi mujer é inculcaba una máxima en mi hijo: y también era ésta, buena economía. Pero cá! Augusto no me atendía, no hacía caso á su madre, dejaba pasar la interrupción y comenzaba de nuevo haciendo la cuenta de los libros con los dedos.

—*El Compendio de historia*, uno; *la Aritmética*, dos; *Derechos y deberes del ciudadano*, tres; *Historia sagrada*, *Gramática*....

—¿No tienes ya la Gramática?—preguntaba su madre.

—Aquello *era el compendio*—respondía Augusto.

Y había que ver á qué se reducía en boca de mi hijo la que un tiempo *era el compendio* para comprender que en lo porvenir no podía servir ya para nada.

En verdad no era ya gran cosa; cuando quise verlo, aunque pequeño é indigno, por no sé qué recóndito instinto de misericordia hacia la especie gramatical, Augusto primero se excusó diciendo que lo tenía en la bolsa y que en la bolsa ya no estaba y que no sabía qué se había hecho: después trajo una quisi-cosa irreconocible. Tenía uno ó más ojos dibujados, sin concluir, en cada página, y un número de orejas incalculable sin contar las de su pequeña compañera, la aritmética, que no estaba en mejor estado, como pudimos notar en el acto. Con tantos ojos y tantas orejas, hubiese sido crueldad abandonar los dos libritos en este mundo de cálculos, grados y faltas gramaticales, así es que sin asombro ví cómo mi Evangelina se disponía á guardar á aquellos inválidos en un cofrecito.

—¿Pero vas á dar el mismo trato á los libros de este año?—pregunté sin rencor á mi hijo, pero, como se comprenderá, con cierto reproche.

Augusto repuso resueltamente que no, porque los libros de este año eran muchos, grandes y bonitos, por lo cual los usaría con mil cuidados. Y lo decía como si los tuviese y hacía como que acariciaba la encuadernación.

—¿Cuándo me los comprarás, papá?

—Mañana.

—¿Hoy no?—insistió con aquella coquetería á que yo no podía resistir.

—¿Y por qué no?—contesté maliciosamente.

Entonces el muy descaradillo corrió á dar á mamá la noticia de que papá iría en seguida á comprar los libros nuevos.

No fuí solo; vino él también, y cuando tuvo todos los libros en un lío no los quiso abandonar; los tomó en brazos como buenos amigos y con afán mezclado de gravedad, me aconsejó que volviésemos pronto para enseñárselos en seguida á mamá.



Por la calle no dijo nada; su rizada cabecita contenía graves pensamientos. En aquella edad los pensamientos graves se largan á paso ligero, y yo con trabajo seguía á mi hijo. Cuando llegamos á la puerta de casa, Augusto dió un salto tan audaz que la nueva gramática, novísima para los ejercicios de los estudiantes, no pudo resistir y le resbaló del brazo y cayó. Cayó, pero no se lastimó porque el descanso de la escalera estaba muy limpio y dí gracias á la Providencia y á la criada, pensando en la aflicción que mi hijo hubiese tenido al ver una sombra tan solo en el azul de la inmaculada encuadernación.

En esta, como en otras muchas cosas, Evangelina no era de la opinión de su hijo; decía, por ejemplo, que se ponían demasiados libros en manos de la infancia, sólo por el gusto de llamarla estudiosa y se permitía dudar que Augusto leyese después todas aquellas páginas.

Mi estudioso pequeñuelo estaba seguro de lo contrario, y lo afirmaba á cara descubierta sin aplacar á mamá. Ésta insistía:

—Por el contrario; creo que no leerás ni siquiera la mitad y... estoy segura de una cosa... de una cosa...

—¿De qué?

—Estoy segura de que dentro de una semana habrán perdido las tapas.

—¿Y cómo van á perderlas?—preguntaba Augusto fingiendo no comprender.

—Si no lo sabes tú...

Entonces el tunantuelo hacía un ademán despechado y amenazaba con encerrarse en su cuarto y leer todos los libros nuevos de un tirón para convencer á mamá. En cuanto á las tapas... en cuanto á las tapas... Las acariciaba con delicadeza, las miraba con cariño; tenía razón entonces.

Yo dije sin reir:

—Conserva siempre esta ternura por las tapas de los libros; no te dejes vencer jamás por la tentación de arrancarlas para hacerte un sombrero de carabinero, ni una barca, ni un pájaro; cuida de no volcar encima el tintero; conténtate con escribir tu nombre, sin ilustrarlo con el retrato de tus compañeros de escuela; ni mucho menos del señor maestro. Consérvales, sí, consérvales siempre esa ternura que demuestras, porque el amor á las tapas de los libros es el fundamento...

Tenía una idea vaga de que el amor á las encuadernaciones era fundamento de algo... no sabía á punto fijo de qué, mas por no decir un disparate callé, confiando en que mi hijo no me atendiera; por desgracia ocurrió todo lo contrario. Allí estaba todo ojos y todo oídos, y tuve que soltar la frase quieras que no.

Y así fué que aquel día afirmé solemnemente delante de mi hijo, el cual no comprendió ni una sílaba, que el amor á las tapas y frontispicios es el fundamento de toda doctrina verdadera... *ó falsa.*

Si logramos mantenernos serios Evangelina y yo después de haber cambiado una mirada, preciso es confesar que la conciencia de nuestros deberes hizo un milagro. Augusto de todos modos algo vió en nuestra cara, comprendiendo que habíamos dicho un disparate y probablemente iba repitiendo entre si la altisonante frase mía, ingeniándose á su manera para comprender su sentido... y yo para hacerle perder el hilo de sus ideas y corregir del mejor modo el paterno despropósito, me apresuré á cometer otro.

—Entre todos esos libros—pregunté á mi hijo— ¿cuál prefieres?

No me comprendió.

—¿Cuál te es más querido? ¿Cuál te agrada más?

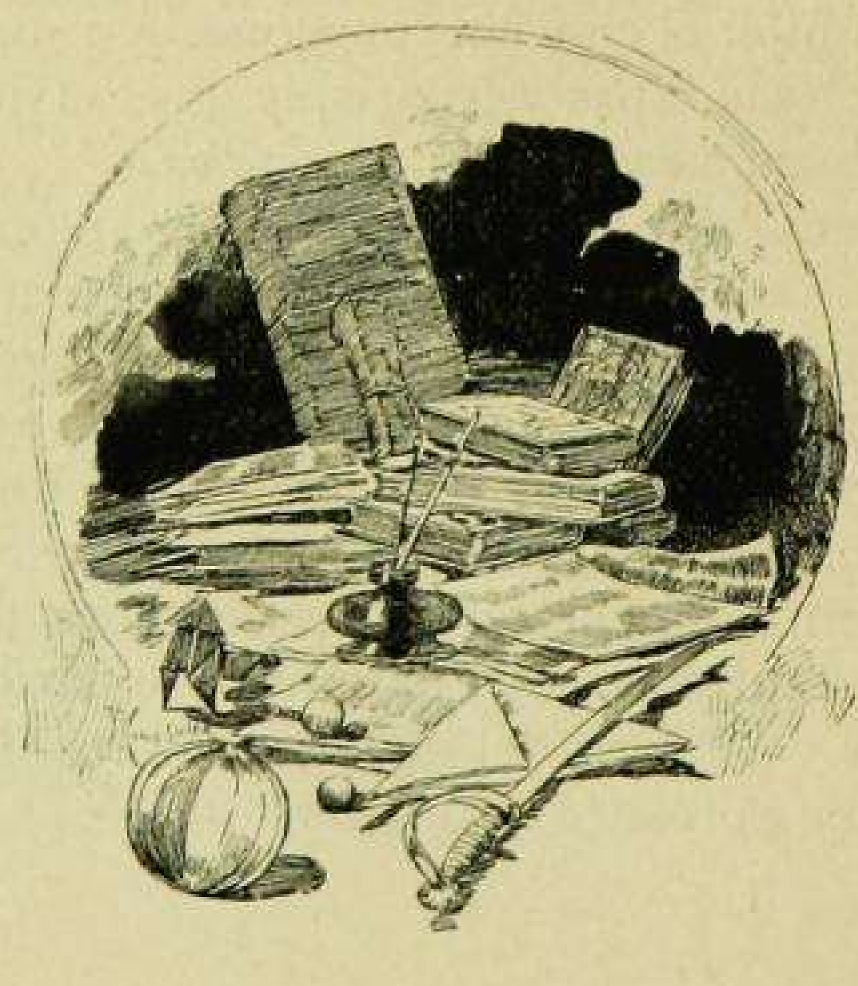
Los miró á hurtadillas con poca esperanza de descubrir en alguno de ellos la cualidad extraordinaria que mereciese un afecto especial; eran todos nuevos; no sabía qué responder; á todos los quería por igual.

—Y sin embargo—insistí con malicia—hay uno que no te fastidiará nunca, que no te dará ningún disgusto, ningún afán, ningún desconsuelo, que será para ti discreto amigo todo el año... y es ese, ese, sí, el mismo.

—¿El vocabulario?—balbuceó Augusto, y añadió, cogiéndolo en la mano:—¡Ah! ¡sí, está encuadernado! ¡¡¡y es muy gordo!!!

—Ya; es más gordo y está encuadernado... por eso... por lo demás, hay que querer á todos los libros de la escuela que abren la inteligencia y nos enseñan á dar el primer paso por el camino de la verdad.

En el fondo esta era la idea de mi hijo; tal vez iba él más allá: los amaba sin reserva y no entraba ni la sombra de metáfora en su instinto amoroso.



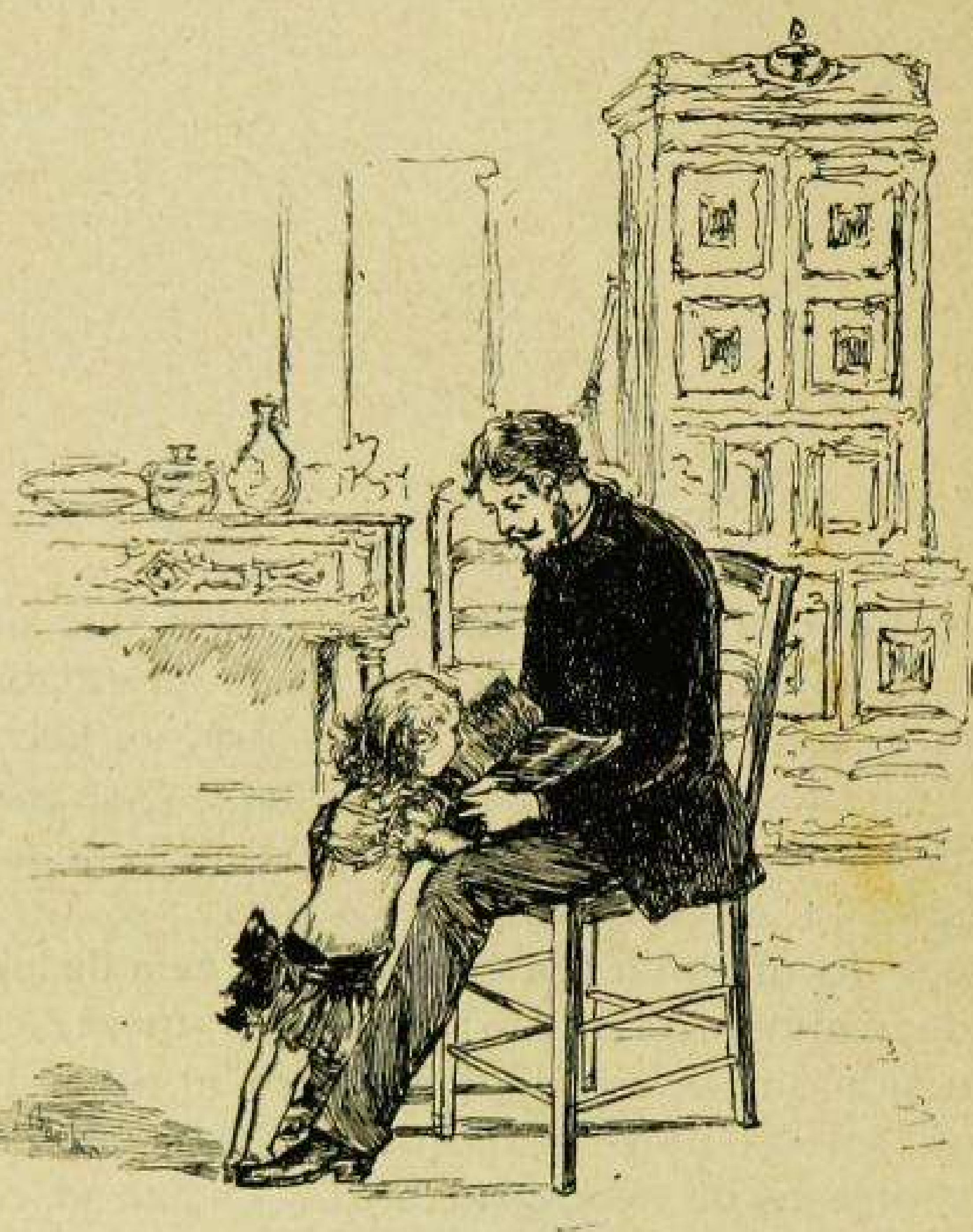
III

Augusto no era, sin embargo, el único que amaba sus propios libros; había en casa quien los amaba más que él y con amor más ciego: era Laura, su hermana, una personita de dos palmos de alta que se sostenía muy bien sobre sus piernecitas y vacilaba al andar, pero que aún no sabía leer.

¡Aquel era un amor sin entrañas! Si veía de lejos un libro de Augusto olvidado sobre una mesa, corría, imaginando que podría cogerlo, pero al acercarse ni siquiera veía el libro y entonces dirigía al rededor ciertas miradas de desconsuelo que hacían reir á su hermano mayor.

No rió mucho; en la cabecita de Laura germinó una idea atrevida; aquella idea cultivada con amor, creció rápidamente, llegó á ser sublime y un día la personita de dos palmos de talla vió el *Compendio de historia* sobre la mesa, corrió á grandes pasos, agarró el tapete y tiró con toda su fuerza, centuplicada por la pasión. No pensaba en el peligro que corría con tirarse encima una avalancha ó mejor dicho, lo pensaba y estaba decidida á todo porque siguió tirando y sólo en el último

momento cerró los ojos y nada más. El *Compendio de historia* cayó envuelto en los pliegues del ancho tapete: Laurita incólume después del cataclismo, levantó



su amado libro, lo estrechó contra el seno, palpitante aún de la proeza realizada, y vino á depositarlo en las rodillas de papá que todo lo había visto y se reía.

—No te rías—me dijo Laurita.

Enmudecí. Ella me miró primero atentamente para ver si debía fiarse de mi gravedad, después abrió del revés el *Compendio de historia* de su hermano y comenzó á leer, suprimiendo las comas:

—Dos más dos cuatro más dos seis más dos ocho más dos veintidos más dos veinticuatro más dos doce más dos cuarenta... ¡Ea! ¡lo he leído todo!

Después se fué contenta porque papá no rió.



IV

Hasta aquí la ciencia de mis hijos no me había causado daño alguno, y podía creerla completamente inofensiva; el aire de hombrecillo sabio que tomaba Augusto cuando volvía de la escuela, no me infundían desconfianza ni sospecha, antes me complacían y lo animaba usando de toda la retórica paterna.

—Estudia—le decía solemnemente—sí, hijo mio, estudia con valor, si quieres hacerte hombre.

La frase no necesita comentarios, porque yo era, á lo menos para mi hijo, un *hombre hecho* hacía tiempo, pero mi Evangelina creía necesario añadir:

—Toma ejemplo de papá; estudia, y serás un hombre como él.

—¿Seré yo también abogado?

—Sin duda—decía yo—y tendrás una clientela y serás famoso.

—¿Eres tú famoso?

—¡Pues digo!

Esta sangrienta burla era de mi mujer.

—¿Cuántos libros se necesitan para llegar á ser abogado?

—Muchos.

—¿Mayores que el *Compendio de historia*?

—Mayores que ese.

—¿Y es necesario saberlos todos?

—Seguramente.

Sin notarlo había cometido el mayor despropósito de mi carrera de padre.

Augusto me dejó muy pensativo y poco después le oí cantar en su cuarto contiguo al mío, su lección: re-



leía con una especie de tonillo desacostumbrado el mismo período, probaba después á repetirlo de memoria, se equivocaba, se corregía y volvía al principio, cantando siempre:

—El rey de Persia, Darío, hijo de Histaspes, llamado también Asuero, quiso escoger mujer entre las más honestas...

—El rey de Persia, Darío, hijo de Histaspes, llamado también... llamado también... (pausa).

—El rey de Persia, Darío, hijo de Histaspes, llamado también Asuero, quiso escoger mujer entre las más honestas y agradables...

Y yo, ignorante de mi desdichada suerte, me frotaba las manos y no pensaba siquiera en preguntarme cuál era aquella mujer honesta y agradable, de la cual hizo su esposa aquel Darío hijo de Histaspes, llamado también Asuero, que no quería entrar en la cabeza de mi hijo.

—Ya entrará—pensaba.—Augusto es obstinado como su padre; Darío se dará por vencido y entrará prisionero con todo su séquito.

En el séquito de Darío, por desgracia mía, figuraba cierta gente de quien no había oído hablar mucho tiempo há, y ni siquiera me ocurrió que conviniera refrescar la memoria.

Al día siguiente Augusto vino á mi encuentro con aire satisfecho,

—¡La sé toda!—me dijo de lejos.

—¿Qué sabes?

Y él comenzó en seguida:

—El rey de Persia, Darío, hijo de Histaspes, llamado también *Asuero*...

Pero yo tenía en los talones un cliente melancólico que venía para una demanda, y con toda mi buena voluntad para con Augusto, no pude prestarle atención.

Apenas la sombría fisonomía de mi cliente desapareció detrás de la puerta, asomóse más abajo en el hueco la maliciosa carita de mi hijo.

—Con que—dije abriendo los brazos para que se lanzase en ellos de un salto como tenía por costumbre—con que el rey de Persia, Darío, hijo de Histaspes, llamado también Asuero?...

Augusto no se movía; estaba atiborrado de ciencia.

—Con que—insistí empujado por mi destino—que-

ría escoger mujer entre las más honestas y agradables?... ¿Y la ha encontrado?

—¿*Estás seguro* de que la encontró?

Hasta entonces no ví el abismo á que me había empujado la imprudencia; porque ¡ay de mí! no lo sabía ni poco ni mucho, lo había olvidado enteramente. Me sentí á merced de mi hijo el cual podía hacerme creer, si le daba la gana, que el rey de Persia se había desposado con su criada como el vecino de enfrente, é hice un esfuerzo prodigioso para salvarme. Por el pronto lo logré; había ya arrancado á mi hijo la confesión de que la mujer de Darío se llamaba Ester y era huérfana y tenía un tío llamado Mardoqueo, cuando le ocurrió á Augusto la curiosidad de saber por qué el tío Mardoqueo no se dió á conocer al rey su pariente. Algo habría, tanto más, añadía mi hijo, cuanto que «si Mardoqueo no hubiera obrado así, Darío no habría confiado tanto en *aquel otro,* sabes, *aquel otro*..... espera...»

Yo sonreí y esperé con una paciencia ejemplar pero (considere el que tenga corazón de padre mi tortura) *aquel otro* no sabía en verdad quién fuese. Esperaba que viniese; *aquel otro* no vino.

—Lo tengo en la punta de la lengua—decía Augusto, y levantaba los ojos al techo ó me miraba á hurtadillas esperando un imposible: esto es, que yo llegase en su ayuda sin ofenderlo.

Me dolía el corazón, pero fuí inexorable.

—No la sabes bien — dije ;— una repasadita si quieres.....

—Lo tengo aquí... aguarda....

Esta vez salió á la carrera.

Cuando volvió triunfante á decirme que aquel otro se llamaba Amanno, yo me había traído un voluminoso tomo de las *Pandectas* y pude hacer creer á mi hijo que era un pozo de ciencia, cuando no hacía más que repetirme: —¡Doctor mío, eres un asno!



V

La benigna naturaleza no ha permitido al hombre, aun siendo el asno más convencido, que sea cruel consigo mismo. Aquellas *Pandectas* que tenía delante de los ojos y no veía, eran mis buenas amigas de antaño, y aprovechando el estupor que sigue á todo desastre, me hablaron blandamente y así:

—*Justiniani Institutionum libri quatuor*..... ¡Los bellos días pasados en la Universidad! ¡Las largas veladas con los amigos!

Yo suspiraba y doblaba sin interrupción las páginas.

—*Capitis diminutio tria genera sunt*, insistían las doctas páginas y yo proseguía levantando los ojos del libro con instintiva complacencia: —*maxima, media, minima, tria enim sunt quæ habemus: libertatem, civitatem, familiam. Igitur quum omnia hæc amittimus...... Omnia hæc*..... todavía lo sé.

Mandaba un suspiro á Mardoqueo y volvía la hoja:

—*Prætoris verba dicunt: Infamia notatur*...

Y yo sonreía y sin advertirlo repetía á ciegas las palabras consoladoras del pretor.

En cada sentencia latina encontraba detrás un código de alegres memorias, recordaba en qué lugar, á qué hora y en qué compañía había aprendido á distinguir el *res mancipi* del *nec mancipi*, el *hereditas*, del *bonorum*

possessio; por fin me había quedado en la mente que el Vadimonium (aquel *Vadimonium* que los estudiantes de tercer año envían constantemente al diablo para hacer reir á los recién matriculados) me había puesto de buen humor á mí y después me había servido para hacerme él gracioso con los otros.

¡Ah! Justiniano! aquel sí que fué un gran rey! y no ese Darío, hijo de Histaspes!

Y mientras una voz enemiga me gritaba de lejos: «¿qué sabes tú de Darío hijo de Histaspes?» Justiniano ponía bajo mis ojos una sentencia que dió otro curso á mis ideas.

—*Nasciturus pro jam nato habetur,* decían las *Pandectas*; y yo, sobrecogido por un sentido que se revelaba de nuevo en aquella máxima, exclamaba:

—¡Es verdad! mi hijo estaba vivo antes de nacer!

Contento con esta glosa, que me pareció más profunda que toda la ciencia del pretor, me acerqué alegremente á los tiempos lejanos en que ni tenía un hijo ni un cliente.

Encontrando más tarde al rey de Persia implacable, en primer lugar me encogí de hombros, después lo mandé á paseo.

—Tu reino ha terminado—le dije—ha concluído desde... (si lo hubiese sabido habría impreso aquí un número fijo de años, de meses, de días para dar mayor solemnidad á mi período), ha terminado siglos há, y á un hombre de bien debe serle lícito vivir sin mezclarse en tus negocios. Por lo demás, yo hago de abogado, y á maravilla, pregúntalo á tu colega Justiniano: tengo muchos asuntos, y si á su tiempo me rompí la cabeza para embutirte en ella, ahora estoy en mi derecho para obligarte á salir de golpe.

Y por instinto del arte oratoria, agitaba la cabeza como si fuese cierto.

La mímica que acompañaba mi monólogo duraba

aún después de haberle concluído, cuando advertí que tenía un testigo, Augusto, el cual con sus libros á cuestas dentro la bolsa, venía á darme un beso antes de ir á la escuela.

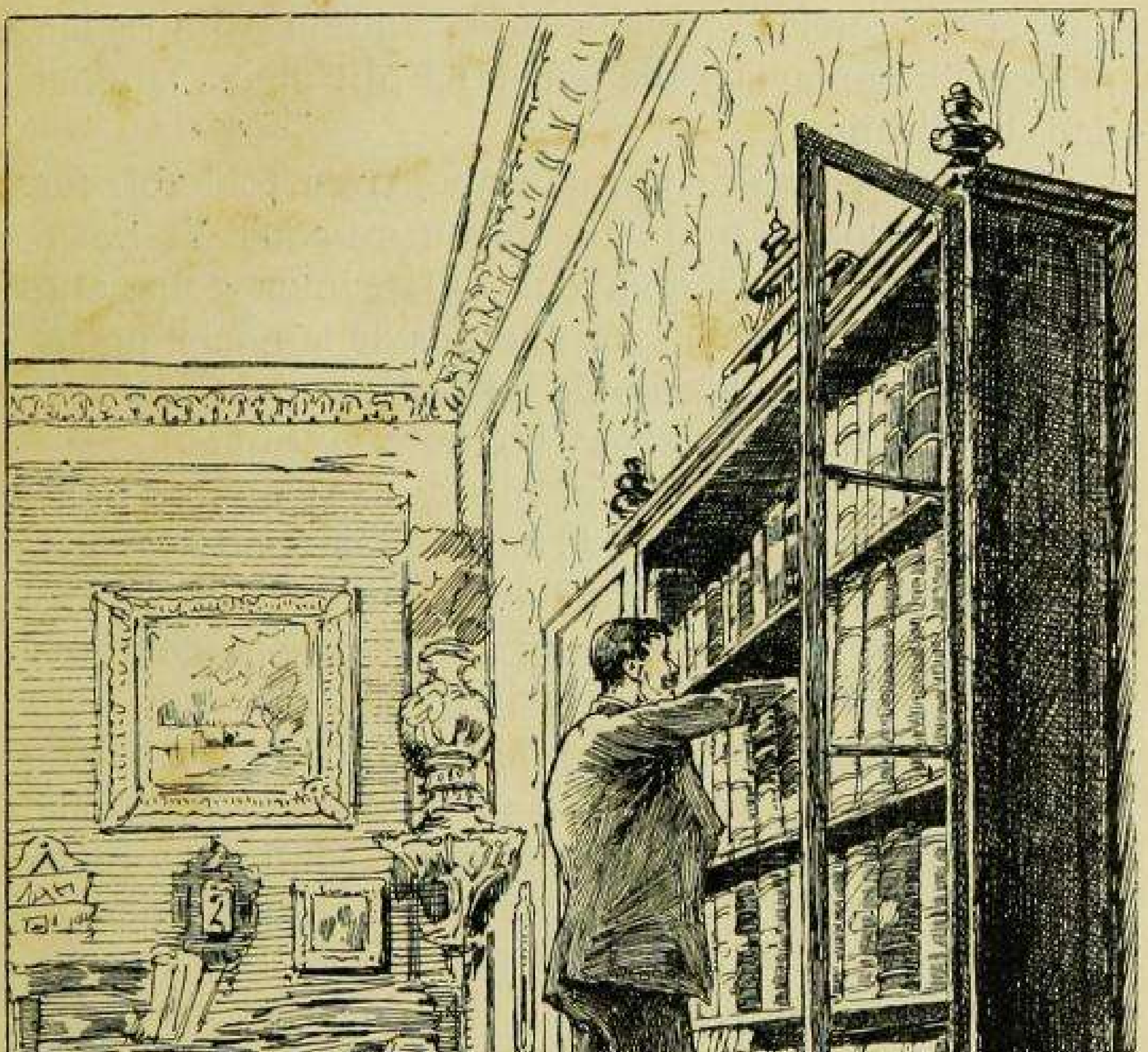
Por lo regular la escena tenía lugar del modo siguiente: «¿Se puede?» decía mi hijo. No decía más; pero yo entendía: «aquí estoy para el beso» y en seguida á alguna distancia de los códigos, corría con el pensamiento, abría los brazos, él se lanzaba en ellos intentando echar á un lado la cartera, pero casi siempre tomaba parte en este abrazo y nuestros tres cuerpos se enlazaban estrechamente. «Te recomiendo...» decía después con solemnidad paterna soltando á mi Augusto, el cual se marchaba seguido de su enorme cartera y yo buscaba, titubeando, la línea en que me había parado; porque si bien pasaba mis ojos por el código, tenía el pensamiento en mi hijo.

Esta vez, besando á Augusto, sentí que algo había mudado entre él y yo, y que mi amor paterno, el único amor en que yo creí que no debía entrar nunca la coquetería, tenía también su vanidad.

Había sido siempre para mi hijo el mejor de los padres y no había rechazado nunca ninguna de las perfecciones que él me atribuía. Porque le sentaba sobre mi brazo tendido y lo paseaba por el cuarto, él me admiraba diciendo: «¡qué fuerza tienes!» y había ido á la cocina á decir al que partía la leña que papá era más fuerte que él.

Le bastaba verme inclinado sobre gruesos volúmenes y contar los estantes de mi librería, para no dudar de que yo fuese un portento de doctrina. «¡Todo lo sabes!» En aquel tiempo que nada sabía, á él esta idea le consolaba de su ignorancia.

«¡Tú sabes más que el maestro!» afirmaba alguna vez y comprendía yo al momento que, aquel día, el maestro había abusado de su ciencia para atormentarlo.



No digo que me tragase toda aquella admiración, pero me complacía y me constaba que hacía la felicidad de mi hijo.

¡Ah! La magnífica opinión que Augusto había formado de su papá, no podía durar mucho! Ya Darío, hijo de Histaspes, había dado el primer golpe á mi superioridad; ¡quién sabe si antes de la noche no saldría un famoso personaje de las páginas del *Compendio de Historia*, para avergonzarme ante mi hijo!

Sentíme sobrecogido por mis dudas; cuánto había apilado en torno, á modo de barricadas donde escudar mi ignorancia, parecióme de allí en adelante reprochable é inútil, y pensando precisamente lo contrario que hasta entonces, me pareció que no era lícito vivir una hora más en la tierra, si no me metía en la cabeza toda la historieta del tío de la mujer del rey de Persia.

Nadie me veía; revolví la librería, saqué una historia antigua, y busqué ávidamente la tranquilidad de mi conciencia perturbada.

¡Nunca lo hubiese hecho!

Al cabo de media hora era el más desgraciado de los hombres; después de haber hojeado el volumen, leyéndolo aquí y allá, encontraba en cada página una nueva acusación; detuve mis atónitos ojos en el índice que parecía puesto de intento á lo último del libro, como una requisitoria, para demostrarme compendiosamente cuán culpable era, pues poco sabía, ó mejor nada sabía.

Había caído la venda de mi ignorancia; antes podía engañarme pensando que pues me había metido tantas cosas en la cabeza *in illo tempore* sin olvidarlas como á Darío, bien podían quedar algunas. Pero advertí entonces que toda aquella buena gente hebráica, asiria, persa, se había largado á la callandita, dejando gran confusión de fechas y reinos en mi cerebro.

No habia lugar á duda: encontrábame frente á un

dilema inexorable: ó resignarme á pasar por un asno á los ojos de mi hijo, ó rehacer valerosamente mi equipaje histórico.

—«La historia es la maestra de la vida—decíame en mi interior;—no te es lícito gozar del presente si no tienes por la punta de los dedos el pasado de la humanidad.»

—«¡Bah!—me contestaba también—si has gozado »hasta ahora sin ayuda de toda aquella gente muerta, »continúa así en lo porvenir y ríete. Que la historia »sea maestra de la vida lo vienen diciendo hace tiem»po, pero aún no nos lo han probado. Te diré en con»fianza que me parece ésta una bella frase puesta ahí »como un puntero para regir una ciencia grande y »vana. La historia no ha servido nunca para nada á »nadie, sino es á los historiadores, y nunca ha engen»drado nada en el mundo como no sea los compendios »y monografías históricas. Las dinastías de los Fara»nes se suceden, pasan y ¿qué dejan á la humanidad? »unas cuantas pirámides que no sirven para nada. He »aquí la historia.»

Estas palabras del anónimo que razonaba dentro de mí, fueron un rayo de luz para mi oscurecido espíritu: había encontrado una salida al terrible dilema; esta salida era la filosofía.

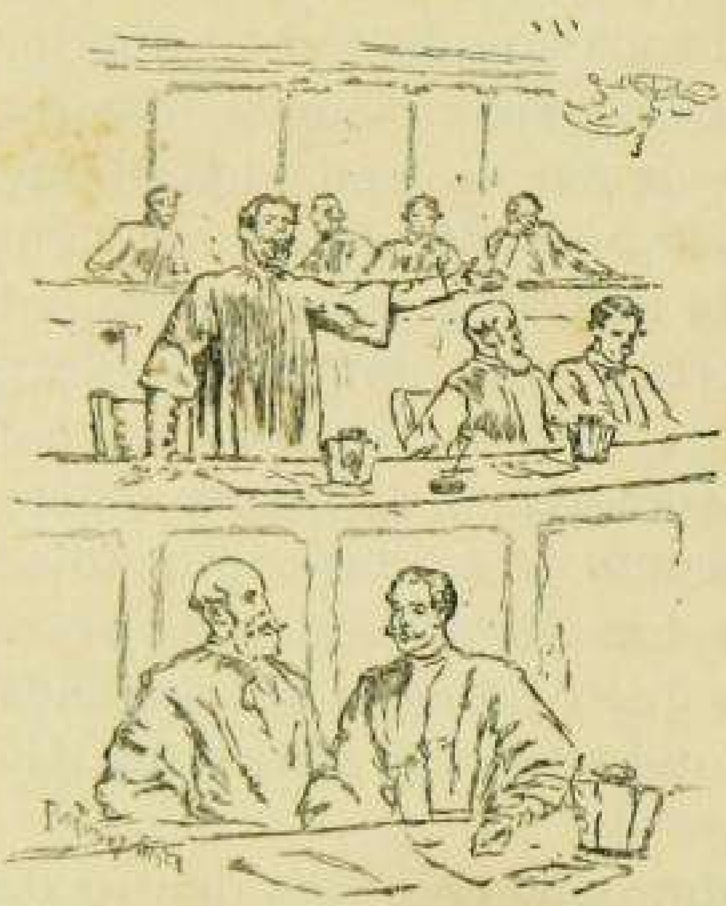
Nadie ignora que la filosofía sirve á los doctos y á los indoctos sin mirar á la cara de nadie; yo voy un poco más allá y digo que para un ignorante no hay otro camino de escape que hacerse filósofo y crearse un *sistema*.

Mi sistema filosófico debía servirme para inculcar en mi hijo la necesidad de estudiar todas las cosas que papá había estudiado... *para tener después el derecho de olvidarlas todas como papá.*

¡Idea grande y atrevida! Al principio me gustó, la admiré: luégo parecióme un atrevimiento impertinente, una grandeza disparatada; nuevo en la gimnasia

de los filósofos, tuve vergüenza, lo confieso, y volví á sentimientos más sublimes: aquel día en vez de dirigirme al tribunal con la osadía de un hombre preparado á todas las sorpresas de los procedimientos civiles, fuí con el porte irresoluto de un escolar que no sabe bien la lección.

Y mientras el abogado de la parte adversa exponía sus razones y no sé qué sentencias del Tribunal Supremo, para obtener directamente el embargo del haber de mi cliente, yo fijaba la vista en el presidente, en los jueces, en el abogado, buscando bajo aquellas togas y aquellos birretes á mi gente persa. Pensaba: «¡si ahora, de improviso, pidiese noticias de Mardoqueo á uno de estos, cuál me las daría? Aquel juez que dormita, seguramente no, y mucho menos el presidente con toda su gravedad!»



Cuando me tocó contestar á la gran premura de la parte contraria, salí osadamente, diciendo que me oponía al embargo, invocando el código y la civilización. «¡Tenemos aún buenas razones que exponer—exclamé—y queremos ser oídos!» Y añadí elocuentemente:—No estamos ya en los tiempos de los Faraones y de los persas. Hoy Asuero no hubiese hecho ahorcar á Ammano, sin darle tiempo de *apelar*.

Ustedes dirán: ¿qué tenía que ver Ammano con el pleito? y sin embargo, la frase hizo efecto y mi cliente no fué embargado; prueba de que la historia puede servir para algo.

VI

Eché mano de toda mi buena voluntad y robando cada noche media hora á mis causas y el *Compendio de historia* á mi hijo, halléme también en medio de los asirios y de los persas. No me apresuraba mucho, ni estaba empapado de ciencia histórica, como podéis creer, pero me bastaba preceder un paso á mi hijo en su *Compendio*, para no estar expuesto á la mesa á ciertas cogidas que me hubiesen alterado la digestión y en mi hijo la admiración que debía á su padre.

Las cosas llevaron el mejor camino por algún tiempo, pero llegó una desgraciada mañana en que los estudiantes que se habían quedado conmigo en Persia y precisamente en el reinado de Darío III Codomano, se largaron sin advertírmelo á Asiria, y la misma noche de aquel día, mi hijo, sin imaginar todo el daño que me hacía, nombró en mi presencia á Salmanasar y á Senaquerib.

Yo fingí primero que no le atendía, é intenté en vano traerlo á Persia, donde me hubiese encontrado como en mi propia casa, pero no tuve más remedio que dejarlo hablar.

Luégo llegaron otras sorpresas; la geografía, la historia sagrada, y por fin, la aritmética de mi hijo, que para mí conservaban ciertos secretos. Descorazonado

por el ejemplo del Catecismo que estaba lleno de misterios, aquellos tres libritos de tan pocas páginas me atormentaron día y noche y turbaron mi sueño.

Dejaba un sacramento para seguir el curso de un río americano, que como si lo hubiese hecho adrede, no podía ser más tortuoso. Subía á un monte después de haber interrogado el aspecto del país, y encontraba la geometría plana; una geometría que me daba tentaciones de volverme á subir al monte y no descender más al llano.

¡Misericordia divina! ¡Cuán grande era mi ignorancia! No sabía nada; peor aún, sabía errores, porque lo poco que me quedó en la memoria era confuso é inexacto.

Volver á empezar de cabo á rabo todos mis estudios como si aún debiese presentarme á los exámenes; rehacerme una doctrina nueva, he aquí el remedio heróico; pero fuí un vil; me contenté con echar algún remiendo á mi ciencia, donde dejaba ver los codos y las rodillas.

Y no pasó mucho sin que Augusto me cogiese en falta una vez, dos y diez veces; primero con estupor, después con dolor y por fin con malicia. No me dijo ya, como en los buenos tiempos de su inocencia, *tú todo lo sabes;* al contrario, alguna vez disparataba osadamente en mi presencia en las cosas más elementales, hasta en los derechos y los deberes de ciudadano, que eran mi pan de cada día; refutaba sin arrogancia pero con aplomo, mis objeciones, diciéndome la frase sacramental que ha hecho palidecer á tantos padres:
—Lo ha dicho el maestro.

Evangelina intentaba defenderme, ponía todas sus fuerzas, centuplicadas por el afecto y la buena fe, para elevarme á más altura que el maestro; pero era inútil: Augusto no decía ya que no fuese cierto, sino que á la primera ocasión me dejaba entender que mi famosa

doctrina no estaba ya en uso, repitiendo casi entre dientes:—¡Lo ha dicho el maestro!

Y yo estudiaba en secreto con un desorden que pintaba el estado de mi cabeza, las montañas, las poblaciones, el cuadrado de la hipotenusa, la eucaristía.

Todo en vano: perseguido por el destino llegué, por fin, ante la prueba suprema.

VII

Habían dado á mi hijo un problema de difícil solución, y el pobrecillo, que no era muy fuerte en matemáticas, no podía dar con ella.

—Augusto no sabe plantearlo—vino á decirme Evangelina;—estos maestros no sé dónde tienen la cabeza! bonita manera de atormentar á un pobre muchacho; toda la mañana lo veo inclinado sobre la mesa... me causa pena, deberías ayudarle.

—¡Ayudarle yo!—exclamé—entonces ¿de qué le sirve ir á la escuela? Si le dan problemas es prueba de que sabe resolverlos, y si no sabe, mejor es que el maestro lo advierta y repita la explicación; además, estoy muy ocupado.

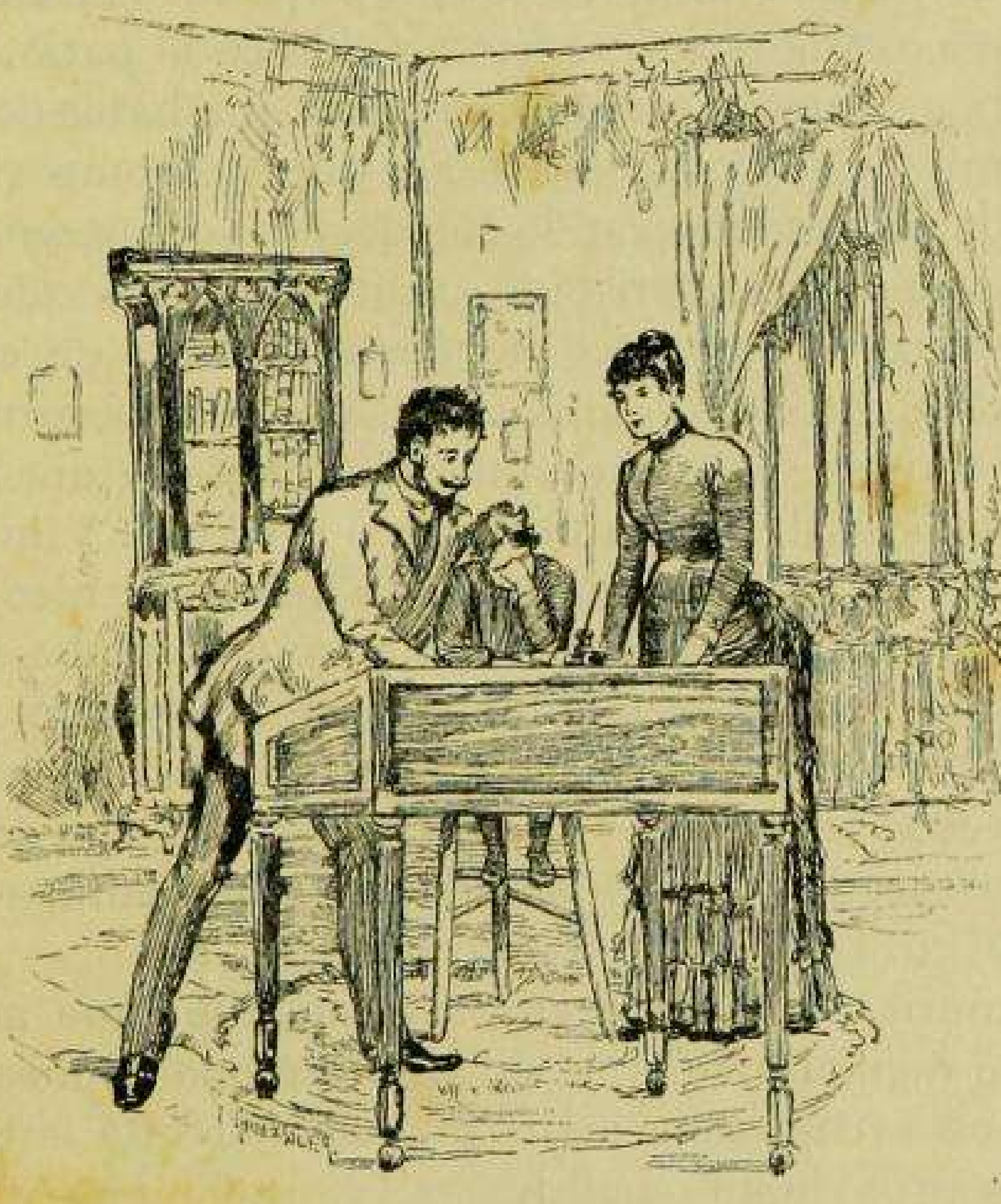
Evangelina, menos escrupulosa, probablemente intentó lo que yo no quería hacer, porque muy luégo tornó á decirme:

—Es un problema dificilísimo, es cosa de geometría plana; Augusto no puede resolverlo... llora...

—¿Llora?...

Fuí al momento: al cruzar la puerta del cuartito en que Augusto se atormentaba, tuve como el presentimiento de una catástrofe; pero no era tiempo de retroceder: me acerqué á mi hijo, le acaricié primero la carita lacrimosa, luégo con un poco de gravedad, le dije:

—Dame acá... «Un fabricante de ladrillos debe entregar tantos ladrillos cuantos necesite el enladrillado de una habitación de forma trapezoidal, cuyo lado mide... etc. etc.»—No es difícil—dije—¿esto no sabes resolver?



Mi hijo no contestó: me miraba con aquella ingenua admiración de otros tiempos, mezclada de un tanto de estupor.

—Yo ahora no tengo tiempo; luego, á ti te toca resolverlo... porque si tus problemas los he de resolver yo, es inútil que vayas á la escuela; pero ahora has trabajado demasiado; distráete, vete al patio y corre, luégo vuelve y te será más fácil.

—Es muy difícil—dijo.

—Es fácil—contesté.

Se fué á correr y yo tomé su lugar delante de la mesita.

La misericordia celeste aparte de todo padre los tormentos que sufrí aquella mañana. Lo que de lejos me pareció tan fácil, se presentó erizado de mil dificultades, apenas quise reflexionar. Evangelina me miraba, adivinando también mi perplejidad. En cuanto á mí, oía á Augusto que hacía ruido en el patio, veía con el pensamiento una cita urgente que había dejado sobre mi mesa y continuaba allí quieto, como si me hubiesen clavado, hojeando con despecho la geometría plana, calculando, borrando, rehaciendo los cálculos equivocados. Poco á poco llenóse mi cabeza de cifras que no comprendía; equivocaba, por fin, las sumas y para encontrar el error en una sola unidad (¡una unidad de ladrillos!) perdía un tiempo precioso. Vinieron á decirme que un cliente me quería hablar; le hice contestar que estaba ocupadísimo y que no podía darle audiencia. Pero se hizo la luz en mi cerebro; el problema se me presentó claro y no gasté ni cinco minutos en resolverlo.

—Está sacado—dije á Evangelina;—realmente, no era fácil; luégo, como ya no tengo práctica...

Era inútil mendigar excusas; Evangelina me admiraba, ni más ni menos: y ví cómo aquella admiración inundaba á Augusto, ya sin malicia, cuando subió y halló su problema resuelto.

Y no me pareció, en verdad, que había perdido mi tiempo; por el contrario, al volver al despacho, entraba como si llevase la antorcha de la ciencia.

Aquí me aguardaba el destino.

En vez de volver de la escuela alegre y asaltar mi despacho para decirme que había ganado diez *vales* y elogios por su trabajo, Augusto entró en casa como un perro apaleado y se estuvo en la cocina.

Y cuando quise saber qué tenía, me contestó con malhumor, que el problema estaba equivocado.

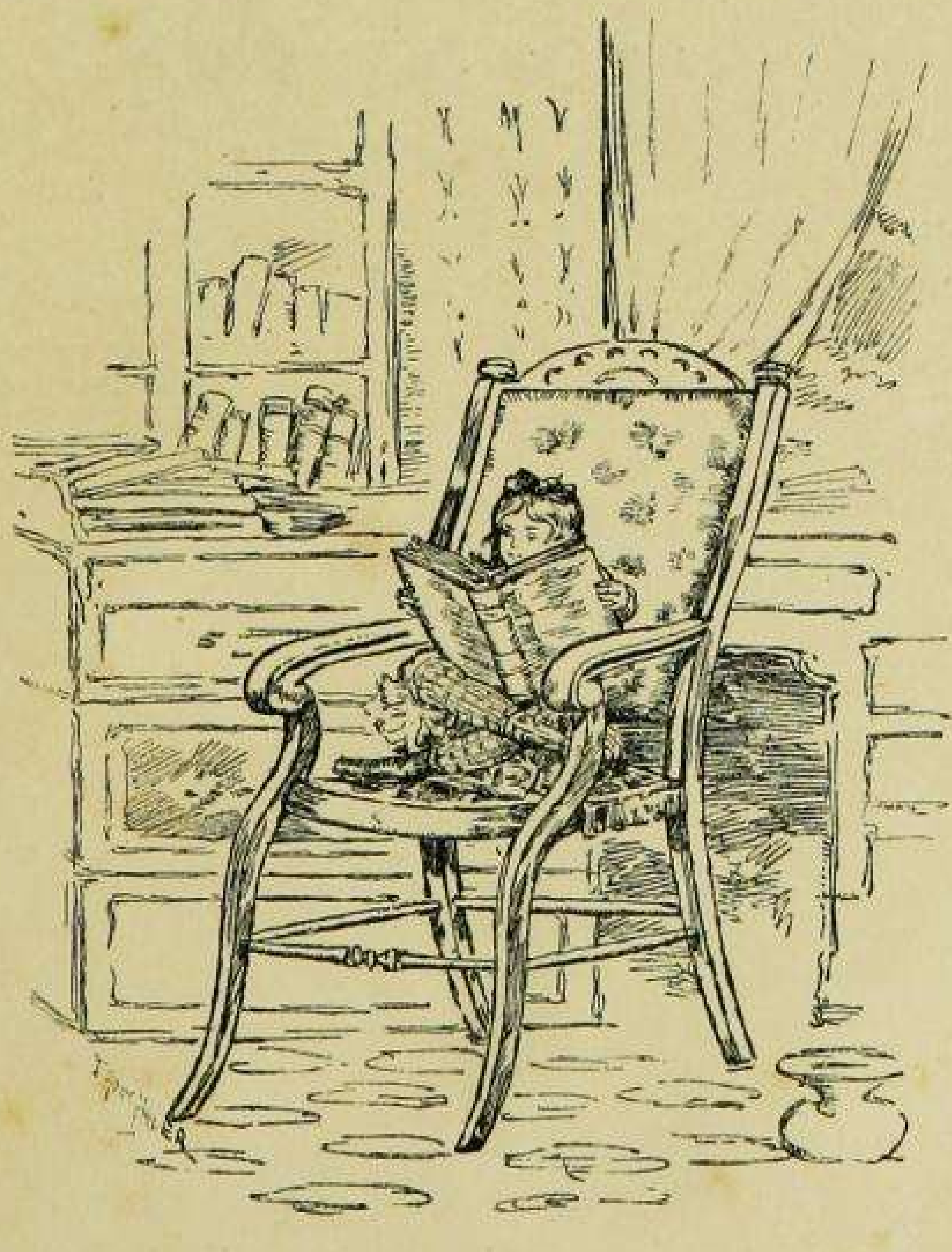
—¡Es imposible!—exclamé.

—Mira—me dijo tristemente mi hijo:—debía dar 4,526 ladrillos y sólo da 3,916.

Miré; no ví nada. Si todos aquellos ladrillos me hubiesen caído encima, de fijo no me habrían hecho tanto daño.

Pero al lado de las desgracias, el cielo coloca los consuelos, y hallé uno delante de mi bufete. Era Laurita; la estudiosa pequeñuela se había subido á la poltrona y leía atentamente el *Derecho civil.*

—Escucha, papá—me dijo, apenas me vió entrar—escucha, *la sé toda:* dos más dos cuatro más dos ocho más dos diez más dos veintidos más dos veinticuatro más dos treinta.



INTERMEDIO



INTERMEDIO

Aquí el abogado Epaminondas Placidi narra una anécdota que en ningún concepto le pertenece

Estaban en los postres, esperando el café. Después de haber dedicado una frase á diez argumentos, para descubrir, sin darse aires de ello, el sendero por el cual se había extraviado la mente de su marido, hizo ella un gestito y calló. Pero él que había contestado con monosílabos cuando hablaba ella, no advirtió tampoco que ahora callaba de propósito y siguió adelante por su solitario camino.

No anduvo mucho.

Ella (esto es, Doña Hermenegilda) no tardó en comprender que era preciso recurrir á un remedio heróico y rompió el silencio otra vez.

—Ya te he dicho lo que me ha ocurrido esta mañana.

—¡No! ¿Qué te ha ocurrido?

—Estaba en el *Corso*... salía de la guantería, no... de la tienda del... espera...

El marido (esto es, Hermenegildo), rogado de este modo que esperase, no osaba moverse, pero se hallaba muy lejos. Esperó un poco. Ella no decía palabra.

Entonces el pobrecillo hizo un heróico esfuerzo, y dando una melancólica mirada á sus pensamientos y fijándola de golpe en su mujer, dijo:

—Con que salías de la guantería... ¿Y luégo?

Hermenegilda hizo un ademán de modesto triunfo y contestó sonriendo:

—Tú habías partido para un país desconocido, creo que pretendías descubrir el nacimiento del Nilo...

—Vaya! si lo han descubierto ya!—interrumpe Hermenegildo riendo.

—¿De veras? No lo había advertido—dijo la mujer con gracia infantil.—Con que estabas ausente, viajabas en tren expreso y no esperaba yo verte volver en mucho tiempo, cuando me ocurre la feliz idea de entrar en la guantería; al salir, te veo allí; has regresado en tren extraordinario. ¿Qué tal el viaje?

—Gracias—dijo el marido levantándose para dar la vuelta á la reducida mesa y depositar un beso en aquella boca burlona.

Hermenegilda tomó el beso con dignidad, pero no restituyó nada. Después de haber esperado en vano, el señor marido rehizo la vuelta de la mesa y volvió á sentarse en su sitio.

—Estaba distraído, lo confieso—dijo.

No había peligro de que se distrajese más: tenía los

codos apoyados en la mesa, las manos en las mejillas y los ojos abiertos mirando á su mujer.

—Oigamos. ¿En qué pensabas?—preguntó Hermenegilda abandonándose sobre el alto respaldo de la silla.

—Te lo quiero decir; pensaba en el amigo Santi, la última vez que estuvo aquí, ¿te acuerdas? Hará como dos semanas....

—Más de veinte días—dijo su mujer corrigiéndole.

—¡Veinte días! ¡cómo corre el tiempo!

—Este sí que corre....

—Con que—se apresuró á añadir el marido—con que la última vez que el amigo Santi estuvo aquí... pero ante todo, ¿qué piensas tú del amigo Santi? ¿Qué índole te parece que haya bajo el frío barniz del hombre que se ha casado con la ciencia...

—Perdona. ¿Tu amigo no se ha casado también con su mujer?

—Ciertamente; los hombres de ciencia también tienen sus momentos de distracción...

—Cuidado que te pierdes—dijo Hermenegilda sin salir de su fingida indolencia.

—Porque me interrumpes siempre. Te preguntaba qué te parece del amigo...

—Es amigo tuyo, es amigo de la casa... yo no le juzgo.

—Estás cruel hoy.

—Me vengo.

—Pues bien, yo te diré lo que hay bajo la capa de hielo del hombre científico: hay un corazón ardentísimo, un alma poética, una imaginación que no se rige fácilmente.

—¿Y todo eso lo has visto tú la última vez que el amigo Santi estuvo aquí?...

—Precisamente. Hace veinte días, con que...

—Veintitrés—advirtió su mujer.—Era un miércoles; no pudiendo salir de casa á dar nuestro acostumbrado

paseo después de comer, os marchasteis los dos solos, del brazo, como dos solteros, y el caballerito volvió después de media noche.

—Ahora te equivocas tú; faltaba un cuarto de hora para la media noche: el amigo Santi había tomado el tren de las once y veinte; á no tener alas como nuestro mirlo, no era posible llegar á casa más pronto.

—Oigamos el final—dijo Hermenegilda con indulgencia.

Entonces Hermenegildo intentó ponerse serio, y con un poquito de inacostumbrada gravedad, un poquito nada más, sin apartar la mirada de la cara de su mujer y soltando las palabras lentamente, habló de esta manera:

—Se hablaba de la vida conyugal... no sé cómo se había llegado á esta cuestión... ¡Ah! porque llovía, porque tú habías permanecido en casa sola... Él me decía que hace poco más ó menos la misma vida que yo; que su mujer se queda en casa, él apenas anda dos pasos después de comer, luégo vuelve á su estudio á leer, á escribir, junto al fuego, y que aun cuando parezcan monótonas las costumbres tranquilas, la felicidad no tiene tampoco mucho de variada.

Si bien Hermenegildo había continuado leyendo en los ojos de su mujer el efecto de cada palabra, llegado á este punto se detuvo para juzgar mejor.

Hermenegilda estaba impasible.

—No, en realidad es poco variada—exclamé, y le dije cómo pienso yo respecto á la felicidad.—Tú sabes cómo pienso; ante la felicidad...

—En cuanto á la felicidad—prosiguió la mujer como si recitase una lección—los hombres son todos iguales; la felicidad está en el deseo; el hombre que más desea es el más felíz...

—Te equivocas—contestó dulcemente el marido filósofo.—La felicidad está en el deseo de algo que se

pueda obtener, sazonado con un poco de incertidumbre, se entiende.

—Obtenida una cosa—prosiguió Hermenegilda—es preciso saber desear otra...

—Como no sea incierta ó difícil. De los que, apenas formulado un deseo, pueden satisfacerlo, se puede decir que no conocen la felicidad... la cual es un intervalo entre un deseo y su satisfacción. Y he aquí por qué los ricos y los pobres, donde cesan las imperiosas necesidades del hambre, la sed, el frío y el calor, comienzan á ser iguales.

—¡Bravísimo!—decía Hermenegildo.—¡Bravísimo! Pero se adivinaba bien que había perdido el hilo de la conversación y no sabía cómo arreglarse para proseguirla.

Hermenegilda llegó en su ayuda, añadiendo:

—Decíamos que la vida del amigo Santi *no difiere mucho* de la felicidad, y la de su mujer *es muy* distinta?

—No lo sé. No me he informado. En semejantes casos no se puede hablar más que por cuenta propia. Te creo feliz porque... porque soy feliz contigo; pero si fuese á decir á los demás que te hago feliz, que tú me adoras y que yo merezco tu adoración, me tomarían por un tonto. Fuera de que—prosiguió con aire burlón—¿qué sé yo verdaderamente si tú eres poco ó mucho dichosa conmigo? ¿Puedo por ventura entrar en el fondo de tu corazón, visitar las más pequeñas celdas de tu cabeza donde se inicia tal vez la idea del descontento?

En vez de replicar, Hermenegilda suspiró, y el pobre Hermenegildo no logró comprender si lo hacía por burla ó por impaciencia.

Estaba como si se hubiese endosado una levita nueva, dentro la cual se hallase á disgusto y no pudiese mudársela por hallarse fuera de casa. Realmente su

habitual desenvoltura había desaparecido dejándole extraños modales, pero volvió á encontrar la vereda y prosiguió.

—Hermenegildo— me decía el amigo Santi—á nosotros, gente de ciencia, ó de letras, ó de artes, la misma imaginación que nos causa tantas dulzuras, que nos alienta á subir las fatigosas alturas de la verdad y la belleza, con la promesa de más amplios horizontes, puede darnos y nos da realmente rudas batallas. Mientras estamos tranquilos en casa, en el hogar y miramos la felicidad en el rostro sereno de nuestra compañera, en los ojillos de nuestros hijos, existe una parte de nuestro sér que se aleja... ¿Dónde? Lejos; á soñar cosas nuevas; afectos, sonrisas, lágrimas; á buscar, á adivinar las fases ignoradas de la belleza.

Hermenegildo tomó aliento; Hermenegilda, que esperaba aquel momento, se contentó diciendo con ironía leve, muy leve:

—En suma, vosotros los hombres de letras, de artes ó de ciencias, no deberíais tomar mujer. Es vieja la idea, pero no tanto como la verdad, que es eterna.

—¿Quién dice eso?—interrumpió el marido con la fuerza de la convicción.—Lo dicen los solteros hasta los treinta años; después de los treinta años no hay quien lo piense; después de los cuarenta no hay quien lo diga.

—El pintor Vaghi lo dice aún y tiene sesenta y cinco años contados—observó con malicia Hermenegilda.

—El viejo pintor Vaghi ha comenzado á decirlo diez años há, cuando se resignó á perder la esperanza de encontrar mujer joven y bella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo imagino. Siempre ha adorado la juventud y la belleza en las mujeres: ahora está encanecido y no es rico... Volvamos al amigo Santi.

Hermenegilda mandó un suspiro ó un bostezo al amigo Santi y de nuevo tomó la postura de antes.

—Hay dos seres en nosotros—prosiguió Hermenegildo;—uno casero, bonachón, lleno de juicio y de orden; el otro fantástico, descontentadizo. Aquel se contenta con las cosas, el otro quisiera la sombra de las cosas. Cuando uno de los dos logra cuánto desea, el otro carece de todo; pudiéndolo hacer sin pecado, ¿por qué aquella parte de nosotros que sueña no había de tener su alimento?—Así me hablaba el amigo Santi.—Existen sentimientos—dice él—que á mi mujer no puedo confiárselos; me llamaría loco ó se asustaría extremadamente; necesidades, más bien sombras de necesidades, aspiraciones indefinidas del alma, éxtasis del pensamiento (habla él siempre), en las cuales yo me complazco porque son una parte no indigna de mi sér y que mi mujer no comprende. La unión de dos inteligencias, un interrogarse y un responderse, aunque de lejos, dos almas que se comprenden, esto no debía ofender el sacro pacto matrimonial.

—Amor platónico...—murmuró Hermenegilda.

—Diría yo *platónico*, si quieres, pero no diría *amor*...

—Digamos, *afecto*... digamos...

—Digamos, pues, *afecto*.

No sabía qué añadir; la docilidad pensativa de su mujer le embarazaba más que la burla.

—En suma, lo has comprendido—replicó acalorándose.—El amigo Santi es incapaz de hacer nada que pueda arrojar la menor sombra sobre su mujer... y sin embargo... no debía decírtelo porque es una confidencia, y sin embargo...

—Si no debes decírmelo, no me lo digas, Hermenegildo, tal vez sea mejor.

Brillaba cierta luz en los ojos de la indolente. ¿Era curiosidad? ¿Era malicia? Hermenegildo buscó inútilmente el significado y volvió sobre el tema amortiguando el poco fuego que primero puso en sus palabras.

—Me engañaba; por el contrario, debo decírtelo. El que hace una confidencia á un hombre casado, la hace á su mujer. No es lícito al primero que llega, poner un secreto entre dos cónyuges que se aman.

Quería añadir y hubiese sido de buen efecto oratorio «que entre dos cónyuges que se aman no debe existir ni la sombra de un secreto», pero advirtió á tiempo que intentaba probar lo contrario.

—¡Sin embargo!—añadió con cara de san Ignacio—sin embargo, puesto que la naturaleza humana no es perfecta y hay cosas que nos afligen sin razón, algún secreto insignificante nace, tal vez inadvertido, en el matrimonio.

La tierna esposa lanzó un suspiro que podía muy bien significar: «¡Sin embargo!»

—En suma; el amigo Santi siente purísimo afecto por una mujer. Este afecto es su secreta alegría, y me ha confesado que muchas veces al recibir una carta de esta amiga lejana á quien él revela sus pensamientos más recónditos, parécele sentir como una caricia del ideal; entonces siéntese más fuerte, más generoso, más bueno, y, lo creerás?... hasta más afectuoso con su mujer.

—¡Extraño es!—dijo lacónicamente Hermenegilda.

—¡Nada tiene de extraño! Él sabe, es decir, teme hacer un perjuicio á su mujer, y cuánto más feliz se siente, más aumentan sus escrúpulos.

—¿Tiene escrúpulos?

—Sí. Me preguntaba si debía terminar ó no esta correspondencia....

—¿Y tú?...

—Yo le dije... ¿qué había de decirle? que juzgando así de pronto, si no había peligro de disgustos y trastornos domésticos... me parecía... que podía alimentar un sentimiento, que, en el fondo..... no tenía nada de malo.

—¿Y él?

—Él me aseguró que disgustos no puede tener, porque las cartas le llegan con dirección secreta.

—¿Y te ha dicho quién es esa mujer?

—No, sólo me ha dicho..... que es casada.

—¿Te ha dicho si es joven y bella?

—Joven sí, de su belleza no hemos hablado una palabra.

—¿Se ven alguna vez?

—Rara vez: él la ve cuando viaja, pero viaja poco; se encuentran, y como si nada ocurriese entre los dos, apenas se reconocen. Todas estas cosas, digo yo, no sucederían, si la estúpida sociedad y la pequeñez del alma humana no hubiesen hecho imposible la amistad franca y leal entre un hombre y una mujer; si, fuera del matrimonio, la malignidad no viese siempre el adulterio. Yo sostengo que si es preciso tener un amigo fiel.....

—¡Cuanto más dulce sería tener una amiga á la cual poder confiar el peso más delicado del alma, para que nos ayudase á llevarlo! Tal vez no te equivoques, pero yo pienso en ella, en aquella mujer casada, que alimenta una llama inocente, pero secreta; secreta, pero lejana... tengo escrúpulo por ella. ¿Á ti, qué te parece?

Hermenegildo confesó cándidamente que no le había ocurrido esa idea.

—Pero no me parece que la cosa cambie...— dijo.

—Yo temo que sí...

—Lo temo yo también...

—Y bien—se apresuró á decir Hermenegilda—porque un hombre casado pueda tener *correspondencia de amorosos sentimientos* con la mujer de otro, es preciso que esta mujer de otro, consienta y corresponda...

—Seguramente—dijo Hermenegildo, agitando la cabeza enérgicamente;—siempre el viejo error de los hombres, mirar las cosas por un solo lado... Segura-

mente, para que un hombre casado pueda.... es preciso sin embargo que sea la mujer de otro, que...

—Y esa incógnita ¿no pierde nada á tus ojos? ¿La estimas tú como si no ocultase nada al marido?

—Seguramente que la estimo: no digo en verdad igualmente... esto es, sí, la estimo lo mismo. La culpa no es suya: si el mundo, si el marido... Cierto la estimaría más si... pero sería necesario que el marido no fuese un hombre vulgar.

Hermenegilda había fijado sus abiertos ojos en la cara del marido y tal vez esto le embrollaba de nuevo el hilo de sus pensamientos.

—Quería decir que la estimaría más si pudiese decirlo todo al marido; pero probablemente si no le dice nada, es porque su marido no sabría acoger bien semejante confianza.

—¡Sería encantador—suspiró Hermenegilda—que se pudiese decir toda la verdad al marido! ¡Qué éxtasis, en tal acuerdo de tres almas!

Hermenegildo, modesto en su triunfo, no había saboreado bien su propia victoria, cuando de allí á un rato vió á su mujer incorporarse para tenderle la mano por encima de la mesa. Él tomó aquella manecilla y reconoció que era blanca, mullidita y linda, pero como en ensueños.

—Amigo—le dijo Hermenegilda con un poco de énfasis teatral que le despertó del todo;—amigo mío, te he ofendido demasiado callando, disimulando, haciendo la comedia hasta hoy. ¡Tú eres digno de saberlo todo; esa mujer, esa amiga lejana del señor Santi, soy yo! Há un año que me escribe secretamente y yo le...

Pero ya la estrechaba en sus brazos el marido y le cerraba la boca con un beso; no pudo terminar la frase.

Intentó varias veces llevar al fin su confesión, pero en vano. Hermenegildo reía sin cesar besándola.

—Sí, he dicho la verdad—añadía Hermenegilda, entre beso y beso;—no creía obrar mal, pero no estaba segura de ello. Nuestro buen amigo se hallaba turbado también... por remordimientos... la última vez que vino á comer con nosotros, veintidós días há... aquel miércoles que llovía... por poco no te revelo el secreto... nuestro secreto inocente. Repíteme—añadió librándose de las caricias de su marido—repíteme que nuestra correspondencia no te ofende, que esta ternura de dos almas...

En este punto el contagio de la hilaridad de él hizo presa de ella.

—Piedad de mí...!—murmuró el marido, apretándose los lados—no me hagas morir de risa.

La risa del incrédulo Hermenegildo duraba aún cuando Hermenegilda había recobrado la seriedad. Había entrado en su cabecita una idea de venganza.

—Sí, yo soy—repitió con semblante serio. Y el marido seguía riendo.

—Sí, yo soy—insistió. Y el marido cesó de reir, pero se acercó á ella gravemente, y tomándole la barba con dos dedos comenzó á decir:

—He comprendido, sé todo lo que me quieres decir; es muy fácil explanar teorías á la espalda de otros; el ejemplo, por lo contrario, prueba...

Su mujer le interrumpe:

—El ejemplo no prueba nada de nada, el ejemplo es el accidente, el hecho; la teoría, la doctrina. Pero, bien lo veo, tú no me crees, no me quieres creer, y sin embargo te lo aseguro, Hermenegildo mío: la tierna amiga, el consuelo de nuestro común amigo Santi, soy yo, yo; puedo darte las pruebas.—Y registró su bolsillo: luégo, dando un papel al marido que no estuvo pronto á cogerlo, añadió sencillamente :—lee.

Esta vez Hermenegildo se puso pálido. Hermenegilda batió palmas.

—¡Te he asustado!—exclamó la astuta mujercita con un ímpetu gozoso—¡ahora estoy vengada!

—Dame ese papel—balbuceó Hermenegildo.

Lo cogió y lo leyó hasta el fin con parsimonia. Era un autógrafo de la modista sin saldar: se trataba de un pobre sombrerillo de paja de Florencia, con plumas, cintas, blondas, flores y cosas parecidas; de un sombrerillo enteramente indigno de cubrir una cabecita tan discreta.

—Señora—dijo Hermenegildo con burlesca severidad.—Este papel me pertenece.

Hermenegilda bajó la cabeza, resignada á su suerte.

Varias veces en aquel memorable día la risa nació en los labios de los cónyuges, renació repentinamente y volvió á morir entre los espasmos de larguísima agonía.



LA PÁGINA NEGRA

LA PÁGINA NEGRA

I

TENÍA el corazón oprimido, pero sonriente el semblante á fin de engañar á Evangelina.

—¿Qué tienes?—me dijo al verme.

—Nada; ¿y los niños?

—Juegan.

Sonreí mejor y traté de darle un beso; pero á mitad de camino, ella echó la cabeza atrás para mirarme en los ojos. Entonces me ví descubierto.

—¿Qué tienes?—insistió; y el temor, entrando en su corazón de esposa y madre, empañó su voz.

—Nada—repetí.—¿Los niños, juegan?

—Sí. ¡Augusto! ¡Laurita!—gritó la pobre mamá.

Llegan á la carrera los dos queridos chiquillos, Augusto el primero; de un salto se pone en mis brazos; Laurita, que le sigue de cerca, se echa sobre mis rodillas.

Asalto de besos, de caricias y de preguntas. Augusto habla, Laura repite sus palabras.

Pero hoy no oigo yo tan dulce música, casi no la entiendo. Los miro largo rato, luégo los beso larga-

mente también; ¡queridas criaturas mías! siento por vez primera un sabor amargo en mi grande dulzura. Una triste mirada de Evangelina me va buscando el alma. Lo comprendo; la pobrecilla sufre.

Separo de mis rodillas á la tierna Laurita, dejo escurrir de mis brazos á Augusto.

—Andad á jugar, pero sed buenos; no correr mucho para no sudar... ¿las ventanas están cerradas?

Los niños no contestan, están ya en la cocina.

—Aguarda—digo á mi mujer.—Oye á Augusto que hace dos papeles, de tambor y de general: Laurita, como si lo viera, está tras de él representando al ejército.

La pobrecilla aguardó un rato; luégo me preguntó con voz en que vibraban todas las fibras maternales:

—¿Qué ha ocurrido?

*
* *

—Nada—dije yo.—Soy un loco en atormentarme con este pensamiento, como si hubiera de tocarnos la misma desgracia también.

—¿Qué desgracia?—insistió Evangelina con creciente inquietud.

—Cuando cae una teja á la cabeza de uno de nuestros conocidos...

Ví en el semblante de mi pobre compañera algo que no esperaba de mi descabellado parangón; entonces interrumpiéndome, dije en otro tono:

—Vamos, no te asustes más de lo necesario; al abogado Marozzi se le ha muerto un hijo la otra noche, esto es todo... y te decía que no hay razón... para...

—¿Ha muerto de angina maligna?—interrumpe Evangelina, que se había puesto muy pálida.

—Pues.... de angina maligna—balbuceé.—Pero iba diciendo que no hay para asustarse tanto... que cuando



una teja cae sobre la cabeza, supongamos, de un amigo, no por eso hay que salir de casa poseídos de tal pánico, que tengamos miedo de todos los tejados.

Evangelina me hizo seña de que callase y prestase atención; de la cocina y antesala llegaba á nosotros el ruido del tambor de guerra, interrumpido con frecuencia por la voz de mando del general. La disciplina no le impedía al ejército unir, de vez en cuando, su voz á la de mando.

—Era un hermoso muchacho—dijo mi mujer, fijando los ojos en la pared—robusto, fuerte... ¿y ha muerto así?...

—¡En pocos días...!

—¿Y los médicos?

—¡Los médicos! No comprendieron nada. Le quemaban la garganta, le daban quinina... anteayer estaba mejor... ayer ha muerto.

Evangelina se cubrió la cara con las manos, luégo se estremeció y le brillaba en los ojos una lágrima rebelde, cuando llamó segunda vez:

—¡Augusto! ¡Laura!

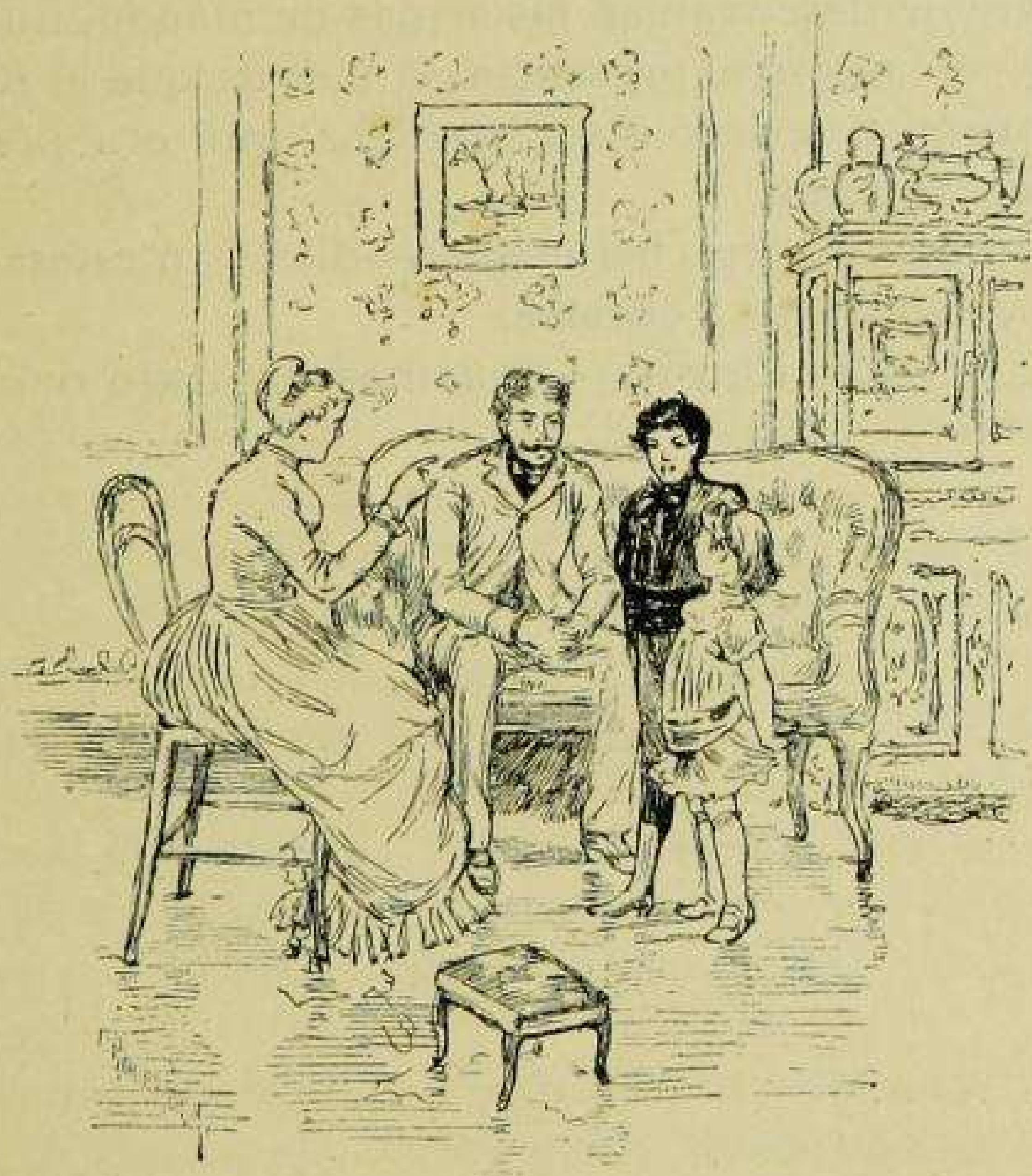
*
* *

La voz del general se oyó en la estancia vecina ordenando romper filas, é inmediatamente se vió cómo el ejército aprovechó la licencia para venir á los brazos de mamá.

Augusto, no habiendo podido llegar antes que su hermana, esperó á ser llamado otra vez, asomóse á la puerta, pero estaba ocupado todavía en envainar las armas de su mando en una funda ideal.

—Venid aquí que os mire—dijo Evangelina en tono de broma.—Derechos los dos, bien; ahora sacad la lengua... muy bien; ahora volvedla á meter en la boca. Pero los dos chiquillos encontraban muy divertido

aquel nuevo juego y se estaban quietos delante de mamá con las lengüecitas colgando, riendo, con risa ronca pero alegre. Fué preciso golpear ligeramente la de Augusto, para que la ocultaran los dos, porque Laurita cuando no se creyó en el deber de secundar á



su hermano mayor, dijo con su acostumbrada gravedad:—¡Qué risa!—Y no se rió.

—Vamos—repitió gravemente mamá.—¿Augusto? ¿No sientes un poco de dolor en la cabeza... y tú tampoco, hija mía? ¿Y en la garganta no sentís dolor? ¿No sentís ninguna molestia al tragar?

Augusto tenía medio panecillo de repuesto.

—Mírame—dijo, y arrancándole un buen pedazo lo hizo desaparecer prontamente.

—Mírame—dijo Laurita, buscando en su vestido sin bolsillo; pero mamá la interrumpió con un beso.

—Es preciso advertir á mamá en cuanto sintáis un poco de dolor en la cabeza ó la garganta. Y ahora andad á jugar, pero sin correr mucho... ¡cuidado, no sudéis!

En vez de desenvainar las armas de mando, mi hijo desató, en nuestra presencia, la cuerda que le servía de cinturón y declaró á su hermana que era preciso cambiar de juego.

—Haremos el juego del médico—dijo;—tú estarás enferma y vendré yo á curarte.

—Sí, sí—dijo Laurita;—hagamos el juego del médico.

II

Había entrado en nuestra casa un enemigo, el miedo.

Nuestra misma felicidad proyectaba espesas sombras en rededor; ahogaba nuestra alegría una idea supersticiosa. Hemos sido demasiado felices hasta hoy.

Con la esperanza de ver que la angina maligna había desaparecido por completo ó se había encontrado un remedio infalible para combatirla, leía mañana y noche en los periódicos el número de los *casos* y todos los cuentos extraños que corrían acerca de la nueva enfermedad.

Un día, un médico rural, que al momento tomó á mis ojos el aspecto de un genio sacrificado en un pueblecillo, mandó la primera receta contra la angina maligna, asegurando que con aquel sistema de cura todos sus enfermos se habían salvado.

Sentí gran tentación de correr á la calle, reunir mucha gente en torno para leerles la receta, y me pregunté en serio si no habría medio de obligar á todos los médicos, aunque fuesen famosos, á intentar la cura del médico rural.

—Porque, claro está—pensaba malignamente—que á estos señores médicos de la ciudad no ha de parecer-

les decoroso dejarse dar una lección por un médico campesino.

Á buena cuenta corté con las tijeras aquella preciosa receta, y la guardé en la cartera.

Pero al siguiente día otros dos médicos del campo se creyeron en el deber de hacer público su sistema de cura: y eran dos métodos distintos entre sí y, cosa rara, pero cruel en su amenidad, no se parecían tampoco al del primer médico, con ser también infalibles.

Corté con las tijeras también estas dos recetas en descargo de mi conciencia, salvo decidir si merecía la preferencia el zumo de limón, el ácido fénico ó el hielo puro. Un poco de escepticismo había entrado en mi turbada mente; pero aún creía que uno de aquellos tres remedios era el *bueno*.

Luégo se multiplicaron las recetas, y también los casos.

Continuaba recogiéndolas hasta que un día Evangelina me dijo con amarga sonrisa:

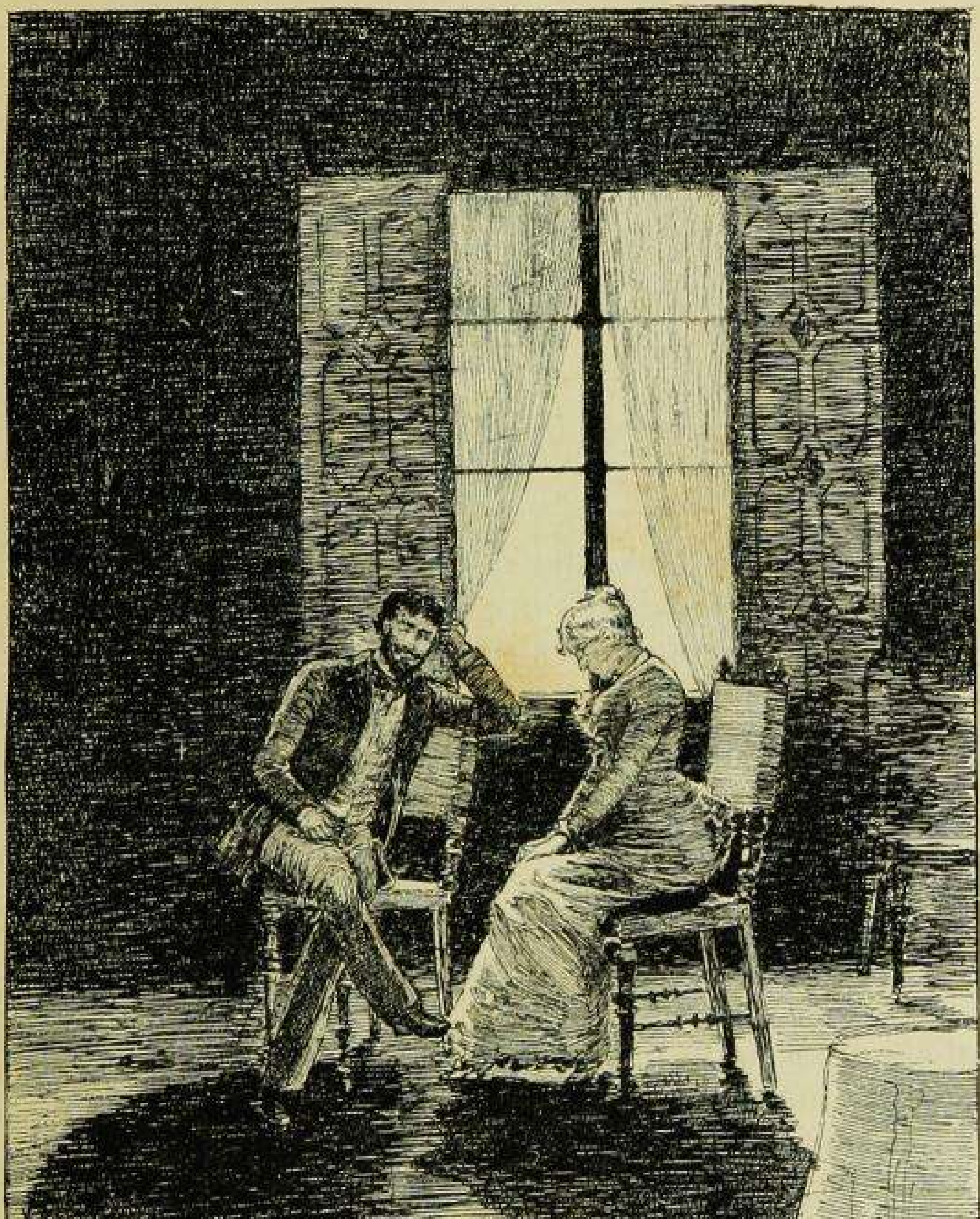
—¿Qué podría hacer una infeliz madre? ¿Poner todas las recetas en un sombrero y hacer sacar una al pobre enfermito...?

—Tal vez—dije—probar una tras la otra.

—Ayer—me dijo con voz apagada—un niño de seis años fué atacado de la enfermedad mientras jugaba y ha muerto esta mañana; el otro día el niño de un médico se fué al otro mundo en pocas horas.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté.

También mi mujer desde algún tiempo leía los periódicos.



III

Oía yo el augurio del dolor; pero intentaba engañarme y confortar á Evangelina.

—Hemos tenido nuestras contrariedades—decía;—hemos sufrido nuestra parte de desdichas.

Y rebuscaba en la memoria, intentando reunirlos, todos nuestros sufrimientos de la vida pasada, olvidados ya, para hacer de ellos un baluarte, ó por lo menos una esperanza.

—¿Te acuerdas de aquel día que en toda la casa del abogado Placidi no quedaba un cuarto...?

—¿Y que te costó empeñar tu reloj? ¡Sí, me acuerdo!—suspiró mi mujer.

—No fué una sola vez—insistí buscando todavía;—lo tengo fijo en la mente cierto día de Navidad que nos volvimos á comer el pobre reloj tantas veces comido y recomido. ¿Y te acuerdas cuando enfermó Augusto estando en ama? ¡Qué desconsuelo! ¡Y cuando Laurita tuvo aquel gran divieso y tuvimos que llamar al cirujano mayor del hospital para abrirlo! ¡Qué horror!... y el tremendo catarro que te quitó la voz!... y...

—¿Y la violenta muerte de nuestro mirlo por haberse tragado una aguja?—decía Evangelina poniendo una alegre nota en aquella falsa elegía.

—Tú te chanceas ahora; pero dime, ¿no fué también aquel un dolor?

—No digo que no.

—Tranquilízate—terminaba con hipócrita suspiro;—ya hemos sufrido bastante.

No era verdad, y así lo sentí cuando Evangelina añadió llena de buena fe:

—Sí, pero ha pasado tanto tiempo y ahora somos tan felices! ¡Y cuántas alegrías hemos tenido en compensación!

Estuvo pensando un poco, y en un momento recogió en el pasado tantas felicidades para los dos, y las vió salir del olvido tan vivas, tan frescas aún, que se iluminó su semblante con una sonrisa.

—¿No lo has notado nunca?—me dijo luégo;—nuestros goces nos siguen durante la vida, los dolores no, el corazón los sepulta.

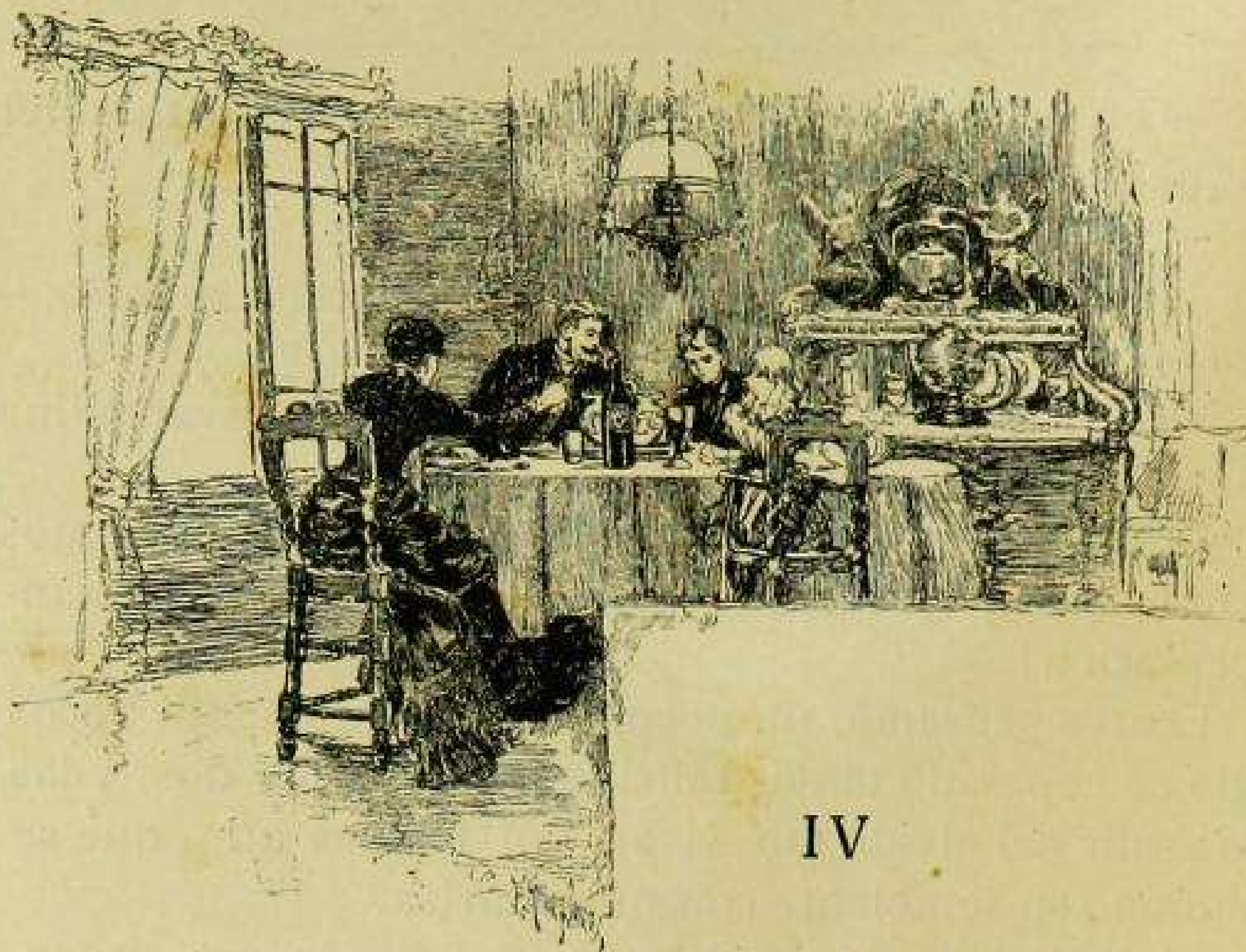
—No, no lo había pensado nunca.

—Yo sí; cuando intento rehacer con el pensamiento las dichas pasadas, con lograrlo, siento nueva felicidad, y en cambio si quisiera afligirme en serio porque há tantos años te tocó en suerte empeñar tu reloj, ó porque el año pasado Laurita tuvo un divieso...

—¿Y si hubiese muerto?—interrumpí brutalmente.

Enmudeció y me miró asustada. ¡Pobre corazón de madre!

Pero en vano cierro los ojos á la imagen del dolor! El dolor está aquí y me dice: «prepárate á sufrir.»



IV

Estábamos comiendo.

Augusto había tragado la sopa asegurando que lo hacía por contentar á mamá; no le hicimos caso. ¡Era tan burlón! Pero cuando llegó á la mesa el cocido, cogió su plato y le volvió del revés bruscamente.

—¿Qué maneras son esas?—preguntó mi mujer.

—No quiero comer—repuso Augusto.

—¿Qué tienes, te sientes mal?

Sostuvo que no tenía nada, pero que no quería comer.

—Hace como Nini—comenzó á decir Laurita—se lo ha visto hacer á Nini; Nini siempre hace lo mismo en la mesa.

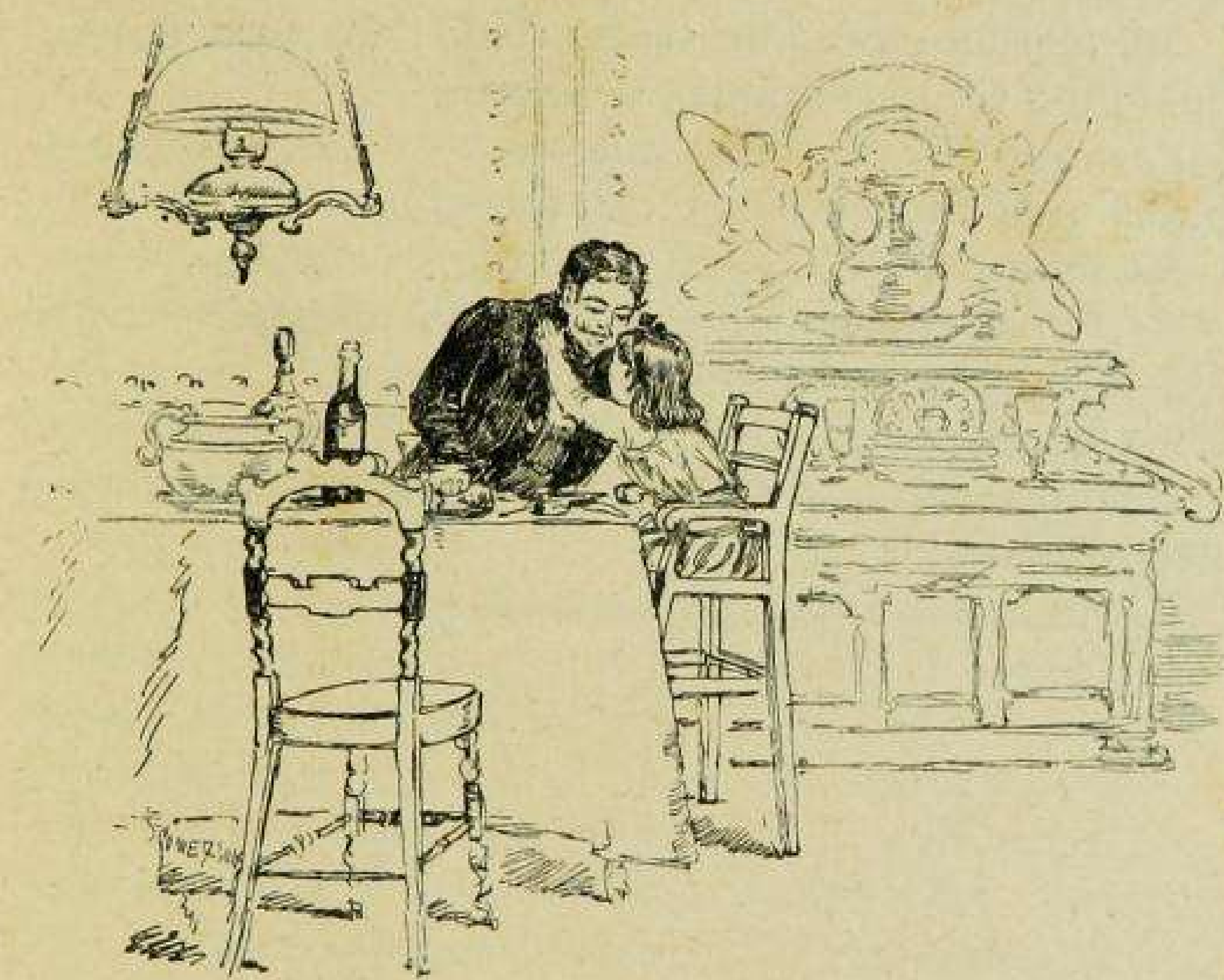
Podía ser; la víspera había estado convidado á comer por un vecino de casa para acompañar á Nini, una personita poderosísima que trataba con mucho rigor á sus padres.

—Es una broma—dije entonces.

No era broma.

—¿ Es un capricho ?—pregunté comprendiendo que era preciso hablar gordo.—Dame el plato.

Entonces Augusto, en vez de obedecer, me miró á la cara, desarrimó la silla de la mesa y dejándose escurrir hasta el suelo hizo como que se iba.



Á un tiempo nos pusimos de pié Evangelina y yo, temblando entrambos.

—¡ Augusto !—balbuceé.

—¡ Augusto mío !—gritó la pobre madre—¿ qué tienes ?

—No tengo nada—dijo el rebelde pequeñuelo.

Le toqué la frente. Abrasaba...

Sintiéndose comprendido al fin, Augusto no se rebeló más. Yo le tomé en brazos y corrí á depositarle así vestido en su camita.

Evangelina iba detrás.

Pálidos, mudos, nos inclinamos sobre él, que no te-

nía ganas de responder á nuestras preguntas, pero estaba ya arrepentido de haber sido *malo* y para contentarnos trataba de sonreir.

—Hay que llamar al médico—me dijo Evangelina afanosamente;—manda la criada, yo lo desnudo y lo acuesto.

Me marché como un sentenciado: los ojos de Augusto me siguieron hasta la puerta.

Pasando delante del comedor vi á Laurita que se había quedado sentada en su alta silla.

Me llamó.

—¡Papá! ¿Por qué hacía el malo Augusto?

—Está enfermo—repuse sin moverme.

—Oye, papá—me dijo;—ven aquí.

Cuando estuve á su lado quiso que me bajase para decirme al oído:

—¿No le has regañado, verdad?

V

—¡Confiemos!—me dijo el médico dirigiéndose conmigo á visitar al enfermito.

Antes que él, alguien me lo había dicho. «Confiemos». Es el genio de las desventuras. Cuando un viento maligno ha destechado la casa y se ha llevado todas las alegrías, toda la paz que contenía, ¿qué hace el hombre? Siéntase llorando sobre las ruinas, recoge los despojos y las migajas y se hace con ellas un extraño juguete. Cada cosa entonces gime, llora, llora él también, pero entre tanto tiende el oído á una voz que canta.

Á mí aquella voz me decía que la enfermedad de Augusto era una cosa pasajera, un resfriado, una gástrica, nada, y continuó diciéndomelo con obstinación estúpida hasta á la cabecera del enfermo, cuando ya el semblante del médico se había oscurecido y yo leía mi condena.

Guardábamos los dos silencio: no osábamos interrogar al médico mientras escribía la receta; cuando él se volvió á mí y me dijo que era preciso poner paños fríos en la garganta del enfermito y mudárselos con frecuencia y que había que hacerle tener continuamente pedazos de hielo en la boca, y darle una cucharadita de quinina cada media hora, ya dije que sí con la cabeza á cada consejo, pero no me atrevía á preguntar cómo se llamaba mi desgracia, porque la conocía ya.

En la antesala la pobre Evangelina tuvo el valor de preguntar:

—¿Hay peligro?

—No se puede decir nada por ahora—repuso el médico;—estas enfermedades son insidiosas; veremos esta noche. Será preciso, sin embargo, alejar á la hermanita.

Sólo entonces balbuceé:

—¿Angina maligna, no es verdad?

—¡Ya... ya—dijo el médico—angina maligna!

—¡Pero, no es de las más graves!

Quería que me engañase.

—No parece de las más graves; veremos esta noche...

Se marchó, y nosotros nos hallamos solos en los brazos uno del otro, olvidados de la vida, del deber, de nuestro dolor, hasta de nuestro hijo, para sollozar como niños.

—¡Ah! Al menos no llores tú—me dijo Evangelina—así me lastimas demasiado.

Y yo me sonreí, lo recuerdo...

Entre tanto oí hablar en el cuarto de Augusto; corrí allí. La pequeñuela estaba á la cabecera del hermanito y se levantaba de puntillas para mirarlo.

—Vete fuera—grité colérico.

Me miró sin entenderme y vino á cogerse á mis rodillas riéndose.

Aquella misma noche Laurita nos abandonaba; cuando atravesó el patio, de la mano de un amigo que no había tenido miedo de llevarse á casa el contagio, y se volvió á mirar á los papás en la ventana gritando «vuelvo en seguida,» me pareció que nos abandonaba la última imagen, todavía intacta, de nuestra dicha.

Desapareció la pequeñuela y una voz me dijo: «No la volverás á ver hasta que tu destino se haya cumplido» y otra voz me dijo: *valor*. Era la de Evangelina.

Nos cogimos de la mano y así unidos nos dirigimos al encuentro del fantasma de la muerte.

VI

Comenzaron días crueles, pasados en la expectación de los temores nocturnos.

¡Ah! ¡Aquellas noches eternas, pasadas á la cabecera de una criatura adorada, solo, con la mente llena de terrores, en un cuartito cuyos contornos se transformaban á mis ojos alucinados por el insomnio...

Todavía veo á mi niño enfermo; velo y me parece que duermo, duermo y creo velar, y aún lo miro, pobre centinela del amor, cuando ceso de dormir. Luégo me separo, interrogo el reloj, me acerco, renuevo el paño de hielo de la garganta de mi niño y comienza la invariable tortura.

—¡Augusto!

No me responde: abre los ojos y me mira y me implora.

—Augusto, es preciso tomar la medicina.

El pobre llora; la quinina no le gusta y su padre es inexorable.

—Es cosa de un momento, un sorbo tan sólo. Tómalo por darme gusto.

Me mira, mira la medicina, quiere violentarse.

—Sí, sí,... ahora, en seguida la tomo, voy... un momento... aguarda...

Ruego y mando, chanceo y amenazo con encoleri-

zarme; después miro el reloj... ¡ah! ¡los minutos vuelan, y si no toma la quinina mi niño morirá!

—Oye—le digo alegremente—la tomarás tú solo: voy un momento fuera, vuelvo y ya la has tomado. ¡Veamos si eres capaz de hacer esto...! Luégo lo diremos á mamá, que estará muy contenta contigo.

Entonces se apiada de mi desconsuelo y traga la bebida amarga; y yo respiro porque me queda media hora de tranquilidad.

Y pasan á mis ojos todos los espectros melancólicos de la vigilia, los muebles crugen y cada nuevo rumor es una imagen horrenda.

En algún intervalo miro dentro de mi alma y tengo piedad de mí mismo.

Nada me resta, tal vez ni el amor. Paréceme que se va formando en mi cerebro un pensamiento egoísta capaz de luchar con la desventura y vencerla; digo entre mí:

«¡Qué bueno ser indiferente á todo!»

¿No es esto por ventura el principio de la indiferencia?

Y discurro en esto.

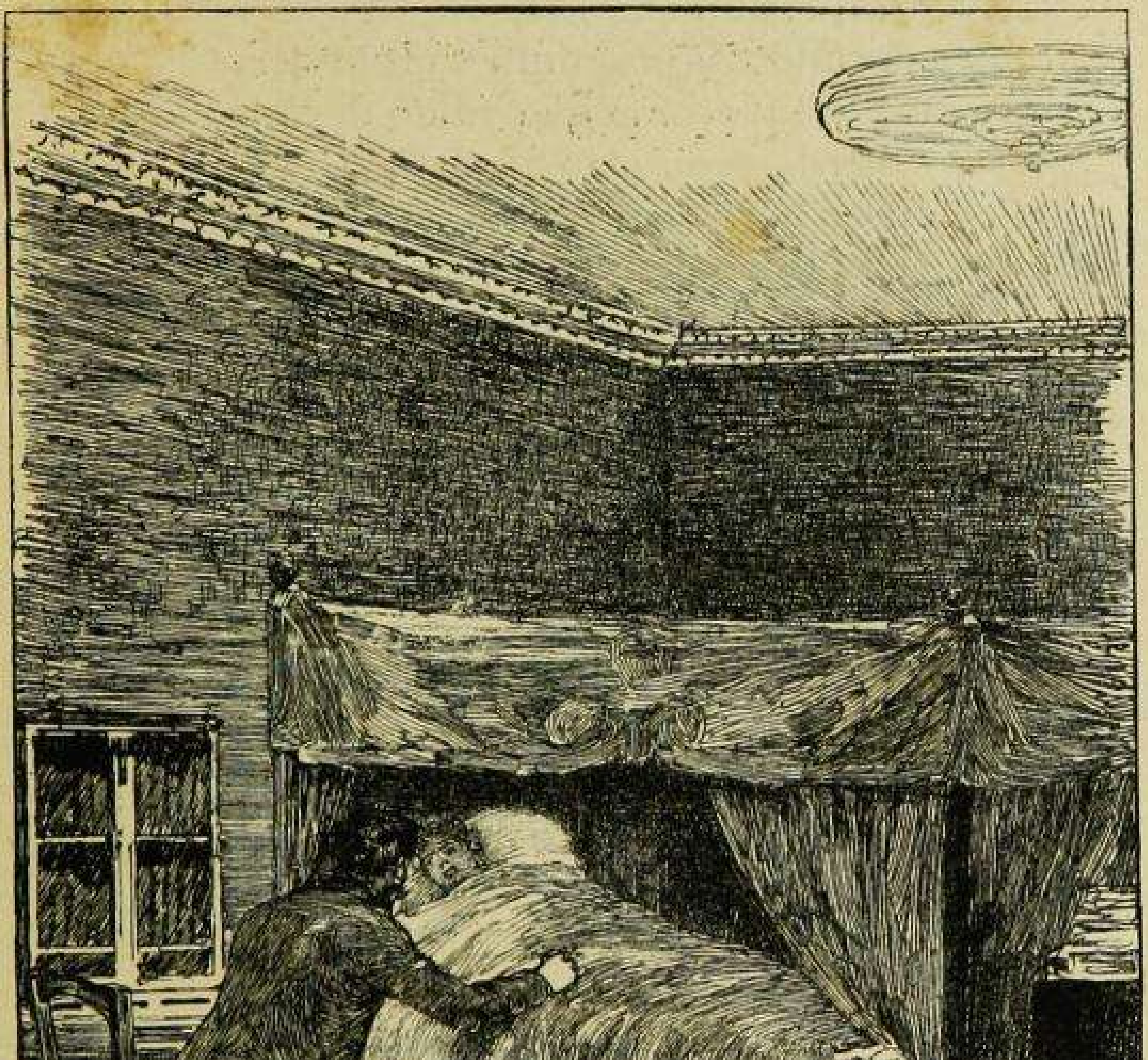
¡Qué me importa de la casa, de mi fortuna aunque escasa, que me ha costado tanto!

¿Qué me importa el nombre ni la fama? He sido realmente un majadero. Era fuerte y osado, pude permanecer solo, desafiar la pobreza y la vida. ¡No tendría hoy mi hijo moribundo! ¿Y dónde estaría Augusto? ¿Y de quién sería mi Evangelina, de quien me había enamorado? ¡Amor! ¿Qué cosa es el amor? ¡Tal vez el dolor!

Una mano me sostiene la cabeza, que lucha con el sueño y la fatiga.

—¡Vé á descansar—dice Evangelina—estoy aquí yo!

Abro los ojos y veo aquella carita blanca y melancólica.



Paréceme que aún amo.

—¿Has dormido?—pregunto á mi mujer.

—Sí, muy bien; ¿cómo he podido dormir bien?

—¡Muy bien!—repito sin advertirlo.

Me comprendió, y cogiéndome de la mano me condujo cerca del lecho de nuestro hijo.

—¿No te parece que está mejor?—me dijo:—su sueño es tranquilo. Estás cansado—añade—¡pobre Epaminondas!

—¡Pobre Epaminondas!—repito con amarga sonrisa.

Entonces me estrecha la mano fuertemente, se levanta sobre la punta de los piés y me ofrece la mejilla.

—Besa aquí—ordena con dulzura;—así. Ahora besa á tu hijo en la frente, sin despertarle y vete á descansar.

Siento que un poco de aquella energía femenil penetra en mi corazón.

VII

Voy á echarme vestido sobre una cama é intento llamar al sueño, pero el sueño rechazado durante tantas horas como un importuno, ahora no quiere venir. Cerrando los ojos veo extrañas figuras acercarse á mi lecho; paréceme haber caído entre una población melindrosa ocupada exclusivamente de mí. Son caritas sonrientes ó burlonas; basta que abra los ojos para que huyan á los ángulos de la habitación.

Pongo atento oído y no percibo rumor alguno. ¡Si pudiese al menos dormir! ¡Si pudiese olvidar siquiera por una hora mi desgracia!

Otra vez cierro los ojos y otra vez acuden los fantasmas; intento fijar el pensamiento; al lograrlo, la imaginación va lejos alguna vez; pero ellas permanecen a la cabecera.

Ahora estoy con mi Laurita, quiero estar con ella sola; el dolor me ha hecho injusto y en estos días la he olvidado. ¿Qué hace en este momento? Duerme. Y la veo en cuartito desconocido, en una cama que no es suya, con la manita bajo la mejilla, con los labios entreabiertos.

Mientras pensaba en mi niña, mientras con la intensidad del deseo me la figuraba en aquel momento, cien fantasmas me han pasado delante y me han hecho

cada uno un melindre: aquí vienen otros; una carita de mujer que sonríe, una cabeza despeinada de niña que también sonríe, una cara doliente que no sonríe ya, un semblante rugoso que amenaza.

Breve rato fué este mi sueño, luégo no sé cómo ni cuándo, la multitud se desbanda, desaparece y vuelvo el pensamiento á la cabecera de Augusto. Por fin me duermo.

Duermo; he aquí mi sueño:

La hora es avanzada. Evangelina descansa en la estancia vecina y velo con mis pensamientos al lado de Augusto. Rehago todo el camino recorrido desde el día que la conocí, vuelvo á encontrar todas mis alegrías y advierto que no eran sino esperanzas, porque cuando había saboreado una felicidad doméstica ó una satisfacción de amor propio se sobrentendía que todo esto era para mis hijos.

Vuelvo á sentir también mis antiguos dolores y comparándolos con el inmenso dolor presente los hallo indignos de haberme hecho sufrir.

¿No había perdido el apetito la primera vez que el cronista de un periódico había dicho de mí que era demasiado grave, y de mi elocuencia que era rancia y sentimental, levantando hasta las estrellas la de mi contrario, el abogado Righi?

Y oyendo repetir por el mismo cronista la misma censura, y vuelta á leer que el abogado Righi era agudo y eficaz, y esto en el intervalo de un mes y con las mismas palabras, como si el industrioso cronista, mi enemigo, las hubiese esculpido en acero ó mármol ó estereotipado como una efeméride, ¿no había tenido yo la abnegación de perder una hora de mi trabajo en hacer la crítica concienzuda de mi elocuencia y de mi gravedad para ver de enmedarme?

Sí, había hecho esto y otras cosas allá en mis buenos tiempos. Y pienso: «¡si aquel cronista quisiera te-

ner la bondad de escribir mañana que yo soy un asno, que he destruído mi reputación en el foro, y que, por el contrario, el abogado Righi es un coloso!» ¡Ah! ¡No se equivocaría; debo ser un asno sin saberlo; el otro es un coloso, y si no lo advierto es porque soy más estúpido todavía!

Y continúo haciendo el trabajo del cronista yo mismo. Destrozo mi vanidad de abogado para calmar el dolor paterno, así como en los sufrimientos crueles hallamos un consuelo pellizcándonos las carnes hasta ensangrentárnoslas.

¡Y si mañana aquel crítico me buscase para gozar de mi humillación y debiese abrirle con las uñas mi pecho para decirle: «¡mira, mi niño ha muerto!»

Sigo soñando y creo despertarme al grito aquel, y creo que mi niño me llama á la cabecera para bendecirme.

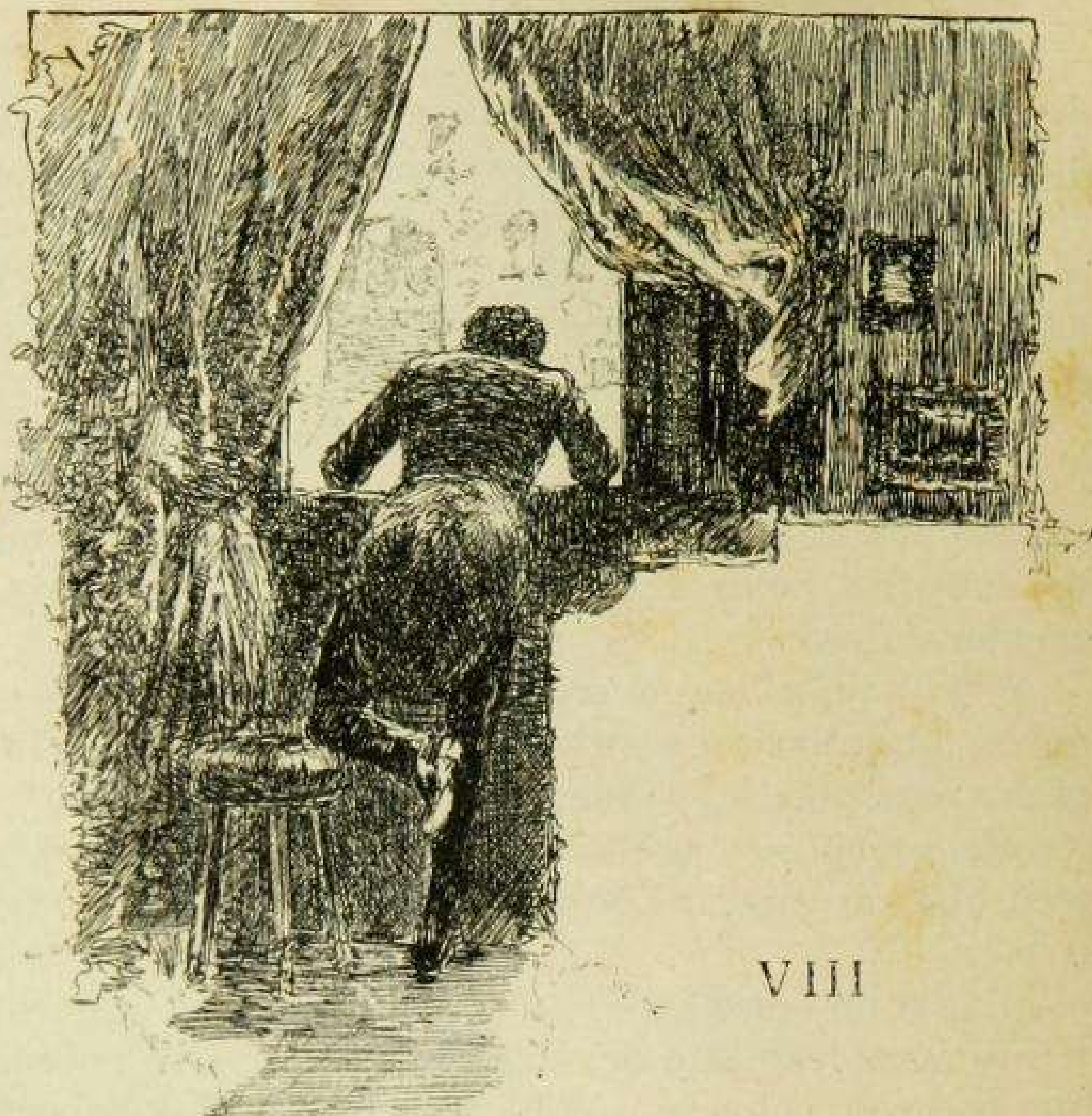
—Papá, no llores; no lo digas á mamá... yo muero!

Entonces despierto de verdad y mientras reconozco que estoy en cama y que he soñado, abro los ojos en la gran oscuridad que me rodea. ¡Si mi sueño fuese un aviso y mi Augusto debiese morir! ¡Si en aquella hora agonizase! ¡si hubiese muerto!...

Escucho. No se oye rumor alguno; luégo la cómoda cruje y el armario le responde. ¡Ah! ¡Es un aviso!

—¡Evangelina!—llamo asomándome á la puerta del cuartito.

Y se ofrece á la vista el aspecto invariable de mi desventura; nuestro niño sufriendo, la pobre madre, que vuelve hacia mí su cara dolorida, pero serena.



VIII

No he salido de casa desde que pesa sobre mi hijo la amenaza de la muerte. Hoy, con los codos apoyados en la vidriera, dirijo la mirada por el patio y luégo por la puerta hacia un pedazo de la solitaria calle, por la cual, de vez en cuando, pasan dos piernas de las cuales no veo más que su extremo, como si fuesen un inmenso compás, y mi pensamiento se aparta instintivamente de su dolor para fantasear con aquellas extrañas visiones.

«Unas piernas que han pasado rápidamente y llevaban pantalones de tela azul eran fijamente de un obrero, y éstas, por el contrario, son de un pordiosero; se mueven tan lentamente que tengo tiempo de examinarlas; parece que les fatiga sostener los andrajos

de que están cubiertas y tienen en los piés ciertos zapatos sin edad y sin nombre.»

Mi mente necesita de tal modo andar vagando, que casi olvido mi desventura.

Por eso cuando me vuelvo al cuartito donde mi niño sufre, se me oprime el corazón y siento un desconsuelo nuevo. Pero Augusto duerme, ha tomado la quinina poco há, me puedo distraer todavía.

Hoy mi desdicha es más dócil, se hace atrás para dejarme asomar de nuevo á la vida.

Ya soy hábil en este juego; de lo imprevisto paréceme formar su gran atractivo.

Quiero enseñarlo á quien sufre.

—¿Apuestas—me digo—á que la primera que pase es una mujer?—«No, será un hombre».—Suenan algunos pasos graves sobre la acera. — He ganado la apuesta, es hombre.—Sí, pero ¿qué clase de hombre? Pronto, se acerca...

No puede dudarse, un elegante; lleva botas cantarinas. Las botas cantarinas pasan. ¡Oh asombro! Son llevadas por dos piernas torcidas cuyos pantalones no han podido seguir aquella vía tortuosa hasta el fin, quedándose suspensos en la garganta del pié.

Con que no tan sólo lo imprevisto forma el gran atractivo de mi juego: tiene también el de la sorpresa.

Y hay otro.

Extraño rumor llega hasta mí; no es un paso de hombre, no es la rueda de un carro, no es una muleta; no es tampoco el golpear de una pata de palo. ¿Qué es pues? Es un rumor como si se arrastrase un fardo de andrajos por la acera... ¡Helo aquí! ¡Oh cruel naturaleza! ¡Qué espectáculo!

Allí, en aquel breve vano de la puerta donde hasta ahora tan sólo he visto á mi prójimo hasta la altura de sus rodillas, aparece el conjunto de una figura humana, que yace cuasi á pedazos, con la parte inferior del

cuerpo apoyada sobre una base de madera; camina con las manos arrastrando las piernas paralíticas y torcidas.

Ante la puerta aquel hombre se detiene, saca una mano del fuerte zapato en que la oculta, y permaneciendo apoyado en tierra con la otra, se enjuga el sudor, mira en torno y sigue.

¿Dónde va? ¿Dónde vamos?

Me separo de la ventana y me acerco al lecho de mi hijo.

—Augusto... la medicina.

IX

Un día Evangelina quiere que yo salga, que vaya á respirar un poco de aire; oigo su extraña propuesta moviendo la cabeza, pero mi mujer insiste:

—No hay ningún peligro—dice:—Augusto no está peor, vé á paseo, te probará.

Es cierto, Augusto no está peor y yo no estoy nada bueno. Un poco de aire puro me sentará bien; ¿quién sabe cuántas noches he de velar aún? No puedo enfermar.

Sigo el consejo de Evangelina; salgo.

Al llegar al patio, me vuelvo y estoy tentado de volver á subir las escaleras; no tengo corazón para abandonar á mi hijo.

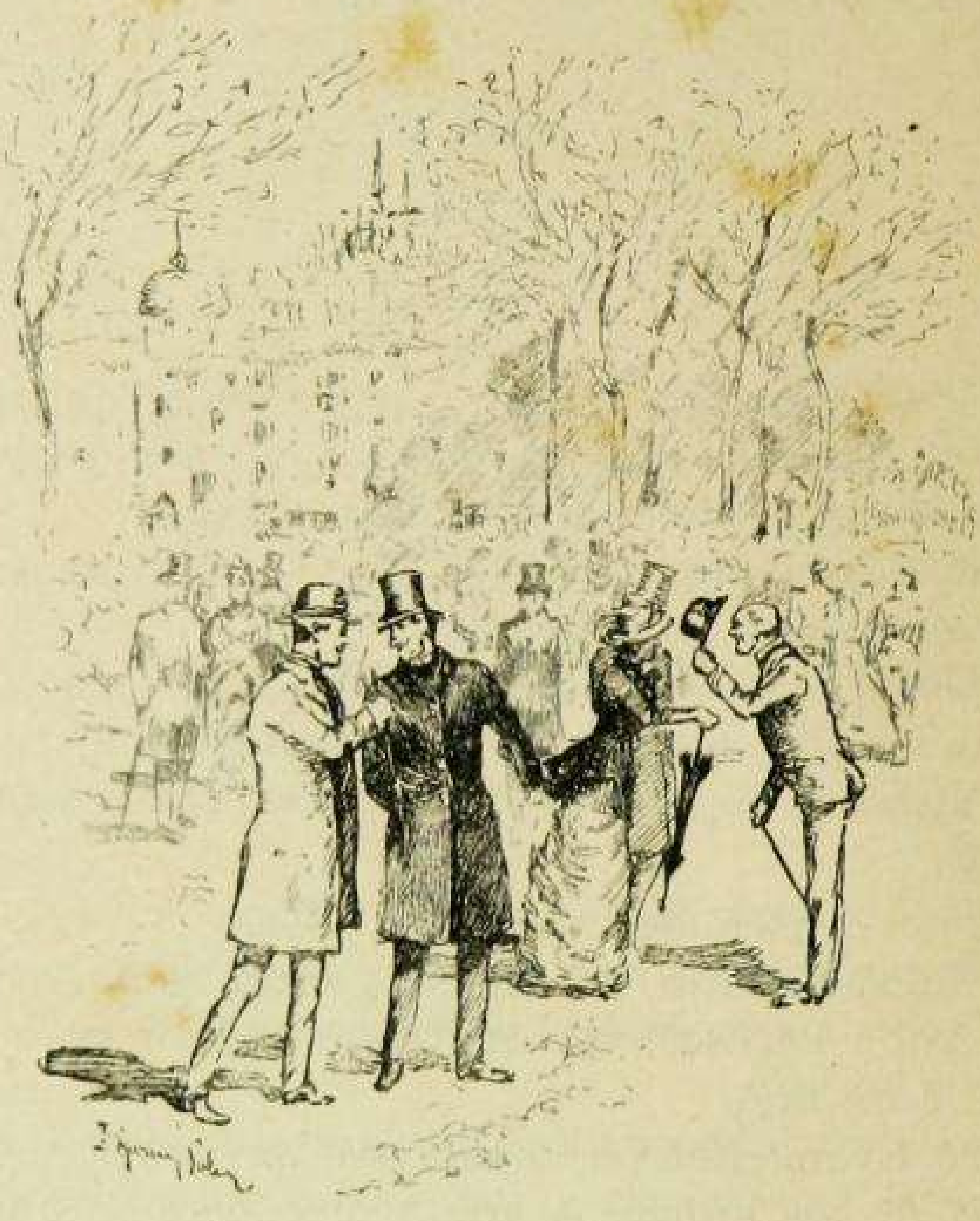
Pero Evangelina ha tomado sus precauciones, está detrás de los vidrios y me sonríe para infundirme valor.

Veo á un vecino de casa que me mira curiosamente; salgo.

Iré á los jardines públicos, donde el aire de Milán es mejor, daré una vuelta por los baluartes, una sola, luégo me vuelvo á casa.

Por la calle, la gente que me conoce me mira y me saluda de una manera inusitada, en la cual creo adivinar una especie de admiración, y no me sorprende,

si bien maravillándome de la extraña complacencia de que soy confortado en mi dolor; es el sentimiento de vanidad que me da la idea de que muchos dirán: «¡Cuánto debe sufrir el abogado Placidi!» Lo pienso y trato de explicarme, por qué mientras yo tengo el más



alto concepto de mí mismo, mientras no encuentro quien me iguale entre la gente feliz, sin embargo, me he vuelto tan humilde, que no sé ya siquiera qué sea la soberbia.

Será, digo, porque el dolor madura á poco en nosotros, ciertas cualidades que se pierden en la alegría; será porque el hombre, cuando no sufre, es siempre un poco niño; ha conservado un juguete, por lo menos uno, pero lo quiere ocultar.

¿Por qué ocultarlo?

Si mi hijo se cura, yo jugaré con él á la pelota, á la trompa... ¡si mi hijo se cura!

Entre tanto sin advertirlo he tomado el camino más largo para ir á los jardines.

¡He equivocado la calle! Pienso y advierto que el instinto me ha llevado hacia la casa que habita mi Laurita.

El adormido deseo despierta y me grita: ¡quiero verla!

Pero es imposible: llevo conmigo el contagio de la angina maligna; poco há, un amigo al verme me ha dado esquinazo y yo le perdono; tiene una hija á quien adora.

Allí están las ventanas de la casa. Á esta hora mi niña juega con la muñeca, piensa tal vez en mí, tal vez llora, ¡y una voz secreta no le dice que acerque una silla á la ventana para saludar á papá á través de los vidrios!

La espero un rato; la gente que me ve mirar á lo alto, levanta los ojos, mueve la cabeza y sonríe, y una fulanilla de vida galante, al pasar rozándome me echa una mirada enamorada.

Veo todo esto como un sueño, luégo vuelvo en mí y me separo de aquel puesto de observación; pero mientras aún me vuelvo con la esperanza de que la niña haya salido entre tanto á la ventana, me siento estrechar las piernas de una manera conocida; bajo la mirada... ¡alma mía! ¡Era ella misma! ¡Laurita!

Volvía de pasear con la criada, me ha visto de lejos y ha corrido á mi encuentro.

—Papá—me dice—llévame contigo; quiero volver á casa, quiero ver á mi mamá!

—¡Laurita! ¡Laurita!—balbuceé—¿eres tú? ¿cómo estás?

Pero el terror me petrifica, no oso inclinarme para

acariciarla, no me atrevo á acercar su carita á mi cara para besarla.

—Papá: ¿por qué no me das un beso?

La cojo, la levanto, la estrecho contra mi pecho, la beso en la frente, en los ojos, en el cabello, en las mejillas. Después la dejo en tierra, le recomiendo que sea buena, le prometo ir á buscarla para llevarla á casa, le hablo de Augusto, de mamá, le lleno su cabecita de mil ideas agradables y alegres, le vacío en el corazón, desordenadamente, todas las dulzuras que hallo, la promesa de una muñeca nueva, los besos de mamá, el paseo con papá, los juegos con su hermano, ya curado, luégo la abandono un poco asombrada todavía y huyo para no dejarme tentar otra vez.

Ella me grita detrás:

—¡Papá, muchos besos á mamá!—y se marcha como una mujercita.

Entonces yo me paro á mirarla y la sigo con los ojos hasta que desaparece; luégo levanto los ojos para mirar á álguien y decirle:

«¡Castígame; no he sabido contenerme y he besado á mi hija!»

Antes de entrar en la estancia de mi dolor se borra la imagen de mi Laurita y digo para mi consuelo:

«¡No la he besado en la boca!»

X

Soy hombre de temple: pasado el primer día no he llorado más; pero hace dos días mi pequeño me desconsuela; no está peor; el médico, por el contrario, nota ligera mejoría, y sin embargo yo no oso mirar dentro de mi corazón donde ha entrado extraño miedo.

Una mañana, después de la visita del médico, permanecimos solos á la cabecera su madre y yo; él nos mira un rato; fatigado de tener los ojos abiertos, luégo los cierra, y se abandona al sopor grave del que suele salir á intervalos, agarrándose la garganta con las dos manos en un espasmo.

Tiene el rostro encendido, y aquel color de la fiebre nos oculta cuán desmejorado está.

Lo miramos entrambos sin decir nada; á poco Evangelina se separa del lecho y se dirige á la estancia vecina. Yo la sigo y la encuentro con la cabeza apoyada en la pared; lloraba.

—¡Ah! no hagas eso—le digo—¿por qué lloras?

—¡Tú también lloras!

—No es verdad...

—Sí, es verdad, mira. ¿Y por qué lloras? No lo sabes siquiera. Yo lo sé, porque ya no esperas nada.

Lloramos juntos y libremente; luégo Evangelina se enjuga el llanto y dice:

—Poco há he creído verlo muerto; pero el pobre vive aún y no debemos abandonarle. Ven.

Me tomó la mano y yo me dejé conducir como un niño. . . . .

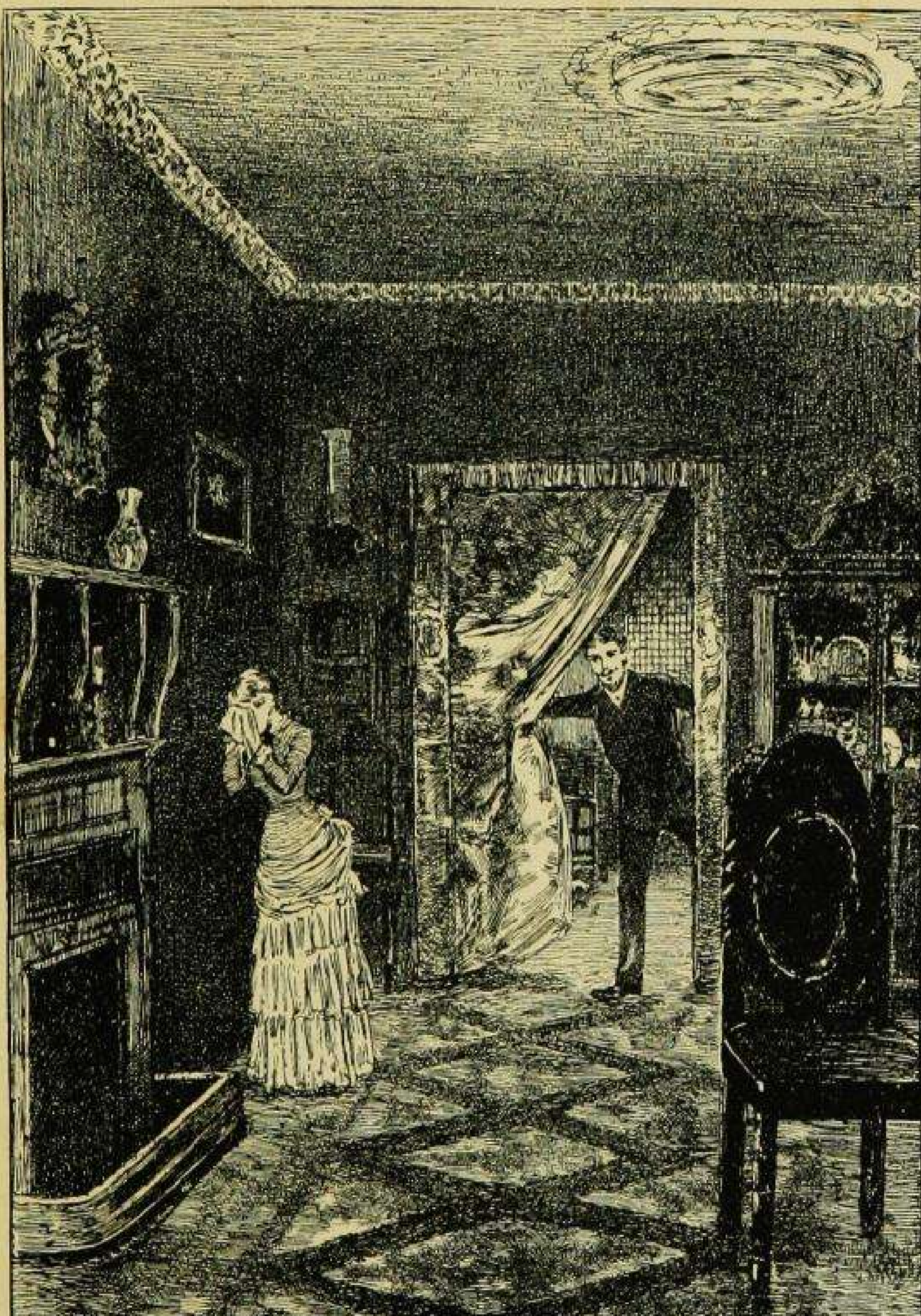
. . . .

¡Vivió!

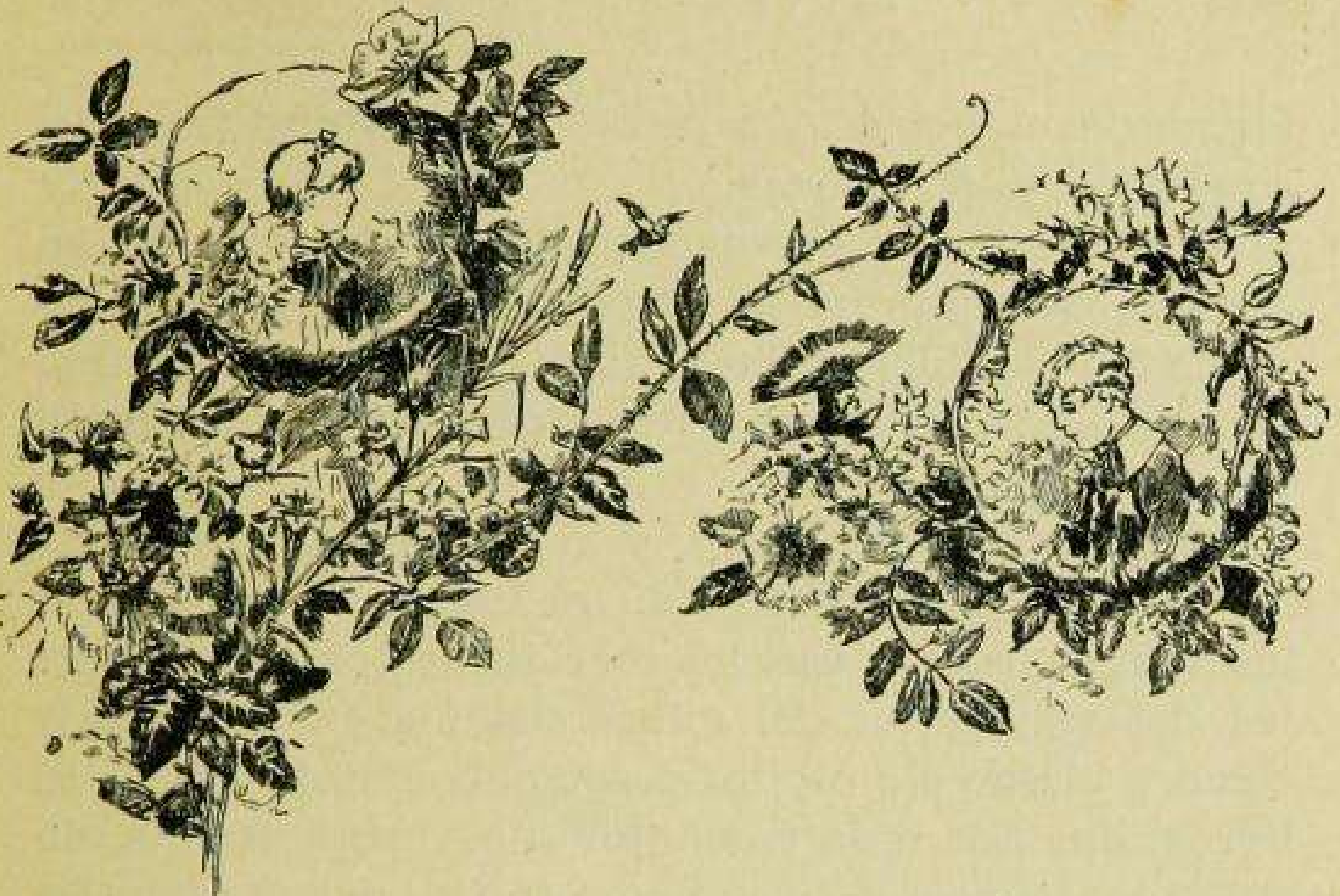
Dejadme cortar esta penosa reconstrucción de mi dolor; pareceríame ser un ingrato si no contase mi alegría.

Sí, Augusto vivió, Augusto vive para hacer felices á papá y mamá.

Evangelina tiene razón; las alegrías nos siguen en la vida, los dolores no; porque el corazón los sepulta.



MI HIJO SE ENAMORA



MI HIJO SE ENAMORA

I

Un tiempo fué, cuando mi hijo no estudiaba todavía historia antigua, en que era yo confidente de sus más secretos pensamientos y me dirigía cien preguntas dificilísimas. Quería saber, y estaba en su derecho, si las estrellas eran verdaderamente lucecitas, y por qué se ocultaba el sol todas las tardes, y si andando siempre en la misma dirección muchas horas seguidas se hallaría el fin del mundo. Pero cuando no se daba por contento al penetrar con papá en los anchurosos misterios cósmicos, pedía que le revelase todos los secretillos paternos; por ejemplo: quién es el que hace los niños, y qué método adopta. Entonces yo me recomendaba á la más sabia de las figuras retóricas, y con una serie de bien com-

binadas sentencias lograba en breve infundirle castísima confusión de ideas.

—He comprendido—decía, cuando desesperaba en absoluto de comprender; y se marchaba á jugar echándome á hurtadillas ciertas miradas, en las cuales me parecía leer: «Está bien, entre ambos existe un secreto y no lo he puesto yo.»

Quedaba desconcertado y me enojaba; ¿pero qué había de hacer? Evangelina, mi suegro, los parientes, los amigos, las amigas, los moralistas, los pedagogos, los del viejo y los del nuevo sistema, todos desde la cátedra, desde el púlpito, desde el confesonario, en los libros, cuantos eran y cuantos son, están de acuerdo en sentenciar: «que ciertas cosas no las deben saber los niños.»

—¡Necedad!—decía yo cuando me impelía el estro de la rebelión—mejor dicho: ¡asnadas! ¡Esta máxima se reduce en la práctica á una comedia risible, pero también peligrosa! ¡Augusto fingirá que no sabe nada, y nosotros fingiremos creer en su *inocencia* hasta que el chico tenga bigote! Entonces nos dignaremos confesarle que no le hemos comprado en la feria, ni lo hemos encontrado bajo una col del huerto; pero él, probablemente, no vendrá ya á preguntarnos, como hoy: ¿por qué para encontrar los hijos bajo las coles del huerto, es preciso que vivan juntos un varón y una hembra y por qué es absolutamente necesario que antes se hayan desposado?

Evangelina no hallaba nada qué oponer cuando yo afirmaba que no hay que confundir la ignorancia con la inocencia. Ella también estaba pronta á rebelarse teóricamente; pero en cuanto á poner en práctica mi rebeldía, esto es, á decir á Augusto y explicarle en la primera ocasión que ella y yo... que él... etcétera.... no, no tenía corazón. No lo tenía tampoco yo.

El resultado fué que Augusto continuó declarándo-

nos que lo había comprendido, cuando no entendía más sino que se le quería ocultar la verdad. Esto duró hasta que entró en la escuela pública á emprender más graves y nobles estudios.

Para sacar de la cabeza de los muchachos cierta curiosidad malsana, todavía no se ha encontrado nada mejor que darles el Antiguo testamento; pero la virtud del texto sagrado debe de ser milagrosa. En efecto; apenas puesto el pié en el paraíso, visto un poco de cerca el peligroso árbol del bien y del mal, oída de pasada la historia de la manzana y de la hoja de higuera, mi hijo no me hizo pregunta alguna.

Aquel silencio confundía mi corazón de padre, temía la secreta doctrina que se venía formando por completo en la escuela y habría pagado cualquier cosa por saber, á lo menos, en qué punto se encontraba. Confiaba en que los colegas de mi hijo no supiesen mucho más que él, y sin embargo, en cada chicuelo que pasaba por la calle arrastrando el bolsón sobre el enlosado de la acera, veía un maestro docto y peligroso. En la mesa tanteaba á Augusto; le decía, por ejemplo:

—No comas muy deprisa: podrías tener una indigestión y no queremos perderte: nos cuestas muy caro...

Y la pequeña Laura interrumpía:

—¿También yo he costado mucho dinero?

Entonces su enigmático hermano contestaba en tono burlón:

—Tú has costado un poco menos porque eres mujer; las mujeres—añadió, mirando á su mamá de modo que entendiese que se chanceaba—las mujeres cuestan menos que los hombres.

Laurita era de diversa opinión.

—No es verdad — afirmaba sin descomponerse;— cuestan más.

—Cuestan menos—insistía Augusto.

—Entonces—decía Laurita—el fondo es indiferente á la cuestión: cuando tenga dinero compraré yo también algunos niños para tener más.

—¿Y qué harías tú de los niños?—preguntaba yo.

—Los vestiré.

—¿Y les darás teta?—interrumpió bruscamente mi hijo.

—¿Les darás teta tú?

Laura estaba decidida á todo, hasta á dar teta á sus niñas, y á Augusto se le escapó:

—Para dar teta se necesita... se necesita lo que tú no tienes.

Se puso colorado y yo no acertaba á comprender si aquella parte de su doctrina debía causarme miedo.

—Para dar teta á los niños—decía Evangelina—es preciso llegar á ser mayor.

—Y para llegar á ser mayor es preciso ser buena siempre—afirmaba Laurita, con su gravedad de mujercita minúscula.

II

—Cuando sea grande me casaré contigo—me dijo un día mi hija.

Con el mismo acento, con idénticas palabras que Augusto en otro tiempo. Ahora ya no hablaba así.

Sin levantar siquiera los ojos del plato, inclinó la cabeza desdeñosamente y continuó comiendo su ración de verdura.

—Sí que me casaré—insistió Laura—¿no es verdad que me casaré contigo?

—Sí; te casarás conmigo.

—¿Lo ves?

Mi hijo no pudo resistir más y dijo á su hermanita:

—Lo dice por broma, ¿no lo comprendes? Cuando seas mayor, papá será viejo, viejo... tendrá el cabello blanco... (y me miraba para anticipar con la imaginación los estragos que el tiempo habría causado en mi persona) tendrá toda la cara así (y me la cortaba intencionadamente con la mano en facetas); ya no tendrá dientes...

Yo le interrumpí en aquella desgraciada representación, diciéndole:—Dientes los tendré en todo tiempo porque me los haré poner.

—¡Ah!—dijo Augusto sin desconcertarse—entonces te pondrás también peluca...

—No, porque tendré el pelo blanco; lo has dicho tú mismo.

—Sí, pero poco, muy poco, poquísimo. Apenas unos cuantos aquí y aquí (y se tocaba tras las orejas) como nuestro director.

Laurita había comprendido perfectamente que aquel deterioro de su padre sería un obstáculo grave para la boda, y renunció en seguida á su prometido para escoger otro.

—Bueno—dijo—me casaré contigo, mamá.

Pero Augusto rió de tal manera, que su hermana, temiendo haber dicho una tontería, miró primero á su mamá y luégo á mí interrogándonos en silencio.

Estábamos entrambos serios para dar á entender á nuestro hijo que su buen humor pasaba de raya; pero no quisimos decírselo abiertamente por que no sospechara nuestro mutuo desaliento.

—¡Casarte con mamá!—exclamó luégo Augusto—¿no sabes que para casarse ha de ser con un hombre y no con una mujer?...

—Y además—continuó Evangelina—cuando estés en edad de casarte, seré también vieja como papá, también tendré toda la cara *así* y el cabello blanco.... seré fea, ya no gustaré á nadie.

—Á mí siempre me gustarás—dijo Laura.

—Y á mí—dijo Augusto. Y, de paso, con la precipitación de quien tiene una idea fija que quiere expresar, se le escapó una sentencia que yo recogí pagándola con un beso:

—Las madres nunca se vuelven feas—dijo. Tomó con resignación mi beso y prosiguió:—Pero no es eso; para casarse han de ser un hombre y una mujer.

Laura halló una salida á la inexorable ley.

—El hombre seré yo—dijo:—¡me pondré pantalones!

Consideren ustedes la impertinente hilaridad de aquel escolar de cuarto año.

Nosotros también teníamos deseos de reir, pero nos mantuvimos serios, tal vez demasiado serios.

—Bonita figura harías tú, *haciendo el amor* con pantalones.

«*¡Haciendo el amor!*» pensé asombrado.

—*¡Haciendo el amor!*—dije en voz alta—¿qué quiere decir eso? ¿qué palabras son esas? ¿las has aprendido en el colegio?

—No—me repuso Augusto con sencillez;—tú mismo dijiste un día que antes de casarse *se hace el amor*.

Era cierto, y se me había olvidado: ¡antes de casarse se hace el amor!

Y dí á mi hijo otro beso que recibió con recelo.

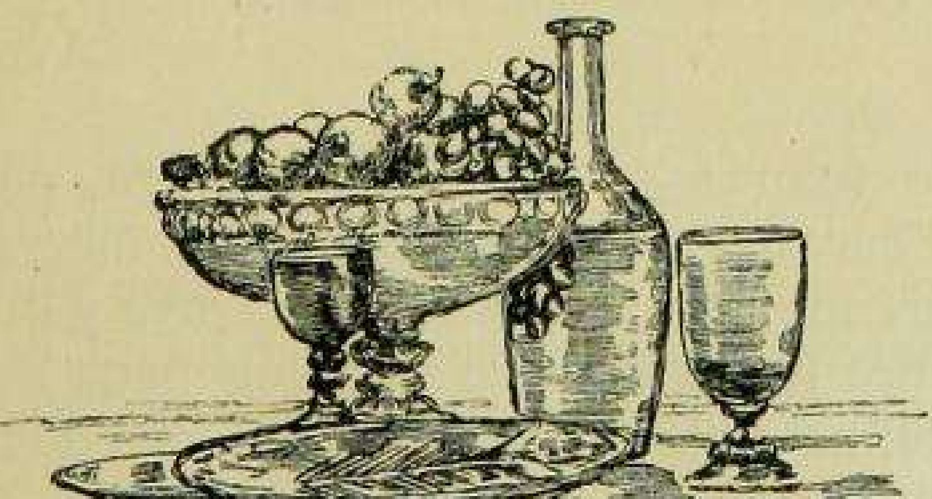
Á cortar aquella peligrosa escena, llegó el pescado á la mesa.

—Muchachos—exclamé solemnemente—dejémonos de tonterías; cuidado con las espinas: tú, Augusto, no necesitas recomendaciones; y tú, palidilla mía, mucho ojo, porque si te tragas una espina te mueres.

Laurita no me contestó; tenía fijos los suyos en su plato en el que Evangelina, no fiándose por completo de mi recomendación, iba quitando las espinas del pescado.

Poco después dijo:

—Mamá, ¿cómo se arreglan los peces para tener la espina en el cuerpo y no morirse?



III

Con toda aquella doctrina en la cabeza, no era de esperar que mi hijo se contentase mucho tiempo con teorías, y esperaba que, el mejor día, intentase darles aplicación..... enamorándose. Pero cuando creía ver estallar el incendio amoroso, la primera llama de mi hijo ya se había apagado; nacida y alimentada en secreto, él la había sofocado sin buscar de nuevo la perdida confianza de papá y mamá, los cuales no habrían visto siquiera la traza, si el acaso no les hubiese hecho dueños de un documentito que decía así:

«*Querida* Juana:
»Anoche te reías demasiado, tú ríes siempre demasiado, y eres demasiado flaca; ya no me gustas. Te escribo para decirte que te engaño.....

«AUGUSTO.»

¡Pobre Juana! Yo no sabía quién era, pero la idea de aquel corazoncito tan precozmente ulcerado por el abandono, me hacía repetir entre grave y burlón:

—¡Pobre Juana! ¡pobre niña engañada!

Evangelina me había tomado el papel de la mano y lo leía sin poder contener la risa.

—Es cruel, pero franco, el traidor.

Mi mujer me interrumpía para serenarse:

—Calla: no puedo más....

—Ese bribonzuelo traidor—proseguía yo—conserva todavía costumbres generosas que perderá más tarde; engaña á las novias flacas, pero anuncia la traición. ¡Pobre Juana, pobre niña abandonada!

Y me ocurría otro pensamiento.

—La traición amorosa es un hecho consumado—decía á Evangelina, que continuaba inútilmente haciéndome señas para que callase;—supone otro amor recién nacido. Augusto, lo apostaría, planta á su querida Juana... la llama *querida*, no es cierto?.... última hipocresía involuntaria.

—*Querida*, sí, *querida*, y está subrayado—me contestó mi esposa.

—¿Está subrayado? ¡entonces es por mofa! Es que no ha pasado del cuarto año! Calcula qué uso desgraciado hará de la retórica! Pero decíamos..... ¿qué decíamos?

—Que Augusto deja á su querida Juana por otra mujer....

—*Mujer*... ya, ¡mujer! Y es necesario saber quién es la afortunada rival.... ¿Pero ante todo quién es Juana? ¿Tú lo sabes?

—Sí, que lo sé—me contestó Evangelina, sin dejar de reir—es la chicuela del casero.

—¡Una niña de veinte años lo menos!

—Confiesa veintidós.

También yo conocía á la niña; alta y flaca como el ayuno, los cabellos rojos, y en su chupado rostro mucha satisfacción de sí misma.

Se habían visto en el patio á la luz del sol poniente, cuando después de comer todos los inquilinos mandaban á los niños á corretear y á las niñas á hacer estragos en aquellos tiernos corazoncillos; pero sin rebajar á Juana, me parecía que mi hijo se había por-

tado como algunas veces en la mesa, cuando dócil al consejo de la glotonería, más que á los del buen gusto, escogía la ración mayor ó el confite más gordo.

Entre las niñas de su edad que corrían en el jardín, había varias bastante bonitas y una entre otras que se llamaba Ángela y tenía la singular habilidad de despertar la *musa* (digo la *musa*) del abogado Placidi. El hecho es que yo, que de tiempo inmemorial no había dado á los ojos, á la boca, á los cabellos, otro nombre que su nombre fisiológico, decía con gusto que los ojos de Ángela eran dos estrellas, sus cabellos un portentoso tejido de seda y oro, y que cuando su boquita sonreía — Dios libre de ellos á toda mujer bonita! — parecía una cereza madura picada por un inteligente gorrión.

Y puesto que, en la clásica tierra de Dante, es destino de toda humana criatura de sexo masculino, que a los nueve años pierda la cabeza por una Beatriz, yo hubiese visto con buenos ojos que la Beatriz de mi hijo se llamase Ángela. Y sabiendo por la practica, que de los amores de un estudiante no salen aventajadas más que la caligrafía y la literatura en la forma epistolar y poética, parecíame que me hubiera resignado más fácilmente á verle maltratar la historia antigua y la aritmética en honor de los dos claros de cielo de su novia.

Pero Ángela tenía un gran defecto á los ojos de mi hijo; era una niña, todavía no llegaba á los nueve años! Augusto jugaba con ella al escondite como con las otras; ni la buscaba con preferencia, ni la encontraba con mayor alegría, ni al hallarla la abrazaba so pretexto de que no se escapase. Harto lo veía yo desde mi ventana. El chico no estaba para hacerle el amor.

¿Y la engañada Juana? La engañada Juana llevaba entre tanto su cruz con bastante resignación, á veces

exhalando suspiros exagerados, á veces furiosa de celos, pero casi siempre riendo. Alguna vez, en un arrebato de amorosa locura, pillaba en brazos al recalcitrante enamorado y lo besaba por fuerza á la vista de toda la gente minúscula del patio para castigar su perfidia; pero al momento se calmaba y hasta aceptó por fin el papel de medianera en los nuevos amores de Augusto, llevando un billete suyo, caligráfico... ¿á quién? Á la bella Julia, á la hermana mayor de Ángela.

Esta jovencita no bajaba nunca al jardín, tenía diez y ocho años cumplidos, y estaba en vísperas de casarse con un oficial de caballería. Tantos obstáculos juntos no habían desanimado la erótica audacia de mi hijo, el cual apenas vió á Julia en la ventana, le escribió al momento que quería casarse con ella y que la espada del oficial de caballería no le daba miedo.

Juana había llevado la carta, y la contestación volvió en forma de cucurucho de confites; el pequeño don Juan, siempre osado, un domingo, á la hora en que Julia solía salir para ir á misa, la había esperado en la escalera para darle un beso, pero al verla sintió que le faltaba el valor y huyó ignominiosamente.

El golpe se había dado de todas maneras; porque una vez sabido lo del cartucho de confites, después de haber reñido á mi hijo, ocultando con gran trabajo su deseo de reir, Evangelina creyó que debía de visitar á la familia de Julia, y una semana después, Augusto, con sus graciosos modales, había seducido á amos y criados en aquella casa, sin excluir al oficial de caballería, su rival, á quien declaraba cara á cara que le había robado la novia.

¿Qué hacer? Todos se reían y nosotros con ellos. Durante algún tiempo Augusto sirvió de lazo de unión entre los dos novios, sin sospecharlo, pero tal vez no tardó en advertir que cuando él había recogido un beso de la boca de Julia, el oficial lo llamaba á sí para

arrancárselo todavía tibio, muy tibio. Y una vez Augusto manifestó, delante de todos, sus sospechas.

—¿Por qué no la besas tú también?—dijo—te lo permito.



La caballería quedó verdaderamente confundida: por primera vez en mi vida, aquel día ví á un oficial del ejército ponerse colorado.

Luégo Augusto dió un salto sobre las rodillas de la bella muchacha y la besó en las mejillas, en los ojos, en los cabellos y por fin en las orejas para tomar posesión, según decía él.

—Ahora eres mía—repuso—te he besado toda.

El oficialito intentaba mostrarse tranquilo: y sin embarazo se reía, pero no lograba ocultar su deseo de hacer otro tanto ó poco menos, y en el fondo hacía una triste figura.

—¿Eres *envidioso?*—le preguntó después mi hijo, y como si leyese en su pecho, añadió para consolarlo: —No te la he estropeado... y además, como que es mía...

—No soy *celoso*—dijo el oficial, y le repitió inútilmente:—no soy *celoso.*

Pero Augusto, sin perder el hilo de sus ideas, afirmó con piadosa gravedad:

—La envidia es un pecado mortal; irás á quemarte al infierno.

El oficial, primero sonrió como los demás; luégo suspiró como un fuelle mirándose en los ojos de Julia;

después dijo que sin hacer un viaje tan largo le parecía ya abrasarse bastante.

También Julia suspiró suavemente, apenas lo bastante para manifestar el mismo sentimiento; después de lo cual continuaron en silencio abrasándose los dos á fuego lento.

IV

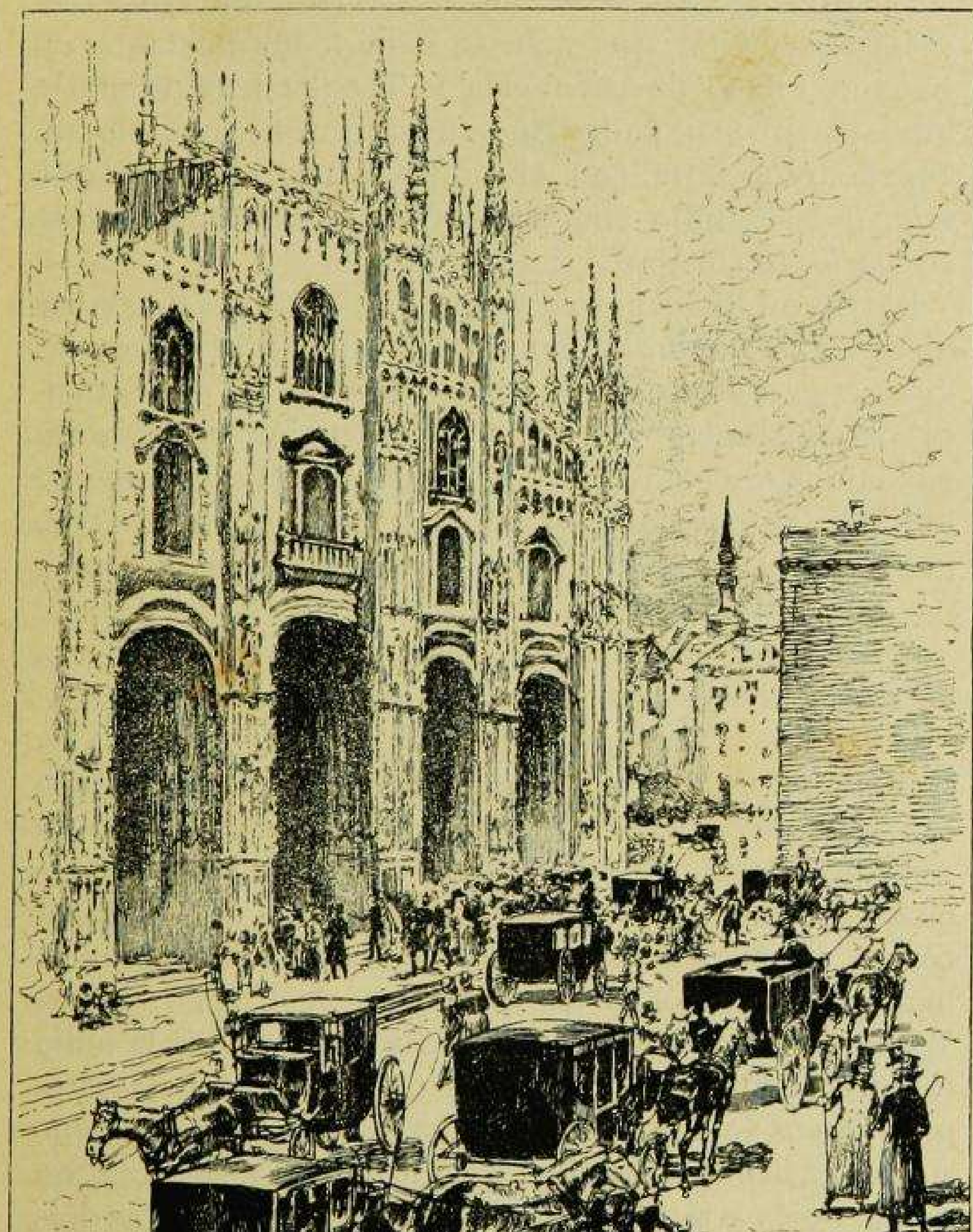
El infierno del oficial duró todavía varias semanas; hasta que un día, la bella Julia lo tomó de la mano y lo introdujo solemnemente en el paraíso del palacio municipal y poco después en la iglesia, como si dijéramos en un nuevo purgatorio. Luégo los esposos, más pálidos que de costumbre, se marcharon á casa para tomar un ligero refrigerio antes de partir.

¿ Quién les esperaba allí á pié firme ? Mi hijo. Tenía la cara un poco descompuesta, los ojos brillantes y cuando comenzó á hablar, le temblaba la voz. Nada de enfado, ni de reproches, ni de cólera, ni de celos, sino algo peor : ¡ versos !

En este día suspirado y bello...

Había pedido un empréstito á la musa, la cual no debía inspirarle hasta más tarde en los segundos *ejercicios*, y la musa le había concedido nada menos que catorce versos y de los largos, endecasílabos, y quizás más ; todos fácilmente reconocibles por la rima clara y brillante, salvo uno.

Desde entonces las musas corrieron el peligro de arrepentirse de su condescendencia, porque Augusto, anticipando los nuevos tiempos, quería leerse impre-



so, y á mí, su padre, en aquel nefasto día (decía el *suspirado y bello;* pero ya se sabe... los poetas!), en que un oficial de caballería le robaba legalmente la novia, á mí, su padre, me fué impuesto negarle un consuelo inocente, con el pretexto especioso de que *velo*, del segundo cuarteto, no rimaba perfectamente con *bello*, ni con *anillo* del primero.

Partieron los esposos, y mi hijo, después de haber dicho adiós tranquilamente á la bella fugitiva, se volvió á casa á llorar en verso. Lloró el abandono y maldijo la existencia, pero con la maldición reciente en sus labios me confesó que lo hacía *por burla* y que, en el fondo, nunca había estado tan contento con vivir, como ahora que había encontrado nuevo juego para él.

—¡Cuidado con decir mentiras!—dijo su madre.

—No, si no es mentir—replicó Augusto—es poesía... la poesía es así; ¿no es verdad, papá?

Por algunas semanas fué aquello como una orgía de endecasílabos mal medidos en aquella cabecita de poeta. Augusto había encontrado en un armario viejo un Arcadio antiguo y polvoriento y le había convertido en su compañero y maestro. Haciendo lo que veía hacer en aquel código amoroso, él bautizaba su nueva llama anónima con los nombres de Cloris ó Filis. Víctima voluntaria de su fantasía, se imponía la lenta tortura de ataracear las rimas de su autor en sus propios versos; así no le ocurrió más rimar *velo* con *anillo* sin tener licencia poética. Salían cada día sonetos con buenos piés y también sin piés ni cabeza, como podéis imaginar, en que lo rancio arcaico estaba modificado muy oportunamente por un poco de *realismo* anticipado en los puntos en que le había creído rudo.

Quien hubiese leído entonces mi corazón de padre, sorprendiera en él una indulgencia extraña; mejor: una especie de alegría estúpida de ver á mi hijo, á los diez años, *autor* reincidente de semejantes bribonadas.

Las escapatorias amorosas y poéticas de Augusto, todavía no me habían dado ni sombra de disgusto: el pequeño poeta, cuando había tomado licencia de su musa, como antes, cuando bajaba de las rodillas de Julia, se marchaba tranquilamente á estudiar la lección y á hacer la composición; en la escuela estaba atento, y en el examen final de aquel año, con proezas verbales y escritas, hizo honor á sus papás, á Filis, á Cloris y á la musa.

Mas ¡ah! un día, aciago día, después de haber hecho sus ejercicios con la fiebre de un conquistador, Augusto volvió á casa como un vencido. Allí, en los bancos de la escuela, había encontrado la Musa, pero no ya su inspiradora, su querida é itálica Musa, sino otra privada de rima, llena de diptongos y de desinencias extrañas.—*Musa*, *Musæ*, la musa de su primera declinación latina!

Me confesó que al pronto había estado á punto de agasajarla como antigua amiga que le salía al encuentro para conducirle al templo de la gramática latina, pero que, por lo poco que habían podido ver, él y los compañeros, quedaba poca esperanza de estar alegres después de las declinaciones en *us* y en *es*, y los verbos y los pronombres. Una vez, en el número plural de la primera declinación, cuando la musa se volvía *musarum*, entonces comenzaba á ser incorregible...—¿Y qué necesidad hay, decía Augusto, qué necesidad hay de estudiar latín desde el instante que es una lengua muerta? Yo le explicaba que la lengua latina es la lengua madre, esto es, la lengua de Cicerón, el padre de los grandes abogados, esto es, la lengua de Virgilio padre del Dante, esto es, la lengua de Horacio que es el padre de la buena sátira, esto es, la lengua de Justiniano, etc., etc.

Y añadía con gravedad:

—Cuando seas abogado tendrás que saber latín para

comprender los códigos antiguos; lo mismo si eres médico, esta lengua muerta é inmortal no te será inútil; piensa que hasta hace muy poco las recetas se hacían en latín; la ciencia antigua está escrita en latín; casi todas las citas con que se da cierta grandeza á los pensamientos pobres, casi todas las citas con que se apuntan los argumentos oscuros, son latinas.

Mi hijo me escuchaba con la boca abierta, sin comprender gan cosa, pero con desaliento creciente.

—¡Entonces debe ser muy difícil!—suspiraba.

—No—decía yo—es facilísimo; al pronto lo parece, pero después es poca cosa.

—¿Tú lo has estudiado?

—¡Pues digo!

—¿Lo has estudiado todo?

—Todo.

—¿También los verbos? ¿También *hic*, *hæc* y *hoc?* ¿También *dies*, *diei?*

La insistencia de mi hijo tenía un oculto significado. Más de una vez con su geometría reciente, enteramente fresca, y con su historia antigua de la víspera me había cogido en error; ahora tomaba el desquite.

—He estudiado ocho años—contestaba con seguridad—y no me arrepiento; cuando tú hayas estudiado también ocho años...

Augusto me interrumpe:

—Entonces, si te dan algún libro escrito en latín, ¿lo comprenderás todo?

El lazo era pérfido.

—Cuando hayas estudiado tú también ocho años—proseguí sin pestañear—sabrás tanto como yo, pero no debes descorazonarte desde el principio ni cansarte en seguida: es preciso estudiar mucho las declinaciones, las conjugaciones y más tarde el régimen de los verbos.

—¿El régimen de los verbos?—balbuceó Augusto.

Y se le pintó en la cara un miedo terrible á no poder resistir nunca el empuje de semejante adversario.

—El régimen de los verbos—añadí riendo—no es un regimiento como lo entiendes tú (*).

Y le expliqué en globo cómo lo entendía yo; pero sin tranquilizarle enteramente.

(*) Equívoco intraducible en castellano, pero fácil de comprender: *reggimento*, régimen y *reggimento*, regimiento.

V

Contra todo lo que yo suponía, la cosa fué empeorando; después de haber tuteado á las nueve hermanas, no era posible que mi hijo se resignase á estudiar con un poco de método el latín.

—¡Las reglas!—decía con cierta rebelión de fullero —¡no sé qué hacer de las reglas! ¿Para qué sirven las reglas? ¿Quién ha hecho las reglas de la gramática latina?

—Las han hecho los gramáticos—repuse severamente—y las han hecho estudiando los autores clásicos, el espíritu de la lengua...

—¿Y por qué no las han hecho para el milanés?

—Porque el milanés no es una lengua, sino un dialecto...

Permaneció un rato pensativo, hasta que pareció haber hallado, en su interior, un argumento convincente.

—Ya, el milanés es mas fácil; Laurita, sin declinaciones y sin conjugaciones, á los dos años y medio hablaba el milanés perfectamente... por el contrario para el latín se necesitan ocho años.

Se me escapó decir:

—Y no bastan—pero me arrepentí en seguida y dije muy serio:—es preciso ejercitarlo toda la vida.

—¿Tú te has ejercitado siempre?—me preguntó á quema ropa—¿Ya no cometes errores?

No había escape; para poner en salvo la dignidad paterna sin mentir era preciso contestar en latín.

—*Errare humanum est: homo sum et nihil humani á me alienum puto.*

Augusto me miró primero á la boca lleno de curiosidad, luégo se encogió de hombros y se marchó murmurando entre dientes: *nominativo domus la casa, genitivo domi de la casa, dativo domo á la casa, acusativo...*

Laurita, que hacía una hora oía á su hermano hablar para sí aquel extraño lenguaje, en un momento creyó haber comprendido y vino triunfante á decirme:

—Papá, ya sé lo que dice Augusto.

—¿De veras? ¿Y qué dice?

—Dice que el *Duomo* es más grande que una casa.

—¿Y qué?... ¿no tiene razón?...

¡Todo lo contrario! Laurita le daba la razón, pero no creía necesario repetirlo tantas veces. También ella había estado en el *Duomo* y había advertido que era grande, pero lo que la había sorprendido era un cuadro donde se veía una Virgen con las manos juntas en medio de muchos ángeles *rotos*.

Me quedé sorprendido yo también al oirla, pero acabé por comprender que los *ángeles rotos* de mi hija eran cabecitas aladas.

Augusto, oyendo reir, volvía ferozmente á su declinación: *singular nominativo, domus la casa...*

Su voz pasaba por todos los tonos; se hacía tierna, luégo burlona, para volverse despechada al primer tropezón y volver á empezar con ahínco.

Tomada por aquel lado, también la segunda declinación se empeñaba en no querer entrarle en la cabeza.

—Descansa—le dije—vé á jugar, distráete; ahora estudiarás inútilmente, porque piensas en otra cosa.

Enmudeció; prueba que había adivinado.

—¿En qué pensabas estudiando?

—Pensaba que Laurita no tan sólo sabe el milanés, sino que también el italiano, sin haber ido nunca á la escuela; pensaba que en la escuela...

—¿Y qué, en la escuela...?—le pregunté recogiendo en una interrogación toda la severidad paterna.

No quiso terminar su pensamiento; pero yo comprendí perfectamente que empezaba á pensar lo mismo que yo había pensado en mis tiempos, sin querer confesarlo en casa.

VI

Fué obra de la desesperación.

No sabiendo consolarse de otra manera de la triste figura que hacía en el colegio á causa del latín, mi hijo decidió en lo íntimo de su corazón enamorarse otra vez. Cuando un estudiante toma determinación tan fatal para su tranquilidad, por lo regular mira en rededor y si la fortuna viene en su ayuda no tarda en hallar el *amado objeto*. Así hizo Augusto, de lo cual fuí testigo.

Una tarde, hacia el anochecer, las mamás y papás estaban á las ventanas del patio gozando con las risas de los niños y del fresco de la tarde.

Se jugaba á la gallina ciega, juego alegre y sin peligro, en el que los *grandes* habían dejado tomar parte hasta á los más chiquitines por contentarlos. Yo recomendaba á Evangelina que no perdiese de vista los maliciosos movimientos de un chiquitín de un palmo de alto que se acercaba de puntillas para tirar del traje á la gallina ciega, después huía un momento como creyéndose perseguido, luégo se paraba á alguna distancia y levantaba triunfante la cabeza para recibir los aplausos de un indulgente espectador.

Augusto no nos miraba, nos había olvidado enteramente; había hecho alianza con Angela, con la rubia

Angela, aquella de los labios de cereza, y estaba atentísimo para no dejarla caer en manos de la gallina ciega.

Angela crecía á la vista; pero era siempre la criatura más linda que he conocido. Jugando, se había puesto colorada, muy colorada, y algunos ricitos de sus cabellos se habían escapado del peinado; podéis imaginar que nada se perdía con este detalle. Corriendo en torno



del pagano y volviéndose bruscamente cuando había gritado *gallina*, se encontraba en los brazos de mi hijo; entonces se tomaban las manos y mientras corrían así alineados, Evangelina me hizo notar que Angela era más de dos dedos más alta que Augusto.

—No puede ser—decía yo—el peinado será...

Por el contrario; era en verdad así; quizá por esta causa había dado en ojos á Augusto.

La hablaba sin empacho, la maltrataba también un poquito, bajo pretexto de darle un sapientísimo consejo ó un empujón saludable; pero, á cada instante, mirándola á hurtadillas, parecía admirarse de ver cosas

en que nunca había reparado; esto es: una naricita picaresca, dos ojillos francos y serenos.

Á veces se distraía en esta contemplación y le tocaba á Angela cogerle por el brazo y salvarlo de la *gallina* arrastrándole un poco.

Una de aquellas distracciones fué fatal á los dos futuros enamorados; la *gallina* llegó cerca de ellos, alargó las manos, aferró algo, apretó y todo el coro de niños gritó batiendo palmas: *¡presa! ¡presa!*

Sí, Angela estaba presa: el desgraciado que hacía media hora corría en tinieblas se había quitado ya la venda, se frotaba los ojos deslumbrado y se reía de su propio triunfo.

Angela, sin embargo, reía también. Se adelantaron á ponerle la venda trés de los más impacientes y de los más audaces; pero tan pequeños que habríanse visto apurados para salir con honra, si Angela no se hubiese inclinado.

Entonces entró por medio mi hijo.

—¿Qué queréis hacer vosotros?

Tomó la venda, acercó los labios al oído de Angela para decirle algo que nadie debía oir; después puso él mismo el vendaje, un vendaje que era una caricia, sin apretar demasiado, sin tapar las orejas, sin oprimir rebeldes ricillos.

Desconfiados con tantas precauciones y con las palabras que mi hijo había pronunciado al oído á la *gallina*, algunos, inclinándose á mirar por debajo, gritaron: *¡ve!*

—No veo nada—protestó la muchacha.

Con todo eso, fué preciso apretar un poco la venda para salvar las apariencias de la justicia y mi hijo no permitió que otro se entrometiese.

Una carcajada, un griterío confuso: *¡gallina! ¡gallina!* tres ó cuatro empujones aquí y allá... y todos los chicuelos se desbandaron dejando á la pobre niña sola en medio del patio.

La rubilla estaba en verdad sobrecogida; apenas se movía, inclinándose, alargando las manos, pero sin osar adelantar un paso por miedo de caer.

Se reían ya de su torpeza, hasta ella misma se reía.

—Mirad—dijo Augusto con mucha gravedad—mirad atentos cómo la voy á besar y no me coge.

—Yo también—dijo otro.

—Tú no—repuso Augusto—solo yo.

Y como si hubiese dado la mejor razón para convencer á su adversario, con estas cuatro palabras y con un empujón, el pequeño obtuvo que el otro renunciase á la empresa, después de lo cual la emprendió él.

Se acercó de puntillas un poco, después tosió, luégo dijo: «aquí estoy» y retrocedió; luégo se adelantó, la tocó y huyó—¡impostor!—como si temiese ser preso; por fin agarró á Angela por las manos y la besó varias veces. Pero ó la niña era más fuerte en verdad, ó mi hijo perdió fuerzas, el hecho es que fué preso y se quedó largo tiempo entre los brazos de Angela, mientras un coro de risas y gritos repetía de buena fe: *¡gallina! ¡gallina!*

VII

Al anochecer, cuando por miedo á la humedad, las voces de las mamás bajaron de las ventanas al patio á llamar á los niños y se oyó en un instante: —*¡Angela!* —y nosotros añadimos:—*¡Augusto! ¡Laura!*—dos pequeñas sombras se apartaron de la pared saludándose sin cumplido, sin estrecharse las manos, sin mirarse siquiera á la cara y se separaron ¡hipócritas! sin volverse.

Más difícil fué separar á Laura de un precoz chicuelo de tres años apenas cumplidos, el cual porque mi hija hacía con paciencia de madrecita de aquel ángel, gritaba como un diablillo y quería llevársela á su casa.

Aquella noche Augusto veló en la mesa de estudio una hora más que de costumbre porque, según él, debía rehacer la composición. Aquella composición hecha y rehecha comenzaba indudablemente así: «adorada niña!»

Intentó (yo hallé los restos) hacerle versos; pero viendo que no era fácil decirle en sílabas contadas y rimadas todo su pensamiento, renunció á ello aquella noche y no creo que jamás volviese á caer en la tentación. Porque quería amar en serio, amó en prosa; pero, ¡oh Musa! qué prosa y cuánta! Á cada hora del

día encontraba á mi hijo consignando en pedacitos de papel un pedacito de su gran amor.

No se confiaba á mí, como imaginaréis; tenía, por el contrario, grandísimo miedo á mis sonrisas, á mis frases lanzadas al aire como proporcionándole mi complicidad, y ocultaba cuidadosamente las tentativas defraudadas en su estilo epistolar, pero no tanto que no hallase yo medio de seguir ocultamente su forma y desenvoltura.

En los primeros días era un estilo cortado en párrafos como cierta prosa moderna; pero poco á poco los períodos se ensancharon para dejar paso á multitud de adjetivos, de adverbios, de metáforas, y por fin algún pensamiento original y algún sentimiento genuino. Entonces su estilo aparecía hinchado como cierta moderna prosa. Al cabo de dos meses de tales ejercicios, Augusto era el primero en el colegio, en cuanto á italiano, y el señor maestro, hombre á la antigua y modesto, se preguntaba de buena fe, cómo se había arreglado el picarillo para sacar tanto fruto de sus lecciones.

VIII

¿Cómo acogía Angela la prosa de mi hijo?

Tranquilamente, con una gravedad que era siempre para mí una nueva revelación.

Lo dije una vez á Evangelina y ésta me dió la razón: «Las niñas están siempre en sazón para el amor.»

Tal vez porque todavía no le habían despuntado las alas de la retórica y de la gramática y porque de la ortografía no se podía fiar por completo; tal vez por esto, se resistía á escribir ó lo hacía con un laconismo digno de los buenos tiempos de Esparta; pero de todos modos, aquella prudente parsimonia de palabras, obtenía doble y magnífico efecto; el curioso suegro admiraba la anticipada dignidad femenil de su nuera, no cuidándose de algún pecadillo ortográfico, y al adorado Augusto, aunque con doble *r*, no le parecía ser bastante *adorrado*.

Si aquella llama hubiese continuado un poco, ardiendo con la misma facilidad, no turbada por soplo de viento maligno, probablemente hubiera concluído como la otra: el mejor día Augusto habría escrito á Ángela para decirle que la engañaba y se habría enojado otra vez con el latín. Pero para alimentar este fuego amoroso intervinieron á cada instante pequeños pleitos, y velaban como rígida vestal, adivinad quién...? ¡los celos!

Sí; Augusto estaba celoso, y ¡ay! no le faltaban muchas ocasiones para sentir la mordedura de su enemigo. Los inocentes juegos de la tarde eran dulzuras y hielos que la suerte le ofrecía cotidianamente; los besos que obtenía á hurtadillas, exquisita ambrosía, eran envenenados por los que algún otro, más atrevido, ganaba en el palenque; había entre los otros un su compañero de escuela, menos fuerte que él en latín, lo cual no es poco decir, pero más fuerte de puños, el cual besuqueaba impunemente á todas las muchachas y daba cachetes á los muchachos. Mi hijo devolvía concienzudamente los cachetes, pero era impotente para vengar los besos.

—¡Te has dejado besar!—la reprendía Augusto.

Ángela no era culpable; había sido cogida de improviso y además juraba que no podía ver á aquel chiquillo.

—¿Qué debo hacer?—decía ella.

¿Qué debía hacer la pobrecilla? Augusto reflexionaba y tampoco lo sabía.

—Muérdele—dijo de improviso.

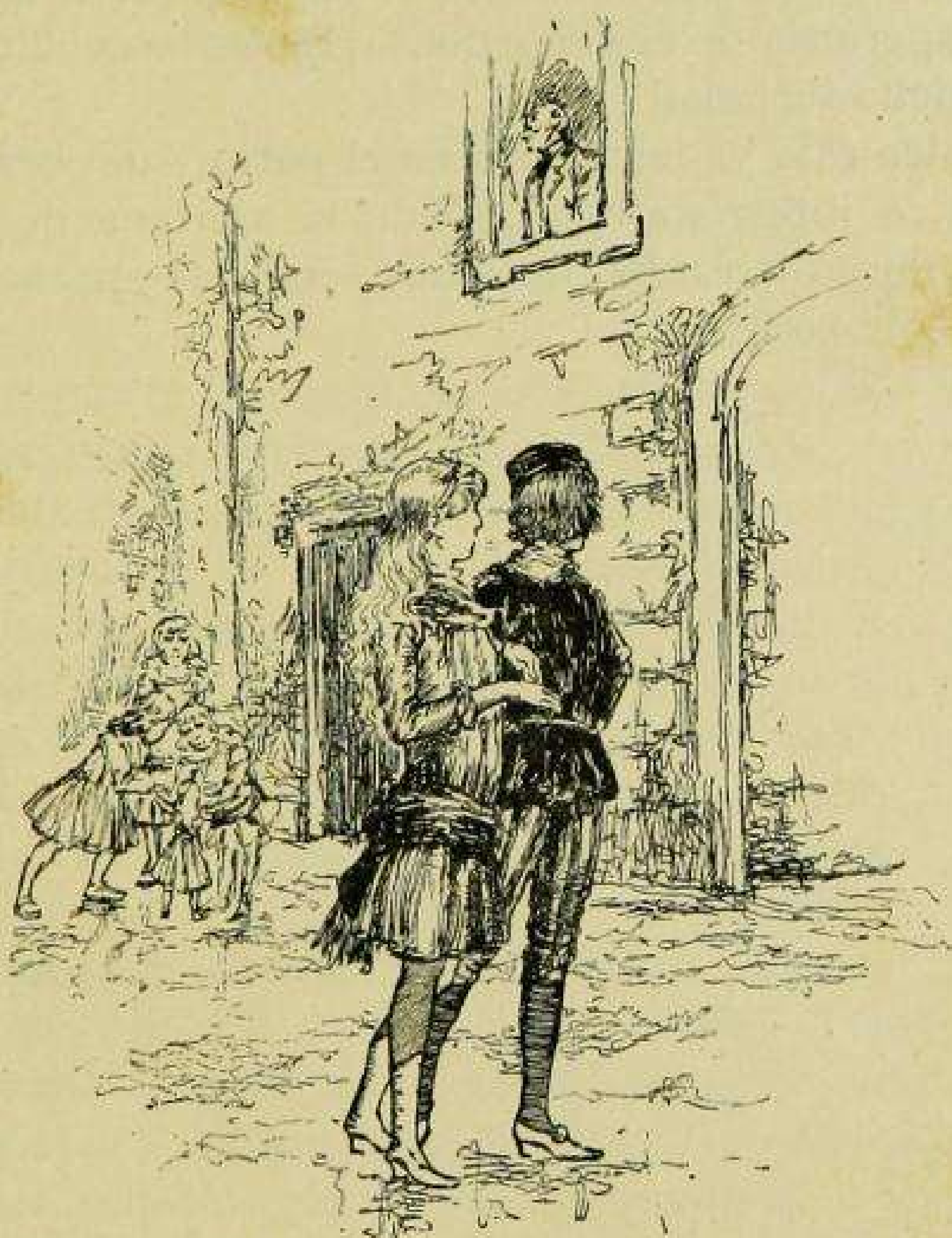
Si el destino no hubiera decidido otra cosa, estas escenitas habrían acabado y acabaran bien; pero á veces se lanzaban uno á otro una serie inagotable de crueles epitetos.

Entonces mi hijo, en vez de correr al patio después de comer, se rebelaba con calculada frialdad contra la higiene haciendo la composición, la composición real y verdadera, ó estudiaba la lección en voz alta de modo que se le oyese en el patio. Entre tanto, yo, sin admirarme de la novedad del caso, me asomaba á la ventana. Ángela, con melancólico mohín, me sonreía y yo á ella; pensaba con alegría que ahora me parece extraña:—¡Le quiere mucho!

Habría querido gritarle:—No lo dudes, bajará;—habría querido también coger á mi hijo por una oreja y

arrastrarlo á los piés de su enamorada; pero mi deber de padre era el de no haber notado nada absolutamente.

Augusto resistía un poco, haciéndose también el



distraído; pero cuando yo, después de breve silencio, llamaba fuerte:—*¡Angela!*—preguntando á la niña por qué no jugaba con los otros, mi hijo gritaba más fuerte el latín de su lección, levantando el tono de pronto á semejanza de los aguaceros de verano; después, como los aguaceros de verano, de pronto, bajaba la voz hasta el murmullo, luégo dejaba el libro sobre el escritorio, y venía á asomarse á mi lado para hacerse ver de Ángela.

Pero viéndola tan afligida y tan bella, si bien sin decir una palabra, viéndola inclinarse al suelo con la cara sonrosada de placer, estalla de pronto en el ánimo del enamorado una revolución:—Ahora voy—dijo —¡ya sé la lección!—añadía, volviéndose á mí con poca esperanza de engañarme.—¡Bravo!—concluía yo con mucha seriedad.

El chico está ya lejos, está en el patio y del brazo de Ángela, é interroga desconfiado la ventana de papá, el cual mira distraído una nube, como le enseñan sus deberes de padre.

IX

Verse por la mañana desde el balcón y fiar al éter complaciente el principio de un beso que será terminado más tarde seguramente; encontrarse después en la escalera, en el patio, en el camino de la escuela y poderse abandonar, hacia la puesta del sol, con el pretexto del escondite ó de la gallina ciega, á los tiernos halagos del amor; decidlo vosotros que desde la calle, perdidos entre la multitud, mandáis suspiros á una ventana del cuarto piso, cerrada por un padre severo; decidlo vosotros, ¿no es excesiva felicidad?

Y á pesar de esto mi hijo no tenía bastante: le quedaba un deseo no satisfecho, un deseo imperioso: apoderarse de Ángela, no dejarla nunca... desposarla, ¡sí, señores! ¡Pobre Augusto! Yo adivinaba la extraña condición de su amor; el tiempo severo, el tiempo inexorable, no trataba la pareja futura de la misma manera; era con él, lento, menguado, insípido; con ella era vario, industrioso, galante.

Ya, aunque de dos años menos, era cuatro dedos más alta que Augusto, y creciendo diariamente á la vista, seguía embelleciéndose.

Un día bajó al patio con los cabellos anudados en forma más sencilla, otro día su mamá le alargó los vestidos una cuarta, y otro, por fin, al volver de la escuela, no traía ya los libros en la mano, sino que se los dió á

la criada. Era sencilla y todavía enamorada; pero no era ya la niña de otro tiempo.

Augusto asistía á esta transformación con el corazón oprimido; maltratado por la edad, tenía la nariz y la frente llenas de granos, adelgazaba sin crecer en proporción y su carita expresiva estaba oscurecida por amargos pensamientos.

Fué un período de torturas.

Después de todos los perjuicios que el amor, la edad y el latín habían traído al cuerpo de mi hijo, la suerte le reservaba otra aflicción mucho más dolorosa: ¡la partida de Ángela!

Ángela *partía,* esto es, abandonaba por Pascua el patio y la casa. ¡Adiós, fáciles coloquios; adiós, seguros besos; adiós, juegos inocentes; adiós, para siempre, adiós, adiós, adiós!

Así escribían los enamorados, exagerando el tono por el gusto de ser muy infelices.

—Júrame que serás mía ó de nadie—escribía mi hijo. Y Ángela juraba, por no equivocarse, por lo más sagrado que había para ella en el mundo.

Llegó el cruel día de la separación; Angela se llevó su amor á lejana calle, á una habitación con las ventanas al interior. El desastre era completo.

No, aún no era completo el desastre; pero había de cumplirse, estaba escrito.

Haciendo cada día una caricia á Angela y dando un cachete á Augusto, añadiendo una gracia á ella, un divieso á él, el maligno tiempo emprendió la villana obra de separar lo inseparable, de arrancar dos corazones á la fe jurada «sobre cuánto había más sagrado», de estrellarlos uno contra otro.

Sólo un mes después de la partida de Angela, habiendo ido un día á visitar á sus padres, nuestra nuera se nos apareció transformada; ya Augusto al acercarse sentía un respeto instintivo.

Se adoraban todavía por escrito, pero se veía claro que la niña de ayer tenía cierto aire, ciertas miradas de mujer que trastornaban todo el sistema amoroso de mi hijo.

Más terrible fué el golpe cuando, después de permanecer cinco meses en el campo, Angela volvió á Milán en Noviembre. Yo mismo, al verla, en presencia de mi hijo, la llamé señorita. Y advertí por la respuesta, por el acento, por cierta gravedad encantadora, que no era la primera vez que un hombre con barbas le daba este título que hace latir el corazón á los trece años.

Pero ¿tenía trece años realmente?

Sí, trece años cumplidos y los llevaba como una mujercita; Augusto, á pesar de sus quince, se estaba en un rincón solo con su amor. No había que hacerse ilusiones; comparado con Angela, mi hijo era un niño; el juego de amor podía durar aún unos meses, se entiende si él se sometía al papel de víctima predestinada; pero luégo debía terminar inevitablemente á causa de una espada que arrastrase por la calle en honor de la señorita, ó por un cigarro que se encendiese en la oscuridad de la noche desde una ventana burguesa del patio.

Mi hijo sintió el destino que le amenazaba y lo previno. Su sistema de engaño, perfeccionado por larga práctica epistolar, le sugirió escribir; pero habiéndolo diferido demasiado, el caso quiso que se adornase con nuevo heroísmo: habló.

Lo que le dijo á su bella, qué frases adoptó para hacerle entender que la dejaba libre de aceptar los homenajes de la oficialidad del ejército, esto no lo supe nunca.

Fueron probablemente pocas palabras dichas en el hueco de la ventana del salón un día que Angela vino de visita, mientras la mamá y yo afirmábamos con

admirable acuerdo que la temperatura se hacía rígida y el termómetro señalaba...

¿Qué señalaba el termómetro?

Yo seguía de reojo los movimientos de ambos que se habían aproximado uno á otro con un tanto de turbación. Mi hijo hablaba escribiendo con el dedo *As* mayúsculas sobre los empañados cristales y borrándolas en seguida; Angela escuchaba mirándole fijamente.

—Está bien—murmuró ella por fin.

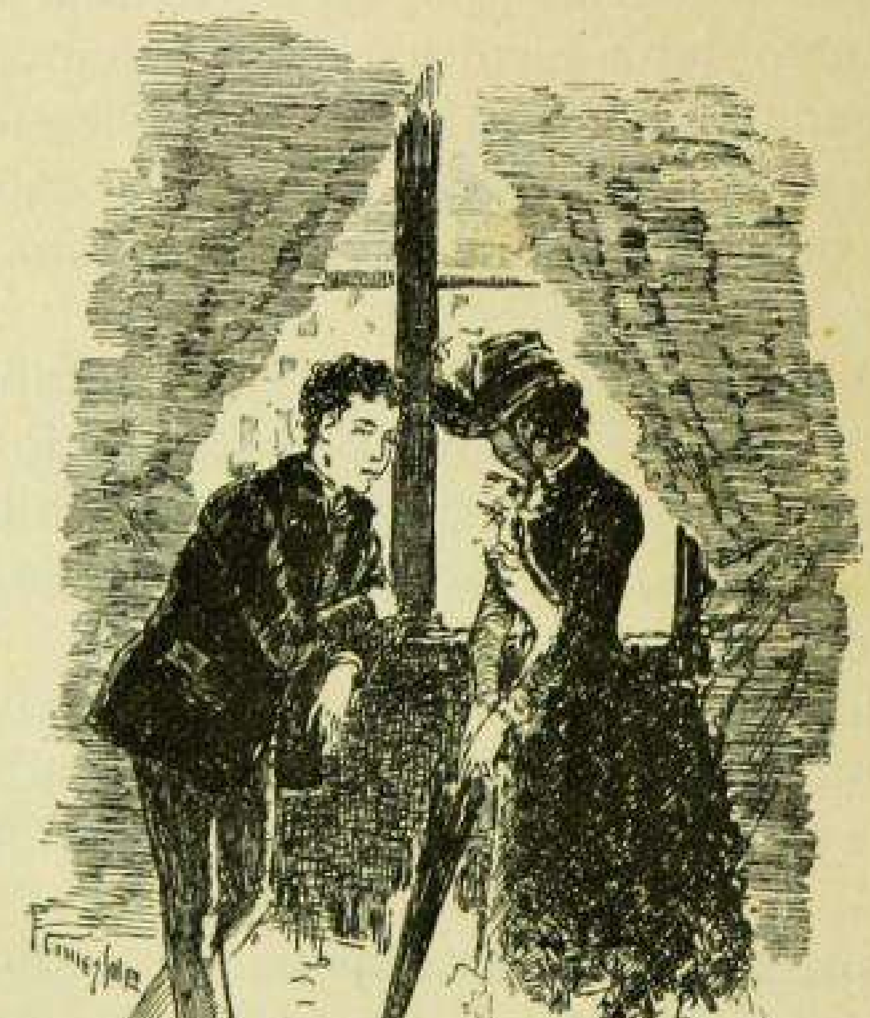
Y mi hijo, apareciendo como una sombra, anunció con gran desenvoltura:

—¡Nieva!

—¿De veras?

—¿De veras?

Pero ya habríamos debido adivinarlo: desde algunos días la temperatura era glacial y el termómetro señalaba... ¿Qué señalaba el termómetro?



X

Una hora después, Angela salía volando de mi casa como un pajarillo á quien le han abierto la jaula: debía estar impaciente por llevar al mundo la libertad sin cuidados de sus trece años cumplidos.

Un amor infantil es un estorbo cuando la edad anuncia que el verdadero amor no está lejos.

Como si no hubiese esperado otra cosa, Angela aprovechó tan bien aquella licencia, que pocos meses después nadie pudo sospechar que hubiese tenido nada de común con su primer adorador.

¡Y estaba cada día más bella la pérfida! ¡cada día más adorable, cada día más encantadora, la perjura! Lo advertían todos, lo decían todos excepto mi hijo.

Desde lo alto de su cielo amoroso había recaído en la sepultura del latín.

Algunos años hacía que luchaba con las reglas, ya se había reconciliado con la sintáxis y la prosodia, ya repetía hinchando los carrillos *Quousque tandem abutere*, cuando un día entró en casa una gran noticia: ¡Angela se había casado!

Laurita instintivamente se miró al espejo; mi hijo no palideció, no dijo palabra; pero á la mañana siguiente encontré sobre su escribanía, restos de dísticos latinos mal hechos.

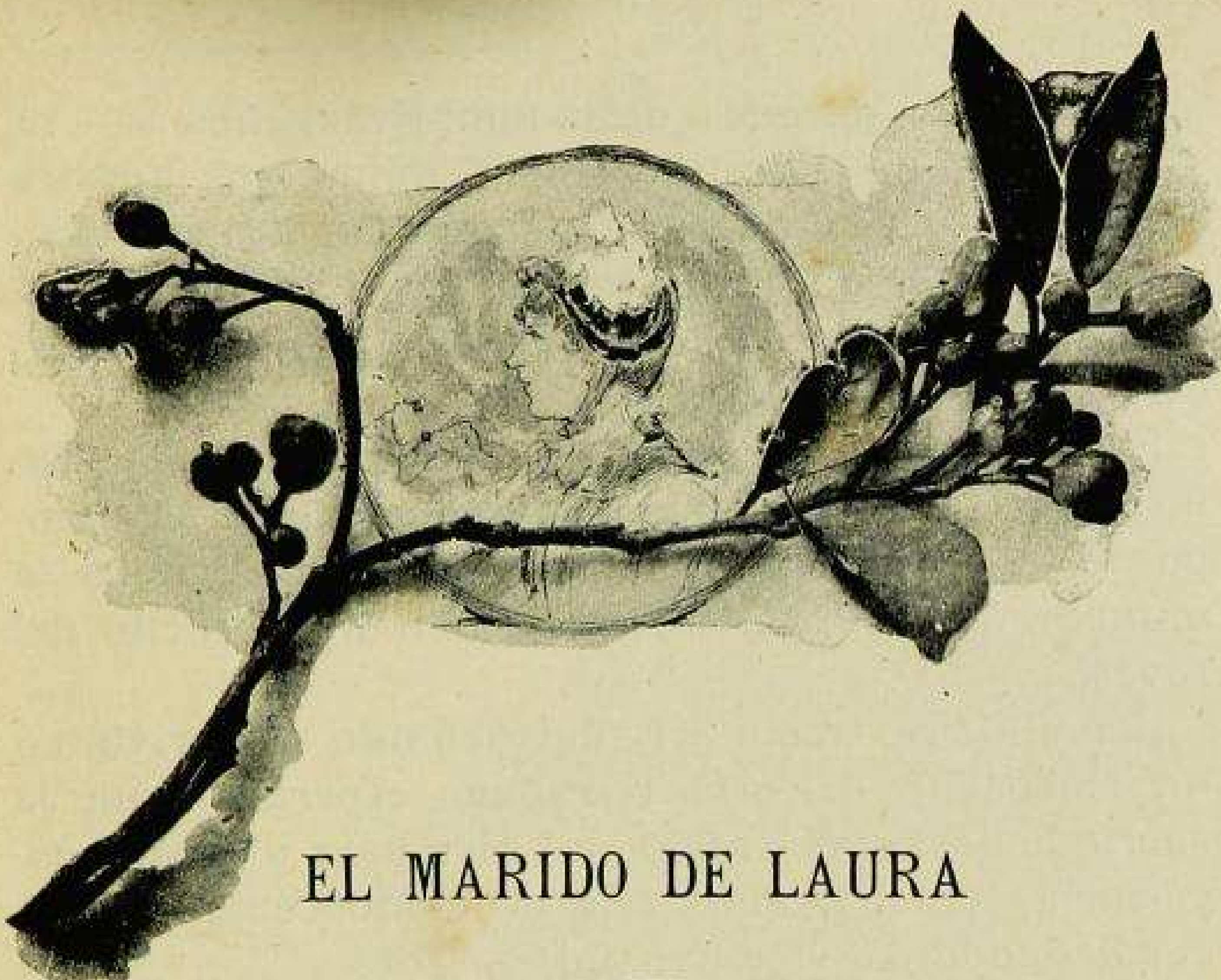
Todavía se leía, á pesar de las roturas:

Non tu, formosa...

Te pulcherrima... nuptiæ...

Descorazonado por el mal principio, no intentó el final.

EL MARIDO DE LAURA



EL MARIDO DE LAURA

I

Laurita declaraba todavía, que quería á toda costa casarse con papá ó por lo menos con mamá, y ya me había yo preguntado cien veces, entre serio y risueño: — ¡ Quién sabe dónde vive, dónde habita, si cerca ó lejos y en qué se ocupa en este instante! ¿ Es bello? ¿ Estudia? ¿ Tiene mérito? No lo quisiera gordo ni melancólico. ¿ Será flaco? ¿ Será alegre?—¿ Quién? interrumpe un lector.

El marido de Laura.

.....Que á estas horas ha nacido, no lo puedo dudar; mi niña es muy juiciosa y nunca cometerá la necedad de casarse con un hombre más joven que ella. Pero ¿ dónde está? Tal vez á veinte pasos de aquí. Tal vez en los antípodas. ¡Quién sabe si á su debido tiempo dará media vuelta al mundo para venir á enamorarse de mi hija!

Otras veces, después, decía á mi Evangelina:

—Pensar que el destino los ha unido, que nuestro yerno está ahí, en un punto del espacio, y que él, ocupado en sus estudios, ni siquiera sospecha que nuestra Laurita crece y se hermosea con la misión de hacerle perder el juicio!

Evangelina bajaba la cabeza y contemplaba á la bellísima criatura, la cual entre tanto engañaba el tiempo de la expectación haciendo un sermoncito á la muñeca, ó leyendo en alta voz en un libro vuelto del revés.

Con el tiempo, este sér mal definido, que vivía en un rinconcito del orbe terráqueo esperando que la suerte le llevase delante de mi hija, para dignarse cogérmela, con el tiempo, este prometido anónimo fué engalanándose de toda virtud.

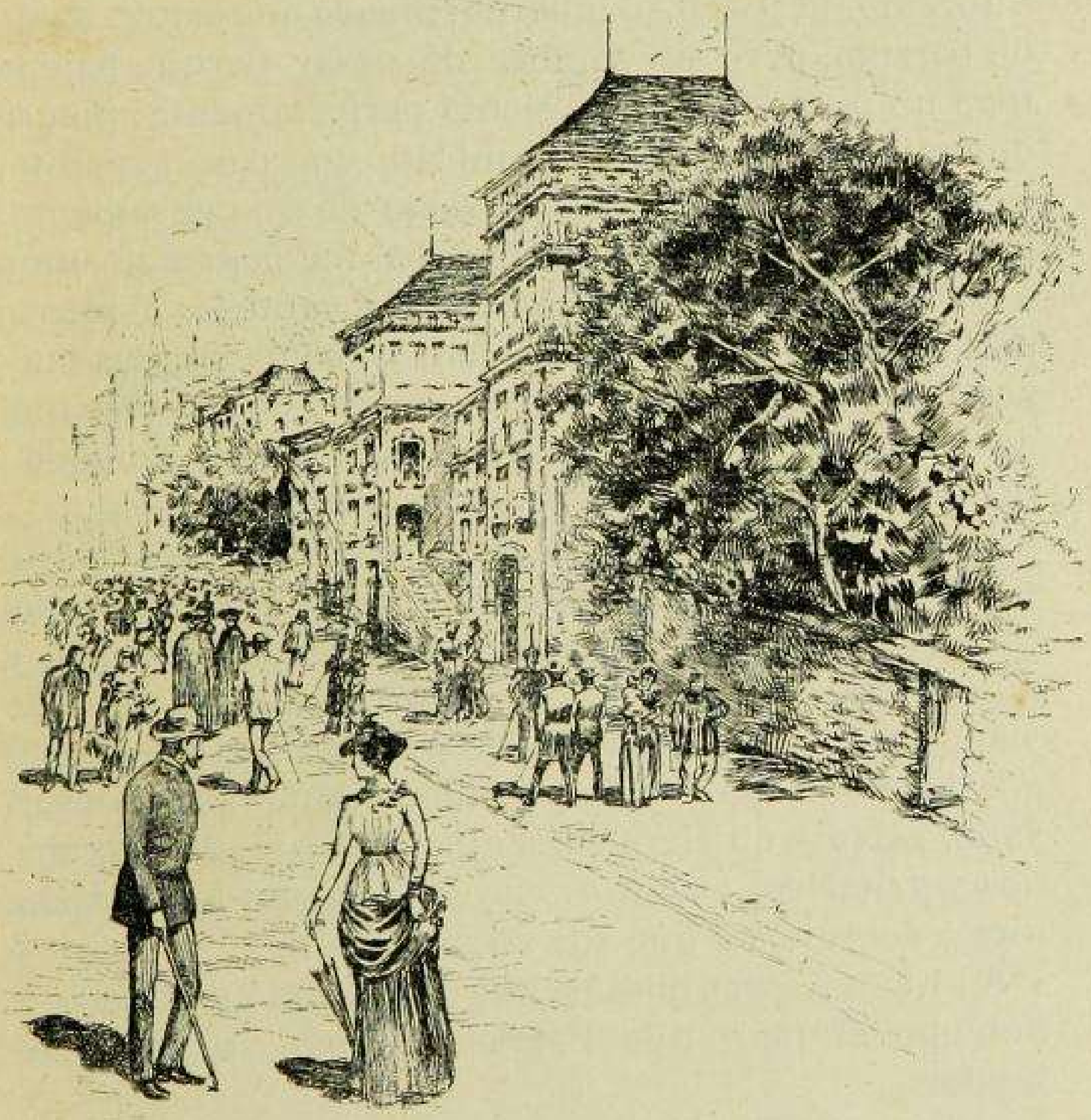
Tenía diez años más que Laurita; era alto, esbelto y moreno; llevaba bigote y perilla, y entre aquel y esta una sonrisa que delataba su bondad. Pertenecía á una excelente familia burguesa, no le faltaban cuatro terrones, pero más que de nada era rico de aquella voluntad que persigue la fortuna, de la perseverancia que la reune, de la de prudencia, la cual una vez alcanzada no la deja escapar de las manos, de amor, que multiplica toda riqueza.

Se había enamorado y no podía quejarse, porque era también correspondido.

Se debían casar dentro de diez años ó dentro de doce, en una hermosa mañana de Mayo, primero delante del síndico después en la iglesia. Apenas desposados, se marcharían á viajar por Italia, para volver un mes después á Milán más enamorados que nunca.

Le conocía, le quería mucho, era mi amigo y le llamaba, sin embargo, «mi hijo», pero no por esto aquella sombra de yerno se hacía importuno. Sólo en las horas de ocio de su suegro solía visitarlo, y apenas

anunciaban un cliente ó aparecía un portero, se marchaba á la callandita. Luégo después sus visitas se hicieron tanto menos frecuentes, cuanto se hizo más precioso el tiempo del abogado Placidi.



Y un día, en una calle de los jardines públicos, mientras yo paseaba del brazo, lleno de vanidad, á mi hija, él me dió un «adiós» melancólico y me volvió la espalda para siempre.

Aquella escena está siempre delante de mis ojos.

Me veo, pues, con mi Laurita del brazo, en una calle de los jardines públicos poco antes de anochecer.

Tengo la cabeza perdida, no pienso en nada: esto es, no pienso que estoy contento de mí, que he logrado huir de mis clientes, los cuales me seguirían con gusto á todas partes, al juzgado, á la Audiencia, al Supremo, al paseo, al infierno; pienso que estoy echando barriga, pero sin sombra de pesar porque bajo la toga un poco de barriga sienta perfectamente; pienso que mi hija, la cual anda á mi lado con paso expedito, echando á cada rato en el vacío de mi pensamiento una pregunta ó una exclamación, me llega á lo sumo á la barba, si bien llevo la cabeza levantada. Y pienso por fin que, al verme pasar tan gravemente, las buenas personas que me conocen aunque no sea más que de vista, apenas se arriesgan á saludarme temiendo turbar el curso de mis graves pensamientos.

Dos jóvenes nos pasan delante, se vuelven, nos miran, se sonríen y se comunican sus impresiones. Paréceme comprender que el uno nos ha tomado por ingleses, y que el otro, dándole la razón, añade que estamos de viaje y en la luna de miel; y en vez de sentir los halagos de la vanidad satisfecha, como hombre bien conservado, rabio y quisiera correr derecho á los dos engañados y gritarles: «Tontos, ¿no veis que mi Laura tiene diez y seis años y que soy su padre?»

Mi hija me pregunta riendo:—¿En qué piensas?—Y detengo el paso que había acelerado involuntariamente.

—Tú, cuando piensas mucho—observó Laurita—corres y no lo adviertes.

La miro, le sonrío, ella se contenta, y yo reconozco que la gente está en razón, que mi hija tiene todo el aire de una mujercita, y que vista al lado de un hombre... esto es, que yo... visto al lado de ella... Decididamente mi amor propio de hombre bien conservado

reclama su parte; ha dejado pasar la cólera del ofendido sentimiento paterno y se ha quedado esperando, le han hecho una limosna y no está nada dispuesto á restituirla.

Ha llegado la hora de evocar al prometido de Laura; helo allí, á la vuelta de un paseo; está más grave que de costumbre, puesto que debe haber envejecido en una tirada de tres años lo menos; sin embargo, sonríe porque el suspirado momento se acerca.

—¿Conoces á ese señor?—pregunta mi hija.

—«Sí, le conozco, ¡es cosa mía! Hace lo menos doce años que nos conocemos, Aquel señor, no es un *señor:* es de casa. Míralo bien, es el esposo que tu padre te ha preparado... sonríete, te lo permito. Hazle feliz, ámalo...»

Ví esta contestación como si álguien la hubiese escrito rápidamente delante de mí, y pensé: «Vendrá un día que tendré que contestarle así.» Luégo volví la cabeza para seguir con la vista al *señor* que había pasado. En aquel instante se volvía y tuve ocasión de verlo.

—No le conozco—dije á mi hija—creo no haberle visto nunca; parece un jefe ó coronel de cuartel. Pero, ¿por qué me haces esa pregunta?

—Ha pasado ya dos veces junto á nosotros y nos ha mirado de hito en hito: y no hoy, el otro día hizo lo mismo.

—Será uno de los que frecuentan el paseo.

—El otro día estábamos en la *galería*...

—Creerá conocerme... no es cosa difícil, en Milán todos saben quién es el abogado Placidi...

Me detuve en seco porque mi hija estrechó más mi brazo, murmurando:

—Silencio, es él!...

¡Calle! Laurita conocía á *aquel señor* por el paso!

Era un paso apresurado, saltarín y acompañado de la extraña música de sus botas; pero para tenerlo tan

en el oído mi hija, debía haberlo escuchado ya más de una vez.

Aquel señor nos alcanzó. Miró á Laurita detenidamente, pasó delante siempre saltando, y al extremo de la calle volvió atrás con paso lento, pero sin dejar de dar saltitos.

Hice en un instante las más extrañas conjeturas.

—«Este es un pariente lejano, tal vez un primo de la madre de mi mujer. Emigró al extranjero por desesperación amorosa; no habiendo podido llegar al corazón de aquella antes que mi suegro, se quedó soltero y se ha hecho millonario. Ahora vuelve en busca de un heredero. Dicen que mi Laurita es el propio retrato de su abuela á los diez y seis; le parecerá volverla á ver como en aquel tiempo. Mi hija, gracias al cielo, no necesita que nadie se incomode en venir de América á traerle su dote, pero si le lloviese un milloncito en la canastilla de boda, no me ofendería ni á mí, ni á ella, ni á la misericordia celeste.»

Permanecí serio porque el incógnito se aproximaba, peró reía para mi capote, y mientras iba pagando tributo de hilaridad á aquella estrafalaria idea, otras se agolpaban.

—«Este es un padre de familia chapado á la antigua, que no se fía del criterio de su primogénito y quiere él mismo elegirle la mujer. Laurita tiene un aire tan modesto, es tan monina, que no se puede escoger otra mejor. Falta saber si á nosotros nos gusta el pretendiente.»

El incógnito ya estaba á pocos pasos de nosotros, y mirándole á hurtadillas pude advertir con nuevo desaliento que estaba peor que antes, que había tomado cierto aire coquetón, haciendo brillar de manera extraña las pupilas, encerradas en un marco de arrugas, y que al propio tiempo inclinaba la cabeza con cierta malicia.

No quise creer lo que veían mis ojos, pero fué preciso rendirse á la evidencia, cuando el viejecillo pasando junto á nosotros, llevó su osadía hasta manifestar el incendio que le devoraba con un suspiro.

Ni más ni menos: aquel á quien yo creí un coronel americano ocupado en hacer testamento, buscaba en verdad un heredero, pero lo quería legítimo y había puesto los ojos en mi hija.

—Es un loco!—dije á Laurita de modo que lo oyese aquel extraño pretendiente. Y crucé el paseo para ocultarme entre los árboles.

Creí así haber desconcertado al viejo sátiro, pero volviéndome, le ví saltando por el otro lado. Buscaba manera de encontrarnos otra vez de frente.

Entre tanto, al extremo de la vía, un jovencito bello y melancólico me decía «adiós» con la mano, sin que yo hallase un cuento para decirle:—«Detente, tú eres la fuerza, tú eres el amor: pídeme hoy la mano de Laurita, y Laurita es tuya.»

La audacia de aquel tonto me quitaba la fuerza de detener á mi ideal.

—Apresura el paso—dije á Laurita.

Ella, sin comprenderme, secundó mi idea. Parecióme haberla salvado de un peligro, cuando á la puerta de casa ví que el incógnito no había podido seguirnos.

—Sea alabado el cielo, pensé; el asma le ha hecho traición.

—¿Quién era aquel viejo?—me preguntó otra vez mi hija.

Yo, por no asustarla demasiado revelándole mi pensamiento, le dije que era un loco, que no podía ser más que un loco.

II

No era un loco! Á lo menos así lo creía él. Nos esperó un día, dos, tres, en los jardines, en la *galería;* por último, no pudiendo más, hizo rápido examen de conciencia, un par de propósitos prontos, pero firmes, dió un apresurado «adiós» á su alegre vida de soltero y se presentó á la puerta de mi casa pidiéndome la mano de Laurita.

Estaba yo meditando un recurso de casación, había hallado en la sentencia once causas de nulidad que daban la razón á mi cliente, y estaba ocupado en buscar otra más, para completar la docena, cuando una música de botas en la antesala interrumpe mi trabajo.

—Es él—pensé poniéndome en pié de un salto como para echarlo fuera de la puerta, pero me senté de nuevo. Uno de mis escribientes me trajo una tarjeta.

—Espera—dije, sin mirar siquiera.

Una vez solo, leí bajo blasón coronado un soberbio nombre, uno de esos nombres que no envejecen y deberían ser llevados por los jóvenes exclusivamente: *Líbero de Líberi.*

Miré á la puerta y dije para mí: «No será malo que haga antesala.» Pero la impaciencia me hizo gritar:

—Que pase.

¿Por qué temblaba mi voz?

El señor *Libero de Liberi* entró. Era el mismo, y pude notar que se había preparado lo mejor posible, previniendo la primera impresión, y que acababa de salir de manos del peluquero.

—¿Tengo el honor de hablar al abogado Placidi?—dijo sonriéndome atrevidamente.

Pero también yo había tenido tiempo de formar mi propósito y me contenté con inclinarme, designándole una silla.



Él empleó un tiempo relativamente largo para sentarse; pareció buscar una cosa, pero, viendo que yo no respiraba, se decidió á tomar de nuevo la palabra.

—Vengo—dijo—para un negocio delicado... un negocio, le llamaré así, delicado... verdaderamente delicado...

No era caridad la mía esperando en silencio lo restante, pero quería que el temerario viejo pagase hasta el último real del precio de su necedad.

Él proseguía aún, á pesar de que yo hacía todo lo posible por intimidarlo: decía así:

—No en vano es célebre el abogado Placidi. La fama dice que tiene un corazón igual á su inteligencia.

Viendo que yo no abría la boca y menos le interrumpía para rechazar su adulación, prosiguió cambiando de asunto:

—Cuando un hombre tiene un negocio... lo diré así... difícil, entre manos, y le falta un patrocinio valioso, nadie mejor que el abogado Placidi. No diga usted que no...

Yo no decía que sí, ni decía que no; pero en este instante me dió la flaqueza de creer que *Libero de Liberi,* en vez de haber cometido la sandez de enamorarse á los sesenta años de una muchacha de diez y seis, estaba allí para cometer otra, la de arrastrar á su prójimo ante los tribunales. Y como siendo así el caso, era de extricto deber el no negarle mi *valioso patrocinio* y acoger con digna gratitud sus palabras laudatorias, aparté un instante los ojos para inclinarme.

¡Nunca lo hubiese hecho! Brilló en sus labios una sonrisa de triunfo y en la manera como se acomodó en la silla, apoyando el dorso en el respaldo y montando una pierna sobre la otra, ví que ya se juzgaba seguro de la victoria.

—Mi negocio es intrincado—volvió á decir, con creciente desenvoltura;—se trata de mi futuro matrimonio.

Borróse de mi frente hasta la última sombra de condescendencia que había brillado en mi faz un momento, pero aquel hombre singular no lo advirtió y siguió adelante:

—Sí, señor, se trata de mi matrimonio, porque todavía soy soltero. Dirá usted que á mi edad es un poco tarde; pero, ante todo, ¿cuántos años cree usted que tengo?

Leyó en mi cara que la respuesta no le habría contentado, y se apresuró á quitarme con gracia el arma que distraidamente había puesto en mis manos.

—Tengo cincuenta y cinco... diré mejor... no los

he cumplido aún; los tendré dentro un mes y siete días... No creo que sea demasiado tarde para tomar mujer..., ni demasiado pronto—añadió, tal vez en contestación á la sonrisa que había visto en mis labios.—¡He sabido esperar! Alguien conozco que á esta hora está arrepentido de no haber tomado mi ejemplo, y de haber cedido al prurito de casarse, como si le hubiesen de faltar jóvenes casaderas... La ligereza, sí, señor mío, perjudica la mayor parte de los matrimonios. El mío no puede tener mal resultado, porque lo he pensado mucho.

Todavía no había puesto en escena á mi hija, y yo podía sin cometer una villanía verdadera y real, ceder á la tentación de darle mi parecer en el asunto, y... ¿quién sabe? tal vez prevenir una discusión enojosa.

Cuando él se envanecía de haber pensado mucho tiempo en su matrimonio, yo sin la menor sombra de malicia en el acento, añadí esta tímida observación:

—¡Tal vez demasiado!

Fué como si le hubiese tirado un jarro de agua fría; se quedó aturdido, pero muy luégo se levantó contoneándose como un gallo.

—Dispénseme usted; creo haber esperado bastante y nada más.

—Dispénseme usted también—comencé á decir con magnífico acento de simplicidad, que luégo tantas veces he querido imitar inútilmente—dispénseme usted también, pero con las personas que se dignan ponerse bajo mi protección, tengo siempre la costumbre de ser franco. No debe haber nada oculto entre un abogado y su cliente..., á lo menos esta es la máxima que yo profeso.

Él me interrumpía con sus ademanes, pero yo había pillado el hilo de mi demostración y no me hallaba dispuesto á dejarlo cortar hasta llegar al fin de mi propósito.

—Antes de entrar en los detalles de su negocio, déjeme usted expresar algunas ideas generales. El fin del matrimonio es, ó á lo menos debe ser, la descendencia: cuando los esposos son jóvenes, el porvenir es suyo; la futura prole, salvo imprevistos desastres, está asegurada; porque crecerá bajo la mirada amorosa de los padres, los cuales tendrán tiempo de envejecer al servicio de la felicidad de sus hijos; pasada cierta edad, el matrimonio implica el prematuro abandono de las criaturas débiles que echarán al mundo.

Viendo la ineficacia de su mímica para cortarme la palabra, el señor de Líberi había tomado valerosamente el partido de dejarme decir: frotándose las manos, subrayaba aquellas palabras, que, según mi intención, debían herirle en lo más vivo.

Cuando callé, no se apresuró á interrumpirme, y únicamente después de haberse frotado las manos una vez más, me dijo inclinando la cabeza y mirándome de arriba á bajo con mucha finura:

—¿Puedo hablar?

—Hable usted.

—Pues—comenzó á decir, imitando muy mal la estudiada dulzura de mi acento—usted puede tener mil razones abstractas, que para el caso no valen tanto como otras razones concretas que diré después. Repito que usted puede tener mil razones abstractas, pero dudo que las tenga. Diré, por el contrario, si usted me lo permite, que no tiene ni una siquiera. Me explico. Que del matrimonio sea fin la descendencia, pase retóricamente, pero lógicamente no puede pasar. La descendencia es por lo regular la consecuencia del matrimonio, y yo deseo que no sea el mío una excepción; pero usted no querrá afirmar en serio que los matrimonios sin ella sean vanos y la unión por tanto inútil. Yo quiero casarme desde luego para tener

hijos; pero también, porque he visto bastante el mundo para contentar toda curiosidad peligrosa para la vida doméstica, y puedo desde luégo abrir el corazón á un afecto verdadero y durable. Tomo mujer, porque creo llegada para mí la hora de ser amado y amar, y mi afecto no será ciego, sino que por el contrario se envanecerá de ser inteligente. Si no me engaño, tengo algunos años más que usted.

—Quince—insinué con presteza.

—Tengo algunos años más que usted y se puede fiar en mi experiencia; pues bien, yo puedo asegurar á usted que los jóvenes no saben amar, que antes de los cuarenta años nadie puede vanagloriarse de saber el *a*, *b*, *c* del arte de hacer felices á las mujeres: yo lo sé todo...

Se había ido acalorando poco á poco, y en el calor de la refutación había olvidado el acento meloso del exordio; pero en este momento adivinó tal vez en mi sonrisa el temor que yo sentía de que hubiese tenido tiempo de olvidar aquel arte de *a*, *b*, *c*, á los cuarenta años, porque bajando la voz y en el tierno y cariñoso acento de antes, repitió:

—Tengo cincuenta y cinco años no cumplidos, estoy en la flor de la edad. Yo leo en su cara que, aun cuando más joven que yo, se cree viejo; envejezca usted de veras y tendrá la misma opinión que yo. Es el defecto de la nueva generación, el querer ser decrépita. La naturaleza ha designado al hombre un período de vitalidad, en parangón de la cual nuestras dos edades juntas hacen apenas una floreciente virilidad. La fisiología de las plantas y de los animales ha demostrado que toda criatura viviente puede subsistir en buenas condiciones ocho veces el tiempo que emplea en lograr todo su desarrollo. El hombre no se forma hasta los veinticinco años: saque usted la cuenta. Son doscientos años de prueba que la humana impaciencia ha logrado re-

ducir á la mitad. Pero yo no soy impaciente, gozo de buena salud, porque he gozado del mundo con método: espero vivir todavía muchos años y ver á mis hijos varones en el ejército ó la Hacienda pública y dar á mis hijas maridos que se me parezcan.

Sonreí con malicia. Era la primera alusión á mi Laurita, pero no pasó de ahí. Estaba contentísimo del papel que había puesto en sus manos y no quería cambiarlo por otro. Sin provocar abiertamente una refutación, él defendía su causa con gran tranquilidad, seguro de ser comprendido, y yo casi me arrepentía de no haberle plantado de patitas en la calle.

—Supongamos—añadió después de una pausa, por complacerle—supongamos que me dé una docena, y, en fin, supongamos que un accidente imprevisto me ocasione la muerte antes de tiempo y arrebate á mi familia al más amoroso de los maridos y de los padres; el daño relativamente á la desgracia sería irreparable para mí solo.

Bajó la voz, y con aire modesto dijo:

—¡Soy rico!

No sabía cómo rebatirlo: en el campo de los razonamientos abstractos, todo cuanto podía oponer era un pero...

—Me alegro—repuse—pero...

Creyó que deseaba más explícitas explicaciones y remachó su último argumento.

—Soy rico, y no me envanezco de ello, porque mis riquezas no las he ganado yo; de todos modos, gracias á mi buen padre, soy rico; poseo ochocientos mil francos, casi todos en títulos de la deuda pública y en fincas. Si fuese necesario, aseguraré mi vida en favor de mis herederos. No tengo la necia idea de creer que me moriré en cuanto la asegure; por el contrario, sé, porque así me lo enseña la estadística, que el que se asegura tiene la probabilidad de campar mucho más, y que

sólo por esto, las sociedades de seguros reparten gordos dividendos. Pero puedo morir de una caída de caballo, puede matarme un rayo, si bien mi casa de la ciudad y la del campo están provistas de para-rayos; puedo morir en un choque de un tren...

—Podemos—interrumpí gravemente—ser pillados desprevenidos en una noche serena y ser muertos y sepultados en un instante por una teja que nos caiga encima.

—Por esto—prosiguió sin descomponerse—me propongo asegurar la vida; y lo haré la víspera de la boda. Será una especie de dote que daré á la novia, la cual deberá entrar en la casa conyugal con su ajuar de niña y nada más.

Esta vez creyó de verdad haberme subyugado, porque me plantó los ojos en la cara como un acreedor.

Dejé durar el silencio lo suficiente para que mi adversario perdiese un poco de aplomo, luégo dije tranquilamente:

—Estoy aquí discutiendo teorías, de las cuales no veo la aplicación.

—La aplicación, la aplicación... la aplicación, vamos á ella. Usted tiene una hija que me gusta; me gusta mucho, me gusta demasiado, me gusta tanto que quisiera casarme con ella. No conociendo á nadie que me presentase—dijo con humildad—heme aquí francamente; como el negocio es de tanto interés para mí, he querido tratarlo en persona. No ignoro que corren por el mundo opiniones contrarias á mi felicidad y quiero defenderla yo mismo.

Hablaba con gravedad desusada, no parecía el mismo hombre de antes, cuando añadió:

—Si después de estas explicaciones hay algo de extraordinario en mi conducta, señor abogado, póngase usted en mi lugar y defiéndame.

Habíamos llegado al punto culminante; era hora de

causar una pesadumbre á aquel hombre audaz; lo encontraba simpático y casi ya no me parecía tan osado. Estaba bien conservado; no era bello, pero sí de facciones regulares; si no los había teñido, los cabellos que le quedaban eran pocos pero negros. Pensé: «¡cuántos padres y cuántas madres se dejarían tentar por las ochocientas mil pesetas de patrimonio! Palacio en la ciudad, palacio en el campo, fincas, títulos de la deuda pública... ¡Ay! cuántas niñas de diez y seis años perderían la cabeza!»

—En todo esto—repuse gravemente—sólo veo de extraño la desproporción de la edad; que usted tome mujer á los cincuenta y cinco años es una cosa naturalísima no habiéndola tomado antes... pero sin duda usted ignora cuántos años tiene mi hija Laura.

—¡Laura! ¿Se llama Laura?

—Sí; se llama Laura, Antonia, María, Eugenia, y no tiene más que *diez y seis* años.

Pronuncié estas palabras de manera que debieran desconcertarle y en verdad parecióme un poco aturdido. Sin darle tiempo de reanimarse, proseguí:

—Viéndola en paseo del brazo de su padre cuando juega á la señorita puede engañar; pero es en realidad una niña, va á la escuela y viste la muñeca á hurtadillas.

Me oía con la boca abierta; una vez vencido el primer aturdimiento, los diez y seis años de mi hija no le desanimaban ya; por el contrario, parecía extasiarse á cada palabra y volvía á darme enojo.

—¡Diez y seis años!—murmuró cuando guardé silencio, viendo que mis palabras sólo lograban avivar su fantasía amorosa...—diez y seis años son pocos... cuando no bastantes. Por esta vez creo que bastan. Como dice usted muy bien, la señorita Laura está muy desarrollada. Viéndola en paseo, no se le darían diez y seis años. Sin embargo, diez y seis años cumplidos

se entiende que significan diez y siete para el día de la boda. Pues bien; por mí tanto mejor, nada tengo que oponer!

—Siento contradecirle—interrumpí fastidiado—pero debo limitarme á agradecerle el honor que quiere usted hacer á mi hija.

—Un momento; no me diga usted que no, sin dejarme hablar. Usted mismo decía, poco há, que encuentra naturalísimo que yo tome mujer.

—Ciertamente... y añadiré que en su lugar la quisiera de cierta edad.

—Perdone usted, pero haría usted una tontería. Á mi edad no hay otro remedio sino escoger entre permanecer soltero ó buscar una joven, no digo precisamente de diez y siete años...

—¡Menos mal!

—Pero que no haya pasado de los veinte. Un matrimonio como yo le pretendo, tiene todas las probabilidades de ser felicísimo; una niña á esa edad no tiene todavía la cabeza á pájaros; no ha adquirido opiniones tontas, casi no tiene opiniones: terreno virgen, pronto á recibir lo que convenga sembrar. Yo no obligaré á mi mujer á hacer lo que me plazca; pero haré á mi mujer cómo me plazca que sea; esto es, feliz. Y para que una mujer sea feliz me parece que debe ser afectuosa, modesta, casera y enamorada... del marido. ¿Me equivoco? Á los diez y siete años es ya una felicidad el entrar en posesión de un manojo de llaves; jugando á hacer el ama de casa, la niña se enamora de la casa y convierte en costumbre el amor conyugal. Una felicidad comenzada bajo estos auspicios debe desafiar el tiempo á despecho de teatros, libros y amigas; porque, dígame usted, ¿qué falta á los matrimonios mal avenidos? Falta marido. Las costumbres, la curiosidad, la inquietud de los jóvenes del día hacen que en la mayor parte de los matrimonios el marido

esté ausente. La mujer abandonada se entrega por desesperación á los libros y á las amigas. Y si alguna vez se engaña y por exceso de desesperación se da también á algún amigo, ¿quién tiene la culpa?... ¿Sonríe usted, señor abogado? prueba de que tengo razón.

—No anda usted descaminado; dice usted cosas llenas de sensatez, pero no puedo contestarle sino que por ahora no pienso en casar á mi hija...

—Está bien, esperaré... puedo esperar.

Lo miré á la cara como si mirase un portento: él adivinó lo que pensaba y añadió:

—No digo que tenga tiempo que perder, pero por complacer á usted esperaré... Vamos á ver: ¿cuánto tiempo quiere usted que espere... un año, dos años?...

—Se sale usted de la cuestión, señor mío; no quiero obligar á usted... Si me hace el honor de pedirme mi opinión abstracta acerca de su matrimonio, yo se la doy desnuda y cruda. Los razonamientos con que usted defiende su causa son especiosos, son bellos, hacen, como nosotros decimos, *efecto*; pero á quien busca el fondo, aparecen tal y cual son, sofismas de la impotencia.

En poco estuvo que no le encolerizara esta última palabra; necesitó de toda la fuerza de su voluntad para rechazarla tranquilamente.

—Impotencia, no; todo lo que usted quiera, señor abogado; pero impotencia, no; estoy en sus manos, maltráteme, si lo desea; pero no ofenda usted las verdades fisiológicas...

—No he querido ofender la fisiología, y si la he ofendido sin saberlo, le pido mil excusas—proseguí diciendo;—daba á usted, pues, mi parecer abstracto; y es que el matrimonio debe ser comunidad de ideas, de instintos, de necesidades, de aspiraciones, de sentimientos cimentados en el amor. La desproporción inmensa de edades crea, casi siempre, uniones ficticias en que ha

de ser, ó todo sacrificio de una parte, ó todo condescendencia de la otra...

—Un poco de sacrificio de una parte—interrumpe con meloso acento;—un poco de condescendencia de la otra.

—Si luégo me pide usted la mano de mi hija—proseguí sin escucharle—le diré que yo no dispongo de ella como de una mercancía, y que si dispusiera, me gusta hablar con franqueza, no se la daría.

—¿Y es usted de opinión de que ha de faltar algún padre que quiera entregar á su hija á un hombre como yo, sin gastar un real...? porque yo no quiero dote...

—No es eso lo que digo; creo por el contrario que no han de faltarle á usted, pero le aconsejo que reserve usted para lo último, como lo hace hoy, el argumento de la dote. Dotar á los hijos aun cuando cueste un sacrificio, es un derecho que los padres estiman en mucho, es una satisfacción á la que no quieren renunciar.

Miróme como quien tiene grandísimos deseos de contradecir un pensamiento optimista, pero yo le miré fijamente y entonces él se inclinó en silencio.

—Tal vez—dijo luégo con frialdad—cuando la señorita Laura sepa...

—¡Mi hija!—interrumpí levantándome—no sabrá nada; está en una edad que no me obliga en lo más mínimo á prevenirla.

Con tan explícita declaración le dí un golpe mortal.

—Es singular—murmuró.—Usted dispone así de la voluntad de su hija sin consultarla siquiera.

—Dispense usted, pero yo no dispongo de nada; dejo á mi hija libre para que pueda hacer a su tiempo, pero con juicio, su felicidad.

—La felicidad—dijo sentenciosamente aquel obstinado—no se presenta casi nunca dos veces. Tengo conciencia de hacer feliz á la señorita Laura; paréce-

me que no había mal alguno en hacerle conocer mis intenciones...

—La señorita Laura—repuse con calma—hace dos años todavía se daba por contenta casándose con papá. Diga usted si debo tomarme el trabajo de llenar su cabeza con tan extraño proyecto.

—¡Quería casar con papá!—exclamó con alegría aquel enamorado testarudo. —¡Quería casar con papá!...

—Dispense usted—dije para cortar su éxtasis—olvidaba que me esperan...

—Volveré pronto—dijo.—Piénselo usted.

Me tendió la mano, la tomé un instante; se inclinó, me incliné, y desapareció.

Al quedarme solo, sentíme como agobiado bajo el peso de una desgracia inmensa, que mis fuerzas paternales no bastaban á soportar. Corrí á depositar todo mi desconsuelo en el corazón de Evangelina.

III

La idea de que Laurita á los diez y seis años hubiese provocado la amorosa locura de un viejo solterón, y sobre todo la de que yo me afligiese de ello como de una desgracia que había tocado en suerte á nuestra niña, la ponía de tan buen humor que no cesaba de reir.

—Haz de modo que le conozca—decía;—cuando vuelva me advertirás para asomarme á la ventana y verle pasar. ¿Por qué no te ríes tú también?

Intentábalo, pero sin resultado. Parecíame que el viejo pretendiente permanecía allí, en cualquier rincón del cuarto, y que movía la cabeza riendo mientras decía: «Tú te ríes, pero tanto da; yo me casaré con tu hija.»

—Ríete—insistía Evangelina.

—¿Qué quieres que le haga? no puedo; me siento humillado por nuestra Laura, me arrepiento sinceramente de no haber estado bastante descortés con aquel imbécil, porque en suma casi ha salido él triunfante de la discusión.

—Pero no le has dado la niña.

—Lo mismo que si se la hubiese dado, puesto que se cree seguro de robárnosla; lo dice claro; que es rico, que está bien conservado, que sabe por entero el

arte de hacerse amar. Laura no podrá resistirle, está persuadido de ello... Vuelve, vuelve, viejo necio; yo te daré lo de irresistible...

Evangelina no podía más; mis palabras no la dejaban conservar el equilibrio; reía inclinándose á un lado y otro como planta atormentada por el viento, y á un gesto mío de desesperación, abrió los brazos y cayó riendo descompuestamente sobre el sofá.

—Sean dadas gracias al Señor... ¿cómo se llama?

No había reído tanto en su vida.

Me había aplacado. Hubiese reído también con gusto, pero me esforzaba por sostener mi seriedad para que Evangelina se divirtiese.

—¡Haber pensado seriamente en Laura!

—¿Y qué hay de malo en ello?—interrumpió mi mujer;—para encontrar un pretendiente como le deseamos nosotros, tiene tiempo nuestra hija; pero uno como éste no se presentará jamás.

—¿Qué sabemos? Empiezo á creer que por cada joven que llega á la madurez, existen por lo menos dos viejos bien conservados que esperan impacientes.

—Estoy persuadida de ello.

—La sociedad está constituída así—continué—los jóvenes van en busca de las mujeres ya..... de otros, y los viejos atrapan á las niñas. ¡Pero advierte... oye! Nuestra Laurita...

Enmudecí; Laurita entraba entonces. Con su perspicacia acostumbrada comprendió que estábamos muy callados, echó una mirada en torno y sin darse aires de haber comprendido que nos fastidiaba, se dirigió á la puerta opuesta para marcharse como había venido.

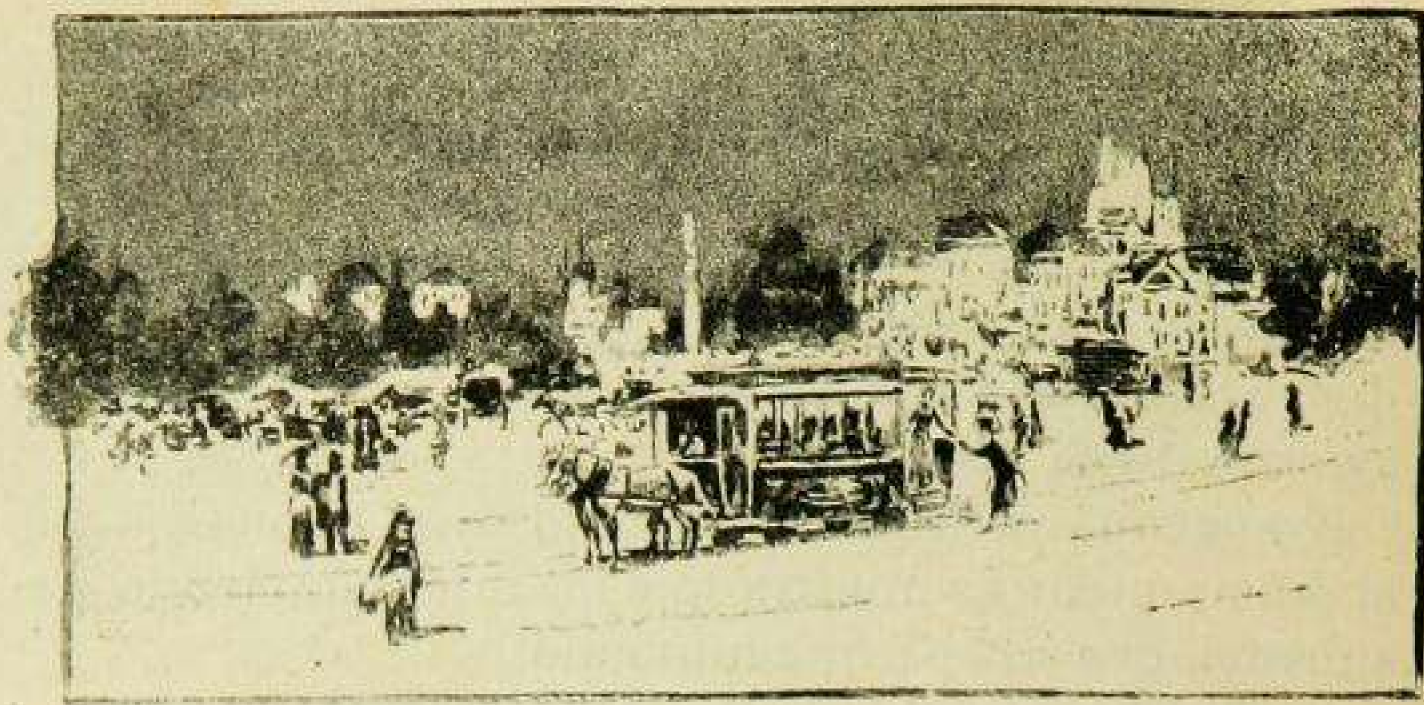
—¡Laura!

Se detuvo en el umbral volviéndome su carita sonriente; le hice un ademán que comprendió al instante y corrió á arrojarse en mis brazos. Cogiéndola de la barba con cariño y sosteniéndola á la distancia del lar-

go de mi brazo, comencé, burlescamente, una especie de examen malicioso, que á poco, pensando en el ignorado porvenir de mi hija, trocóse en profunda ternura y un poco después en despecho. Y sin advertirlo dije: «¡animal!» porque se me representó aquel viejo egoísta, que á dejarlo...

Evangelina volvió á reirse como si yo hubiese dado la señal, mientras nuestra hija iba interrumpiendo ora á mamá, ora á papá, preguntando:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué os reís?



IV

Experimenté desde aquel día un extraño sentimiento hacia mi hija, una mezcla de respeto y de ternura como si al mismo tiempo se hubiese convertido en mujer y hubiese vuelto á ser niña.

También Evangelina pensaba de aquella manera:

—Cuando recuerdo que Laurita ha tenido ya una propuesta de matrimonio, paréceme que no es ya mi niña, y cuando saco la cuenta y veo que el pretendiente puede casi ser su abuelo, me parece que ayer me la devolvió el ama.

Por no decir la verdad á nuestra hija, nos creímos obligados á inventar una historieta para satisfacer su curiosidad; pero Laura nos dió á comprender con su silencio que aceptaba nuestras palabras, como ya había hecho otra vez encerrando en una caja su último juguete.

—Escribamos á papá—dijo Evangelina.

—Se enfadará.

—Al contrario, le divertirá la ocurrencia, ¡pobre viejo!

¡Pobre viejo! ¡Ay de mí, sí! el tiempo pasa y mi pobre suegro no era ya aquel abuelo vivaz que saltaba al rededor de los nietos; era ya un abuelo venerable, si bien él no quería convenir en ello y apenas admitía la suposición de que comenzaba á declinar. Había pasado de los sesenta y conservaba la última flor de su canicie, esto es, su franco buen humor. Trabajaba todavía para no darse por vencido; para no provocar á la muerte, según decía, á visitarlo antes de tiempo; la hilandería de Monza era su castillo y desde algún tiempo salía de mala gana temeroso de ser atrapado en algún lazo.

En compensación á las visitas que tanto nos hacía desear, enviaba frecuentes cartas á su hija, á su yerno y sobre todo á su nieta. Había hallado no sé dónde cierto estilo, sencillo, ligero y malicioso que le era natural y que aprovechaba á la primera sin empacho. Cuatro carillas de una letra metida, no bastaban á agotar muchas veces su jocoso humor, se traslimitaba hasta una posdata escrita en los márgenes. Confidencias, consejos, festivos sermoncitos que escribía á Augusto, y sobre todo planes para el porvenir. Sí, el amable viejecillo aseguraba á mi estudiante en leyes en la Universidad de Pavía, que había de llegar un día que lo pasarían juntos. «El porvenir es de quien sabe esperarlo.» Esta frase era para él toda la filosofía consoladora de la vejez.

Naturalmente, en el epistolario del abuelo había también un lugarcito para Laurita, pero casi un lugarcito, tres páginas en junto. «No sé qué escribirte, decía excusándose por dejar una página en blanco: he olvidado cómo se escriben las cartas á las niñas; en mi tiempo la educación de las señoritas era ya compli-

cadísima y á poco que haya empeorado, como todo, corremos el riesgo de cometer un despropósito cada cuatro palabras.»

Cuando le escribí lo de la demanda de matrimonio del señor de Líberi, ocurrió como lo esperaba.

—No bastará un volumen á contener su ingenio, lo verás—había dicho á mi Evangelina—verás cómo viene á Milán.

—Y querrá ver de cerca al pretendiente; no hay sombra de duda.

En efecto, vino, y pareció que habíamos adivinado todas sus intenciones, porque al entrar en casa inesperadamente, estaba chispeante y deslumbrador como un fuego artificial. Su primera pregunta fué:

—¿Dónde está?

Creímos que hablaba del señor de Líberi; él, por el contrario, quería ver á Laurita, y cuando supo que hasta las dos estaba en el colegio, repitió con maravillosa ingenuidad:

—¿En el colegio? ¡Está en edad de casarse y me la mandáis al colegio!

Se asomó á la ventana á ver si por casualidad Laura atravesaba el patio de casa, luégo miró el reloj para ver la hora, sin verla, después volvió á mirar la hora y por fin dijo:

—¿Y cómo está Augusto?

—Muy bien.

—Me escribió anteayer, pero estudia demasiado, quiere matarse ese pobre chico!... ¿Qué necesidad de estudiar tanto para los exámenes? Yo se lo recomiendo siempre: los exámenes se hacen como se puede; se sale bachiller, y después se llega á ser famoso abogado.

Me puso una mano sobre el hombro para advertirme que hablaba... y prosiguió:

—Vuestra carta me sugirió un magnífico pensa-

miento; á esta niña hay que sacarla del colegio, es hora de buscarle marido... lo que me admira es no haberlo pensado antes.

—¿ Querías casarla á los quince años ?

—Casarla es una cuenta, pensarlo otra; paréceme que si hubiese pensado en esto para desechar la melancolía...

—¿ Estás melancólico ?— pregunté con incredulidad.

Él levantó una mano y comenzó solemnemente:

—Hijo mío...

Pero se arrepintió al instante y terminó con una carcajada en los brazos de su hija.

—¿ Y qué hace Laurita en el colegio?

—Estudia...

—¿ El arte de hacer feliz al abuelo se lo enseñan en la escuela ? ¿ Esas cartitas francesas que me envía las escribe tal vez en el colegio ? Sabe historia, sabe tocar el piano, sabe cuentas... ¿ qué más estudia ?

—Las jóvenes de hoy deben aprender historia natural, física, geometría, química, alemán y alguna otra cosa.

Levantó los ojos al cielo para llamarlo por testigo de cuánto quería decir, y dijo una herejía. Dijo (el cielo se lo perdone), dijo que para tener hijos, las jóvenes no tienen necesidad de saber química. Y en esto, no preguntaba por el señor de Líberi, y yo que estaba impaciente de ver á mi suegro víctima de las convulsiones de la hilaridad, fuí el primero en presentarle tan sabroso argumento.

—¿ Y el señor de Líberi ? No olvidemos al señor de Líberi.

Imaginé que me iba á interrumpir con una salida de buen humor; pero como mi suegro esperaba una explicación acerca de mi acento un tanto chancero, hube de añadir:

—¡ Ah! ¡ cuánto nos hemos reído !

—¿Ha vuelto?—preguntó sin reirse.

—Todavía no, y me asombra: á su edad no hay tiempo que perder...

Mi suegro esta vez me interrumpió en seguida:

—¿Cuántos años tiene?

—Ya lo hemos escrito; cincuenta y cinco cumplidos.

Me miró á la cara y sentenció severamente:

—Á los cincuenta y cinco años todavía el hombre es joven, á los cuarenta suele ser muchacho.

Le interrumpí con desenfado, diciendo:

—¿Y á los diez y seis?

—Á los diez y seis—prosiguió el viejo serenándose y sonriendo—á los diez y seis años una niña es niña ó... mujercita, según los casos. Laura, por ejemplo, es una mujercita y es preciso buscarle marido muy pronto.

—Démosla al señor de Líberi—insinué.

—Deja en paz al señor de Líberi. ¿Qué te ha hecho el señor de Líberi?

—Me ha pedido á Laura por mujer y yo propongo que le contentemos: todavía es joven, está en la flor de sus cincuenta y cinco años contados... la desproporción de edad no le causa miedo...

—Precisamente esto es lo que más le seduce—murmuró mi suegro, como reprendiéndose;—la infancia nos atrae á todos; cuando los cabellos comienzan á encanecer, las semillas de la juventud y del amor...

Convenía un poco de silencio tras de esta reticencia filosófica, pero tal vez nosotros lo prolongamos demasiado, porque el anciano se echó atrás, nos miró á la cara, y por esta vez se rió de modo y manera excesiva, declarando que las niñas de diez y seis años son la verdadera calamidad de la gente calva ó cana. El que bajo la calva ó las canas conserve dos dedos de juicio, debe sobreponerse y resistir á la tentación; el señor de Líberi era un asno calzado y vestido que

confundía el instinto con la necesidad y su propia flaqueza con la propia entereza.

—Pero si hay que compadecerlo—se apresuró á decir—si hay que desengañarlo con gracia, me encargo yo, puesto que...

De cuando en cuando dirigía una mirada al patio, á través de los cristales; de pronto se interrumpió mientras un rayo de luz cruzó por su frente.

—¡Ahí está!—murmuró apoyando la cara contra los cristales...—¡Cuánto ha crecido! ¡cuán bella está! Pero, ¿quién es el señor que la acompaña?

—Es él—exclamé, golpeando el vidrio con la frente.

Era el señor de Líberi, siempre saltarín y desenvuelto y siempre acompañado de la música de sus botas, la cual llegaba hasta nosotros, andando junto á mi hija, que sin sospechar perfidia en un hombre de su edad, fijaba en él sus inocentes ojillos, mientras él decía... ¿Qué le decía?... Y la criada... ¡Estúpida criatura! Hela ahí que llega tranquilamente, dirigiendo la última mirada y terminando la última frase del diálogo al portero.

Un momento después, Laura entró á la carrera á traerme una noticia; pero á mitad del camino vió al abuelo que esperaba con los brazos abiertos, se desvió y fué á él primero.

—Hay ahí, un señor... viejo—dijo cuando pudo salir de aquel abrazo.

—¿Quién es ese señor viejo? ¿Qué decía? ¿Por qué te seguía?

—Es el mismo que vimos en los jardines, ¿lo recuerdas? Aquel que llevaba las botas cantarinas... Ayer al salir del colegio le encontré por la calle y me saludó; hoy por casualidad venía á verte, subimos en el ómnibus y también él subió. Nos encontramos sentados de frente... ¿La señorita de Placidi?—me preguntó.—Sí señor, respondo. Después el ómnibus se detiene, él

baja, me ayuda á bajar y deja que Margarita se arregle sola.

—Ahora está ahí, te espera para hablar de un negocio importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha dicho él, que tiene un importante negocio contigo; me parece un poco charlatán y algo curioso; quería saber si voy con gusto al colegio... al saludarme me dijo que me conservara siempre así... siempre así... ¿Cómo?

Mi suegro no quiso oir más y se dirigió al encuentro del señor de Líberi; temiendo que hiciese una de las suyas, le seguí.

V

No se desanimó en lo más mínimo al ver comparecer dos personas en vez de una; nos acogió con una cortesía, con una sonrisa, y apenas estaba á tiro, se apoderó de mi mano.

—Mi suegro—comencé á decir...

—¡El abuelo!—exclamó él.—Lo habría adivinado, es su retrato.

Con este embuste atroz ponía fuera de combate un adversario, pero irritaba al otro; por lo cual añadió, volviéndose á mí:

—¡Cosa más rara!... que pueda parecerse uno á muchas personas, que luégo juntas no tienen sombra de semejanza!

Admití concisamente que era extraño y rogué al señor de Líberi que se sentara.

—El señor—dije á mi suegro, como informándole por vez primera—el señor nos ha hecho el honor de pedirnos la mano de Laurita.

Pero era inútil proseguir, porque mi suegro, todavía preocupado de su semejanza con mi hija, daba á entender con la cabeza y la sonrisa, que estaba perfectamente enterado de todo, y que se hallaba dispuesto á compadecer en todo caso.

—Vengo por la respuesta...—dijo el señor de Líberi, dirigiéndose directamente á mi suegro.

—La respuesta...—balbuceó el pobre hombre, embarazadísimo al tener que devolver una aflicción en cambio de una lisonja—la respuesta... no debe ofenderle... Nosotros comprendemos... yo lo comprendo muy bien y sé compadecer... á nuestra edad... se lo decía poco hace á mi yerno... la infancia nos atrae...

El señor de Líberi parecía sufrir grandísima angustia; le había penetrado una espina en parte muy sensible... no podía permanecer quieto...

—Perdone usted—decía... Pero mi suegro no era hombre que se dejase interrumpir cuando tomaba el hilo de la conversación.

—Usted perdone...—replicaba;—Laura es realmente una niña, si bien parece una mujercita; al verla no es posible pensar en este matrimonio seriamente. Figúrese usted el porvenir; dentro de pocos años nosotros seremos viejos: cuando Laura...

Esta vez no pudo resistir el señor de Líberi.

—¿Cuántos años tiene el señor?

—Comprendo lo que usted quiere decir—repuso mi suegro.—Tengo en efecto algunos años más que usted; pero esto no importa, no somos todavía viejos ni usted ni yo; pero tenemos intención de envejecer, por lo menos la tengo yo...

—También yo la tengo, pero con el tiempo... mientras usted... perdóneme.

—Yo... perdone usted... á las niñas de quince años he renunciado hace rato... y usted debe renunciar también... créame usted.

Mi suegro al decir estas palabras no se parecía nada á Laurita; había dado á su voz un tonillo impertinente, aunque de buena educación, y le brillaban los ojos bajo los párpados erizados de pestañas blancas, pero el señor de Líberi siguió impasible.

—Renuncio—dijo con gravedad;—esperaré que tenga veinte.

Mi suegro y yo nos miramos estupefactos ante aquella amenaza; luégo nos reímos sin cuidar de miramientos. Rió también el señor de Liberi, pero sólo porque cesáramos en nuestras risas; luégo prosiguió:

—Y como soy un caballero, me atrevo á esperar que el señor abogado no me querrá cerrar la puerta de su casa como á un chicuelo ó á un enemigo.

¿Qué contestar? que, al contrario, sus visitas nos complacerían mucho...

—Gracias—dijo levantándose de la silla—para otra vez le ruego me presente á su señora, ahora me marcho...

—Crea usted, sin embargo...—empezó á decir mi suegro, enteramente calmado.

—Crea usted...—dije yo.

—Crean ustedes—dijo él—que no desespero jamás porque sé esperar.

—El porvenir es del que espera—afirmó sentenciosamente mi suegro.

—Con que, hasta la vista.

—Hasta la vista.

Enfiló la puerta seguido por nosotros, cruzó la estancia sin volverse, y á la puerta de salida se volvió, inclinóse y desapareció.

Un momento después atravesaba el patio á paso de conquista, y levantaba los ojos á la ventana, sin duda por si veía á la damisela de sus pensamientos. Nos apresuramos á retirarnos temiendo que nos viese, y yo dejando caer mis brazos cuán largos son delante de mi suegro, que me miraba con la boca abierta, exclamé:

—Mi hija está condenada, no tengo esperanza de salvación.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que el hombre es capaz de esperar cuatro años y de casarse: el destino lo quiere.

Algo de mi supersticioso destino había penetrado en el ánimo del pobre abuelo.

—Veremos esto también—decía.—Es imposible que Laura esté cuatro años sin encontrar marido. Se lo encontraremos, es preciso encontrarlo en seguida... yo te ayudaré.

—¿Estando en Monza?

—¿Qué estás diciendo? Por poco que me tientes soy capaz de plantar la hilandería para refugiarme en tu casa como un inválido... ¿Me quieres?

—Ven—exclamé solemnemente—ven á repetir esas palabras delante de tu hija y de tu nieta.

Y lo arrastré conmigo. Él me dejó hacer riéndose.

VI

Á fuerza de invocar la palabra empeñada y de repetir que el hombre se debe á sí mismo, no ya en la vejez sino antes, un poco de reposo en el seno de la familia, mi suegro se decidió á escribir á su tenedor de libros, confiándole el cargo de atender á todo y de arrendar ó vender la hilandería. En el momento de entregarme la interesante carta para que yo la dirigiese á Monza, soltó un suspiro y me dijo claramente en la cara que todas mis instancias y todas las monadas de su hija y hasta su palabra empeñada no bastarían á impedirle la marcha si no fuera por...

—¿Por Laurita?...

—No, por una idea, por un capricho que me ocurre.

No quiso decir más y pareció acomodarse con bastante resignación á su nueva vida. Pero por la noche de aquel mismo día me dijo:

—Es extraño, paréceme que hace un año he renunciado á la hilandería, no he sentido nunca como ahora la necesidad de marcharme... pero, no lo dudes, me quedo... no por ti, ¿sabes? no por vosotros sino porque soy un egoísta, porque soy un impertinente, un desvergonzado...

No comprendía nada, y él se complacía en hacerme devanar los sesos.

—Me dirán descontentadizo..., que lo digan, soy así y no tengo yo la culpa. Tengo una idea muy atrevida, —repetía—pero no te la quiero decir.

Tenía por el contrario grandes deseos de decírmela; pero era una idea tan atrevida la suya, que temía decirla en alta voz por miedo de ser castigado.

Cuando menos lo pensaba, rompiendo el curso de otras mil bromas que prometían continuar largo rato, mi suegro se paró, y con insegura voz:

—Te lo quiero decir, vaya—dijo—vaya, te lo quiero decir: lo que me he puesto en la cabeza es dar marido á Laurita.

—¡Sepámoslo!—exclamé.

Me dirigió una mirada compasiva y añadió maliciosamente sin atender á mi interrupción:

—Darle marido para que te haga abuelo. Tú no sabes lo que es ser abuelo y no puedes formar idea...

—Gracias—le dije con fingida gravedad;—tu premura me conmueve, pero no tengo gran prisa...

—Si tú no la tienes, la tengo yo.

—Tú ya eres abuelo; ¿qué te importa?

Pero la luz que irradiaba en la cara gozosa del pobre viejo iluminó mi mente: el gran secreto se me reveló.

—¡Bisabuelo!—exclamé.

—Bisabuelo—dijo—bajando la voz. Quiero ser bisabuelo; tal vez llegue á tiempo, y Laurita no es capaz de hacerme penar.

Cuando esta idea entró en la cabeza de mi suegro, la ocupó por completo para reinar despóticamente mañana, tarde y parte de la noche. Le llegaban de Monza noticias diversas y contradictorias acerca de la hilandería de la que había sido prisionero toda la vida; no se hallaba comprador; se había encontrado, se había arrepentido. Y mi suegro permanecía tranquilo y seguro de su suerte.

—Sé cómo terminará—decía;—el comprador insiste

para retardar su negocio y hacer valer su dinero. Á última hora llegará de prisa y corriendo, entre tanto... casemos á Laurita.

—No tiene más que diez y seis años—objetó mi mujer.

—Cumplidos, casi diez y siete. ¿Por ventura, no te casaste tú á los diez y siete años?

—Perdona, papá, tenía cerca de diez y ocho.

—No los habías cumplido. Veamos, ¿qué vida hacéis vosotros? ¿No tenéis una noche para recibir, no vais á ninguna casa donde Laurita se dé á conocer...?

—Vamos á casa del Caballero...

—¿Y qué se hace en casa del Caballero?...

—Se habla, se juega, tocan el piano.

—Laurita tocará á cuatro manos, yo cuidaré de volver las páginas... ¿Cuándo vamos á casa del Caballero?

—La casa de ese señor está abierta cada día. En esa casa—prosiguió Evangelina—se halla siempre la mesa servida, una taza de café, un vaso de cerveza y uno de licor.

—¿Las muchachas hallan marido allí?

—Alguna vez, sí...

—Me presentarás á ese caballero—concluyó mi suegro gravemente.

La casa del Caballero, como la llamábamos por abreviación, era en realidad la casa de sus amigos; á ella acudían en gran número en todas las estaciones del año.

El propietario tenía entonces los sesenta y cinco. Era un ancianito guapo, sin un pelo de barba en su cara; tan sólo había conocido en su vida pasada un enemigo, una enfermedad nerviosa que lo había maltratado sin lograr hacerle perder su habitual cordialidad con los hombres, ni la galantería con las señoras. Y la cordialidad y la galantería tenían para él extrañas exigen-

cias. Sentarse en el peor puesto, dar el brazo á las dos señoras más viejas y afligirse de no poder remolcar la tercera en los pasos difíciles; echarse encima bajo el ardiente sol de Julio todos los chales de toda una comitiva de damas, temerosas de resfriados, ofrecerse el primero á cruzar los caminos más desastrosos para dar una noticia, escribir caligráficamente diez cartas de cuatro páginas para recomendar á una persona desconocida, sin fastidiar á diez amigos: estas y otras empresas semejantes, eran su pan de cada día. Os daba las gracias si le dabais una pequeña molestia; si se la dabais muy grande, conservaba por ello gratitud eterna. Sacrificarse por el prójimo era toda su ambición, si no era su destino, ó su condena. Se lo dije una noche que después de haberle ido á buscar á la estación, no se dió paz hasta que me acompañó á la puerta de mi casa.

—Caballero—le dije—usted expía alguna culpa horrenda. ¡En otra vida, Dios sabe cuantas picardías me hizo usted! Pero ahora las he perdonado.

¡En casa del caballero mi suegro se proponía hallar el marido de Laurita!



VII

El miércoles siguiente era día de gala para el Caballero. La víspera, á la hora de acostarse llegó un telégrama á decirle que el coronel Ipsilone, antiguo compañero de armas, á quien creía muerto en la batalla de Novara, llegaba á la una de la noche para volver á partir al amanecer.

Era preciso ir á buscarle á la estación porque el coronel lo decía claramente en ese lenguaje telegráfico que tanta semejanza tiene con el lenguaje disciplinario del regimiento. «Espérame en la estación.» Y luégo, ¡pensar que aquel pobre coronel escapado á la metralla pasaba tres ó cuatro horas en una sala de espera, que había de estar cansado, tal vez enfermo, tal vez muerto de sueño, quién sabe! pensar todo esto y permanecer en la cama, no velar ni aburrirse también, sería un egoísmo feroz digno de su vida pasada, y el Caballero, al volver al mundo, había ofrecido solemnemente al Padre Eterno, enmendarse.

Fué, pues, á la estación y encontró al antiguo compañero de armas encolerizado contra la administración del ferro-carril por un paquete que se había extraviado: al Caballero tocóle aplacar al coronel, buscar y encontrar el paquete y encargarse de hacerlo llegar á su dirección. Luégo después hubo de cenar sin ganas, en

el café de la estación; pero pagó él. En suma había pasado una magnífica noche.

Amanecía cuando el Caballero volvía á su casa.



No se frotaba las manos porque las tenía ocupadas con aquel lío empecatado, origen y causa de tanta cólera y tantas fatigas. Y no habiendo encontrado en tan temprana hora más que un cochero pacíficamente dormido, hubiera sido cruel despertarle.

Convengamos en que fué aquel un día feliz para el Caballero. Por una de esas inexplicables contradicciones á que suelen ceder aun los hombres dotados de natural generoso, intentaba la manera de persuadirnos de su coraje contra el coronel; lo daba á todos los diablos, pero la sonrisa le hacía traición, se leía perfectamente en su fisonomía la íntima complacencia que sentía por haber pasado tan mala noche.

Ya estaban todos allí. Los fieles frecuentadores de la casa se hallaban bien en ella y acudían de los cuatro puntos cardinales, desafiando toda suerte de inclemencias de las estaciones rigurosas. Se marchaban á media noche, y el Caballero los acompañaba hasta la calle para darles las gracias por la molestia que se habían tomado.

La dueña de la casa ayudaba con mucha gracia al Caballero su marido á cumplir la misión que le había

sido confiada en la tierra, soportando con desembarazo su parte de molestias.

Ya estaban todos allí. El viejo mayor, reposado, dando á la comitiva órdenes y contraórdenes que sólo el Caballero seguía por todos; el abogado M... mi buen colega, muy conocido en los tribunales por su elocuencia, no menos que por su abultado abdomen: el lindo Arturo, joven empleado que tenía de sí mismo alto concepto; el señor A, la señora B, el conde C y las otras letras del alfabeto.

Mi suegro empezó por causar inmensa alegría al dueño de la casa, luégo dió una vuelta por el salón para declararse á su vez alegrísimo de haber hecho conocimiento con todos aquellos señores; después de esta iniciación se encontraba dueño de hacer su gusto, esto es, de marcharse á pasear por el jardín ó al comedor á fumar. Se decidió á meterse en una butaca desde donde pasó revista á todos los jóvenes sin perder de vista á Laurita, la cual estaba de pié junto al piano en un corro de muchachas de su edad que hojeaban música, amenazándonos con la audición de varias piezas á cuatro manos. De vez en cuando mi viejecillo me llamaba para preguntarme:

—¿Quién es aquel joven alto y rubio, de los lentes, que vuelve la espalda á las niñas?

—Es el lindo Arturo; viene sin duda para provocar un rapto, pero esas pobres niñas no tienen bastante energía para llevar á cabo semejante empresa!

—¿Y aquel que lee, quién es?

—Es Pablo, un buen muchacho: viene á leer la *Gaceta* bajo la protección de su mamá; así á lo menos, una vez por semana, se informa de lo que pasa por el mundo.

—¿Y los otros seis días?

—Estudia, pinta, toca el piano y se avergüenza: me temo que hace versos, pero no estoy seguro de ello.

—Será preciso preguntárselo.

—Guárdate de ello; espiraría á tus piés...

—¿Y por qué viene?

—Porque viene su madre; aquella viejecita que tiembla en aquel ángulo.

—No me gustan los tímidos—murmuraba mi suegro. Y volvía á mirar por aquí y por allá...

Á poco, en el hueco de la puerta, en el fondo de la sala, apareció á nuestros ojos una visión.

—¡El señor de Líberi!!—balbuceé.

Se adelantó rozándonos fingiendo no habernos visto; se dirigió á la señora de la casa, siempre seguido del Caballero, se hizo presentar á las señoras, saludó gravemente á los señores, y, pasando por delante del corro de las niñas, parecióme que lanzaba una mirada como quien tira un lazo cuando se tiene mucha práctica. Entonces alguien suspiró dentro de mí:

—¡La cogió!

Mi suegro y yo nos mirábamos cara á cara.

El señor de Líberi, que perseguía á mi hija hasta entre las paredes de casa de mi amigo, nos parecía á los dos uno de esos personajes fatales que figuran en las novelas antiguas.

¿Pero cómo aquel hombre había logrado introducirse en aquella casa?

La explicación que me dió el Caballero debía llenarme de terror supersticioso, porque se veía claro que un destino fatal favorecía los designios del viejo enamorado. Figúrense ustedes que el paquete, el pernicioso paquete que el Caballero había traído con sus propias manos por encargo del coronel Ipsilone, iba dirigido precisamente al señor de Líberi!

No pudo retardar un minuto el cumplimiento del encargo (decía); ¡quería acabar con aquel engorro! El Caballero había ido hasta la puerta de la casa de Líberi y allí había dejado en manos del portero el pa-

quete y una tarjeta con una mentirijilla escrita con lápiz: «El caballero *tal de tal*, por encargo del coronel Ipsilone...»

El señor Líbero de Líberi, que conocía su deber, se dirigió después del medio día á casa del Caballero con el pretexto de darle las gracias, y habló del abogado Placidi como de un antiguo amigo.

—Los amigos de mis amigos...—comenzó á decir el Caballero empujado por su destino y por el mío.

El señor de Líberi le ayudó con gracia á terminar el viejo proverbio y se hizo convidar á los famosos miércoles.

Se comprende lo restante; para no perder tiempo, el atrevido viejo comenzaba la misma tarde.

Era preciso verlo para formarse una idea de su descaro. Una hora después de su entrada había estrechado otra vez la mano á todas las señoras sin descontentar á los hombres.

Tenía siempre á punto un repertorio de anécdotas y de charadas, y el raro dón de aquella extravagante seriedad que tanto hace reir.

Toda aquella gente que todavía no le había visto la cara á la luz del sol, estaba pronta á abrirle el corazón.

Triunfaba modestamente, y yo, que no le perdía de vista, lo ví más de una vez recoger con una sonrisa los homenajes de la reunión, y deponerlos con una mirada á los piés de mi hija que no advertía nada.

Las niñas abandonaron el piano para ver los juegos de manos, y el que los hacía era siempre el señor de Líberi.

Pero el piano no perdona. Á poco se oyó un acorde seco; era el lindo Arturo que se lamentaba del abandono en que lo dejaban.

Entonces se le acercó Pablo.

—Toque usted algo—le dijo el otro.

¡Tocar Pablo delante de tanta gente!

Esta monstruosa idea le dió miedo, quiso huir, pero... ahí está el ejército de chiquillas que acude á la conocida voz del piano y lo rodea.

Alguien ha oído las palabras del bello Arturo y repite:

—Sí, Pablo, toque usted algo.

¡Ay! ¡Pobre Pablo!

Mira al rededor pasmado, no quiere decir sí, no puede decir no, está preso, empujado contra su voluntad, se sienta y sus manos arrancan el acorde de la desesperación.

—¡En sí bemol!—exclama una voz.

Me vuelvo, nos volvemos todos, es el señor de Líberi.

Se levanta, da la vuelta hacia la mesa de juego y con el pretexto de ponerse á la espalda del infeliz pianista, se mete entre las niñas hasta colocarse al lado de mi hija.

Pablo no oye ya nada; toca una *galop* vertiginosa como para aturdirse, toca con la cabeza baja mirando al suelo y toca muy bien. Luégo se levanta huyendo sin recoger los aplausos.

—Algo á cuatro manos—pide la dueña de la casa.

Pero la modestia es contagiosa y ninguna de las chiquillas quiere tocar. Entonces el señor de Líberi se vuelve á mi hija y cogiéndola por la mano:

—Tocaremos nosotros á cuatro manos, ¿no es cierto señorita?

Evangelina, ¡desgraciada! se ríe.

Mi suegro y yo, por el contrario, nos pusimos en pié de un salto y á la vez; el viejo pulpo empezaba á infundirnos terror.

VIII

El señor de Líberi, hagámosle justicia, tocó con gran seguridad, y porque mi hija algo asustada al principio, tocó un bemol que no estaba en la clave, le dijo que iba muy bien, pero que en la llave no había más que cuatro bemoles, después de lo cual siguieron unidos perfectamente hasta la última nota.

Hubo una tempestad de aplausos de los cuales el viejo solterón no quiso recoger la parte que le tocaba para hacer este obsequio á mi hija, añadiendo por el contrario á las demás sus propias palmadas con gran tranquilidad.

Ocurrió luégo que hubo un cambio de personas durante el cual mi hija se vió rechazada del piano para dejar el puesto á tres señoritas impacientes por tocar á cuatro manos.

Se oyó apenas...

—Tocad vosotras...

—No, vosotras.

Y la que se había retirado hacia atrás por añadir un poco de mímica modesta á las propias palabras, fué dejada á un lado.

Las dos pobres niñas tocaron, tocaron y tocaron bien, tocaron fuerte para ahogar el estrépito de la conversación, pero entre tanto nadie las oyó excepto tal vez

la tercera, que había quedado en pié, y, volviendo las hojas, pensaba en la distancia que separaba á sus amigas del último triunfo.

El Caballero declaraba que el señor de Líberi era un pianista de primera fuerza, y el señor de Líberi rehusaba este honor, diciendo que todo el mérito pertenecía á mi hija; que en cuanto á él, hacía más de un año que no tocaba el piano (¡doble mérito!—observaba el Caballero); y que cuando se lleva la vida desordenada del soltero, no se halla tiempo para nada y basta una pequeña hechicera para estimular el estro artístico.

Yo le lancé un rayo con los ojos, pero estaba mirando á Laurita, que, distraída, no le veía. Por lo demás añadió que se proponía dedicarse al piano *un poco más tarde.*

Diciendo las últimas palabras me miraba: yo le miré fijamente, y le dije á la callada, *no;* él se mezcló entre la multitud, y repitió: *sí.*

Después buscó la mirada de Laurita.

—Vé á correr al jardín si lo deseas—dije á mi hija. Se marchó, pero sin correr.

En seguida el señor de Líberi cortó las bromas, y cogiendo del brazo al amo de la casa, lo llevó al jardín.

Se oyeron muy bien los últimos acordes de la pieza á cuatro manos, que llegaba á su término; grandes aplausos, que las señoritas hicieron bien en no recoger, y luégo, silencio.

De pronto salió uno diciendo:

—¡Qué simpático es el señor de Líberi!

—¿Cuantos años tendrá?—preguntó otro.

—Cincuenta y cinco nada más—repuse maliciosamente.

—¡Representa sesenta!—exclamó una voz vengativa.

Era Arturo, el lindo, que hablaba por vez primera, pero con poca fortuna, porque todas las señoras y señoritas que quedaban en la sala, protestaron á coro

diciendo que era una calumnia, que el señor de Líberi no demostraba tener más de unos cuarenta y cinco años, más bien menos.

*
* *

Después del triunfo de aquella noche, el señor de Líberi fué uno de los más asiduos de la casa. Aquel era el teatro de sus glorias, allí lució uno á uno todos sus conocimientos, sin que nunca le hiciese traición el impaciente afán que destruye tantas empresas.

Imitaba perfectamente los varios ruidos de la siega, los bufidos de la locomotora y el canto del gallo, con tal perfección que lograba engañar á las inquilinas del gallinero; pero cuando después de haber estado todos callados para oir, llegaba de lejos, en el silencio de la noche, el canto de un gallito burlón, y se soltaba la carcajada, el señor de Líberi se ponía serio para declarar que no quería incomodarse.

En vano las niñas, las señoras y nosotros mismos, incluso mi suegro, le rogábamos hiciese otra vez el temporal con los ojos, ó los fuegos artificiales con la boca y con los brazos; él se evadía con arte superior y mudaba de conversación.

En suma, aquel recién venido era ya el alma de los miércoles del Caballero; su sombra no solamente oscureció, sino que borró hasta de la memoria otros tiempos que habían envejecido rápidamente, las figuras de un par de burlones de segundo ó tercer orden que tantas veces habían sido los únicos que se reían de sus mismas gracias. Estos frecuentaban la casa llevados de la fuerza de la costumbre, pero se habían vuelto singularmente graves, y por instinto se buscaban y sentaban uno al lado del otro. Así cuando el señor de Líberi hacía una de las suyas, intentaban que-

darse serios, mofándose de él mutuamente, pero en vano, al fin tenían que reir ellos también.

Con la mayor naturalidad, como había aprovechado la licencia que me arrancó «para venir á visitar á la señora,» así aprovechó la intimidad nacida y crecida en casa del Caballero para trasplantarla á mi casa. Lo hizo con todas las precauciones que requiere una planta recién nacida, preparando primero el terreno y dándole después un buen tutor, mi suegro; así, después de algunos días, podía vanagloriarse en mi cara de que nuestra *amistad* sabría desafiar las tempestades.

Nada de malo, digo, si hubiese renunciado á su loca idea acerca de mi hija. Pero no, por el contrario, abusaba de la hospitalidad y de nuestra tolerancia para insinuarse pérfidamente en el ánimo de Laurita, la cual reía á cada palabra suya y comenzaba á notar que tardaba en venir y que se marchaba demasiado pronto.

Pero, hagámosle justicia; si el señor de Líberi se ingeniaba para gustar á mi hija; si alguna vez, en presencia de todos nosotros, le declaraba con acento bromista que estaba enamorado de ella y que se quería casar, no salió nunca de su boca una palabra que nuestra Laura pudiese tomar en serio.

Su propósito, que parecerá por lo menos atrevido, si bien á mí me parecía impertinente, era éste: «enamorar á la niña de sus pensamientos, inducirla á no poder vivir sin él y obligar á los padres y al abuelo á arrojársela á los brazos por desesperación.»

Para lograr todo esto, cuidaba y variaba mucho de trajes; de las mangas sacaba cuatro buenos dedos de puños almidonados y relucientes, se afeitaba y se hacía peinar todos los días por el peluquero. Así arreglado parecíame una ruina y habría gritado á mi hija: ¡¡Cuidado!! pero á los inexpertos ojos de una niña ¿qué parecería?

Hacía algo peor, el amigo de Líberi, por ganar á la novia; desacreditaba la juventud, se mofaba de los jóvenes.

Siguiendo una de sus teorías se llegaba á la conclusión de que pasada la infancia atravesamos los años en una especie de sonambulismo para despertar maduros para el amor hacia los cincuenta y cinco.

Su doctrina era, además, que los jóvenes del día están gastados, mortificados, descontentos de la vida y corren al suicidio.

—¡Que vayan solos!—exclamaba:—las niñas de buenas familias debían rehusar el acompañarlos.

Y como aquellos golpes... así, en abstracto, no le parecieran bastante seguros, pillaba uno á uno á los muchachos que frecuentaban la casa del Caballero y la mía, y con ingenio felicísimo descubría sus flaquezas, los imitaba exagerándolos y nos hacía reir á costa de ellos.

Decía por ejemplo de Pablo:

—¡Gran muchacho! Corazón noble, buen ingenio... un poco tímido...

Y diciendo estas palabras, los modales embarazados, el acento pausado, la sonrisa pidiendo misericordia y por fin los ojos del señor de Líberi eran los propios ojos de Pablo.

El astuto viejo despachaba de esta manera á sus adversarios con el ridículo sin acudir á la maledicencia.

Entre tanto pasaban los meses sin presentarse maridos. Mi hija, á mi ver, se hacía cada día más linda, gustaba á muchos y no disgustaba á nadie; pero todo esto inútilmente.

Á no haber sido por mi suegro, el cual perdía la paciencia, y por el señor de Líberi que no la perdía, los diez y siete años de Laura me habrían tranquilizado como tranquilizaban á su madre; pero con aquellos

dos viejos al lado, el problema de un marido para mi hija comenzaba á inquietarme.

Alguna vez lo pensaba no sin terror, y para tener derecho de acusarme á mis propios ojos de tan intempestiva inquietud, empezaba por acusar á todos los padres del universo-mundo por la tardanza que ponen en buscar á tiempo un marido á sus hijas.

No eran pocas las jóvenes conocidas mías que no habían hallado marido. Me aparecían una á una; la resignada, la inquieta, la irascible, la ascética y la sentimental; las rubias todas demasiado flacas ó demasiado gordas, las morenas con el labio superior y la barba orlados de maligno vello. En tiempos fueron lindas: más, algunas de ellas, bellísimas y ricas: habían hecho todas sin distinción las escalas en el piano sin llegar á ninguna conclusión. ¡Pobrecilla morena! ¡Laurita mía! ¡si te debiera tocar la misma suerte! Envalentonados con mi nueva flaqueza, todos los enemigos de mi felicidad, enemigos viejos y cobardes á quienes había vencido con el trabajo y el amor, me mostraban ahora el puño de lejos.

«Tú ya no eres joven; tú ya no eres robusto como antes, gritaban; ya tus digestiones son lentas, tu vista se debilita y tu sistema nervioso está herido. Te estás muriendo á pedacitos; un día te marcharás para siempre; pero consuélate, te haremos un magnífico funeral en el que intervendrá todo el Foro Milanés.»

Cuando la idea de mi próximo fin me perseguía haciéndome ver á mi pobre criatura sola en el mundo sin casa propia, sin amor, ocurríame envidiar al fuerte señor de Líberi, el cual con quince años más encima estaba seguro de llegar á los ochenta.

—Es igual—decía yo—¡es muy fuerte!

—¡Lástima que no tenga diez años menos!—suspiraba mi suegro.

—¿Diez años menos te parece que bastarían? Yo quisiera lo menos veinte.

Estas eran mis opiniones, las cuales el atrevido viejecillo iba destruyendo poco á poco.

*
* *

El tiempo pasa y el señor de Líberi envejece; á pesar del peine, del afeite y de los puños almidonados, á despecho del sastre, del peluquero y del dentista, por más que haga, ande ó salte, aunque relampaguée con los ojos imitando el temporal y bufe como una locomotora, envejece y estoy contento de ello. Observo con amargo placer que después del temporal no llega á serenarse por completo; le quedan tres arrugas en la frente, y por el contrario ha perfeccionado su saber en la imitación de la lluvia y de los fuegos artificiales, porque le ha caído un diente. Pero cuando sobre aquella fisonomía descarada voy descubriendo los signos del tiempo vengador, no falta nunca alguna señora ó alguna niña, diciendo que el señor de Líberi se rejuvenece cada día.

¡Ay de mí! ¡También Laurita es de la misma opinión!

—Esto no es nada—exclama imprudentemente el señor de Líberi—¡habrá que verme un día...!

¿Qué día? Este es su secreto.

*
* *

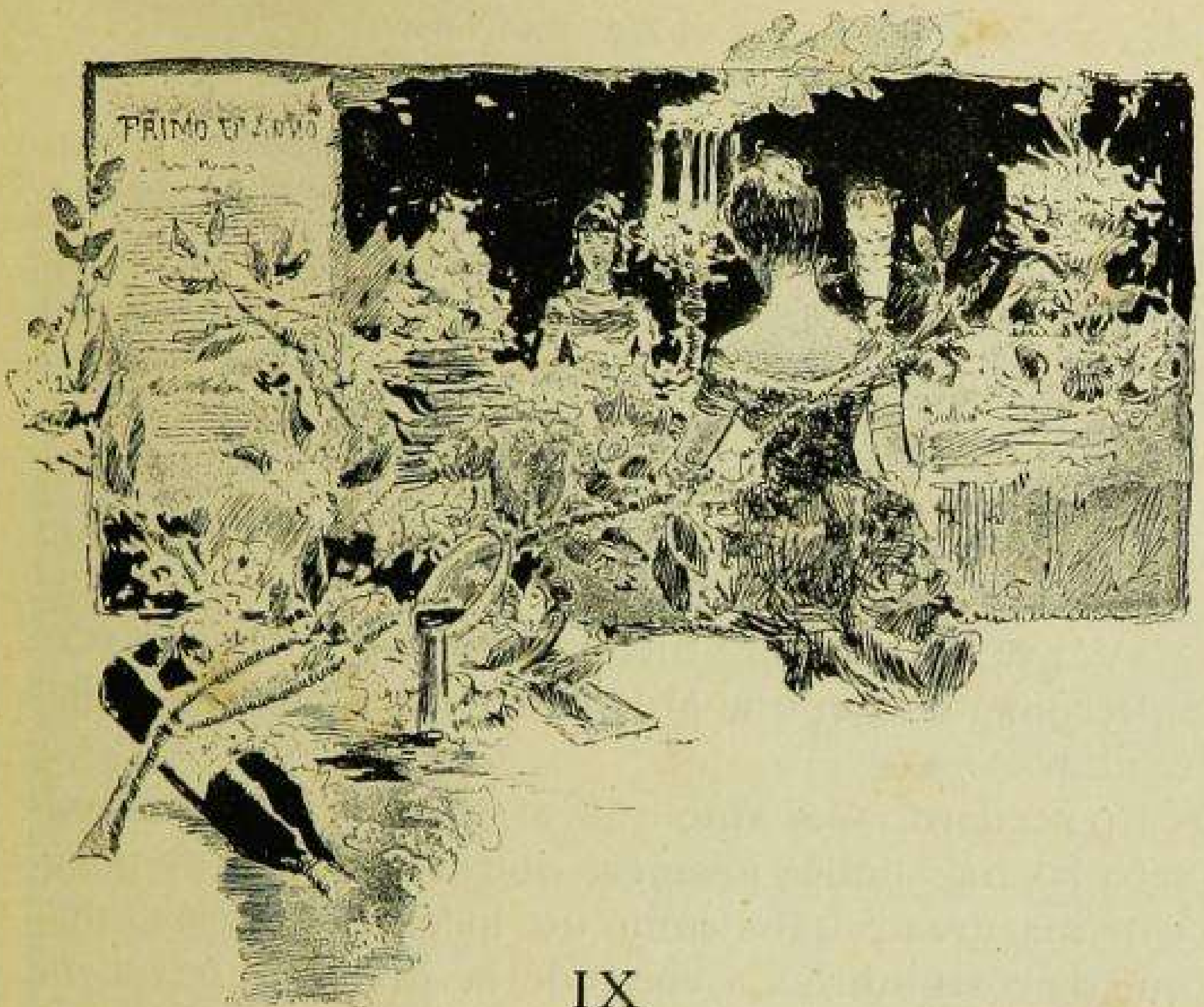
Y el tiempo pasa, y de marido ni sombra. Si después de tantos ascos hubiese que dar nuestra Laura á ese viejo bien conservado, ¿no sería mejor dársela desde luégo? Como quiera que sea, el señor de Líberi nos da á comprender que puede esperar, porque la fisiología

se lo permite, á pesar de la cual mi suegro dice que se lisonjea demasiado.

Pero apenas brilla tan hipocondríaco pensamiento, cuando es desechado. Todavía queda gran capital de buen sentido en nuestra casa, y Evangelina tiene la llave. Puedo todavía gastar un poco alegremente por algún tiempo, pensando que mi hija va á la escuela y que estudia historia y está con los reyes Longobardos. Antes de que llegue á la época moderna se necesita tiempo, y yo no quiero que Laura vaya al altar sin estar enterada por lo menos de la Revolución francesa.

En el fondo, quien me obliga á pensar tanto en el matrimonio de mi hija, es el impaciente abuelo, aquel pobre viejo que no tiene tiempo que perder y lo sabe, por lo cual es todo ojos y todo oídos para recoger en casa y fuera de casa una mirada incendiaria ó un suspiro asesino que sean dirigidos á Laurita.

«¡Dios le asista! digo para mi capote; no quiero pensar más en ello.» Y el cielo no le asiste, y vuelvo á pensar en ello.



IX

Fué en casa del Caballero, la noche de San Silvestre del año... Dejemos el año.

Como de costumbre, se había reunido mucha gente para saludar con la copa en la mano el primer vagido del año naciente. Y digo vagido, no por amor á la metáfora, sino porque aquel año se anunció con un verdadero vagido que nos hizo oir, á través de la puerta de la sala, con voz de ventrilocuo, el señor de Líberi.

Tengo un confuso recuerdo de lo que le siguió aquella noche: recuerdo que el Caballero estuvo ocupadísimo en destapar botellas venerables y mandando que hiciesen circular los pasteles: recuerdo que las niñas bailaron como locas, casi siempre entre sí, por no bastar ni aun los nuevos galanes reclutados entre los de la guarnición de Milán, y recuerdo también que alguien se sentó delante del piano un poco antes de

las nueve y fué detenido allí á fuerza de gracias y pasteles, hasta las doce en punto. Cuando el reloj comenzó á tocar las doce, reinó de golpe un gran silencio, luégo alguien intentó apostrofar al año espirante sin lograr decir más que *vé, vé, vé,* porque el vagido del año nuevo nos hizo soltar la risa á coro...

Y recuerdo que reí más fuerte cuando luégo me contaron lo que hubiese dicho el tal á quien no dejaron terminar su composición.

«Vé, vé, vé, hubiera dicho, y no vuelvas jamás.»

Recomendación que Mil ochocientos y tantos no necesitaba.

No recuerdo más sino que el señor de Líberi abrazaba las más lindas jóvenes, que á pretexto de polka y de mazurca saltaba como un loco, que hablaba más que de costumbre y á voces de la juventud frívola de nuestros tiempos y que perseguía á mi Laurita para hacerla reir cuando le permitía bailar con otros.

No recuerdo en verdad nada más, hasta el momento en que al salir al aire libre para volver á casa, mi suegro, en vez de coger á mi mujer del brazo, dejó que nuestras mujeres (él decía así, *nuestras mujeres*), se adelantasen, y cogiéndome con mucho misterio llevóme en silencio algunos pasos y me dijo luégo con sencilla solemnidad:

—¡Lo he encontrado!

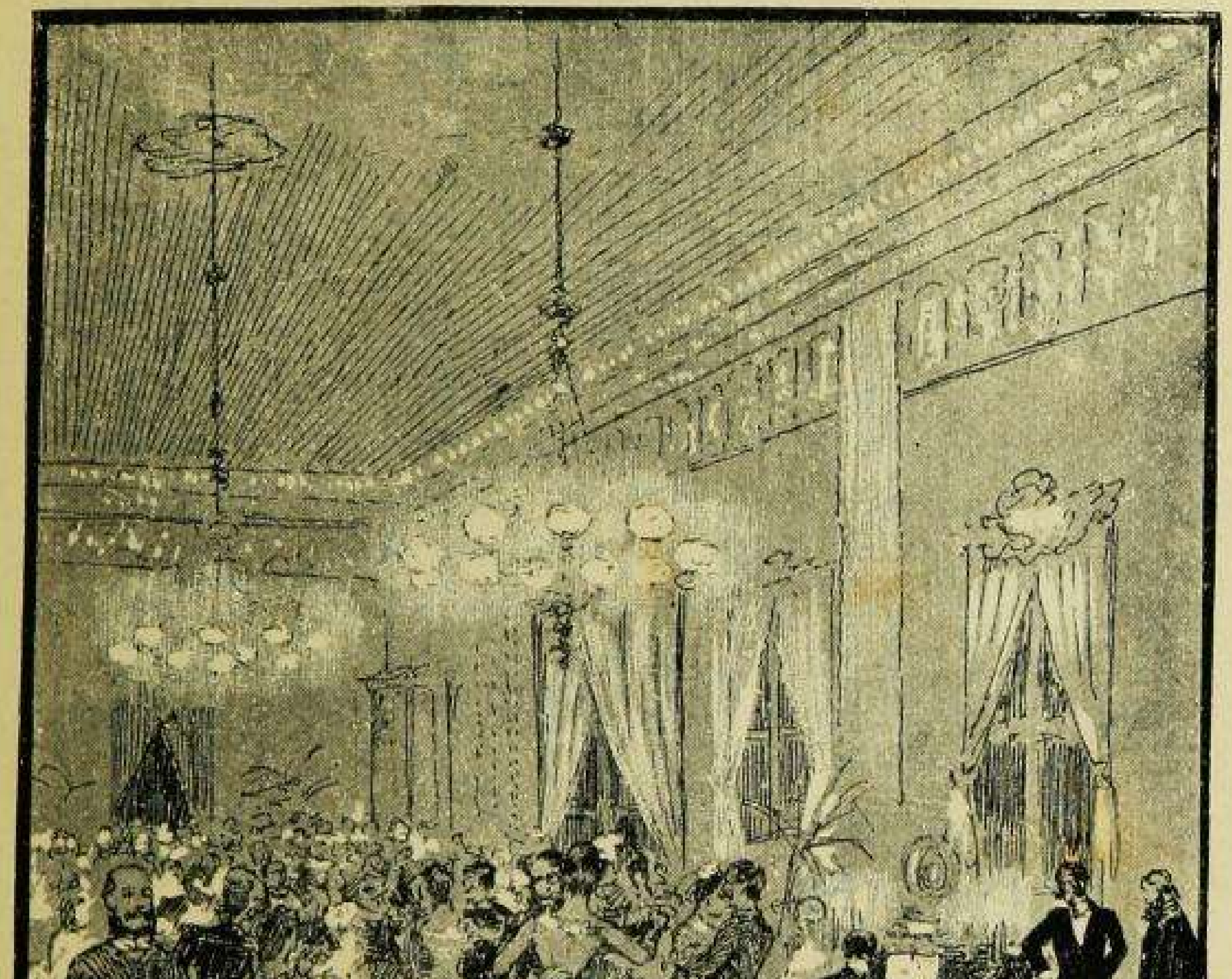
—¿Á quién?

—¡Al marido de Laurita!... Es decir, su enamorado, que será marido en cuanto queramos; lo sospechaba, pero ahora estoy cierto de ello; adivina quién es, pero es inútil, no lo puedes adivinar, es el último en quien habría pensado... ¡Adivínalo!...

—¿Cómo quieres que lo adivine, si es tan difícil? además, tengo tal confusión de ideas...

—¡Es Pablo!...

—¡Es posible! ¡Pablo enamorado de mi hija!



Había bailado Pablo y no lo advertí.

—Ha estado toda la noche al piano—me dijo;—no se ha movido ni un momento y lo he podido observar á mi gusto; he visto hacia dónde se dirigían sus miradas mientras sus manos corrían por el teclado, he notado que su bondadosa cara (tiene bondadosa la cara Pablo), parecía una luminaria apenas Laura cesaba de bailar y se acercaba á darle gracias, y se oscurecía cuando Laura bailaba con el señor alto... ¿Quién es ese señor alto? Me lo han presentado, pero no recuerdo su nombre.

En el mismo caso estaba yo; me habían presentado también aquel señor alto, pero no atendí á su nombre.

—Decías que Pablo...

—Pablo está á punto de caramelo... tengo las pruebas.

Parecíame que se vanagloriaba demasiado de su propia perspicacia, pero él estaba seguro y convencido.

—¡Laura!—dijo en voz alta, apresurando el paso—¿tienes tú mi pañuelo de seda?

—¡Yo, no!—repuso Laura sin detenerse pero buscando instintivamente en los bolsillos.

—Me parecía habértelo dado para vendar á aquel señor alto en el *cotillón*...

—Sí, pero te le devolví...

—¡Es verdad! ¡Toma, si le tengo... le encontré!—dijo mi suegro después de registrar todos los bolsillos.

Pero Laura continuaba buscando en su bolsillo, á pesar de que el abuelo le repetía que era inútil.

—Es raro—dijo Laurita—no encuentro el mío; lo he perdido...

—Lo encontrarás—dije yo—pero no te desabroches el abrigo, hace frío y puedes pillar un resfriado.

—No lo encontrará—murmuró mi suegro á mi oído—se lo ha robado...

—¿ Quién ?

—¡ Pablo ! Lo he visto con estos dos ojos. Aprovechando el momento en que Laura había dejado sobre el piano su pañuelo, se apoderó de él haciéndose el distraído, miró al rededor, fingió que se enjugaba el sudor para besarlo y lo ocultó en su bolsillo ; después se ha puesto tan pálido, que yo he corrido á ofrecerle un vaso de vino blanco...

—Eres un poquito distraída—decía entre tanto la mamá —siempre pierdes algo... también el otro día perdiste un guante...

—Lo habré olvidado en casa del Caballero, se encontrará...

—Lo mismo decías del guante y no se encontró...

Á la luz de un reverbero ví á mi suegro sobresaltado de gozo.

—¡ También el guante !

—¿ Creerás ?

—¿ Tú lo dudas ? Siempre él es el ladrón.

—Pero tu Pablo es un impertinente.

—Será ; los enamorados tímidos son capaces de todo.

—¿ Y Laura ?

—Laura no sabe nada todavía, de seguro; á su tiempo se enamorará también y los casaremos. Estoy informado ; Pablo es un partido excelente ; su madre no es muy rica, pero no tiene otro hijo : él es ingeniero mecánico, estudia, trabaja y gana; está haciendo fortuna, me lo han dicho.

—¡ Silencio !

Estábamos á la puerta de casa.

*
* *

Al siguiente día Laura me pareció un poco más triste que de costumbre ; pero no me desanimé.

¡ Sucede siempre así, pensaba ; en el fondo de cada

alegría hay algo de amargo; preciso es aprender á beber, preciso es acostumbrarse á la vida!

No era de esta opinión el abuelo.

—Aquel *marido* ha hablado, ó mejor dicho, ha hecho hablar al piano, ha tocado á tientas que significa *secreto amor*, y Laura lo ha pillado al vuelo; por eso está triste. Nada de malo; los casaremos un poco más pronto. En cuanto á mí, me resigno á darle marido sin que sepa la historia moderna. ¿No ha estudiado, por ventura, un poco de química? Pues bien, yo sostengo que para dar hijos al mundo basta un poco de química.

La impaciencia le hacía hablar así.

Volvimos á casa del Caballero, después de muchas recomendaciones á Laura de que no olvidase el pañuelo, y sin perder de vista á Pablo obtuvimos la convicción Evangelina y yo de que en realidad estaba enamorado, y por lo tanto era el ladrón del pañuelo y del guante; pero también nos convencimos de que Laura nada sabía. Entre tanto ella miraba á Pablo á la cara, turbando su corazón, sin saberlo, y parecía imposible que un día pudiesen hallarse unidos uno á otro para siempre.

—Dejémosle hacer—aconsejaba mi suegro;—se entenderán.

—Si él no habla, no llegarán á entenderse nunca.

No había peligro de que él hablase. Había llegado á ser maestro en el arte de tocar todo lo que Laura había tocado, en robarle los ramos y los alfileres, en seguirla con la mirada de lejos, fingiendo que leía la *Gaceta*; pero de cerca no osaba ni mirarla.

Obligado á sentarse al piano tocaba el acostumbrado *secreto amor* y sucesivamente el *amor ardiente*, el *amor desesperado*; pero le ocurrió á mi suegro hacerle tocar á cuatro manos una sonata con mi hija: se moría de gana; pero no pudo vencerse, se declaraba incapaz, y

por fin, no sabiendo cómo excusarse, se recomendaba... ¿á quién? al señor de Líberi que no se hacía de rogar.

¡El señor de Líberi sí que tocaba á cuatro manos con mi hija! Además se tomaba inocentes libertades, como por ejemplo darle golpecitos en la mano derecha por hacerla reir, ó ir á tocar una nota alta que no estaba escrita, pasando audazmente por encima de las manos de Laura.

¿Y qué hacía el desgraciado Pablo? Lo animaba, le decía «bravo, bravísimo», no se atrevía á decir «bravísima» ni siquiera «brava». Volvía las páginas y se tenía por muy feliz. Para llegar á Laurita ¡desgraciado! había tomado el camino más largo: se unía instintivamente al señor de Líberi.

Cuando no era el primero en reir las agudezas del viejo rival, porque no había levantado á tiempo la cabeza, era su risa la nota más alta en el coro de carcajadas.

Si por desgracia alguna chanza sabrosa del señor de Líberi, dicha en mala ocasión, había caído en tierra sin que nadie lo advirtiese, ¿quién pensaba en recogerla? ¿Quién llamaba la atención del prójimo confiando en que el señor de Líberi la repitiese? Y cuando el astuto viejo no quería ceder, ¿quién tomaba el papel tonto de repetir la frasecilla aquella dicha por otro? Siempre Pablo.

Se comprende bien que á ese paso no avanzaba gran cosa en busca de la novia; pero viendo al viejo amigo con tanta intimidad con la niña amada, parecíale adelantar mucho camino.

—Ese pobre chico—me hacía notar mi suegro—es capaz de tomar por confidente de sus penas al mismo rival. Es preciso que terminemos. Hay que invitarle el sábado...

—Ya le invité; vendrá el próximo sábado; me lo ha prometido.

Lo esperamos, pero en vano; luégo supimos que había llegado hasta la misma puerta acompañando al señor de Líberi, pero que á pretexto de jaqueca no se permitió subir las escaleras.

Sin decirme nada, mi suegro me condujo á una sala apartada; nos pusimos en acecho, á pesar de la oscuridad, detrás de los cristales de una ventana. Estábamos callados: no tardamos en oir en la acera de enfrente un paso regular y lento; después, á la luz del gas, vimos pasar á Pablo.

¡Desgraciado! le gritamos á la vez.

Mi suegro sintió la necesidad de aproximarse á la ventana y golpear el cristal con la frente.

Llegó hasta nosotros la voz alegre del piano que cantaba victoria en la sala, bajo la presión de los nerviosos dedos del señor de Líberi.

X

Una noche, al entrar en casa del Caballero, sentí que me tiraban de una manga en la antesala.

—Necesito hablar á usted—me dijo el amo de la casa.

—Estoy á las órdenes de usted—le repuse.

Pero el Caballero estaba, ante todo, á las órdenes de mi mujer y de mi hija, para ayudarles á dejar el manguito, el chal y el sombrero: otros oficios no menos graves le esperaban en la sala, ofrecer un cumplimiento á las señoras, una silla al que estaba en pié, un asunto de conversación á los taciturnos; de modo, que después de despertar mi curiosidad, me obligó á estarme sin satisfacerla más de una hora. Pidióme más tarde mil excusas, y después de haberse asegurado otra vez que todo iba perfectamente, que la conversación era animada, que las niñas hacían corro al rededor del señor de Líberi, y que el piano gemía por virtud de Pablo, comenzó así:

—Tengo un encargo delicado que cumplir con usted... le pido perdón si hasta ahora... no es mía la culpa... si...

El exordio ofrecía un mal cliente. Sonreí para animarle, y quedé escuchando el resto.

—¿Recuerda usted haber visto en mi casa al señor

Lelli, un médico de regimiento, un joven de mucho talento...

—Le habré visto, pero no recuerdo...

—Vino una vez á mi casa, de paso: iba á Pavía para hacer oposiciones á una cátedra de cirujía... ha ganado las oposiciones y dejará el regimiento... no tiene más que veintinueve años.

El desorden con que el Caballero iba pintándome al doctor Lelli, prometía no un cliente bueno ó malo, sino un marido para Laurita. Busqué con la mirada á mi suegro, estaba allí, detrás de Pablo, que se había puesto al piano; le volvía las hojas del cuaderno de música.

Pablo tocaba una romanza muy conocida, escogida por él no sin malicia; las palabras que se guardaba bien de pronunciar, expresaban precisamente el estado de ánimo de un joven embelesado, el cual quisiera decir mil cosas á su amada, y no atreviéndose, se recomienda sucesivamente á las cuatro estaciones del año y á los cuatro elementos para que desempeñen tan difícil embajada.

El doctor Lelli había sido práctico.

—Es un joven estimable—prosiguió el Caballero—hijo de un antiguo compañero de armas; quedó huérfano á los veinte años y todo lo debe á sí mismo. No es que esté sin un real, no; por el contrario, tiene un pequeño patrimonio... ¿Pero, de veras, no lo recuerda usted... un joven alto...?

—¿Muy alto?

—Sí, muy alto, pero no mucho, no; estatura magnífica.

—¿Moreno?

—Con bigote negro como los cabellos, ojos dulces...

—Me parece recordarlo; ¿y es médico de regimiento?

—Lo fué hasta ayer; ahora es profesor de la universidad de Pavía.

—¿ Y qué ?—pregunté.

—Pues, señor, que ese pobre joven ha visto á su Laurita, ha bailado con ella, se ha enamorado y quiere casarse. He dicho.

Cantaba el señor de Líberi en tono menor y todas las jóvenes le oían atentas.

—¡ Es posible !—dije—una noche ha bastado...

—Pocas horas son; pero para estas cosas deben bastar pocos minutos—afirmó el Caballero;—me escribe una larga carta que le daré á leer, si me lo permite.

En este instante cortó la frase y se precipitó á recoger el abanico de Evangelina.

—No me atrevo á dar consejos en un asunto tan grave—prosiguió al volver junto á mí;—me limito á exponer los hechos. El doctor Lelli es joven, robusto, estudioso, tiene una posición que debe á su talento; hará con seguridad feliz á la mujer que...

—Laura en realidad es una niña—observé—no tiene mas que diez y siete años.

—Los diez y siete años de la mujer nunca han descompuesto un buen matrimonio.

Esta era también la opinión del señor de Líberi, el cual, ignorante de la nube que oscurecía el horizonte matrimonial de sus ilusiones, cantaba dirigiendo tiernas miradas á mi hija.

¡ Pablo acompañaba todo esto !

Hice una seña á mi suegro, y vino; protegidos por el ruido vocal é instrumental pudimos ponernos de acuerdo. El doctor Lelli iría á hacer una visita al Caballero; nosotros nos encontraríamos casualmente allí en un día dado, y si el candidato gustase á mi hija...

—*E dille*—cantó el viejo loco:

E dille, o melanconica
stagion dell'anno estrema,
l'amor che, in petto indocile,
sul labbro trema.

Fué muy aplaudido: después de lo cual el señor de Líberi declaró que el protagonista de la cancioncilla era un imbécil; que las estaciones del año no sirven para decir á una niña bonita que se la ama; para eso se tiene la lengua en la boca...

—¡Ó en los ojos!—añadió prontamente mi hija.

Entonces él separándose del piano, vino derecho hacia nosotros.

Creo que conoció el peligro.

—Los tiempos van mal—suspiró mi suegro;—el comercio, que es el verdadero termómetro, nos lo advierte.

No he de deciros qué nos advertía el comercio en boca de mi suegro.

XI

Nos faltaba un paso difícil; advertir á Laurita para que al encontrarse con el doctor Lelli, se tomase la pena de mirarlo y decir si le gustaba ó no.

Otra parte tocaba de derecho á Evangelina; pero la pobre madre no sabía decidirse, hallaba dificultades.

—Sería casi mejor que no supiese nada—decía;—así no perderá su desenfado de chiquilla.

—Pero corre el peligro—opinaba el abuelo—de encontrarse casi desposada sin saber cómo tiene los ojos su marido.

Evangelina no se asustaba de este peligro.

—Una muchacha—aseguraba ésta—ve siempre á un joven, aun cuando no lo mire.

—¡Laura!—llamé para cortar toda duda. Y la chiquilla que no estaba lejos, acudió al momento ante el doméstico tribunal.

Á primera vista adquirí el convencimiento de que nada de nuevo teníamos que decirle.

—¡Esta pícara lo sabe todo!—dije en alta voz.

Laura se puso colorada; pero protestó que no sabía nada.

—Pues señor, acércate; y le cogí ambas manos para que no se me escapase. Hay un caballero largo, largo,

que te quiere; que quisiera casarse contigo; pero es demasiado largo y tú eres demasiado niña. Este señor interminable es un doctor y se llama Lelli; tú has bailado con él la otra noche, pero no lo recuerdas de fijo, no sabes si te gusta ó no te gusta...

Aprovechó un momento en que aflojé las manos para soltarse y echar á correr, llorando.

Su madre la siguió.

*
* *

Al dirigirnos á casa del Caballero para la sabida conversación, estábamos todos preocupados, menos Laurita. Estrechaba el brazo de mamá y se sonreía; se sentía más mujer, y este nuevo sentimiento era una fuerza.

En cuanto á mí, nunca me había sentido más burlón.

El Caballero nos vió venir de lejos y vino á nuestro encuentro; el joven doctor estaba en pié en el fondo de la sala; pero sus ojos y los de Laura se encontraron y se dijeron: «¡por toda la vida!»

No hubo la desolación que yo temí; hice el desenvuelto sin advertirlo, y cuando lo noté no me admiré absolutamente de nada.

—El señor Lelli, hijo de un excelente amigo—dijo el Caballero.

—Nos conocemos—gritó mi suegro.

Entre tanto doña Amalia, no olvidando la escenita combinada por su marido, declaró sin pestañear, que no esperaba nuestra visita. Este enorme embuste sugirió otro á mi mujer.

—Queríamos ir al teatro y hemos renunciado á última hora.

El doctor Lelli nos saludó uno á uno con mucha gravedad.

—Señorita—balbuceó por fin—tomando la mano á mi hija.

Él no añadió más, y ella no abrió la boca.

*
* *

—Á la primavera la boda—dijo más tarde mi suegro:—entretanto Laurita no irá á la escuela, pero prometerá solemnemente á papá estudiar la historia moderna en casa; y hasta la primavera, silencio con todos.

Era cosa jurada.

Tal vez por esto el sábado próximo los amigos y las amigas estaban perfectamente informados de todo. ¿Quién había hablado? ¿quién era el traidor? Nos mirábamos á la cara y nos reíamos.

Aquel sábado el señor de Líberi no vino, y en toda la siguiente semana no se dejó ver. No estaba enfermo. Un día se coló en casa inesperadamente. Estaba risueño y desenvuelto. Se alegró con mi hija y con nosotros, estrechó la mano del novio y nos anunció su boda.

—¿Y la novia?—preguntamos todos.—¿Quién es la novia?

La novia era la señorita Alicia, compañera de colegio de Laurita.

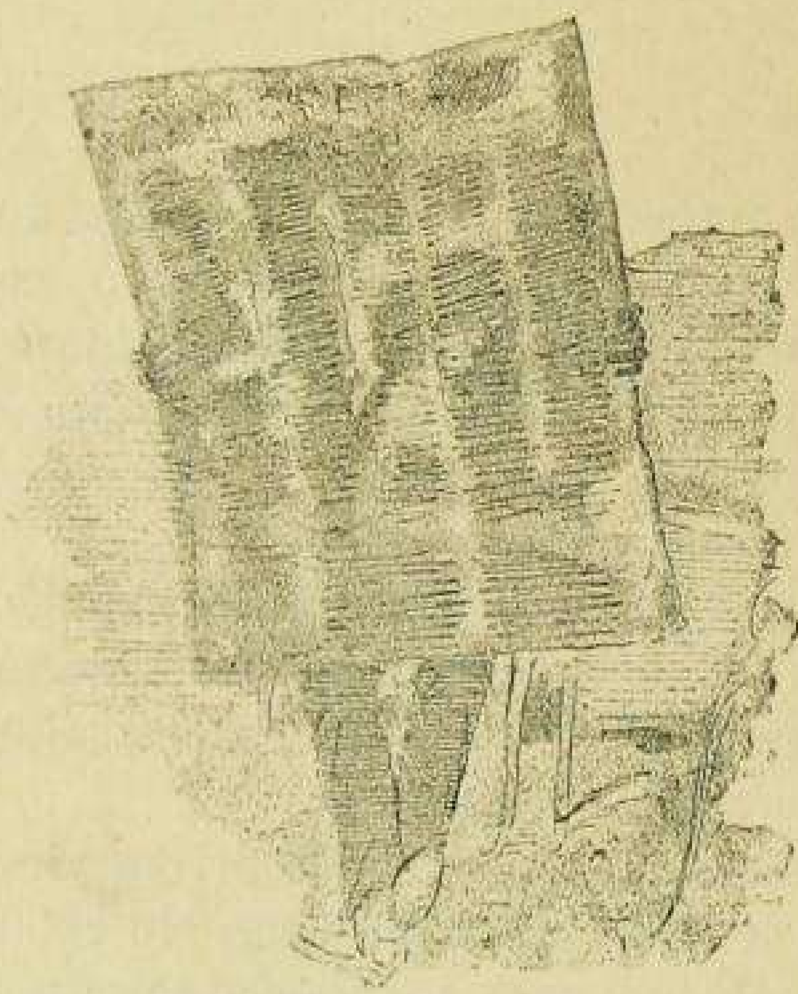
—Es en realidad una niña—exclamó el viejo loco con aire modesto—no tiene todavía diez y ocho años.

—¿Quién es esa señorita Alicia?—me preguntó mi suegro;—¿alguna saya vieja?

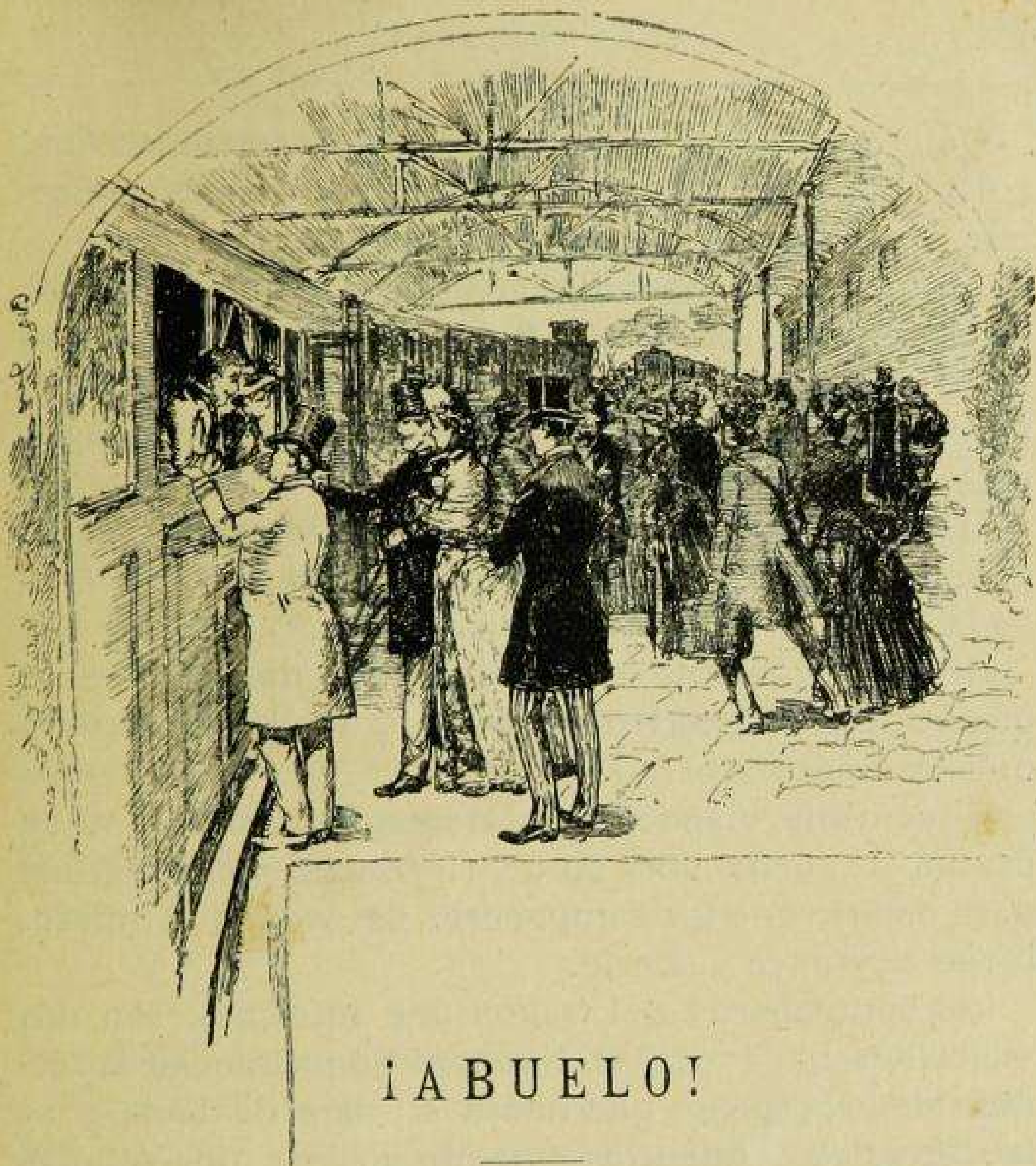
¡Ay de mí! ¡La desgraciada también era bella!

En cuanto á Pablo, protegido por la noche amiga, le

vieron alguna velada rondar como alma en pena por las esquinas de mi casa; luégo se volvió á su rincón á recoger heróicamente la *Gaceta*.



¡ABUELO!



¡ABUELO!

I

¡Se van! Ved á Laurita que enjuga presurosa las lágrimas y se asoma á la puertecilla para darnos el último adiós, mientras él, contento como unas pascuas—¡el monstruo!—continúa sonriéndome desde la ventanilla del lado.

También nosotros continuamos sonriendo, mi suegro, Evangelina y yo; los tres hemos sacado luces, pero las luminarias están apagándose. La locomotora silba y bufa, el tren se estremece, retrocede, parte.

Quiero estrechar por última vez la mano de mi hija, pero apenas logro tocarle la punta de los dedos, porque no sé quién me advierte del peligro.

Acompaño un poco la carita blanca que se pierde en el espacio; luégo veo flotar el pañuelo que tantas lágrimas ha enjugado... luégo no veo nada, porque también tengo yo llenos los ojos de rebeldes lágrimas.

Me vuelvo: mi suegro y mi Evangelina á quienes olvidé un instante, no sonríen ya, la luminaria está apagada.

¿En este momento hay en el mundo un solo hombre que sonría? Sí; hay uno de fijo, y es él, que se lleva nuestra criatura para siempre.

Yo continúo viéndolos con la imaginación durante su camino: Laurita llora en un rinconcito y él se inclina para decirle que los compañeros del wagón la miran; luégo se vuelve y sonríe.

Los compañeros del wagón (me informé), son dos viejecillos nada más; no han temido presenciar la ternura de los esposos que hacen el viaje de boda y se han quedado, mientras que un joven y dos señoras maduras huyeron de allí.

—¡Tendrán buena compañía!—dije:—los viejecitos llevan billetes para Parma.

—Viajarán mejor de Parma á Florencia—observó mi suegro, intentando ser malicioso—siempre que vayan solos.

Entonces Augusto, sin decir nada, dió el brazo á su madre: nos marchamos.

—Ha sido un buen pensamiento—dijo mi suegro, para romper la monotonía del silencio—decir á los amigos que no se molestasen felicitando hasta la estación á los jóvenes esposos.

—Sí, ha sido un buen pensamiento—repuse enseguida.

Mi mujer se volvió un instante hacia nosotros, y dijo también:

—Sí, ha sido un buen pensamiento.

Después, proseguimos taciturnos hasta casa.

En el umbral, mi suegro se apoderó del brazo de Augusto, y le dijo:

—Abogadillo, ven á pasear conmigo; hablaremos de la universidad, pero de la universidad sin exámenes, todo estudiantes, nada de profesores.

Pasó por los labios del abogado en ciernes una sonrisa de ambición contenida.

—¿Dónde vamos?—preguntó.—Saludó á papá y mamá con la cabeza y se alejó con gran desenvoltura, asido del brazo de su abuelo.

Los acompañamos con la mirada por un rato; parecían dos viejos amigos.

*
* *

Evangelina no estaba alegre.

—Nuestros hijos nos abandonan—me dijo en cuanto entramos en casa, dejándose caer sobre un sofá.—Nosotros sufrimos tanto para darlos al mundo, para educarlos, para rodearlos de amor!... y el mejor día nos vuelven la espalda para seguir al mundo que los llama.

Una idea parecida me tenía preocupado. Había advertido que Augusto en la universidad aprendió, sin duda, á saludar á papá y mamá con un gracioso movimiento de cabeza de abajo á arriba, cuando había peligro de ser cogido en flagrante delito de ternura filial; poco antes, también había notado que después de aquel ceremonioso saludo que debía dar á los transeúntes una prueba de su anticipada virilidad, había seguido del brazo del abuelo sin volver la cabeza siquiera. Y durante diez minutos, sin que yo lo ad-

virtiese, el abogado Placidi estaba recogiendo todos los elementos de defensa para patrocinar la causa de Augusto ante el tribunal de mi páterna indulgencia.

Acogí, pues, las palabras de mi mujer con un suspiro espontáneo y genuino, pero llegué á tiempo de prolongarlo extraordinariamente para tomar el tono chancero.

—En verdad que tienes razón—dije—nuestros hijos nos abandonan, se casan y parten en tren directo, ó bien, con pretexto de estudiar leyes, se van á la Universidad y nos dejan á nosotros que hemos sufrido tanto para traerlos al mundo...

No se rió ella como esperaba; al contrario, inclinó la cabeza melancólicamente y yo me puse serio también.

—¿Has visto cómo nos saluda Augusto cuando alguien puede verlo?

—No, no he visto—repuse; y entonces ella me hizo ver cómo, diciendo:

—Así ha hecho.

Así había hecho, era verdad.

—¡Y ni siquiera se ha vuelto!

—¡Bueno!—exclamé—¿para qué querías que se volviese? Nos hemos separado á la puerta...

Evangelina leyó en mi alma con una triste mirada y bajó la cabeza diciendo:

—Sí, él no ha sentido que los ojos de papá y mamá lo acompañaban. ¿De quién es la culpa? Otras veces lo sentía. La culpa es nuestra—añadió;—nosotros queremos que nuestros hijos aprendan muy buenas cosas, pero creo que no nos ocupamos bastante en enseñarles que nos amen.

—El amor filial no se enseña, es un instinto.

—El instinto se educa—rebatió mi mujer que estaba dispuesta á reconocerse desgraciada.—Augusto nos quiere, pero en público se avergüenza de ello.

—Distingo—interrumpí—no se avergüenza de amar-

nos, sino de demostrárnoslo; él cree que para ser hombre, fuerza es ante todo parecerlo; no puede saber aún, que para parecer hombre basta serlo. Por apresurar su virilidad comienza por romper públicamente con todas sus ternuras pasadas. La ternura no es la fuerza. Como ves, es una evolución pequeña é íntima en que la escuela no entra por nada. ¿Quién mantendría cátedra de amor filial en la Universidad?

No era esto lo que pretendía Evangelina, pero sí pretendía y sostenía la necesidad de hacer algo.

—¿Si sobre la puerta de la escuela—propuse—se escribiese, por ejemplo: *honrar padre y madre?*

—¿Crees que sería inútil? yo creo que no, desde el momento que Augusto, porque tiene veintidós años, se avergüenza de besar á su madre en público!

—No se avergonzará de ello dentro de dos años: debemos contentarnos con el fondo de las cosas sin rebuscar la forma. Sé que tu hijo te adora y me basta.

—Bástame también á mí—dijo volviendo su melancólico semblante;—pero me siento tan *sola* desde que aquella pobrecita nos ha dejado, ¡tan *sola!*

*
* *

—Laura no está *sola*—comencé á decir lentamente, tras breve silencio;—Laura no está *sola*, ni es pobrecita. Su marido es para ella su madre y su padre y su abuelo. Él es bueno y la ama. Consolémonos.

Habia adivinado el sentimiento de Evangelina que mirándome sonrió.

—Desde que Laura se ha marchado—me dijo—tengo siempre delante de los ojos su cuartito abandonado; apenas llegué á casa quise entrar á visitarlo, me faltaron fuerzas; ahora vuelvo á sentirme fortalecida; vamos.

Me tomó por la mano, atravesamos apresuradamen-

te las salas... Ya estamos en el lindo cuartito donde antes que nosotros ha entrado un rayo de sol.

Nos detuvimos un instante á la puerta respirando apenas para no ahuyentar la querida sombra que aún



habita aquel lugar, luégo mi mujer va lentamente á inclinarse sobre la camita y oculta su cara sobre la almohada de su hija.

Miraba yo atónito las conocidas líneas de aquel cuartito; indiferentes al rayo de sol que penetraba por la ventana, no me sonreían como otras veces. Hasta

los amorcillos de color de rosa jugueteando sobre la tapicería se lamentaban del abandono.

Ví asomar una botita bajo una silla y la miré fantaseando.

Mi mujer no se movió. Me acerqué al escritorio de Laura, sobre el que estaban esparcidos algunos papeles é instintivamente reuní las páginas esparcidas, cuando se fijaron mis ojos sobre algunos renglones escritos con insegura mano:

«Á mi madre—decían—para que sepa que el último pensamiento de muchacha ha sido para ella.»

Leyendo estos dos renglones veía á mi hija en pié, donde yo estaba, en traje nupcial, y escribiendo con los guantes puestos, presurosa por no hacerse esperar; después la veía mirar en derredor antes de abandonar para siempre el nido que su padre y su madre habían adornado para ella; entre tanto dejaba la pluma sobre la mesa... ¿dónde está la pluma? Pero la pluma rodaba por los suelos... ¡Hela aquí, ya está lista!

—¡Evangelina!—llamé conmovido.

Mi mujer levantó la cabeza y al mirarme fué adivina.

—Lee—le dije.

Mientras ella leía, yo me incliné á recoger la pluma.

—¡Angel querido!—murmuró complacida la pobre madre.

*
* *

—El último pensamiento de muchacha ha sido para ti—comencé á decir, dejándome caer sobre una silla, al pié del lecho—pero el penúltimo fué para papá; estoy seguro de ello aunque no esté escrito.

Evangelina temió adivinar una sombra de celos y me miró á hurtadillas, pero yo la tranquilicé añadiendo:

—Á esta hora piensa en los dos, y aquel hombre de

bien, su marido, porque la ve sonreir, se imagina que ha olvidado padre y madre, la casa, el mundo, para no pensar en otra cosa que en estar enamorada de él: todos los maridos son iguales.

—¡Angel mío!—murmuró Evangelina y vino á sentarse frente á mí en la única silla de la cabecera.

—Parece que visitamos á una enferma querida—observé.

—¡Por el contrario, visitamos á un ausente!—dijo la pobre madre; pero se había borrado toda sombra de su frente y ya brillaban sus ojos buscando en el porvenir la felicidad de su hija.

—Laurita—dije con la gravedad de un juez—Laurita es buena y tiene derecho á ser feliz.

—La felicidad—repuso mi mujer, bajando la voz—no siempre es de quien la merece. ¡Hay tantas almas buenas que parece no han venido al mundo sino para hacer bella la desventura!

Disipé aquella idea supersticiosa asegurándole que Laurita al hacerse mujer sabría encontrar un par de defectos en la sangre paterna... (ó materna — interrumpe Evangelina, riendo). Yo continué sin reir:—ó materna, hasta merecer el castigo de la felicidad para sí, para el marido y los hijos futuros.

—Su marido es bueno—dijo Evangelina gozosa—es bueno de verdad.

—Tiene un corazón de oro, y ama á nuestra hija.

—No hay miedo de que se pervierta como ha ocurrido con otros; es un hombre serio... demasiado serio —prosiguió mi mujer preocupada por aquel pensamiento importuno — si debiese confesar mi opinión francamente, diría que demasiado serio...

—Si debiese confesar todo mi pensamiento—añadí —diría que demasiado largo también.

Rióse y en seguida se disipó la impertinente idea.

—La seriedad del marido—dije entonces—es un pe-

ligro cuando la mujer es frívola, ó cuando el marido no tiene mundo.

—¿El doctor Lelli, lo ha conocido?

—Lo ha conocido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él mismo. Para formar el hombre moral, completamente sano, deben concurrir algunos elementos malsanos que se forman y se disuelven. Poco menos, lo que el señor de Líberi, su rival, ¿te acuerdas? llamaba «las curiosidades satisfechas de hombre maduro para el matrimonio». Salvo que él había tenido demasiada curiosidad y para satisfacerlas todas había tomado sobrado tiempo.

—¿Y el doctor, te ha confiado?...

—No me ha confiado nada, le he comprendido; he comprendido que no es un inocente, que tiene su poco de mundo...

Mi mujer no estaba satisfecha; tratándose del marido de su hija había una gran curiosidad que satisfacer. Entonces recordé que era abogado. ¿En los momentos difíciles, qué nos salva, sino la retórica?

—¡Es preciso haber bebido una vez á lo menos hiel, para aprender á vivir!

—¿Nuestro yerno ha bebido hiel?

—Nuestro yerno ha aprendido á vivir.

Evangelina guardó silencio un rato; creí poderla abandonar ya á sus ensueños, para seguir con el pensamiento á los recién casados que se alejaban en tren directo.

Un momento después exclamó mi mujer:

—Á esta hora están en Codogno, van á llegar á Piacenza.

—Te equivocas, no pueden haber llegado más que hasta Lodi.

—¡Veamos el reloj!

—Veamos el reloj.

Y á la pobre madre parecióle acercarse á su hija, cuando después de consultado en el reloj la hora y los minutos, pudo afirmar que los esposos debían estar á mitad de camino entre Casalpusterlengo y Codogno.

—Un poco más de medio camino—corregí escrupulosamente.

Por tácito acuerdo esperamos, reloj en mano, que el tren se parase en Codogno: entonces nos miramos á la cara sin dudar de la seriedad de aquel acto.

—¡Han llegado!—dijo mi mujer gravemente.

—Todavía no—exclamé con una formalidad que la hizo reir;—el tren lleva diez minutos de retraso.

*
* *

Comenzó desde Codogno nuestro viaje á través del porvenir de nuestros hijos. En aquellas desconocidas tierras iba yo abriendo camino á mi mujer, y cuando la inquietud materna recogía algún desencanto en donde el inocente padre había sembrado una esperanza, apresuraba el paso volviendo la mirada á otros horizontes.

Pero por mucho que yo hiciese, nuestro cielo se nublaba algún tanto; nosotros y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, teníamos cien maneras seguras de ser felices y una sola de no serlo; pero ésta valía por ciento: se llamaba lo *desconocido*.

—La dicha no se gobierna por las leyes de la probabilidad—dijo á cierto punto Evangelina.

—¡Dichosos los infelices!—añadí entre serio y burlón—¡ellos á lo menos pueden esperar!

Y mi mujer repitió con temblorosa voz y realmente en serio:

—¡Dichosos los infelices, ellos pueden esperar!

Pero llegó á nosotros rumor de pasos que se aproxi-

maban. Apenas tuvimos tiempo de sonreirnos mutuamente para prepararnos á sonreir al abuelo.

Ví abandonada sobre el tocador la cinta azul que la víspera llevaba mi hija al cuello; me apoderé de ella ocultándola en el bolsillo del chaleco.

Mi mujer no advirtió nada y yo, sin saber por qué, me alegré.

—¿Dónde está Augusto?—preguntó Evangelina á su padre, que al entrar en el cuarto parecía sentir algo de que él mismo se admiraba.

—Está ahí; estudia. ¡Pobre muchacho, no tiene más idea que su gloria! ¡Ah!—suspiró mirando en derredor—¡la jaulita era graciosa, pero faltaba el nido y la golondrina voló á fabricarlo! Decid, ¿estabais aquí para suspirar?

—Ni por sueño—prorrumpí.—¿Sabes? Todo bien examinado y ponderado, Laurita ha hecho un magnífico casamiento, será feliz y hará feliz á su marido...

Mi suegro nos miró, primero á mí, luégo á su hija y luégo á mí con burlona curiosidad.

—Serán felices—murmuraba Evangelina.

—¿De veras?—preguntó con gran deseo de chancearse, pero no supo contenerse y exclamó ahuecando la voz:

—¡Lo digo yo, serán felices y tendrán hijos! ¡Esto lo digo yo: y los tendrán pronto... á lo menos uno!

—¿Varón?—pregunté.

—Lo ignoro—repuso ingenuamente el pobre hombre.

Se comprendía que desde entonces era fácil de contentar y que con tal de tener un biznieto no habría reparado en el sexo.

II

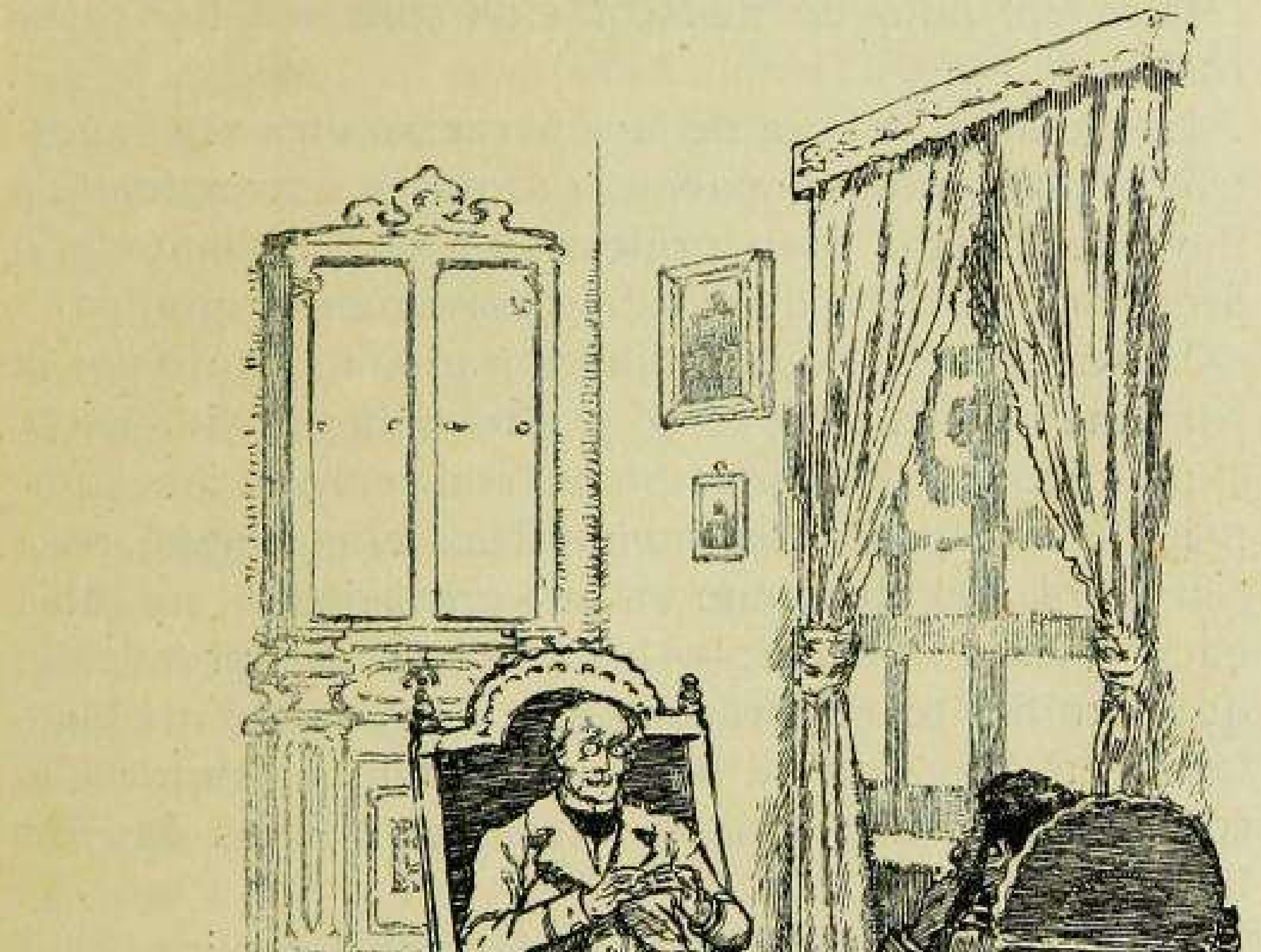
Lo dije un día: nuestros hijos son nuestra segunda juventud; mejor, son la verdadera juventud. El que no ha tenido mujer é hijos no ha sido joven, *todo lo más* célibe.

Todo lo más se había dicho en burla, lo restante en serio, y mi mujer lo comprendió á la primera sin más comentario, fuera de las ocurrencias de la víspera.

Una mañana había llegado la primera carta de Laurita, esposa; esperada con ansiedad, leída con emoción aquella carta, dictada por el nuevo amor de mujer y el antiguo amor de hija, nos hablaba de una felicidad bien conocida de nosotros.

Y otro día habían llegado por fin los esposos mismos, que con dulce engaño, cayeron en casa como llovidos del cielo veinticuatro horas antes de la fijada: aquel regreso no semejaba absolutamente á otros, le faltaban los amigos, le faltaban los indiferentes, le faltaba el ir y venir de los coches y la voz ronca que grita los periódicos de la víspera. Y sin embargo á mí,

á Evangelina y aun á mi suegro, nos recordaba otro: el nuestro.



El abuelo no había olvidado su papel; daba vueltas en el salón al rededor de Laurita, con la misma curio-

sidad maliciosa con que veinticinco años antes en la estación había hecho ruborizar á su hija.

Otro episodio de nuestra vida que nos fué restituído.

Luégo llegó la hora de la separación otra vez; nuestros hijos nos abandonaban, porque la universidad de Pavía reclamaba á su profesor y á su estudiante, y el profesor no estaba dispuesto á volvernos su prenda.

Mi suegro, un poco malhumorado, no tanto por la partida de sus nietos, como por no haber podido hacer el más pequeño descubrimiento con certeza en el equipaje de los esposos (realmente decía el equipaje), para consolarse del abandono en que nos dejaban, no sabía hacer más que decir:—Ahora debéis comprender lo que significa tener corazón de padre; cuando me plantabais en Monza para veniros á Milán, ni siquiera lo sospechabais. Las grandes lecciones nos las dan los hijos.

Sí, las grandes lecciones nos las dan los hijos: ellos rehacen lo mejor de nosotros mismos, y nos revelan el amor de nuestros padres: nos llevan así hasta las fuentes de los afectos.

*
* *

Por algún tiempo reinó gran melancolía.

Nuestra casa abandonada hablaba en voz alta de nuestros ausentes; era como un amigo en la desgracia; la amábamos, pero la huíamos por instinto. Íbamos á paseo con gusto Evangelina y yo, y solía ocurrirnos hallar en el camino un episodio olvidado de nuestros hijos, y lo hallábamos con más placer que en casa.

Es que las calles y el césped de los jardines recordaban alegremente á nuestras criaturas, á quienes apenas habían conocido; mientras que en casa, cada rincón que

había jugado al escondite, cada mueble, hablaba de nuestros compañeros con acento lacrimoso.

Nos volvíamos entonces filósofos, hasta para contentar al abuelo; el cual estaba descontento de ciertas noticias contradictorias que llegaban de Pavía, y amenazaba á cada instante con dejarnos para marcharse á vivir con los nietos y hacerlos morir de vergüenza.

También nos volvíamos sofistas.

—¿Qué nos falta?—decíamos.—¿No somos acaso verdaderamente felices? ¡Tal vez lo seamos demasiado y esto es lo que nos lastima! Nosotros debemos pensar siempre que todos nuestros votos han sido cumplidos y debemos gozar á todas horas de la perspectiva de nuestra dicha; pero esto excede á las fuerzas humanas. Fuerza sería vivir en contacto con la misma felicidad; porque la costumbre la decolorase y nos la tornase soportable, engendrando en nosotros nuevos deseos.

Otras veces, sin notar las contradicciones en que incurríamos, nos hallabamos de acuerdo, diciendo:

—¿Nos falta algo? Sí, algo nos falta; pues bien, gocemos de lo que nos falta, porque eso hace más segura y durable la felicidad. Se necesita el aguijón del deseo para condimentar una existencia feliz.

Nuestro amado viejo dejaba que charlásemos cuanto queríamos, y movía la cabeza. Á él no le faltaba su poquito de deseo, y sin embargo tampoco era feliz.

—Exagera la dosis—se decía.

É indagando aún filosóficamente, se llegó á concluir que el deseo puro y sencillo no sirve si no va sazonado con un poco de esperanza, y sobre todo si lo invade la impaciencia.

El pobre hombre tenía un deseo fuerte y no le faltaba la esperanza; pero estaba impaciente y todo lo estropeaba.

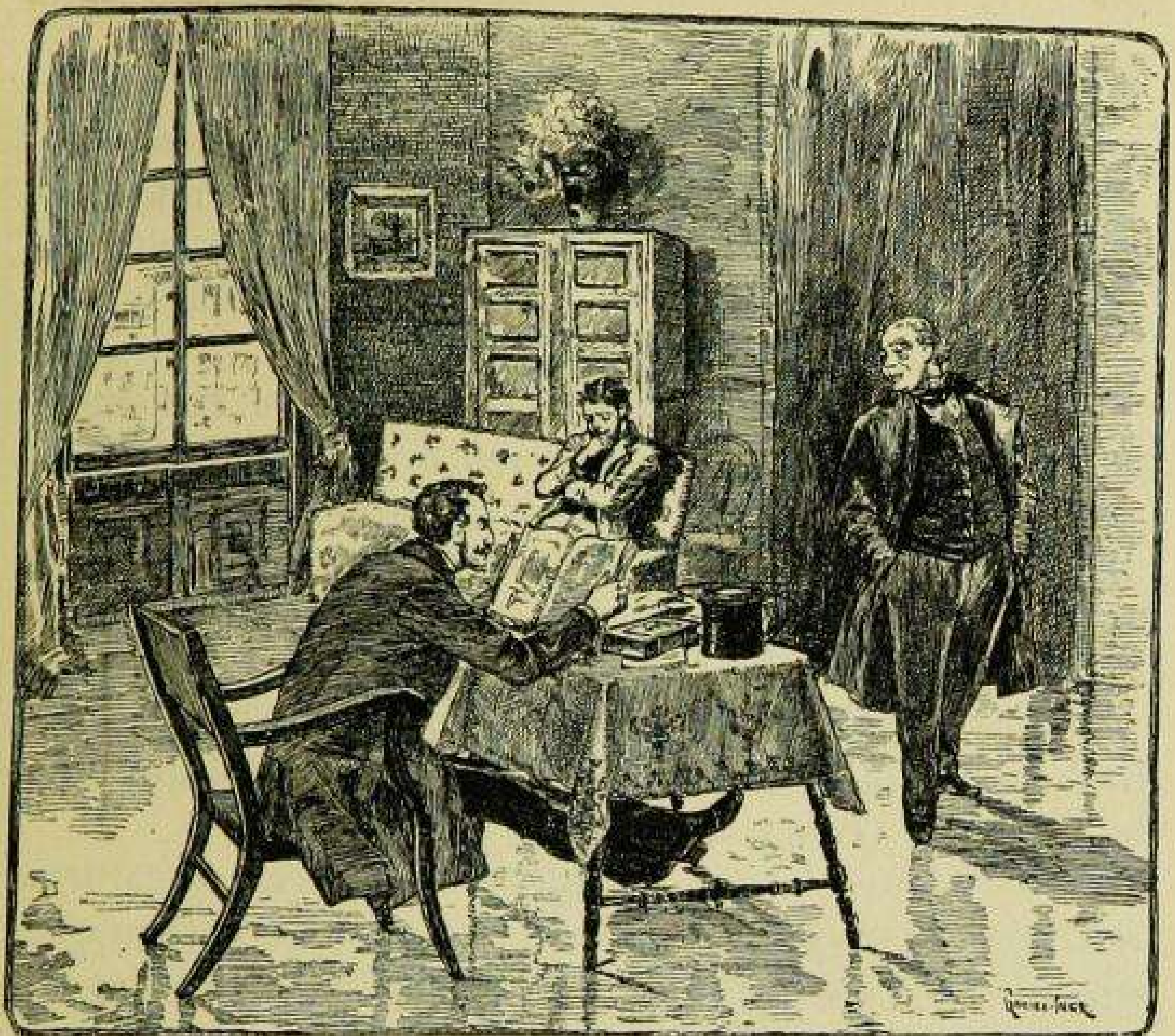
No se podía dar crédito á sus afirmaciones: proce-

diendo por indagaciones, Evangelina lograba descubrir que nuestro querido ancianito debía haber pasado los... ¡Pero que no hubiese medio de saber de fijo cuántos años tenía!

—Muchos y demasiados—respondía él descargándolos de sus espaldas;—los años son como los cuartos que los niños tiran en la alcancía; no contándolos, se multiplican.

La nueva amiga de la casa, la filosofía, me tiraba de la levita y me aseguraba que á cierta edad también yo volvería á ser niño para no contar más los años.

Parecíame estar ya resignado á envejecer; pero mi amiga hacíame observar maliciosamente que resignarse, antes de tiempo, no era muy difícil.



III

A satisfacer al abuelo, el cual no veía la hora de ir á Pavía *para ver*, pero que no tenía valor de dejarnos, sobrevino un acontecimiento gozoso: la reválida de nuestro hijo.

Yo pedí una larga licencia, dando tregua á los clientes y á los adversarios hasta la quincena sucesiva, y me fuí á Pavía con el contento del colegial en vacaciones.

Sabía que mi hijo había escogido por tema de la te-

sis que debía explanar: la *persona jurídica según el derecho romano*, y había notado también con gran placer, que sabiendo las lenguas muertas como yo, había, sin embargo, sabido apuntalar todos sus argumentos con citas latinas, como hice yo en mi tiempo.

Una tesis de derecho romano es siempre respetada por los escolares y hasta por los profesores, y tal vez mi hijo la escogió por esta razón, pero no fué esta sola. Juzguen ustedes: la *persona jurídica* requiere, ante todo, la persona física, ¿y la persona física qué requiere?

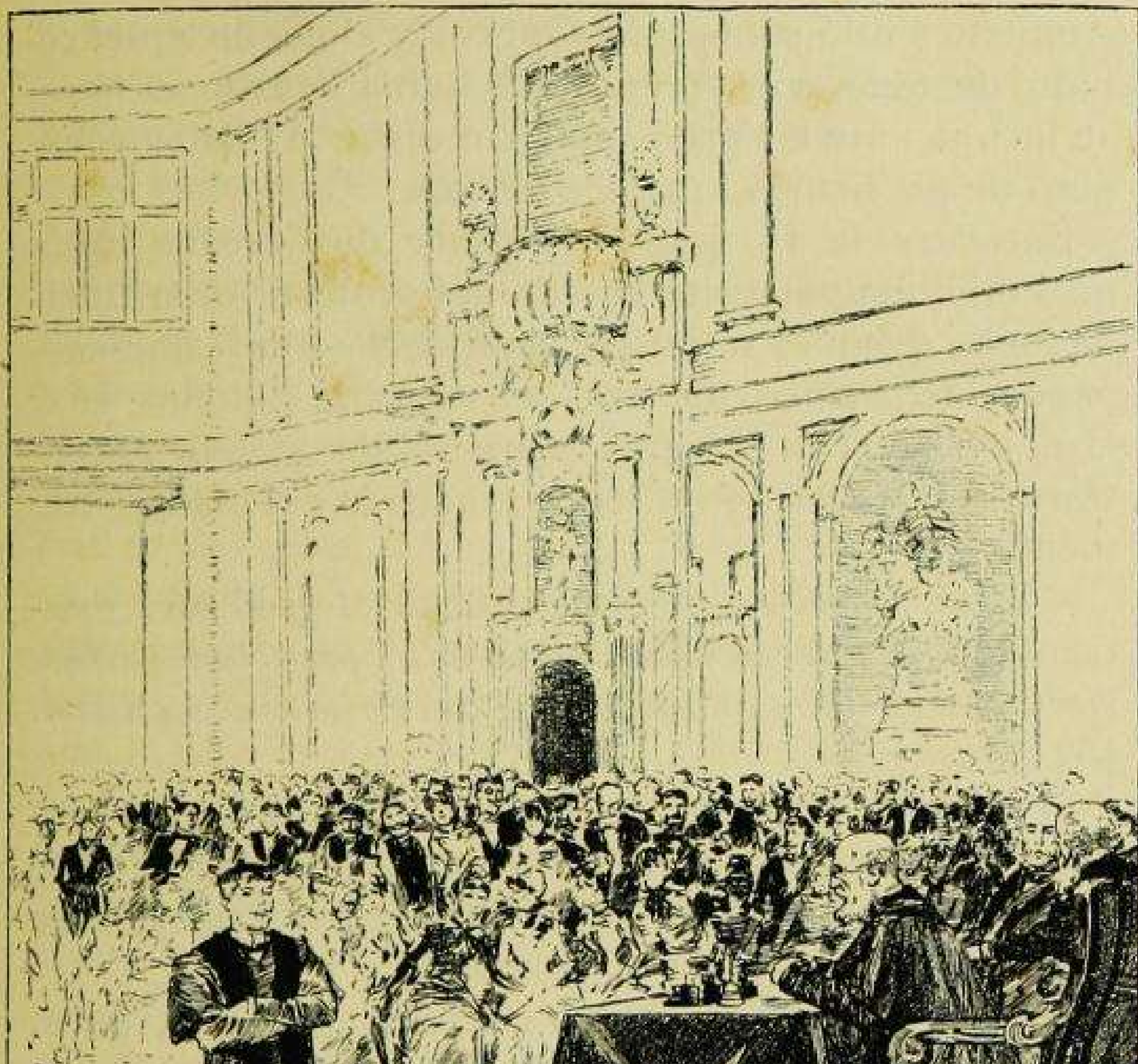
Aquí se arma un alboroto entre los contendientes, hay quien se contenta con que la criatura humana haya nacido *viva*, y hay quien la quiere *viable*.

Á los veintidós años, Augusto había formado calurosas opiniones á este propósito, y no le disgustaba que conociera el mundo que en vísperas de ser doctor *in utroque*, no hay sombra de duda que uno es hombre hecho.

Me aturdió verdaderamente con la cantidad de textos que citaba para confundir á sus contrarios: cuando intenté, en casa, fingir la elocuencia de sus adversarios, saqué á colación la cita, enmohecida: *Septimo mense nasci perfectum partum videtur jam receptum est propter auctoritatem Hippocratis doctissimi viri*... Pasó una sonrisa por sus labios.—¡Oh, doctísimo Hipócrates! ¡qué sonrisa!—Después, gritó:—*¡Distingo!*—y distinguió entre el perfecto *natus* y el parto viable con tanta sutileza é invocó en su apoyo tan célebres filósofos y anatómicos contemporáneos incluso su cuñado, allí presente, que el *doctissimus vir* hizo la más triste figura.

Aún fué peor en el ejercicio.

Cuando sintió mi hijo encima la esclavina negra del candidato, aquella esclavina negra y volandera, que no cubre nada, que nada promete al laureado, salvo el ridículo, si por desgracia se corta y enmudece; cuando



Augusto sintió sobre los hombros y el cuello aquel conato de toga, comprendió que había llegado su hora; se inclinó ante los profesores sin mirar á nadie y esperó de pié firme el primer embate.

Entonces se vió que el profesor de derecho canónico dijo una palabrita al oído del profesor de medicina legal, después saludó al candidato.—Ya estamos—pensó otro dentro de mí:—el derecho canónico es el rival del derecho romano. ¿Quién sabe dónde encontrará la parte flaca? De todos modos la batalla será tremenda.

—*Septimo mense*—comenzó á decir el profesor, masticando las palabras una á una—*nasci perfectum partum videtur, jam receptum est propter auctoritatem doctissimi viri Hippocratis*...

El profesor se interrumpe para asegurarse de que las señoras presentes no han entendido una jota, y para reforzar su propio desembarazo con una toma de tabaco, después de lo cual, añade:

—Así está escrito en los códigos; ¿por qué, pues, sostiene usted que la vitalidad no es necesaria á la persona física de los Romanos?

Al oir que el argumentador comenzaba como había principiado yo, pensé que me reiría luégo; pero por ahora, no estaba bastante tranquilo para reir: temía que la gravedad del profesor hiciera perder la brújula á mi laureado: allí estaba rígido como un arco tendido, presto á lanzar su respuesta, miraba ante sí como si tuviese delante al mismísimo Hipócrates, y á mí no me veía.

Esperando las primeras palabras de Augusto, las oía antes que saliesen de su boca, apagadas ó tímidas, ó tal vez chanceras ó impertinentes... Callaron todos.

Le tocaba á él...

Fué un golpe maestro.

Mi hijo comenzó en latín, lo mismo que el profesor,

y continuando la cita interrumpida por aquel, dijo:

—«.... *et ideo credendum est, eum qui ex justis nuptiis septimo mense natus est, justum filium esse.*

—Luégo la autoridad de Hipócrates—prosiguió en lengua vulgar, vigorizada por una sonrisa de triunfo —está invocada para establecer la presunta legitimidad de los hijos, no para determinar la personalidad física. Fuera de que la *auctoritas doctissimi viri* — prosiguió, temiendo, sin duda, que no se presentase otra ocasión de confundir á Hipócrates, que no le había hecho ningún daño—debe ser aceptada á *beneficio de inventario*... (el profesor de derecho civil sonrió, el de medicina legal se movió, de manera que dejó comprender que él era el más competente para juzgar el mérito de lo que estaba diciendo el examinado)... ya que la filosofía moderna y la benéfica medicina legal (¡tunante!) han establecido que la persona física puede ser perfecta aun antes del término prefijado por Hipócrates... Basta recordar — prosiguió Augusto con creciente elocuencia—el caso de Fortunato Licetti, el cual nació después de cuatro meses y medio de gestación y murió á los ochenta años. ¿Acaso para los romanos, Fortunato Licetti no habría sido un hombre?»

El profesor de derecho canónico contestó contradiciéndole con otros latines, pero dándole la razón con su benévola sonrisa, hasta que, haciéndole un signo de aprobación con la mano, calló.

Tocó la vez al profesor de derecho civil, el cual comenzó en italiano, pero con el latín á la grupa.

—El señor ha sostenido hasta aquí que la persona jurídica no requiere la vitalidad, y sí tan sólo que la criatura humana haya nacido viva; yo voy más allá y sostengo que no requiere ni aun el nacimiento; basta la concepción...

—«*Nasciturus pro jam nato habetur*»—interrumpió mi hijo.

Cometió una imprudencia quitando de la boca al profesor la cita latina, pero no hubo de arrepentirse porque aquel tenía de reserva otras diez y las expuso pausadamente para embrollar las ideas del pretendiente.

Entonces mi hijo invocó otro texto: «*ventri tutor dari non potest, curator potest*. El profesor quedó satisfecho.

Así pasando incólume de uno á otro adversario, el examinado se cubrió de gloria, y cuando se declaró que Augusto Placidi, hijo de Epaminondas, era doctor *in utroque*, muchos vinieron á decirme que el *aula magna* no solía presenciar semejantes triunfos.

No me abandonó del todo la modestia en aquel solemne momento, pero me costó gran trabajo contenerla. Mi suegro, por el contrario, se vanagloriaba, y decía á cuantos le querían oir: *es de raza*.

Pero en medio de aquella gran satisfacción, una idea oscurecía su semblante á cada momento; y apenas llegados á casa se plantó gravemente delante de Laurita para decirle:

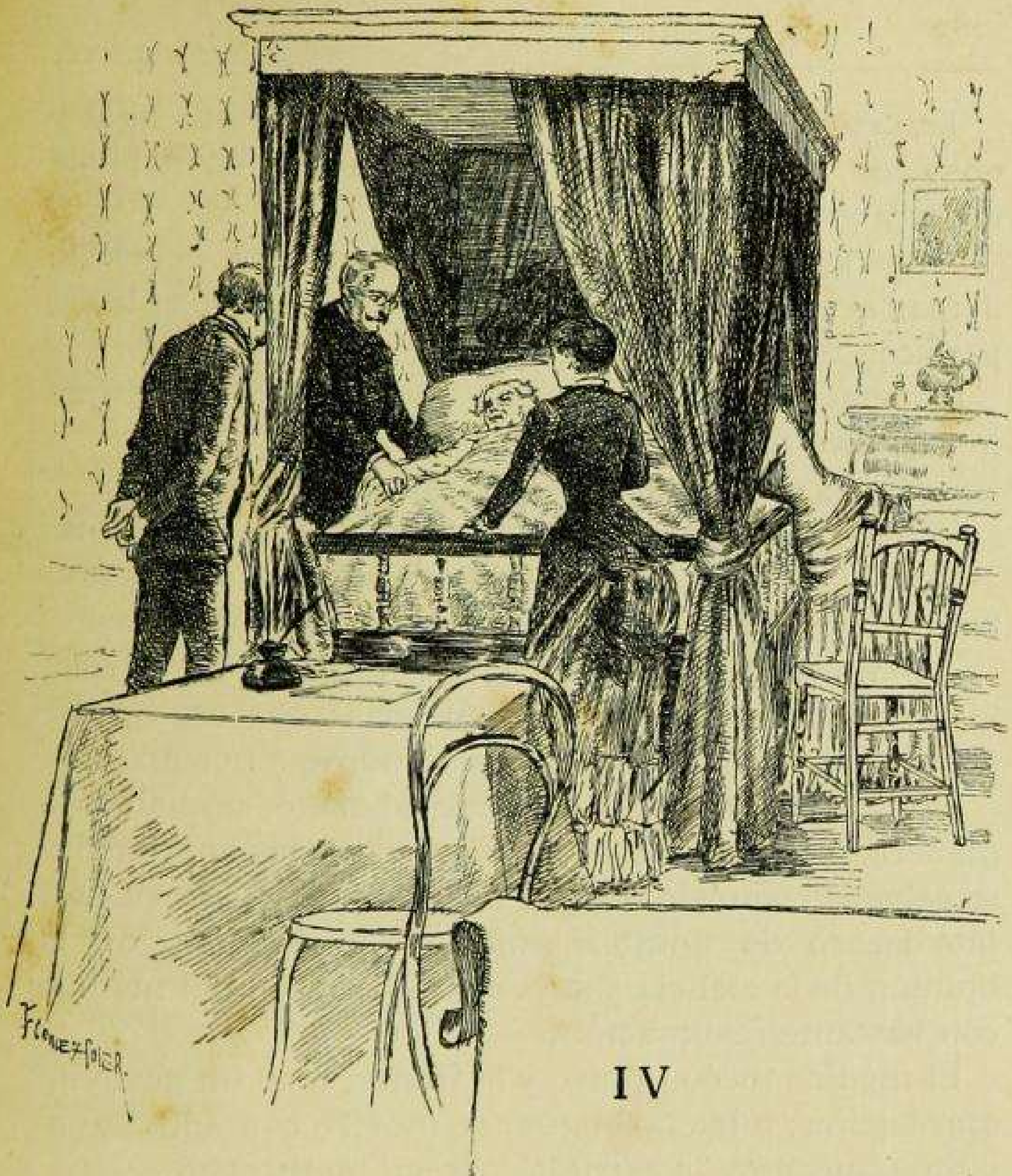
—Abraza á tu hermano, que ha hablado el latín como un misal, y ruégale que te explique con calma el casito de Fortunato Licetti.

—¿Qué casito?

—Pregúntalo á él—añadió mirando al techo;—cuatro meses y medio pueden ser suficientes; pero esta desgraciada se ha casado para jugar á las muñecas.

Hícele observar tímidamente que el caso de Fortunato Licetti era un fenómeno; pero él se encogió de hombros.

¡Por tener un biznieto habría aceptado hasta un fenómeno!



IV

Desde el siguiente otoño enfermó mi suegro. Una mañana (estaba siempre en pié al amanecer) había dado su paseo de costumbre; pero, notando que las piernas no lo sostenían á gusto, volvióse á la cama.

—No hay que asustarse—nos dijo apenas nos vió entrar en su cuarto—es un resfriado; en cuanto lo he sentido encima, he dicho: es un resfriado, y como no quiero que se apodere de esta vieja armadura, que aunque vieja me sirve muy bien, he vuelto á la cama. El día está muy frío, sopla norte; cuidaos vosotros también. ¿Evangelina, vas bien abrigada?

Trataba de desorientar la inquietud de sus hijos y nosotros fingimos tomarlo alegremente ocultándole nuestra gran pena.

—Has hecho bien—dije;—tal vez no sea necesario llamar al médico porque se comprende que no es nada, pero con todo...

Protestó que de médicos no quería saber nada, que nunca tuvo fe en la medicina.

—¿Estás mejor ahora?—preguntó Evangelina.

—Estoy muy bien—contestó dando diente con diente.

Vino el médico: advertido por nosotros de las probabilidades de ser mal recibido, entró de puntillas.

—Si no me quiere, me marcho—dijo desde la puerta; —veo que se trata de una fruslería; con esa cara se entierra al médico—añadió volviéndose á nosotros.

Esto dicho, entró, y el pobre anciano, no hallando manera de enfadarse y tal vez porque las apariencias se salvaban, puesto que no había ofensa para su propio decoro de hombre sano, no le disgustó oir la opinión de la ciencia y se prestó al examen del médico con bastante resignación.

El médico tocó el pulso y la frente, hizo un gesto de aprobación; miró la lengua, se mostró contento; auscultó el pecho y la espalda, pareció satisfecho.

—En cuanto á los pulmones—dijo mi suegro con cierta complacencia—estoy muy bien; pero me siento cansado, nada más, necesito reposo.

El médico le dió la razón, le ayudó á acomodarse en la cama, tiró de la cubierta sobre el pecho y le recomendó que se tapara bien.

Le hablaba como á un niño; no tranquilos todavía, apenas respirábamos.

—Le recetaré una poción calmante—dijo el médico —debe tomar una buena cucharada cada hora.

—Con tal de que no sea demasiado dulce...

—No será muy dulce.

—Cuidado con decir á estos pobres chicos—recomendó el enfermo—que estoy para morir; serían capaces de creerlo.

Rió el médico y le hicimos coro. Al salir:

—¿Y bien?—preguntamos.

—La cosa no parece gravísima por sí; pero puede agravarla su edad. ¿Cuántos años tiene?

—¿Cuántos años tiene?—pregunté á Evangelina.
—Tampoco lo sabe su hija; pero si es necesario... (el médico indicó que no)... me parece, sin embargo, que pasará de los setenta.

—Confiemos—añadió el médico;—esta noche tendrá fiebre, volveré mañana, es preciso prepararlo á recibir mis visitas y hacerle tomar la medicina.

Acompañé al doctor hasta la puerta de casa.

Á la idea de la desgracia, me sentí poseído de gran valor; pensaba en Evangelina.

Ya estaba en la cabecera de su padre, el cual tiritaba, y mirándola fijamente intentaba adivinar la sentencia del médico.

—¿Ha dicho que estoy muriéndome, verdad? No le hagáis caso.

Evangelina aún tuvo fuerzas para reir.

*
* *

La enfermedad fué empeorando, y yo que á cada visita iba leyendo en la fisonomía del médico, al cuarto día comprendí que le quedaban pocas esperanzas de conservar á nuestro querido viejecito.

Se habló de consulta y llamamos por telégrafo al doctor Lelli, nuestro yerno. Lo acompañaba Laurita, á la cual pocos meses de matrimonio le habían dado todas las apariencias de una mujer.

El abuelo, que penosamente respiraba y hablaba con fatiga, viéndola caer como una flor á su cabecera, halló

aún un acento sonoro y alegre para exclamar: «¡Oh!» Y porque Laurita al verlo sufrir nubló su semblante y estuvo á punto de llorar,

—Sonríe—le dijo—me hace bien.

—¡Abuelo mío! ¡abuelo mío! ¿cómo estás?

—Ahora estoy bien—repuso el enfermo.

Y abandonó sobre la almohada su cabeza, fatigada por la fiebre.

—¿Dónde esta tu hermano?

—En Pisa—repuse—de allí irá á Florencia, á Roma y á Nápoles. Ha querido conocer la Italia, un doctor *in utroque* está en su derecho. Le escribiremos.

Indicó con la cabeza que no era necesario; guardó silencio como para recoger un poco de fuerza, pero sin abandonar la mano de Laurita; luégo dijo en alta voz:

—¿Has venido á traerme la buena nueva?

Laura interrogó al marido con una mirada, apoyó los labios en el oído del enfermo y vimos nosotros resplandecer de alegría el semblante del abuelo.

Nada dijo; cerró los ojos para saborear mejor la buena noticia, pero sin soltar la mano de Laurita.

—¿Cómo te sientes?—preguntó Laura, cuando por fin se decidió á abrir los ojos.

—Estoy bien, despedid á los médicos—dijo con apagada voz, y pareció dormirse.

Laura estuvo un buen espacio inmóvil, sin osar soltar la mano de aquella amorosa presión hasta que el sueño la debilitó. Entonces vino hacia nosotros bañada en llanto.

—¿Qué le has dicho?—pregunté, y tenía también yo un poco de esperanza.

—He tenido que engañarle—repuso Laura;—¡pobre abuelo!

—¡Era necesario!—añadió mi yerno.

—Bien has hecho—dijo Evangelina.

Convine también yo en que había hecho bien, no pudiendo hacer cosa mejor.

*
* *

La medicina de mi hija pareció milagrosa á todos, cuando, después de dos horas de permanecer aletargado, la voz del anciano resonó en la melancólica estancia rompiendo nuestro cuchicheo silencioso.

—Laurita—llamó con firme acento.

Y la buena muchacha se apresuró á poner en su mirada y en su sonrisa la inocente mentira para correr á la cabecera del enfermo.

La miró con una especie de pena; luégo preguntó titubeando:

—¿He soñado, ó es verdad?

—Es verdad.

—Muchachos—gritó entonces con la voz rehecha y sonora como en sus buenos tiempos—os lo digo yo; estoy bueno y mañana estaré en pié, ó más bien..... ahora mismo me levanto.

Hizo intención de poner una pierna en el suelo, pero llegamos á tiempo de contenerlo.

—Comprendo—dijo dulcemente;—no hay que escandalizar á las señoras; será mañana.

Pero al día siguiente se sintió más débil y los médicos lo encontraron empeorado, aunque él protestaba que se sentía muy bien.

Muchos días duró la terrible lucha de la enfermedad y la voluntad del anciano: cuando parecía agobiado de fatiga y desconsuelo se nos apretaba el corazón; él nos sacaba del silencio de la desesperación con una palabra chancera: ¡alegraos!

Poco después la lucha terminaba y él volvía á aferrarse á la vida.

Pero cuando la esperanza volvía á nosotros y está-

bamos todos rodeando el lecho prestando atento y crédulo oído á lo que nuestro amado enfermo decía, y á cuanto nosotros mismos decíamos, un suspiro prolongado disipaba toda dulce ilusión. Comenzaba otra vez la opresora lucha.

Después de una noche más penosa que las precedentes, una mañana, una hermosa mañana de Octubre, el viejecito con un movimiento de cabeza nos llamó en rededor de su cama.

Parecía tranquilo. La serenidad de otra vida había descendido sobre aquel semblante descompuesto.

—¿ Cómo te sientes ?—pregunté.

—Bien —repuso ; y añadió sin amargura : — ¡ pero todo ha terminado !

Quise reir ; Evangelina y Laura quisieron llorar, pero él nos obligó á mirarle.

—He vivido bastante—dijo lentamente ;—no puedo quejarme ; he sido feliz y me voy contento...

Después alargó el brazo como buscando algo.

Uno á uno fuímos enlazando nuestra mano con la suya y él la estrechaba débilmente.

Dijo á cada uno de nosotros una palabra afectuosa. Á mí me dijo y no me avergüenzo de contarlo : « Tú eres bueno.»

Á su hija : « Tú me cerrarás los ojos cuando habré muerto, y me darás un beso ; aún lo sentiré.»

Y á Laurita con un susurro acariciador, que apretaba el corazón: « Le hablarás de mí ; le enseñarás á quererme un poco.»

Tomó aliento y preguntó :

—¿ Dónde está Augusto ?

—En Nápoles : le hemos escrito que no estás bueno... vendrá.

—Estoy bien—murmuró—le diréis que...

No pudo decir más. Una especie de sopor cayó sobre él y le cortó la palabra.

—¡Abuelo!—gritó Laura, estrechando siempre aquella blanca y por la enfermedad embellecida mano.

Estábamos abocados sobre la cama; no llorábamos todavía.

El anciano abrió los ojos y miró á Laura fijamente.

—¡Pobrecita!—dijo—y fué su última palabra.

Sus labios se cerraron y nos sonrió desde la otra vida.

—¡Ya lo sabe todo!—gritó mi hija, y cubrió con las manos su afligido semblante.

V

Lo recuerdo bien: mi yerno y yo convinimos en escoger un sepulcro en el suelo, al aire libre, y plantamos un rosal con nuestras propias manos: más tarde, al averiguar que nuestro querido anciano había muerto á los ochenta años, recordé la comparación suya de la hucha á la cual recurría para ocultarlos, y continué diciendo para mí: «¡la hucha se ha roto!»

Recuerdo también un pajarillo que saltaba por las calles del cementerio el día de su entierro; pero no recuerdo nada de cuánto ocurrió en mi corazón el día que en nuestra adormecida casa comenzaron á revivir un deseo, una esperanza, una idea alegre, y luégo uno á uno los deberes, las alegrías, todo aquello, en fin, que había acompañado á nuestro querido anciano al sepulcro.

Con aquel asombro que deja la muerte cuando nos hiere en una persona querida, nos habíamos sentido como muertos con él y lo habíamos tenido siempre vivo á nuestro lado. Permanecimos como en expectación de algún suceso que corrigiese el erróneo y melancólico pensamiento, y que poniéndonos ante nosotros mismos, nos obligase á mirar cara á cara al muerto vivo, diciéndole: «Tú eres el porvenir; hasta luégo.»

Una carta de Augusto rompió la atracción de aquella reciente tumba. Ante los encantos del golfo de Nápoles, él sentíase inspirado con nuevo estro, y sirviéndose de un estilo que nada de común tenía con la elocuencia del foro, buscaba manera de expresar su entusiasmo á los padres y tentar al abuelo.

«Abuelo mío—decía en una posdata dedicada á él exclusivamente—tú no eres viejo; tú todavía eres capaz de grandes cosas; he aquí una. Envíame por telégrafo una palabra, pero esta que sea *espérame* y te esperaré yo y pasaremos la vida entre Posilippo y Sorrento, pidiendo perdón á mamá y papá, que al fin se verán obligados á venir. Si no me pones el telégrama, partiré dentro de ocho días.»

Entonces Evangelina rompió á llorar y sollocé yo para su consuelo.

No habíamos querido que la dolorosa noticia pillase solo á nuestro hijo fuera de su país y le hiciera penoso el largo viaje de regreso; por esto nada le habíamos escrito.

Pero así como antes nos pareció obrar bien, ahora teníamos remordimientos.

—¡Es una crueldad—decía Evangelina—dejar al pobre muchacho en este engaño para que escriba estas cartas!

Y yo meditaba un poco si en realidad era cruel y contra quién.

Evangelina enjugó sus lágrimas y fué presurosa á sentarse á mi bufete, y sobre el primer pliego de papel á mano, escribió á su hijo. La dejé hacer preguntándome si era nuestro silencio una crueldad y si aquellas líneas negras que Evangelina iba escribiendo en columna y con temblorosa mano, eran el acto piadoso que debía remediarlo.

Evangelina llenó en breve la primera cara y volvió el pliego para proseguir; pero le halló escrito en so-

berbia redondilla por un escribano del abogado Volli, mi adversario en la cuestión de un prado irrigatorio, y suscrito con un exordio del mismo abogado.

Entonces se detuvo como á una señal convenida: dejó la pluma tranquilamente y me dijo que tal vez era mejor continuar callando hasta la vuelta de Augusto.

—Sí, es mejor—dije.

—Pero le escribirás que venga; ¡si pudiésemos prepararle sin que le hiciera daño!...

«Querido hijo:—escribí en otro pliego después de asegurarme de que ni el abogado Volli ni otros me vendrían á interrumpir—ante todo sabe que el abuelo está un poco enfermo y que á su edad podemos perderlo de un momento á otro...»

Aquí me detuve pareciéndome que si el buen anciano estuviese vivo, no habría escrito de aquella manera.

Sin embargo, para preparar á nuestro hijo sin hacerle sufrir, no había otro medio.

Volví á escribir con mayor lentitud pensando las palabras; Evangelina leía permaneciendo en pié detrás de mi silla, y al terminar cada párrafo decía: «muy bien»; cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el doctor Lelli, mi yerno.

Aquella aparición inesperada hizo brillar en mi mente dos ideas.

—¡Desgracia!—balbuceé.

—Nada de eso—dijo, sonriendo sin el entusiasmo que hubiese querido. La otra idea se ocultó.

—Augusto—prosiguió—llegará mañana.

—¡Mañana! ¿Si nos escribe que llegará dentro de ocho días?

—Llegará mañana, ó esta noche—insistió mi yerno.

—¿Ha llegado?—balbuceé.

—¿Está ahí?—exclamó alegremente la madre.

Estaba más cercano aún, detrás de la puerta, y apenas Evangelina quiso salir, se encontró estrechada fuertemente entre sus brazos.

Una melancolía profunda turbaba el gozo de Augusto.

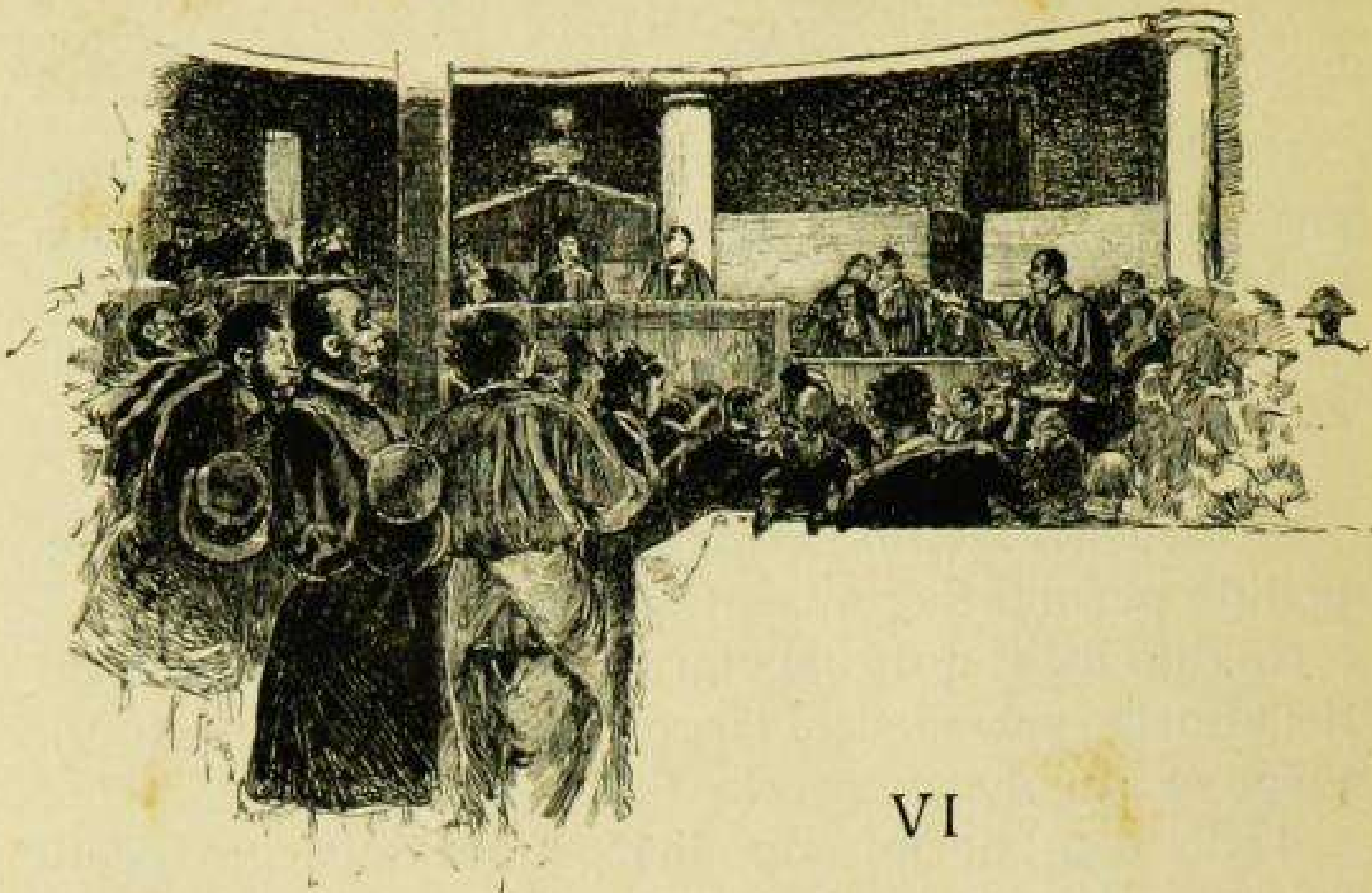
—¿Cómo ha sido?—pregunté. Y él me repuso:

—Una carta de mi hermana; todo lo adiviné y no he podido permanecer ausente en la hora del dolor.

No dijo más; quiso visitar la abandonada habitación del abuelo, permaneció largo rato mirando su retrato; luégo se fué al cementerio.

Todo esto hecho con inacostumbrada gravedad. Comprendí que el primer dolor de su vida maduraba de una vez toda la parte de su ánimo que habría tardado á sazonar quién sabe el tiempo.

¡Mi hijo era un hombre!



VI

¡Y no tan sólo es un hombre sino que también es abogado!

Á lo mejor extendió su demanda en papel sellado y saltó voluntariamente el último foso que lo separaba de la curia, jurando en manos del consejero Longhi, mi buen amigo, ser el campeón de las viudas y huérfanas, lo propio que su padre.

Otro día Augusto, después de haber dado unas vueltas por la casa con la toga encima para probársela, entregó la preciosa vestidura al viejo ujier y se dirigió al tribunal, donde llegó antes que la toga.

Iba por un hurto probado. El acusado era un tramposo de primera fuerza; varias veces reincidente, no podía esperar salir del paso sin algo de cárcel.

—Escucha—dije á mi hijo—al defender á un acusado no preguntes ni á ti mismo, ni á él, si es inocente ó no; trata de convencerte de su inocencia. Los argumentos con que el hombre logra persuadirse son siempre los más felices, los más nuevos, los más sutiles. Sobre todo no debes tener falsos escrúpulos, y si crees en la verdad absoluta no vayas á buscarla en el foro.

Las verdades absolutas en el foro eran dos en mis tiempos, esto es, que la verdad para un abogado siempre es relativa y que la justicia humana es frágil.

En estos últimos tiempos se ha descubierto la tercera: Todo crimen es un error de raciocinio que depende de una anormalidad del cráneo, á lo más del entendimiento que se adhiere á las paredes óseas. La medicina legal trabaja por conseguir que todos los delitos espantosos sean castigados únicamente cuando los cometen los caballeros, porque se debe suponer naturalmente que el *organismo* de la *gente* honrada sea perfecto y que la perversidad del hombre dotado de toda virtud, sea toda suya. En cuanto á los bribones tienen la maldad en el cráneo y en la materia gris y en la membrana ó qué sé yo dónde, pero no en ellos mismos.

Augusto se había contentado con sonreir, respondiendo:

—Para mí el acusado no existe: se hace una acusación y yo me ingenio para contraponer una defensa: la justicia oiga y juzgue.

Lo miraba con la boca abierta viendo que se preparaba á comenzar por donde yo, casi sin tener conciencia de ello, había concluído por la fuerza de la costumbre.

Aquel día, entre el vulgo profano que asistía al debate, únicamente el ujier vió ó adivinó al abogado Placidi el anciano, el cual por asistir al triunfo del abogado Placidi el joven, sin perturbarlo, se había contentado con permanecer de pié apoyado en la pared y con un mozo carnicero delante apoyado en su abdomen.

El carnicero era pequeño y naturalmente inquieto, se ponía de puntillas y volvía á caer desalentado sobre toda su base; pero no por esto sufría yo las penas del purgatorio; si bien me martirizaba el fiscal, primero

con sus inútiles preguntas á los testigos, luégo con sus feroces conclusiones.

Por fin calló, y siguiendo el consejo que por lo bajo le daba el impaciente carnicero, se sentó.

—Tiene la palabra el defensor—dijo el Presidente.

Entonces se levantaron todos sobre las puntas de los piés para ver á mi hijo. También yo me levanté.

Allí estaba tranquilo, desenvuelto, magnífico, dentro de su toga nueva. Alguien observó á mi lado que le parecía demasiado joven; pero el carnicero, volviéndose, le afirmó que por el contrario era mejor.

—Señores—comenzó Augusto, y fingió reunir algunos papeles para dar tiempo á que la atención se fijase en él; luégo repitió:—¡Señores...!

Declaró tranquilamente que se reputaba afortunado por entrar en la carrera del patrocinio público con una defensa tan fácil y tan bella, y teniendo que rebatir una acusación infundada, y proclamar la inocencia de un desgraciado.

Era una bella frase y gustó á todos, pero aún era más bella la que siguió.

—«Siento la necesidad de pedir gran indulgencia para mí; pero no pediré más que justicia para el desdichado que se sienta en aquel banco.»

Era preciso ver al mozo carnicero después de estas palabras y sobre todo era preciso sentírselo encima para comprenderlo. Pero yo no atendía ya; en aquel instante el buen hombre era muy dueño de encaramarse sobre mi persona, y si no lo hizo le declaro desde ahora toda mi gratitud.

Era feliz como nunca lo había sido; abandonábame, con una complacencia de que no me creí capaz, á todas las tentaciones de la vanidad.—¡Es de raza! decía á mi pesar.

Mi hijo habló sin descansar como una media hora; tenía corrección, voz armoniosa, el ademán desemba-

razado, pero respetuoso; de vez en cuando ponía una sabia pausa en su discurso. Lo hacía, ¿puedo decirlo sin pecado? lo hacía casi como yo; y prometía hacerlo —esto lo puedo afirmar sin pecado—prometía hacerlo mejor que yo, con el tiempo.

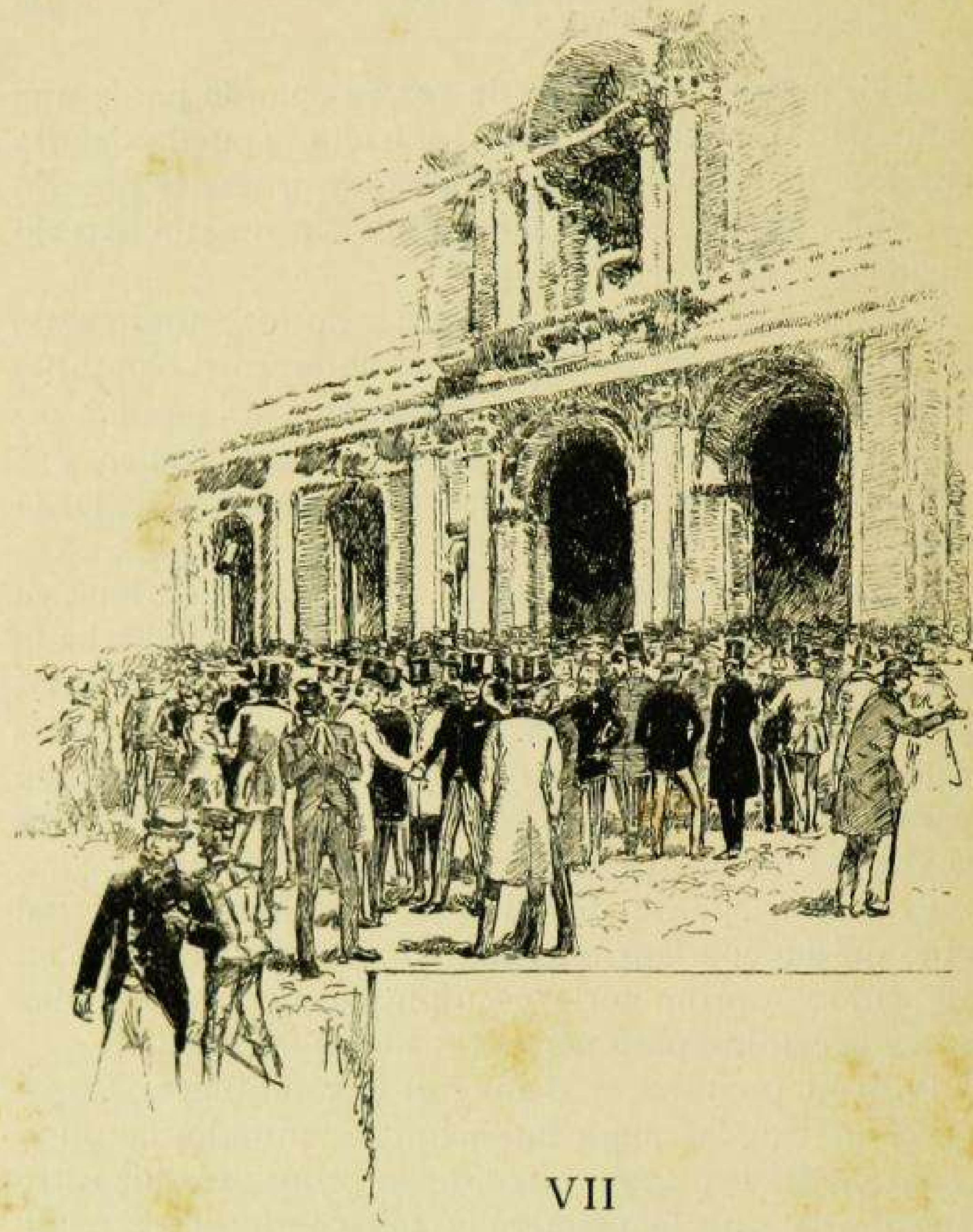
Cuando afirmó que un padre amoroso, un marido ejemplar como el que estaba sentado en el banquillo de los acusados, debía ser restituido á su familia, corrió un murmullo de aprobación en el público y el Presidente tuvo que amenazar con hacer despejar la sala.

¡Ah! ¿Por qué el carnicero mi vecino no estaba ya allí para presenciar aquel triunfo? Se había marchado después de la primera peroración no sin haber interrogado varias veces un grueso reloj de plata oculto bajo el ensangrentado delantal de cuero; después de pararse un momento á la puerta, hubo de obedecer á la voz del deber que lo llamaba á la carnicería.

El primer cliente de mi hijo fué absuelto. El cual vino un día con lágrimas en los ojos á dar gracias á su abogado y á prometerle esculpir en su corazón el beneficio recibido para no volver más á la cárcel.

Pero el hombre es débil y el pecado fuerte. El pobrecillo, con la mejor intención del mundo, no pudo mantener la segunda mitad de su propósito; hizo otra más gorda que la primera y fué condenado á reclusión, donde se halla todavía.

Estoy dispuesto á creer que haya logrado mantener más fácilmente la primera parte de su propósito y que consagre eterna gratitud á su primer abogado; pero no lo afirmaría.



VII

Las cosas iban viento en popa; mi hijo, por virtud mía, no atravesaría las borrascas que en su tiempo habían combatido al abogado Epaminondas. Él no tenía que desesperarse en la inquieta expectación de un cliente; no tenía más que escoger en el estudio de su padre entre las cincuenta causas viejas ó nuevas que yo llevaba adelante poco á poco por los senderos judi-

ciales; podía pillar una toda para él, ó bien pasar de una á otra y hacer en un mismo día una citación, una demanda en apelación ó un interdicto. Así lo hacía y muy luégo fué un precioso colaborador.

Habiendo advertido que era de su gusto subir á una vista á la menor ocasión, le dejaba complacido este oficio. Se trabajaba en común; en casa, juntábamos todos los elementos de defensa de nuestro cliente; pero, por lo regular, él era quien hacía el discursito á los señores jueces ó jurados.

Hablaba bien, con bella voz de barítono todavía no sombreada por algo de catarro como la de su padre.

Desde el principio exponía los hechos con orden y con calma; luégo, poco á poco, se acaloraba hasta un ímpetu que parecía irrefrenable; pero se detenía al fin y aquella transición de la cólera á la calma, preciso es decirlo, producía gran efecto oratorio.

Las últimas palabras eran lentas y quedas, tanto que los jueces y los jurados y el público tenían que tender bien el oído para poder entenderlas. Así terminaba en medio de un silencio teatral.

¿De quién había aprendido aquel arte oratorio? No de mí. El método mío era otro. Tranquilo del principio al fin, ameno y picante, si se presentaba ocasión: mi elocuencia aflojaba á lo último; mi voz, un poco melosa en el exordio, sarcástica en la exposición de los hechos, no llegaba á tronar sino un momento, al concluir. Este era mi método y siempre lo había tenido por mejor. Y aun cuando Augusto comenzó á sugerirme la amarga duda de que fuese el suyo un género de elocuencia tal vez más hábil que el mío, persistí en el mismo modo de que tantos años me había servido.

—Señor abogado—me decían los amigos del Juzgado y de la Audiencia.—¿Sabe usted que su hijo le hace honor? *Fortes creantur fortibus...*

Yo rechazaba aquel tentador latín con la más falsa modestia; una modestia que no era sino la vanidad en persona.

—¡De veras!—insistían los amigos;—todos lo dicen; en el tribunal no se ha oído desde hace tiempo una peroración tan elegante, tan lúcida, tan correcta... una gracia oratoria tan...

Aquí parecíame en conciencia que los elogios pasaban de la medida. Discursos elegantes, lúcidos, correctos, se habían oído siempre en el tribunal; yo mismo había hablado hora y cuarto la víspera...

Pero el golpe brutal lo recibí otro día á través de una puerta, y fué el ujier quien me lo dió.

Había llegado tarde al tribunal y llegaba acercando la vista y el oído á la puerta entreabierta de la sala de audiencia; mi hijo había terminado en aquel momento su defensa, y me complacía oir cómo la juzgaban. Y ved aquí, lo que dicho confidencialmente por el ujier á un sargento de infantería, enfiló mi oído atravesándome de parte á parte.

—Su padre—dijo el ujier con el acento sentencioso, propio de esta clase de hombres de leyes—también su padre *hablaba* bien; *pero éste...*

¡*Éste*, era mi hijo!

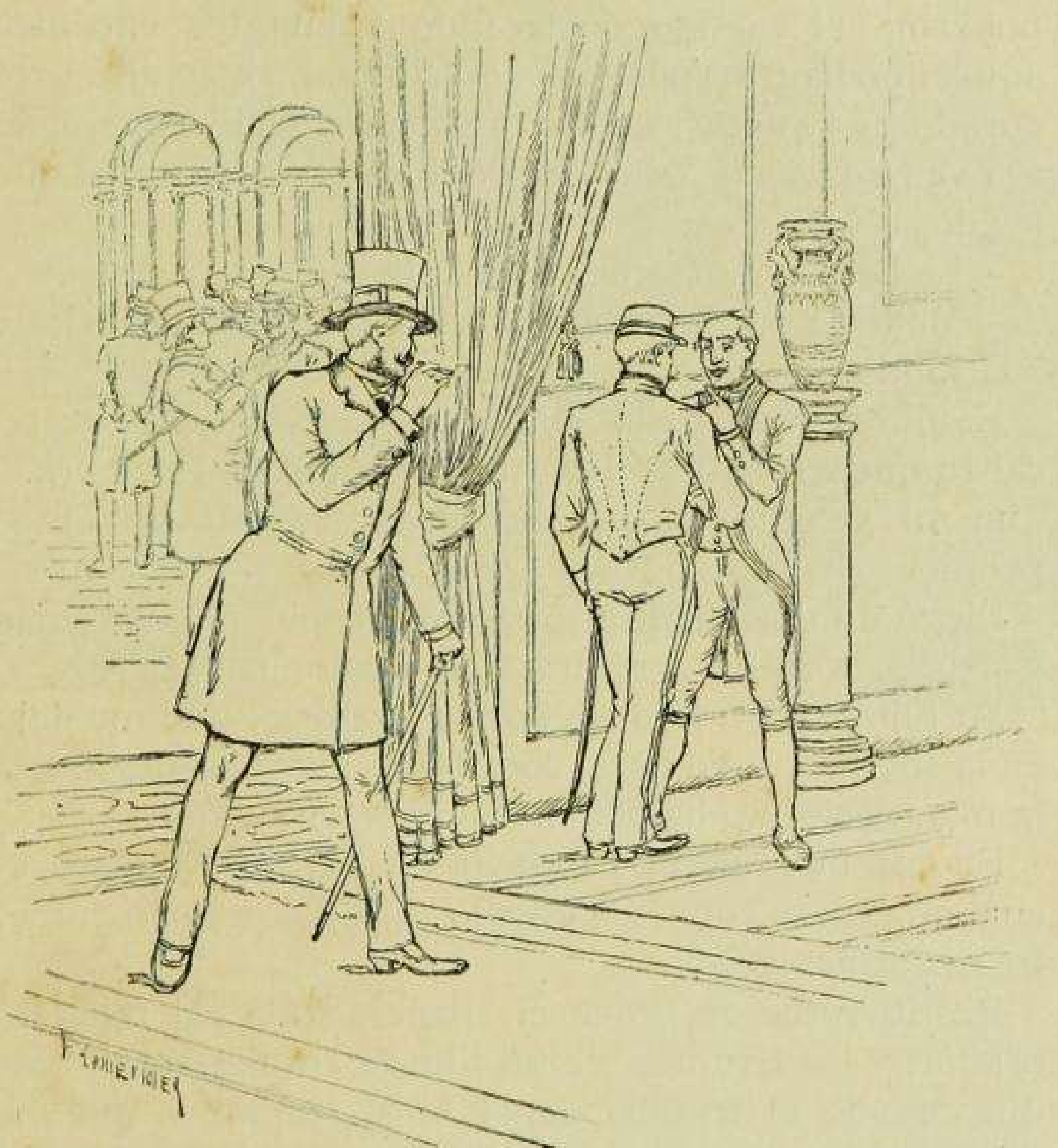
En el trastorno que se siguió dentro de mí, entre la vanidad y el sentimiento paterno, al pronto pareció que triunfaba la vanidad; pero tan sólo porque el adversario se golpeaba con sus propias manos.

Figuraos;... este padre modelo que se pilla á sí mismo en el acto de exclamar en voz baja:

—«¡Mi hijo! ¡Ha de ser mi hijo quien me pase delante! ¡Si fuese otro! paciencia.»—¿Y otras ternezas semejantes?

Sabía yo que la envidia nace de un contacto y se alimenta de una vecindad y habría podido medir los grados de diversas envidias, con las que me favore-

cían mis vecinos; comenzando por el vivo sentimiento del agente de cambio, cuya puerta se abría frente por frente de la mía, en el mismo rellano de la escalera, pasando de largo por la más flaca del vecino del



piso bajo y el del piso alto, y el de enfrente de casa, de mis colegas, hasta la envidia descolorida, pero pronta á reverdecer á la primera ocasión, de los habitantes de mi pueblo natal; pero que pudiese meterse entre padre é hijo ni aun la sombra de aquel maligno sentimiento, no lo había sospechado jamás y me había sentido seguro de la envidia de mi Augusto y había sentido á Augusto seguro de la envidia mía, como si

uno de los dos (yo), se hubiese ido al otro mundo... ó, por lo menos, á los antípodas.

Fué, pues, un descubrimiento doloroso el que hice entonces en mi corazón de padre, y me apresuré á imponerme el castigo declarando á cuantos encontré aquel día, bajo los pórticos del tribunal, abogados, procuradores y jueces, que el abogado Placidi mayor no era ya nada y no esperaba del foro otros triunfos que los de su hijo.

—Le hará honor—me contestaban.

—Me hará perjuicio, pero estoy preparado—insistía sonriendo.

Entonces el abogado, el procurador y el juez, declaraban que eso no podía suceder, que mi fama era... que mi valer debía... y sonreía otra vez mi amor propio.

Llegó un día en que mi amor propio no tuvo más sonrisas, porque no se hizo más ilusiones.

Mi hijo era tan famoso por su oratoria, que me dejó en la sombra, y yo para conservar algún esplendor á la mía, decidí no hablar más en los tribunales.

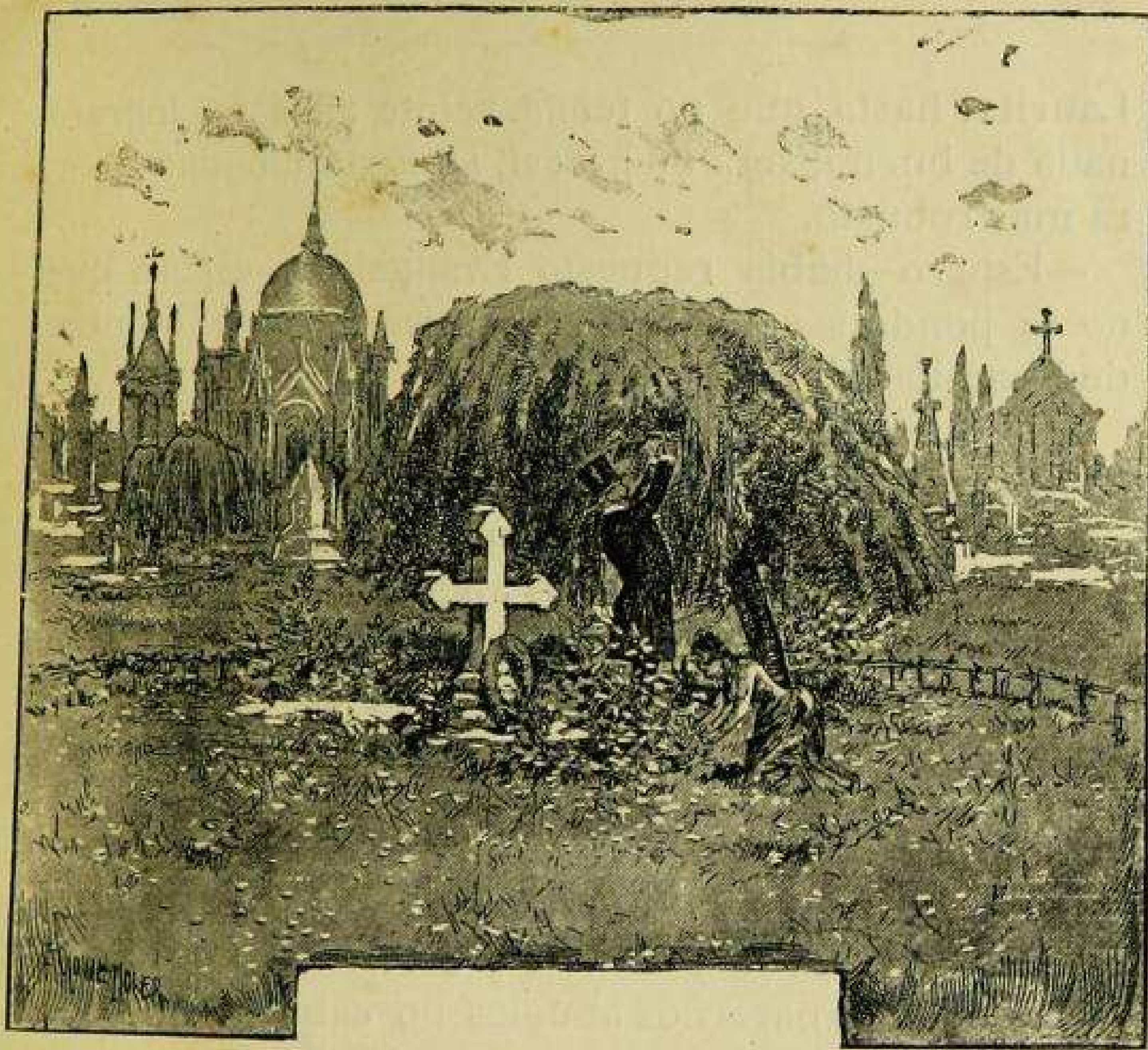
Fué un buen golpe y todavía me río con Augusto, el cual no quiere convenir en ello : sí, fué un buen golpe, un magnífico golpe.

Restituyóme en breve el silencio toda mi fama de orador, y los triunfos de mi hijo la aumentaron ; porque cuando él trataba de elevarse, aquellos que me habían oído, y especialmente los que nunca me oyeron, me levantaban hasta el cielo. Más de una vez mi hijo, después de una defensa magnífica, se ha sentido silbar al oído estas palabras que me lisonjeaban, aun cuando eran mentirosas :

—¡ Á quien había que oir era á su padre !

Él, en vez de enojarse, aseguraba que era cierto ; lo decía á todos, me lo decía á mí.

Estaba casi tentado á creerlo.



VIII

Estábamos preparados á esperar con resignación; la filosofía, la fisiología, el ejemplo del abuelo y nuestro mismo ejemplo, habían contribuído á darnos aquella serenidad que tan útil es en muchos casos de la vida, y, además, indispensable en nuestras relaciones con el Padre Eterno.

Había dicho á Evangelina:

—Tú cumplías veinte años cuando te ocurrió la primera idea de Augusto... ¿te acuerdas? Lo mismo hará

Laurita; hasta que no tenga veinte años no logrará nada de bueno; será mejor así; su Epaminondas nacerá más robusto.

—Espero—había repuesto Evangelina—espero que no te pondrás en la cabeza bautizarlo con el nombre de Epaminondas.

Á lo que contesté solemnemente:

—Las culpas de los padres caerán sobre los hijos...

Entre tanto Laurita había cumplido veinte años y no se decidía á que fuéramos abuelos.

—Está visto—dije un día—si queremos tener nietecillos será preciso pillar por la buena á Augusto y hacerlo caer en la red.

—Que será como decir...

—Casarlo.

Era también una idea feliz. ¿Por qué Augusto no se casa? Tal vez no se le ocurría y bastaría decírselo.

En cuanto á hacernos abuelos no cabía duda; despacharía el negocio prontamente. Ya había yo sospechado algo de mi yerno y comenzaba á endosarle la culpa completa. Mi hija no era capaz de portarse así; había tenido otros ejemplos en la familia; una de sus bisabuelas había echado al mundo seis hijos; otra, nueve, de los cuales había dos gemelos.

—Ese, tu doctor—dije, terminando la reflexión en alta voz...

—¿Por qué mío?—preguntó Evangelina.

—Porque yo no lo quiero: ese, tu doctor, me pareció siempre demasiado alto, no me engañaba; es una planta en la sombra...

Pero mientras hablábamos de esta manera, nuestro yerno había hecho lo posible por contentarnos; pero engañado por ciertos falsos indicios y por su propia y profunda ciencia médica, no advirtió que era padre sino cuando su paternidad hubiera abierto los ojos á un ciego.

La naturaleza se divierte, sin duda, haciendo estas jugarretas á las mujeres de los profesores de medicina.

El primer pensamiento del doctor Lelli fué avisar al suegro y la suegra por medio de una carta llena de dudas.

«Sí,... pero... sin embargo... podría ser...» he aquí el fondo de la epístola, la cual terminaba amenazando á mi hija con una consulta.

—Figúrate... ¿los profesores de la facultad médica de Pavía, todos rodeando á nuestra hija? Aquel desgraciado trata á su mujer como un caso patológico... ¿por qué no reune en seguida un congreso?

Se lo pregunté en persona al siguiente día:—¿Por qué no reunes un congreso? Mira... hazme el favor... mira...

Laurita huyó de mis manos; fuí detrás recomendándole que no corriese.

Mi yerno reía con cierta indulgencia. Evangelina enjugaba sus lágrimas disimuladamente.

—¿Por qué llorabas poco há?—le pregunté.

No quiso decírmelo; pero lo adiviné.

*
* *

Viajando al siguiente día en el tren mixto, experimentaba dos sentimientos distintos: la pena de abandonar á Pavía y la impaciencia por llegar á Milán.

Pero era una impaciencia alegre, que desde aquel día debía acompañarme hasta los tribunales.

Volvía á encontrar á mi suegro en mí mismo; ahora comprendía todas las singularidades del celoso amor del abuelo por mis hijos: sentía en embrión algo que iba formándose en mi cerebro, aquella teoría que nuestro querido anciano habíame enseñado inútil-

mente en su tiempo: nuestros hijos pertenecen al abuelo de parte de madre más que al mismo padre.

¡Que intentase mi yerno vanagloriarse de más auténticos derechos que los míos sobre el *non-nato!*

Sin duda alguna, la mujer soporta las alegrías mejor que el hombre, lo cual no quiere decir (como podría nuestra vanidad caer en la tentación de añadir sin fijarse en ello) que nosotros los hombres soportemos mejor el dolor. Si no desdeñásemos abrir con mayor frecuencia las válvulas que fueron dadas á la humana naturaleza, esto es, la risa y el llanto, seríamos fuertes por lo menos tanto como nuestras mujeres, tal vez más, pero no lo aseguro.

Evangelina me miraba desde su rincón; con penetrante dulzura, su mirada iba leyendo en mi alma sin equivocarse.

Sentía yo esto tan bien, que al llegar á cierto punto, me encerré bruscamente dentro de mí dándome aires de disgustado é indiferente, para que no se leyese el secreto designio mío.

—Tú, ¿dónde vas?—preguntóme Evangelina una hora después.

—Doy una vuelta por los tribunales y vuelvo al momento; ¿y tú?

—Salgo también.

Pero no me dijo dónde iba, y yo no se lo pregunté para evitarme otra pregunta.

Salimos juntos; acompañé á mi mujer un buen rato. Ella fué la primera en decirme:

—Yo debo tomar por aquí.

—Y yo por aquí. Hasta luégo...

—¿Hasta cuándo?

—Dentro de un par de horas.

Nos separamos en la esquina de la calle que cruza nuestro camino.

Habíamos conservado una costumbre de enamora-

dos y de recién casados: la de volvernos; y aunque viejos, nunca equivocábamos el momento.

Me volví precisamente cuando ella se volvía, y dándole aquel silencioso último saludo (pido mil perdones á la gente seria), hallé en la acostumbrada ternura el amargo sabor de mi pequeño engaño.



Sí, porque yo había dicho un embuste, y en vez de ir á los tribunales, me dirigía sencillamente al cementerio.

No había querido infundir ideas melancólicas en mi mujer; ella probablemente se habría empeñado en acompañarme en aquella visita á su padre, y sabía yo, por experiencia, cómo terminaban aquellas visitas.

En cuanto á mí sentíame fuerte, podía ensayar la melancolía sin temor de que me atacase á la cabeza, como suele suceder; y después de mucho que no visito la tumba ¿quién sabe de cuántas ramas habrá que expurgar el rosal? Andaba acelerado ahora que Evangelina no podía verme.

—¡Eres abuelo! —me decía alguien. —¡Abuelo! prueba á repetir esta palabra—y yo probaba. Tú vuelves á empezar la vida por vez tercera: te parecía casi haber concluído; te imaginabas que estabas en el mundo por hacer número; ahora ya tienes otro fin: la cuna de otro hijo más.

El rosal había desaparecido; no me quedaba en el pensamiento más que la tumba de mi suegro, pero

velada por las cortinas de muselina blanca de la luna.

Cuando fantaseo, corro; Laurita fué quien me lo advirtió. Mis piernas tenían veinte años aquel día; pero no por eso, á causa de las vueltas y revueltas que me había tocado en suerte dar, llegué antes que mi mujer.

Así fué. La pobrecita había tenido la misma idea que yo, y estaba allí delante andando entre las tumbas.

De pronto me detuve mirando á la salida, pero ella me sintió, y volviéndose sonrió. ¡Qué placer! ¡Podía sonreir aún! no estaba tan triste. Alcancéla y tomándola del brazo con mucha gravedad, sin decir palabra, mientras ella me iba mirando satisfecha de leer en mis ojos mi burlón enfado.

—¡Señora!—comencé trágicamente.

—¡Caballero!—repuso con voz fingida.

Entonces quise reir, y Evangelina se apresuró á decirme con su voz y sus maneras acostumbradas:

—¡Por piedad, cállate; estamos en el campo santo!

—¡Es cierto—murmuré—estamos en el campo santo!—Y añadí adaptando la voz al lugar:—¿Cómo te ha ocurrido la misma idea que á mí?

—¿Cómo te ha ocurrido á ti la misma idea?

—¿Y cómo has llegado antes que yo?

—Es un secreto—repuso en voz baja.

—De verdad, no lo entiendo. Estábamos los dos fuera de camino y tengo las piernas más largas que tú.

—No quiero hacerte sufrir—me dijo como haciéndome una gran confianza—he venido en coche.

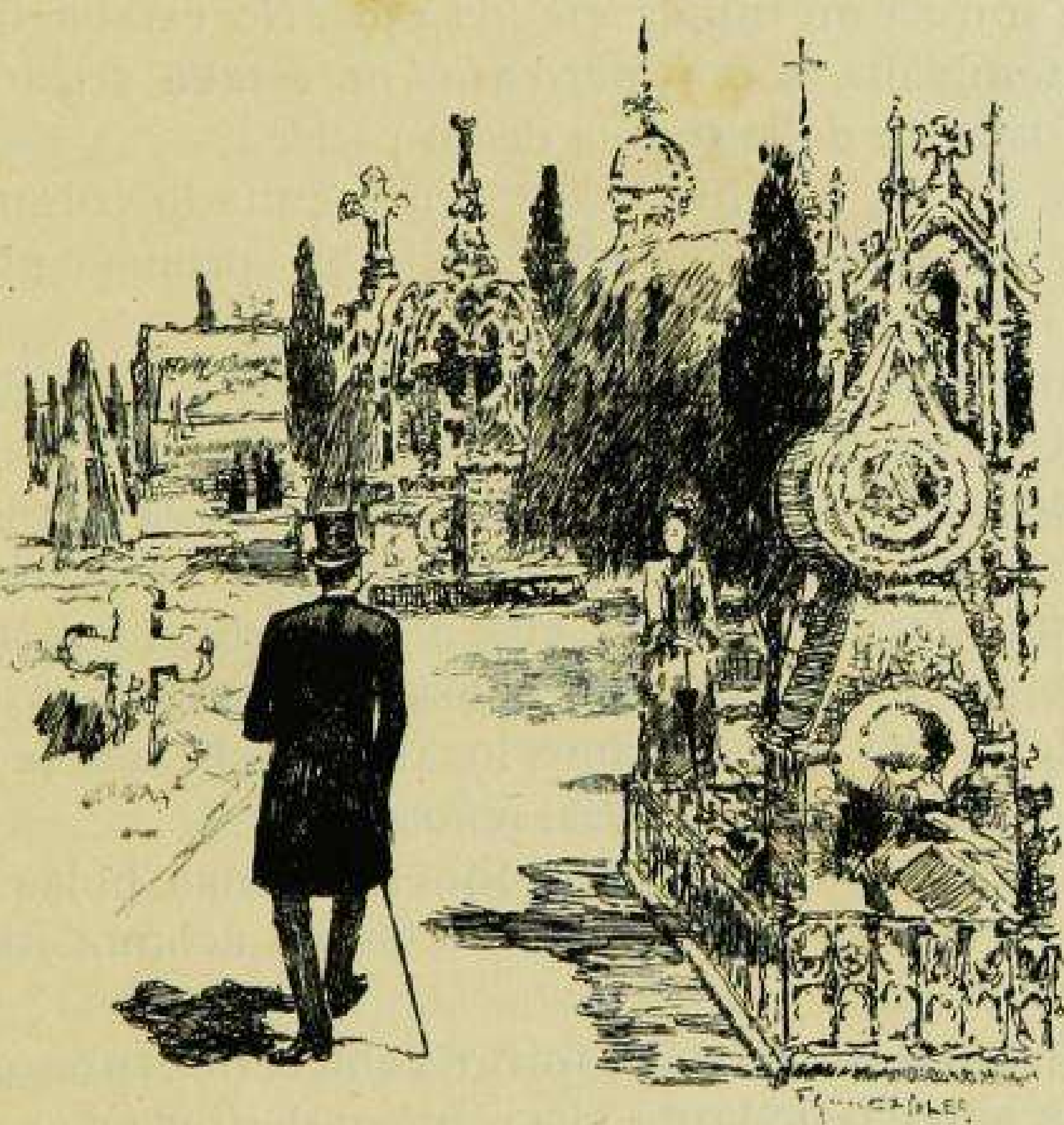
Golpeé mi frente y exclamé como inspirado: «¡Comprendo!» y mi mujer terminó diciendo: «¡Bravo!»

Entonces fué imposible contener la risa; pero reímos con discreción.

—Somos viejos—comenzó á decir mi mujer—somos

casi abuelos, y hacemos como los chicos y tal vez ofendemos á los muertos.

—No tengas semejante escrúpulo—añadí alzando la voz un poco para que me oyeran los muertos más



próximos á nosotros—si los muertos pueden oirnos les será grata esta serena alegría que visita sus tumbas. Venimos siempre al cementerio á decir á los muertos que se padece en la vida y que quisiéramos reunirnos pronto con ellos. Ellos se alegrarán de saber que en la vida se ama aún, y que cuando se ama mucho, casi casi no se sufre.

Evangelina estrechó mi brazo agradecida á mis palabras, y se separó de mí para enderezar una cruz

puesta como señal sobre una fosa recién cubierta. Luégo proseguimos silenciosos el camino.

—Le he traído flores—dijo al poco rato Evangelina, enseñándome un ramito de violetas que ocultaba bajo la manteleta.

Tomé las violetas gravemente, y aspirando su perfume, miré á mi mujer en los ojos. No estaba triste, no le temblaba la voz; pero aún no estaba seguro de que á la vista de la tumba de su padre...

Hela aquí... he ahí el sauce que oculta la columnita entera, sobre cuyo capitel se ven dos coronas entrelazadas: *A mi padre—A mi abuelo.*

Evangelina se separa de mí corriendo á arrodillarse delante del sepulcro.

Quedéme yo á la espalda buscando con la mirada el rosal en flor... Poco después mi mujer se volvió, levantando la cabeza para enseñarme que no lloraba. No me parecía cierto y sin pensar le dije: «¡bravo!»

Se levantó y comenzamos los dos en silencio la obra de podar el sauce y el rosal leñoso.

—Cuidado—dije—no arranquemos estas hojas apegotadas: una oruga inteligente las ha acomodado así para su familia.

Evangelina se acercó á mirar dentro del tubo como por un anteojo de larga vista, luégo dejó caer el ramo sonriendo. Pero no tuvo piedad con una araña que había venido á pegar sus hilos de la columna al rosal, y cuando destruyó con el pañuelo aquella bella y penosa obra, me dijo para justificarse:

—Esto no era un nido, sino una trampa.

Había pasado Mayo por el campo; el muro del cementerio no lo había podido detener; su aliento había despertado mil formas de vida entre las tumbas.

Fijando la mirada bajo la piedra de una fosa cercana, veía yo el cuerpecillo de una lagartija negra, tan inmóvil, que parecía de bronce, é inclinándome para

limpiar de malas yerbas la poca tierra que aún hoy pertenece á mi suegro, puse al descubierto la entrada de un hormiguero donde se hacía un gran trabajo.

Aquellas criaturas que salían de la fosa de nuestro querido anciano para entrar de nuevo cargadas de sus preciosos fardos, parecía que estaban allí para ser interrogadas.

—¡Si nos pudiesen contestar!—dijo Evangelina que no podía apartar la mirada de aquella negra y pequeña multitud...

—Te dirían que los muertos no tienen ninguna necesidad de nosotros y que debemos pensar en nuestros hijos.

Mis palabras eran solemnes, pero el acento con que las pronuncié era suave y alegre como era alegre y suave aquel día toda mi alma.

No pasó nube alguna por nuestro horizonte; dijimos adiós al amado anciano y nos separamos de él sin llanto y sin dolor.

Pasando cerca de una tumba, Evangelina leyó el nombre de una niña de cuatro años, y dijo tristemente:

—¡También los niños se mueren!

Suspiré harto, pero mi egoísmo se apresuró á añadir en voz baja que este peligro para dos de mis hijos había pasado, y que el tercero tenía aún que nacer.

Y suspiré otra vez.

Ni este último suspiro pudo nublar por un instante mi serenidad: hacía el descontento, pero en el fondo nada deseaba.

Nada, absolutamente nada.

*
* *

Fué la pálida madrecita la que, levantando el cuerpecito de la tan esperada criatura, la colocó con grandes precauciones en los brazos del abuelo.

Después dijo:

—¿Padre, estás contento?—Y lo estaba leyendo en los ojos con la certeza de leer mi felicidad.

El abuelo ni siquiera contestó: quiso besar á su nieta que lo miraba con gran atención, y no supo cómo; quiso acariciar la carita con la mano, y tuvo miedo de ahogarla; quiso correr con su preciosa carga toda la casa, quiso reir, quiso llorar.

Hasta pocas horas antes había acariciado en su mente la idea de un hermoso varón, robusto más de lo preciso para aquella edad, barrigudo como el abuelo; y ante aquella recién nacida de color de rosa se preguntaba cómo pudo nunca desear otra.

Su mujer y su yerno lo miraban sonrientes, y la madrecita le preguntaba inútilmente:

—¿Padre, estás contento?

Pues bien, no, no estaba contento y dijo:

—Quisiera besarla y no puedo á causa de los bigotes; quisiera acariciarla y no puedo utilizar más que un dedo; quisiera robarla, huir con ella y no puedo porque temo que se constipe. ¿Cómo quieres que esté contento?

Para consolar al abuelo le dijeron que la recién nacida era toda él, en los ojos, en la frente, y, por fin, hasta en la nariz.

Cuando me repiten estas cosas (porque yo soy el abuelo) me agarro gravemente la nariz como para tomar la medida y la confronto con la naricilla de la recién nacida no más grande que un garbanzo. Hago el

escéptico por decoro. Hago más: admito que mi niña se parece también, aunque poco, á la abuela y un poco á la mamá, y un poco (poquito de veras) á su padre.

Pero que tiene extraño parecido conmigo, no hay sombra de duda. Me lo dicen todos.

FIN

ÍNDICE



PER · ANGUSTA · AUGUSTA